

«[...] una deliciosa aventura
marcada por la etiqueta social y la
devoción por el té de las cinco»

QUÉ LEER

Best-seller de The New York Times y Locus



UNA NOVELA DE VAMPIROS, LICÁNTROPOS Y DIRIGIBLES

GAIL CARRIGER

SIN CAMBIOS

Lectulandia

PROTAGONIZADA POR ALEXIA

ALEXIA MACCON, SOMBRILLA EN MANO, DEBE ENFRENTARSE A LA NUEVA AMENAZA QUE ACECHA A LA SOCIEDAD SOBRENATURAL LONDINENSE.

Alexia Maccon, recientemente convertida en Lady Woolsey, se despierta a media tarde y descubre que su marido, en lugar de dormir plácidamente como todo hombre-lobo que se precie, está inmerso en una discusión a pleno pulmón de la que, acto seguido, desaparece sin ni siquiera despedirse, dejando a la pobre Alexia sola con el regimiento de soldados sobrenaturales que acaba de acampar frente a su casa, una plétora de fantasmas y una más que airada reina Victoria.

Pero Alexia cuenta con un auténtico arsenal con el que defenderse: su fiel sombrilla, la moda más radiante llegada desde el otro lado del Canal de la Mancha y grandes dosis de la cortesía más afilada de todo el imperio.

Lectulandia

Gail Carriger

Sin cambios

El protectorado de la sombrilla, 2

ePUB v1.0

Kundalpanico 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Changeless*
Gail Carriger, 2010
Traducción: Sheila Espinosa

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)
ePub base v2.0

Mis agradecimientos más sentidos a los tres
proselitistas de la palabra escrita que más duro
trabajan y cuyos esfuerzos raramente reciben los
elogios merecidos: libreros, librerías y profesores

Capítulo 1. En el que las cosas desaparecen, Alexia se pone testaruda con las tiendas y Ivy tiene algo que anunciar

—¿Que están qué?

Lord Conall Maccon, conde de Woolsey, estaba gritando. Y mucho. Tal eventualidad, sin embargo, no dejaba de ser normal viniendo de lord Maccon, que por norma general acostumbraba a ser un caballero de inclinaciones más bien ruidosas; una combinación entre capacidad pulmonar y dimensiones torácicas capaz de hacer sangrar los oídos.

Alexia Maccon, lady Woolsey, *muhjah* de Su Majestad la reina, el arma preternatural más extraordinaria de todo el Imperio británico, abrió los ojos desde las profundidades de un sueño delicioso.

—No he sido yo —se disculpó inmediatamente, sin tener la más remota idea de a qué podía estar refiriéndose su marido. Claro que normalmente sí había sido ella, pero de poco le serviría ahora confesar de inmediato, fuera lo que fuese lo que traía al conde de cabeza. Alexia cerró de nuevo los ojos y se acurrucó entre la calidez de las pesadas mantas. ¿Acaso no podían discutirlo más tarde?

—¿Qué quiere decir *desaparecidos*? —La cama se estremeció levemente con el volumen de las exclamaciones de lord Maccon. Lo más sorprendente, sin embargo, era que no estaba siendo todo lo escandaloso que podía llegar a ser cuando recurría al auténtico potencial de sus pulmones.

—Lo cierto es que yo no les he ordenado que desaparecieran —negó Alexia contra la mullida superficie de la almohada, sin dejar de preguntarse a quién se estaban refiriendo. De pronto cayó en la cuenta, pausada pero mullidamente, de que su marido no le gritaba a ella, sino a otra persona. En la intimidad de su dormitorio.

Oh, cielos.

A menos que se estuviese gritando a sí mismo.

Oh, cielo santo.

—¿Qué, todos ellos?

La vertiente más científica de Alexia se preguntó distraídamente por el poder de las ondas de sonido. ¿No había oído recientemente algo acerca de un panfleto de la Royal Society sobre el tema?

—¿Todos al mismo tiempo?

Lady Maccon suspiró, rodó hacia el lado del que procedía el griterío y abrió un ojo. La espalda de su marido, desnuda e imponente, ocupaba todo su campo visual. Si quería ver algo más, no le quedaba más remedio que incorporarse. Dicha maniobra no haría más que exponer su cálido y aún adormilado cuerpo a los rigores del frío, de modo que declinó la opción de la incorporación. Sin embargo, sí observó que el sol

apenas acababa de ponerse. ¿Qué hacía Conall despierto tan temprano? Que su marido rugiera no era extraño, pero sí que lo hiciera a tan tempranas horas de la tarde. Las normas de decencia, incluso las inhumanas, exigían que incluso el licántropo alfa del castillo Woolsey permaneciera en silencio a aquellas horas del día.

—¿De qué radio de acción estamos hablando exactamente? No puede haberse extendido hasta aquí.

Oh, cielos, su acento escocés había vuelto a hacer acto de presencia, lo cual no podía indicar nada bueno. Para nadie.

—¿En todo Londres? ¿No? Vaya, así que solo el dique del Támesis y el centro de la ciudad. Sencillamente imposible.

Esta vez lady Maccon creyó discernir un leve murmullo de respuesta a las exclamaciones de su señor esposo. Al menos, se consoló Alexia, su marido no estaba del todo chiflado. Pero ¿quién había osado perturbar a lord Maccon en sus dependencias privadas a horas tan intempestivas? Alexia intentó, por segunda vez, asomar la nariz por encima del hombro de su marido. ¿Por qué tenía que ser siempre tan corpóreo?

Finalmente se incorporó.

Alexia Maccon era conocida por ser una dama de regio porte y poco más. A pesar de su posición social, la sociedad solía considerar su anatomía demasiado tostada como para darle excesivo crédito a su persona. La propia Alexia siempre había sido de la opinión de que una buena posición era su última y mayor esperanza, y se sentía orgullosa de haber adquirido el epíteto «de regio porte». Esa mañana, sin embargo, un montón de mantas y almohadas se ocuparían de frustrar sus pretensiones: solo fue capaz de incorporarse sobre los codos, sin gracia alguna, con la columna tan flácida como un fideo.

Lo único que reveló tan hercúleo esfuerzo fue un leve destello plateado y una forma vagamente humana: la Difunta Merriway.

—Murmullo, murmullo —dijo la Difunta Merriway, tratando de aparecerse en su forma completa a pesar de la ausencia de oscuridad. Y es que ante todo era un fantasma educado, relativamente joven y bien conservado, y aún enteramente cuerdo.

—Oh, por el amor de Dios. —El enfado de lord Maccon aumentaba por momentos. Lady Maccon conocía a la perfección ese tono de voz en concreto porque normalmente era a ella a quien iba dirigido—. Pero no existe nada en la Tierra capaz de provocar tal efecto.

La Difunta Merriway respondió algo que no pudo oír.

—Y bien, ¿han consultado a todos los agentes diurnos?

Alexia puso todos sus esfuerzos en tratar de oír la respuesta. El fantasma ya tenía una voz dulce y discreta de por sí, pero cuando además bajaba el tono intencionadamente, se hacía prácticamente imposible discernir una sola palabra.

—Sí —respondió, grosso modo, la Difunta Merriway—, y tampoco tienen la más remota idea.

El fantasma parecía asustado, lo cual despertó en Alexia más preocupación que la más que evidente irritación de su señor esposo (una reacción que, por otra parte, en él resultaba ser tristemente habitual). Pocas eran las cosas capaces de asustar a los que ya habían muerto, con la posible excepción de un preternatural. E incluso Alexia, carente de alma desde su nacimiento, solo era peligrosa bajo circunstancias muy específicas.

—¿Cómo? ¿Ni la más remota idea? Perfecto. —El conde apartó las mantas a un lado y salió de la cama.

La Difunta Merriway ahogó una exclamación de sorpresa y se dio la vuelta, presentando su transparente espalda a la figura completamente desnuda del conde.

Alexia agradeció la cortesía del fantasma, decisión no compartida por lord Maccon. Pobre Merriway, siempre cortés hasta las entrañas. O lo que quedara de ellas. Lady Maccon, por su parte, prefirió no mostrarse tan reticente, y es que su señor esposo, para qué negarlo, tenía una espalda decididamente portentosa. Así se lo había comunicado Alexia a la señorita Ivy Hisselpenny en más de una ocasión, provocando la reacción escandalizada de su amiga más querida. Quizá fuera demasiado pronto para estar despierta, pero no lo suficiente como para no admirar algo de semejante calibre.

De pronto, el conde se dirigió hacia su vestidor, privando a Alexia de tan artística y placentera visión.

—¿Dónde está Lyall? —ladró a lo lejos.

Lady Maccon trató de conciliar de nuevo el sueño.

—¿Cómo! ¿Lyall también ha desaparecido? ¿Es que acaso se han puesto todos de acuerdo? No, yo no le he enviado... —Una pausa—. Ah, sí, tiene usted toda la razón, lo he hecho. El grueso de la manada está — *blub, blub, blub*— a punto de —*blub, blub*— llegar. — *Splash*—. ¿No debería haber regresado ya?

Obviamente, su esposo se estaba lavando, puesto que el sonido atronador de su voz era interrumpido de vez en cuando por un discreto chapoteo de agua. Alexia trató de localizar la voz de Tunstell. Sin su ayuda de cámara, la mitad más ruidosa de la naranja solo sería capaz de componer la presencia más desastrosa. No era buena idea permitir que el conde se vistiera sin supervisión.

—De acuerdo, está bien, envíe a un guardián en su busca cuanto antes.

Al oír las palabras del conde, la forma espectral de la Difunta Merriway desapareció de la estancia.

Conall reapareció en el campo visual de Alexia para recoger su reloj de oro de la mesilla de noche.

—Claro que se lo tomarán como un insulto, pero no hay nada que yo pueda hacer

al respecto.

¡Ja! Alexia estaba en lo cierto. De hecho, el conde ni siquiera se había vestido y únicamente lucía una capa. *Ni rastro de Tunstell, entonces.*

De pronto, el conde pareció reparar en la presencia de su esposa por primera vez.

Alexia, por su parte, fingió estar dormida.

Conall sacudió suavemente el hombro de su esposa, admirando la abultada maraña formada por su oscuro cabello y su desinterés, ingeniosamente fingido. Cuando las sacudidas se tornaron insistentes, Alexia abrió los ojos, batiendo teatralmente las pestañas en dirección a su marido.

—Ah, buenas tardes, querido.

Alexia observó fijamente a su marido con los ojos ligeramente enrojecidos. Tanta canallada vespertina no sería tan horrible si el conde no la hubiera mantenido despierta la mitad del día. Y no es que el esfuerzo en particular hubiese sido desagradable, solo largo y exuberante.

—¿Qué te traes entre manos, esposo mío? —preguntó Alexia con una nota de sospecha entrelazada con su voz.

—Mis disculpas, querida.

Lady Maccon odiaba especialmente que su esposo la llamara «querida». Significaba que se traía algo entre manos pero no tenía intención de compartirlo con ella.

—Debo acudir inmediatamente a las oficinas del ORA. Un asunto importante. — Por la capa y los colmillos que asomaban entre los labios del conde, Alexia supuso que, por «inmediatamente», su esposo quería decir corriendo, en forma de lobo. Sin duda algo había sucedido y requería atención urgente. Lord Maccon prefería trasladarse a la Oficina del Registro de lo Antinatural (ORA) en carruaje, con confort y estilo, y sin pelaje.

—¿De veras? —murmuró Alexia.

El conde remetió las mantas alrededor del cuerpo de su esposa. Sus manos, aunque enormes, eran asombrosamente cuidadosas. Al entrar en contacto con su amada preternatural, los colmillos desaparecieron. Por un instante, lord Maccon fue mortal.

—¿Te vas a reunir esta noche con el Consejo en la Sombra? —preguntó.

Alexia medito su respuesta. ¿Ya era jueves?

—Sí.

—En ese caso te espera una conferencia ciertamente interesante —continuó el conde, provocando la curiosidad de lady Maccon.

Alexia se incorporó de un salto, deshaciendo el cuidadoso entramado de ropa de cama.

—¿Qué? ¿Por qué? —Las mantas dejaron al descubierto el torso de la joven,

revelando que las dotes de lady Maccon eran sin duda considerables y de ningún modo fabricadas por medio de artificios propios de la moda, como un corsé con relleno u otra prenda de idéntico estilo pero excesivamente ajustada. A pesar de la familiaridad nocturna de lord Maccon con este hecho, el conde era propenso, en los bailes a los que asistían, a arrastrar a su esposa hasta la primera galería apartada del bullicio para comprobar y «asegurarse» de que ese seguía siendo el caso.

—Siento haberte despertado tan temprano, querida. —De nuevo la tan temida palabra—. Prometo que te lo compensaré por la mañana. —Arqueó las cejas con lascivia y se inclinó sobre Alexia para regalarle un beso largo y concienzudo.

Lady Maccon emitió un sonoro bufido e intentó apartar el amplio pecho del conde sin efecto alguno.

—Conall, ¿qué está sucediendo?

Pero el irritante licántropo que Alexia tenía por esposo ya se había incorporado y se dirigía, decidido, hacia la puerta del aposento.

—¡Manada! —El aullido resonó en todo el pasillo. Al menos esta vez había tratado de aparentar cierta preocupación por el bienestar de Alexia al cerrar primero la puerta.

El dormitorio de Alexia y Conall Maccon ocupaba una de las torres más altas que Woolsey podía ofrecer, la cual, por qué no admitirlo, era más bien un grano, discreto aunque no por ello menos digno, adherido a lo más alto de una de las paredes del castillo. A pesar de encontrarse relativamente aislado del resto de las dependencias, el grito del conde se oyó en casi todo el edificio, incluso en el salón más retirado, donde sus guardianes se encontraban tomando el té.

Los guardianes de Woolsey trabajaban duro en sus respectivas obligaciones durante el día, cuidando de sus somnolientos amos y ocupándose con diligencia de los asuntos diurnos de la manada. Para muchos, el té constituía un respiro breve aunque necesario antes de ser emplazados a sus rutinas más allá de las murallas del castillo. Las manadas solían preferir compañeros de tendencias creativas, y puesto que Woolsey se encontraba cerca de Londres, unos cuantos de sus guardianes participaban activamente en la actividad teatral del West End londinense. A pesar del encanto del pudín de Aldershot, el pastel de Madeira y el té negro, la llamada de su señor los hizo levantarse con tanta premura como cabía esperar en ellos.

De pronto la casa se transformó en un hervidero de actividad: carruajes y hombres a caballo de un lado a otro, haciendo chasquear las herraduras de sus monturas contra el suelo adoquinado del patio de entrada; puertas cerrándose, voces llamándose a pleno pulmón por todas partes. De pronto, el castillo se había transformado en lo más parecido a la zona de despegue y aterrizaje de dirigibles en el corazón de Hyde Park.

Con el más sonoro de los suspiros, para dejar bien clara la gravedad de la afrenta, Alexia Maccon se levantó de la cama y recogió su camisón, convertido en un montón

de volantes y encajes sobre el frío suelo de piedra. Era uno de los regalos con que su esposo la había agasajado el día de su boda, o mejor dicho, se había agasajado a sí mismo, puesto que era de fina seda francesa y el número de pliegues era escandalosamente escueto. Se trataba, sin embargo, de una pieza bastante adelantada a los cánones estilísticos del momento, y atrevidamente francesa, así que a Alexia le gustaba. A Conall también, especialmente cuando se entregaba a la labor de arrancárselo del cuerpo, que, por cierto, era como había terminado en el suelo. La pareja había negociado una relación temporal con el camisón; la mayor parte del tiempo Alexia solo podía llevarlo fuera de la cama. El conde podía ser muy persuasivo cuando ponía todo su empeño, y otras partes de su anatomía, en ello. Lady Maccon había dado por supuesto que no le quedaba más remedio que acostumbrarse a dormir desnuda, aunque siempre la persiguiera la preocupación por si se declaraba un incendio en la casa y no le quedaba más remedio que salir corriendo en cueros delante de todos. Dicho temor, sin embargo, disminuía con el paso de los días, y es que Alexia vivía con una manada de hombres lobo y poco a poco se estaba aclimatando a su continua desnudez; algunas veces por necesidad, otras por simple preferencia. En un solo mes, convivía con más vello masculino del que cualquier otra mujer inglesa vería en toda su vida. Y eso sin tener en cuenta que la mitad de la manada estaba luchando en las tierras del norte de la India, por lo que pronto el número de machos iría en aumento. Alexia pensó en su esposo: con él tenía que lidiar todos los días.

Alguien llamó tímidamente a la puerta y luego guardó silencio. Finalmente, la puerta del dormitorio se abrió lentamente y por ella asomó un rostro con forma de corazón, enmarcado por una hermosa cabellera rubia y dos enormes ojos color violeta de mirada aprehensiva. La doncella a la que pertenecían había aprendido, para su más abyecta mortificación, a dar tiempo extra a su señor y a su señora antes de perturbarlos con su presencia. Aunque las inclinaciones amorosas de lord Maccon resultaban impredecibles, lo que sí podía predecirse fácilmente era su temperamento en caso de que alguien osara interrumpir a la pareja.

Después de comprobar la ausencia de su amo con evidente alivio, la doncella entró en los aposentos cargando con una palangana de agua caliente y una toalla blanca y humeante sobre un brazo. Saludó cortésmente a Alexia. Lucía un vestido gris, elegante a la par que sobrio, con un delantal blanco por encima. Alexia sabía, aunque otros no, que la tela que rodeaba su esbelto cuello escondía múltiples marcas de colmillos. Como si ser un zángano de vampiro en una propiedad licántropa no fuera suficientemente sorprendente, la doncella abrió entonces la boca y demostró ser también censurablemente francesa.

—Buenas tardes, madame.

Alexia sonrió.

—Buenas tardes, Angelique.

La nueva lady Maccon, que apenas había estrenado su título tres meses atrás, ya había tenido tiempo de perfilar un gusto ciertamente atrevido, una magnificencia en el yantar incomparable y un estilo capaz de crear tendencia. Y aunque pocos sabían que formaba parte del Consejo en la Sombra, su buena relación con la reina Victoria era ampliamente conocida. Eso, unido a un marido licántropo y temperamental con multitud de propiedades y una posición social aventajada, era más que suficiente para que las excentricidades de la joven Alexia —como llevar sombrilla por la noche y mantener en su servicio a una doncella francesa de belleza innegable— fueran convenientemente soslayadas por la más alta sociedad.

Angelique dejó la palangana y la toalla sobre el tocador de su señora y volvió a desaparecer, para regresar pasados diez minutos con una taza de té, recoger la toalla usada y el agua y regresar con una mirada de determinación y un aire de calmada autoridad. Por norma general, vestir a lady Maccon se convertía en una pequeña batalla de voluntades, pero una reciente alabanza en la columna de sociedad del *lady's Pictorial* había reforzado la confianza de Alexia en las decisiones de Angelique *à la toilettes*.

—Y bien, mi joven bruja —le dijo lady Maccon a la silenciosa muchacha—, ¿qué voy a llevar esta noche?

Angelique hizo su selección entre la amplia variedad del armario de su señora: un vestido confeccionado con suave terciopelo color chocolate, de líneas militares y grandes botones color bronce, muy apropiado para una reunión de trabajo del Consejo en la Sombra.

—Tendrás que prescindir del pañuelo de seda —dijo Alexia a modo de protesta—. Quizás necesite enseñar cuello esta noche. —Lo que no explicó a su doncella fue que los guardias de palacio comprobaban rigurosamente los cuellos de los visitantes en busca de marcas de colmillos. Angelique no formaba parte del reducido grupo informado de la participación de Alexia Maccon en dichas reuniones en calidad de *muhjah*. Puede que fuera la doncella personal de Alexia, pero seguía siendo francesa y, a pesar de la opinión de Floote al respecto, el personal doméstico no tenía que saberlo todo.

Angelique asintió sin atisbo de protesta y recogió el cabello de su señora con sencillez, a juego con la sobriedad del vestido, con tan solo unos pocos mechones asomando bajo un pequeño bonete de encaje. Acto seguido, Alexia se dispuso a abandonar el castillo, incapaz de ocultar la curiosidad por conocer qué había llevado a su esposo a tan pronta partida.

No encontró a nadie a quien preguntar. Nadie esperaba alrededor de la mesa; guardianes y manada se habían desvanecido con el conde. La casa estaba vacía, a excepción de algunos sirvientes, en los que Alexia decidió concentrar su interés.

Ellos, sin embargo, se dispersaron rápidamente, ocupándose de sus respectivas tareas con la desenvoltura del que lleva tres meses desempeñando el mismo cometido.

El mayordomo de Woolsey, Rumpet, se negó a responder a las preguntas de Alexia con un aire de ofendida dignidad. Incluso Floote afirmó haber pasado toda la tarde en la biblioteca y no haberse percatado de nada.

—Floote, de verdad, algo tiene que saber de lo que ha sucedido. ¡Dependo de usted para averiguar qué está pasando!

Floote le dedicó esa mirada que la hacía sentirse como una niña de siete años. A pesar de haber ascendido de mayordomo a secretario personal, Floote nunca había llegado a perder la severa aura que le otorgaba su antiguo cargo.

Floote le entregó a Alexia su cartera de piel.

—He revisado los documentos de la reunión del pasado domingo.

—Y bien, ¿cuál es su opinión? —Antes de ella, Floote había estado al servicio del padre de Alexia, y, a pesar de la terrible reputación de Alessandro Tarabotti (o quizás gracias a ella), Floote sabía cosas. Alexia había descubierto, como *muhjah*, que con el paso de los días confiaba más y más en la opinión de su secretario, aunque solo fuera para confirmar la suya propia.

Floote consideró su respuesta.

—Me preocupa la cláusula de desregulación, señora. Sospecho que es demasiado pronto para dejar a los científicos a su libre albedrío.

—Mmm, coincidimos plenamente. Recomendaré la anulación de esa cláusula en particular. Gracias, Floote.

El viejo secretario dio media vuelta, dispuesto a irse.

—Oh, una cosa más, Floote.

Resignado, el hombre volvió a darse la vuelta.

—Ha tenido que suceder algo sustancial para alterar a mi esposo de semejante manera. Sospecho que esta noche, cuando regrese, me retiraré a investigar a la biblioteca. Le ruego que esté disponible.

—A sus órdenes, señora —respondió Floote con una pequeña reverencia, y acto seguido abandonó la estancia para pedir un carruaje para su señora.

Alexia dio buena cuenta de su tentempié, recogió el maletín, su sombrilla más reciente y un abrigo largo de lana, y se dirigió hacia la puerta principal.

Y fue entonces cuando descubrió dónde estaba todo el mundo: afuera, en el jardín delantero que llevaba al patio adoquinado del castillo. De algún modo se las habían ingeniado para multiplicarse y, ataviados con atuendo de tipo militar, y por alguna razón solo comprensible para sus diminutos cerebros licántropos, habían procedido a la instalación de un número considerable de grandes tiendas de campaña, utilizando para ello lo último en varillas autoextensibles a vapor, cocidas en grandes perolas de cobre como tallarines de metal. Cada una de ellas tenía el tamaño de un catalejo,

hasta que el calor provocaba su repentina extensión, acompañada de un seco chasquido. Siguiendo el protocolo militar acostumbrado, el proceso reunía a más soldados observando el proceso alrededor de las ollas de los estrictamente necesarios, y cuando una de las varillas se expandía, los asistentes irrumpían en vítores y celebraciones. Entonces alguien cogía la vara metálica con unos guantes de piel y la llevaba hasta la tienda más cercana.

Lady Maccon perdió los nervios.

—¿Qué están haciendo aquí?

Nadie se volvió hacia Alexia ni pareció percatarse de su presencia.

Alexia inclinó la cabeza hacia atrás y gritó «¡Tunstell!» con todas sus fuerzas. Aunque no tenía la capacidad pulmonar de su esposo, tampoco había desarrollado la complejidad floral del espectro femenino más delicado. No en vano, los ancestros de su padre habían conquistado un imperio, y cuando lady Maccon gritaba era precisamente cuando la gente comprendía cómo habían logrado semejante hazaña.

Tunstell apareció dando saltitos, un joven pelirrojo y hermoso, aunque un poco desgarrado, con una sonrisa perpetua en los labios y unas maneras un tanto ausentes que algunos encontraban adorables y otros totalmente exasperantes.

—Tunstell —espetó Alexia, a su parecer calmada y razonablemente—, ¿por qué está mi patio lleno de tiendas de campaña?

Tunstell, ayuda de cámara de lord Maccon y jefe entre los guardianes, miró a su alrededor con su buen humor habitual, como si no hubiese notado nada extraño hasta entonces y de pronto hubiese descubierto que tenían compañía. Tunstell siempre estaba de buen humor. Era el mayor de sus defectos. También era uno de los pocos residentes del castillo Woolsey que se las arreglaba para permanecer imperturbable, o posiblemente ajeno, ante la ira de lord o lady Maccon, su segundo mayor defecto.

—¿No le ha dicho nada? —El rostro pecoso del guardián estaba encendido después de ayudar a levantar una de las tiendas.

—Pues no, no lo ha hecho. —Alexia golpeó el escalón de la entrada con la punta metálica de su sombrilla.

El guardián sonrió.

—Mi señora, el resto de la manada ha regresado. —Tunstell señaló con ambas manos el caos de lona que se extendía frente a ellos, agitando los dedos dramáticamente. Tunstell era actor, y de cierta categoría: todo lo que hacía era dramático.

—Tunstell —respondió Alexia lentamente, como quien conversa con un niño pequeño—, esto significaría que mi esposo posee una manada muy, muy grande. No hay un solo hombre lobo alfa en toda Inglaterra que pueda presumir de una manada de semejantes proporciones.

—Oh, cierto. La manada ha traído consigo al resto del regimiento —explicó

Tunstell entre susurros, como si Alexia y él fueran dos amigos que compartieran la más deliciosa chanza.

—Tengo entendido que es costumbre que la manada y los oficiales del regimiento que la acompañan se separen a su regreso a casa. Para que, bueno, una no se encuentre con cientos de soldados acampando frente a su casa.

—Lo cierto es que en Woolsey siempre se han hecho las cosas de forma un tanto distinta. Al ser la mayor manada de toda Inglaterra, somos los únicos que nos dividimos para cumplir con el servicio militar, de modo que, cuando llega la hora de regresar, mantenemos a la Guardia Goldsteam reunida durante unas semanas. Ayuda a crear una sensación de solidaridad entre sus miembros. —Tunstell insistió en la elocuencia de sus gestos describiendo líneas en el aire con sus finas y pálidas manos, y luego asintió con entusiasmo.

—Y toda esta solidaridad, ¿tiene que perpetrarse en el jardín delantero de Woolsey? —Tap, tap, tap, añadió la sombrilla de Alexia. La ORA había empezado recientemente a experimentar con nuevas clases de armamento. Con la desbandada del Club Hypocras pocos meses antes, las autoridades habían descubierto una pequeña unidad de vapor comprimido. Al parecer, el artilugio se calentaba sin cesar hasta explotar. Lord Maccon se lo había mostrado a su esposa. Antes de explotar, el invento emitía un sonido metálico, parecido al que la sombrilla de Alexia arrancaba de la fría piedra de las escaleras en ese preciso instante. Tunstall, por su parte, permanecía totalmente ajeno a dicha correlación de hechos, porque en caso contrario habría procedido con mayor cautela. Aunque, por otro lado, tratándose de Tunstall, lo más probable era que no lo hubiese hecho.

—Sí, ¿no es estupendo? —gorjeo el joven.

—Pero ¿por qué? —Tap, tap, tap.

—Es donde siempre hemos acampado —intervino una nueva voz, al parecer igualmente ajena al mecanismo de vapor que, tras su particular cuenta atrás, acababa explotando.

Lady Maccon dio media vuelta para mirar fijamente al hombre que se atrevía a interrumpirla. El caballero en cuestión era alto y de amplias espaldas, aunque no de la escala de su señor esposo. Lord Maccon era grande a la escocesa; este caballero, sin embargo, solo era grande al modo inglés, por lo que la diferencia era notable. Además, al contrario que el conde, quien a menudo topaba con objetos de muy distintos tamaños, como si su cuerpo fuese mayor que su propia percepción de él, este hombre parecía sentirse perfectamente a gusto con su fisonomía. Vestía uniforme de oficial y era consciente de hasta qué punto le favorecía. Calzaba botas relucientes, llevaba el rubio cabello ahuecado bien arriba y hablaba con un acento que en realidad no era acento alguno. Alexia conocía a los de su clase: educación, dinero y sangre azul.

—Oh, de modo que siempre han acampado aquí, ¿verdad? —preguntó Alexia mostrando los dientes—. Bien, pues eso se ha acabado. —Y volviéndose hacia Tunstell, añadió—: Hemos organizado una cena para pasado mañana. Haga que recojan esas tiendas inmediatamente.

—Inaceptable —intervino el militar de rubios cabellos dando un paso al frente. Alexia se preguntó si tal vez no se trataría de un caballero, a pesar del acento y la apariencia inmaculada; también tuvo oportunidad de observar los ojos del extraño, de un profundo azul, gélido e intenso.

Tunstell, con un ápice de preocupación tras su sempiterna sonrisa, parecía incapaz de decidir a quién de los dos obedecer.

Alexia ignoró al recién llegado.

—Si han de acampar aquí, que lo hagan en la parte de atrás del castillo.

Tunstell dio media vuelta, dispuesto a cumplir las órdenes de su señora, pero fue detenido por el extraño, quien puso una de sus enormes manos enfundadas en guantes blancos sobre su hombro.

—Pero esto es ridículo —protestó el caballero, haciendo restallar sus dientes perfectos en dirección a lady Maccon—. El regimiento siempre se ha instalado en el patio del castillo. Es mucho más cómodo que los jardines.

—Ahora —le dijo Alexia a Tunstell, ignorando al intruso. Hablarle en ese tono de voz a ella, cuando ni siquiera habían sido debidamente presentados...

Tunstell, menos alegre de lo que Alexia jamás le había visto, no dejaba de mirar a los dos contendientes con insistencia, como si en cualquier momento fuese a llevarse una mano a la cabeza y fingir un desvanecimiento por pura confusión.

—Quédese donde está, Tunstell —ordenó el extraño.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Alexia, molesta por la interferencia de aquel hombre hasta el punto de concurrir en un caso flagrante de blasfemia.

—Comandante Channing Channing, de los Channing de Chesterfield.

Alexia abrió la boca de par en par. Ahora comprendía por qué aquel hombre se mostraba tan pagado de sí mismo. Qué más podía hacer, después de toda una vida bajo el peso de un nombre como ese.

—Comandante Channing, he de pedirle que no interfiera en el correcto funcionamiento de esta casa. Se encuentra usted en mis dominios.

—Ah, ¿es usted la nueva ama de llaves? No he sido informado de que lady Maccon haya llevado a cabo cambios tan drásticos.

Alexia no se sorprendió al oír las suposiciones del comandante, y es que sabía perfectamente que su apariencia no se correspondía con las expectativas de un título como lady Maccon: demasiado mayor, demasiado italiana y francamente, demasiado corpulenta. Se dispuso a subsanar el error antes de que el malentendido fuese a mayores, pero él no le dio la oportunidad de hacerlo. Claramente, a Channing

Channing, de los Channing de Chesterfield, le gustaba el sonido de su propia voz.

—No perturbe la paz de su linda cabecita con los pormenores de nuestra acampada. Puedo asegurarle que ni su señor ni su señora esperan tanto de usted. —La señora en cuestión no pudo evitar sonrojarse ante semejante presunción—. Limítese a dejarnos a cargo de nuestros asuntos y ocúpese de sus obligaciones.

—Le puedo asegurar —dijo Alexia —que absolutamente todo lo que ocurre en el castillo de Woolsey o a su alrededor me concierne.

Channing Channing, de los Channing de Chesterfield, sonrió y guiñó uno de sus ojos azules con la seguridad de quien se cree encantador.

—Mire, ninguno de los dos tenemos tiempo que perder, ¿no cree? Haga el favor de desaparecer de aquí y retomar sus obligaciones diarias y veré si más tarde tengo tiempo para recompensarla por su obediencia.

¿Era esa una mirada lasciva? Alexia estaba prácticamente segura de que sí.

—¿Está usted flirteando conmigo, señor? —preguntó lady Maccon.

—¿Le gustaría que así fuera? —respondió él, con la sonrisa cada vez más amplia.

Vaya, al parecer no había más que decir al respecto: aquel hombre no tenía nada de caballero.

—Oh, oh —musitó Tunstell con un hilo de voz, retrocediendo casi imperceptiblemente.

—La sola idea me resulta repugnante —dijo lady Maccon.

—Oh, no esté tan segura —insistió el comandante Channing, acercándose a Alexia—, a una fierecilla italiana como usted, con un físico agradable y no demasiado mayor, seguro que aún le quedan unas cuantas noches en vela. Siempre me han atraído las rarezas de otros países.

Alexia, que solo era medio italiana, y únicamente de nacimiento, puesto que había sido criada según los preceptos de la más estricta educación británica, no era capaz de decidir qué parte de la frase que acababa de escuchar la ofendía más.

El comandante Channing, por su parte, parecía dispuesto a poner sus repulsivas manos en ella.

Alexia se apartó y le golpeó con la sombrilla en la cabeza.

Hasta el último de los presentes en el patio del castillo dejó de hacer aquello en lo que hasta entonces había estado ocupado para observar a la dama de proporciones esculturales que en aquel preciso instante se entregaba sin cuartel al noble propósito de aporrear con una sombrilla a su tercero al mando, gamma de la manada de Woolsey, comandante de la Guardia Goldsteam en el extranjero.

Los ojos del comandante en cuestión adquirieron una tonalidad azul aún más gélida, y alrededor del iris se formó una línea oscura, mientras dos de sus inmaculados dientes se convertían en colmillos.

Así que licántropo, ¿eh? Bueno, por algo la punta de la sombrilla de Alexia

Maccon estaba rematada en plata. Cargó de nuevo, asegurándose esta vez de que la punta tocara la piel del comandante, y redescubriendo, casi por milagro, el poder de su verborrea.

—¡Cómo se atreve! ¡No es usted más que un chucho impúdico —golpe—, arrogante —golpe—, despótico —golpe— y poco observador! —Golpe, golpe. Por norma general, Alexia no era dada a excesos, ni verbales ni violentos, pero las circunstancias así lo exigían. Él era un hombre lobo y, si no le tocaba para cancelar sus habilidades sobrenaturales, resultaba prácticamente imposible provocarle algún daño. Por eso mismo Alexia consideró más que justificado propinarle un par de sombrillazos extra para enseñarle un poco de disciplina.

El comandante Channing, sorprendido ante el ataque físico de un ama de llaves aparentemente indefensa, se protegió la cabeza con los brazos y sujetó la sombrilla, que luego utilizó para tirar con fuerza de lady Maccon. Ella perdió el control sobre su socorrido accesorio, momento que el comandante aprovechó para arrebatárselo. A pesar de que, por la expresión de su rostro, el militar parecía dispuesto a devolverle los golpes (pudiendo provocar daños importantes en Alexia, puesto que esta carecía de la habilidad sobrenatural para curarse), en vez de ello lanzó la sombrilla a un lado e hizo ademán de propinar un tortazo a la condesa.

En ese preciso instante, Tunstell se abalanzó sobre la espalda de su superior. El fiel pelirrojo rodeó el cuerpo del comandante con brazos y piernas, inmovilizando sus brazos.

Los recién llegados allí reunidos ahogaron una exclamación de horror. Que un guardián atacara a un miembro de la manada era algo inaudito y motivo suficiente para provocar la expulsión inmediata del agresor. Sin embargo, los guardianes y miembros de la manada que sabían quién era Alexia abandonaron lo que estaban haciendo y acudieron en su ayuda.

El comandante Channing se deshizo de Tunstell y le propinó un bofetón en la cara con el dorso de la mano, enviándolo al suelo sin demasiado esfuerzo. El joven guardián emitió un grito de dolor y se desplomó.

Alexia dedicó una mirada de odio al gamma y se agachó junto a Tunstell para comprobar cómo estaba. Tenía los ojos cerrados, pero respiraba sin problemas.

—Yo que usted, señor Channing, detendría este sinsentido en el acto —dijo Alexia, poniéndose de pie y obviando intencionadamente al «comandante».

—No estoy de acuerdo —respondió el hombre, desabrochándose la casaca de su uniforme y quitándose los guantes—. Ambos necesitan disciplina.

Un segundo más tarde ya se estaba transformando. En la compañía adecuada, semejante osadía habría resultado chocante, pero casi todos los presentes habían presenciado el espectáculo con anterioridad. Con el paso de las décadas, desde la integración de las manadas, los militares habían aprendido a sentirse casi tan

cómodos con las mutaciones licantrópicas como lo estaban con el noble arte de la blasfemia. Pero ¿transformarse en presencia de una dama, aunque solo fuera una simple ama de llaves? Un murmullo de alarma recorrió la multitud.

Alexia también estaba sorprendida. Apenas había anochecido, y quedaban muchas jornadas hasta la próxima luna llena, lo cual no hacía sino evidenciar que aquel hombre tenía más experiencia y más edad de la que cabía esperar por su comportamiento. Además, era un experto en el proceso, pulido en su ejecución a pesar de lo que su esposo había descrito una vez como el peor dolor que un hombre pueda padecer y seguir viviendo. Alexia había visto a algunos de los miembros más jóvenes de la manada gritar y retorcerse, pero el comandante Channing pasó de humano a lobo sin apenas inmutarse. Piel, huesos y pelaje se recolocaron limpiamente, dando como resultado uno de los lobos más hermosos que Alexia hubiese visto jamás: grande, de un blanco casi puro y con ojos azul cielo. El animal se sacudió el resto de la ropa de encima y empezó a describir lentos círculos a su alrededor.

Alexia se preparó para lo peor. Un simple roce de su mano y el comandante volvería a ser humano, aunque aquello no fuera garantía de nada. Aun siendo mortal, seguiría siendo más grande y más fuerte que ella, y Alexia había perdido la protección de su sombrilla.

Justo cuando el lobo blanco se disponía a cargar, otro lobo se interpuso en su camino, con los colmillos preparados. El recién llegado era considerablemente más pequeño que el comandante Channing, tenía el pelaje de un rubio ceniciento y negro alrededor del cuello y en la cabeza, los ojos amarillo pálido y facciones más propias de un zorro.

Al chocar, sus cuerpos emitieron un sonido seco, y ambos se enzarzaron en una batalla sin cuartel con uñas y dientes. El lobo blanco era más grande, pero pronto se hizo evidente que el más pequeño de los dos poseía mayor astucia y velocidad, y no tardó en descubrir cómo utilizar el tamaño de su contrincante a su favor. En apenas unos segundos, el menor de los dos se había deshecho de la presa de su enemigo y sujetaba al comandante Channing firmemente por el gaznate.

La pelea terminó tan rápido como había empezado. El lobo blanco se echó al suelo y rodó sobre sí mismo para ofrecer su estómago en señal de sumisión a su diminuto oponente.

Alexia creyó oír un gemido y apartó la mirada de la pelea para descubrir que Tunstell se había incorporado y parpadeaba de forma ausente. Sangraba copiosamente por la nariz, pero, por lo demás, parecía ileso, aunque algo mareado. Alexia le entregó un pañuelo y se agachó en busca de su sombrilla, la excusa perfecta para no presenciar de nuevo la transformación, esta vez de lobo a humano.

No obstante, hubo algo que sí observó por el rabillo del ojo. ¿Qué mujer de

sangre caliente no lo hubiera hecho? El comandante Channing era todo músculo, más alto y delicado que su marido, pero, y no le quedaba más remedio que admitirlo, ciertamente hermoso. Le sorprendió el hombrecillo de cabello plomizo y edad indeterminada que esperaba pacientemente de pie junto a él. Nunca habría acusado al profesor Lyall de poseer una musculatura gratuita, pero allí estaba, inequívocamente en forma. ¿Qué profesión había desempeñado Lyall antes de convertirse en licántropo?, se preguntó Alexia, y no por primera vez. De pronto, aparecieron dos guardianes con sendas capas y cubrieron el objeto de las especulaciones de lady Maccon.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —ladró el comandante Channing en cuanto su mandíbula hubo recuperado parte de su humanidad. Se dio la vuelta y clavó la mirada en el hombre que tenía a su lado—. No le he retado. Sabe que nunca lo haría. Ese tema quedó zanjado hace años. Esto no ha sido más que una cuestión de disciplina dentro de la manada, perfectamente aceptable. El comportamiento inapropiado de los guardianes debe recibir su justo castigo.

—A menos, claro está, que uno de ellos no sea un guardián —respondió el profesor Randolph Lyall, sufrido beta de la manada de Woolsey.

El comandante parecía nervioso. La arrogancia había desaparecido de sus facciones, confiriéndole un aspecto, para el gusto de Alexia, mucho más atractivo.

—Comandante Channing, gamma de la manada de Woolsey —continuó el profesor Lyall con un suspiro—, permítame que le presente a lady Alexia Maccon, rompe-maldiciones y su nueva hembra alfa.

A Alexia no le gustaba la expresión *rompe-maldiciones*; sonaba terriblemente deportivo, como si estuviera a punto de enzarzarse en un prolongado e incansable torneo de críquet. Puesto que algunos licántropos aún consideraban su inmortalidad una maldición, Alexia suponía que aquel apelativo era una especie de extraño elogio destinado a zafarse de la bestialidad de la luna llena. Siempre era preferible romper-maldiciones a *chupaalmas*, y es que solo los vampiros eran capaces de inventarse un término que implicara un deporte más grosero aún que el críquet, si es que tal cosa era posible.

Alexia finalmente encontró su sombrilla y se puso de pie.

—Podría decir que ha sido un placer conocerle, comandante Channing, pero prefiero no perjurar a tan tempranas horas de la tarde.

—Demonios —respondió el comandante Channing, fulminando con la mirada primero a Lyall y luego al resto de los presentes—, ¿por qué nadie me ha avisado?

Alexia no pudo evitar sentirse un tanto culpable. Había permitido que su temperamento sacara lo peor de ella, aunque en realidad él tampoco le había concedido el tiempo necesario para presentarse.

—¿He de suponer entonces que no había sido informado de mi presencia? —

preguntó Alexia, dispuesta a tomar nota del enésimo error de su marido en una sola noche. Cuando regresara a casa, nadie le iba a salvar de un buen tirón de orejas.

—Bueno, no, en realidad no —respondió el comandante Channing—. Es decir, sí, recibimos una escueta misiva hará un par de meses, pero la descripción no era... ya sabe... suponía que usted sería...

Alexia levantó su sombrilla en alto con decisión y Channing dio marcha atrás de inmediato.

—... menos italiana —concluyó.

—¿Y mi querido esposo no le contó la verdad a su llegada? —Alexia parecía más concentrada que molesta. Tal vez el comandante Channing no fuera tan despreciable. Al fin y al cabo, ella también se había sorprendido al conocer las intenciones maritales de lord Maccon para con ella.

El comandante Channing se mostró irritado.

—Aún no le hemos visto, mi señora, o este paso en falso habría sido convenientemente evitado.

—No sé nada al respecto —respondió lady Maccon encogiéndose de hombros—. El conde es propenso a exagerar mis virtudes. Las descripciones que hace de mí suelen ser un tanto irreales.

El comandante Channing dio rienda suelta a sus encantos; lady Maccon casi podía oír el crujido de las tuercas y el vapor saliendo en espirales del cuerpo del licántropo.

—Oh, no lo creo, mi señora. —Desgraciadamente para el gamma, que no era inmune a los encantos de Alexia, esta prefirió hacerse la ofendida.

Se quedó inmóvil, con una mirada implacable en los ojos y los labios comprimidos en una delgada línea.

El comandante cambió rápidamente de tema, centrándose esta vez en el profesor Lyall.

—¿Por qué no está nuestro venerado líder presente para recibirnos? Hay algunos temas bastante urgentes que querría discutir con él.

Lyall se encogió de hombros y el comandante creyó percibir algo en su actitud y decidió no seguir preguntando. Criticar estaba en la naturaleza de un gamma, tanto como apoyar a su señor en la de un beta, independientemente de la dureza de las acciones del alfa.

—Asuntos urgentes del ORA —fue todo lo que Lyall dijo al respecto.

—Sí, bueno, tal vez mis asuntos también sean urgentes —le espetó el comandante Channing—. Es difícil saberlo, especialmente cuando el conde no está disponible para atender las necesidades de la manada.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —El tono de voz del profesor Lyall parecía dejar bien claro que, cualesquiera que fuesen esos asuntos, solo Channing podía ser el

responsable.

—La manada ha experimentado algo poco usual durante el trayecto de vuelta en barco. —El comandante Channing parecía ser de la opinión de que si el beta insistía en mostrarse cauteloso, él también podía hacerlo. Se volvió decidido hacia Alexia—. Encantado de conocerla, lady Maccon. Le pido mil disculpas por lo sucedido. La ignorancia no es excusa; le aseguro que soy consciente de ello. Sea como fuere, se lo compensaré como buenamente pueda.

—Pídale disculpas a Tunstell —respondió lady Maccon.

Aquello fue un golpe en toda regla: el gamma de la manada, tercero en la línea de mando, disculpándose ante un simple guardián. El comandante Channing respiró hondo, pero hizo lo que se esperaba de él. Elaboró un discurso ante la atónita mirada del pelirrojo, que parecía más y más incómodo por momentos, consciente de la humillación a la que se estaba viendo sometido su gamma. Para cuando el comandante Channing hubo terminado, Tunstell estaba tan colorado que las pecas que salpicaban su rostro habían desaparecido bajo una uniforme capa carmesí. El comandante dio media vuelta y desapareció como una exhalación.

—¿Adónde va? —preguntó lady Maccon.

—Probablemente a trasladar el campamento del regimiento al jardín posterior del castillo. Tendremos que esperar un rato hasta que las varillas de las tiendas se hayan enfriado, mi señora.

—Ah —sonrió Alexia—, he ganado.

El profesor Lyall suspiró, levantó la mirada brevemente hacia la luna y dijo, como si conversara con una divinidad superior:

—Alfas.

—Y bien —continuó Alexia—, ¿le importaría explicarme quién es el tal Channing Channing, de los Channing de Chesterfield? No parece la clase de hombre que mi esposo elegiría como parte de su manada.

El profesor Lyall ladeó la cabeza.

—No estoy al corriente de los sentimientos de mi señor al respecto, pero más allá de las preferencias de lord Maccon, Channing fue parte de la herencia que recibió con el castillo de Woolsey. Lo mismo podría decirse de mí. Conall no tenía elección. Si le soy franco, el comandante no es tan malo como aparenta. Un buen soldado para cubrirte la espalda en el fragor de la batalla, y créame, porque es la verdad. Trate de no darles demasiada importancia a sus modales. Siempre se ha comportado correctamente como gamma, a pesar de que ni lord Maccon ni yo mismo hemos sido nunca de su agrado.

—¿Por qué? Es decir, ¿por qué usted? Puedo comprender perfectamente que no le guste mi esposo. Incluso a mí me desagrade la mayor parte del tiempo.

El profesor Lyall contuvo una carcajada.

—Tengo entendido que no aprueba el uso de la *elle* en los nombres. Demasiado galés para su gusto. Sospecho, sin embargo, que usted le ha causado una impresión inmejorable.

Alexia hizo girar su sombrilla, avergonzada.

—Por todos los santos, ¿acaso estaba siendo sincero bajo esa gruesa capa de cordialidad azucarada? —Se preguntó qué tenían de especial su físico o su personalidad para que solo la encontraran interesante licántropos de grandes dimensiones. ¿Sería posible ponerle remedio?

El profesor Lyall se encogió de hombros.

—Yo que usted me mantendría al margen de esas cuestiones.

—¿Por qué?

Lyall trató de encontrar el modo más cortés de exponer su teoría y finalmente se decantó por la verdad, por poco delicada que esta fuera.

—Al comandante Channing le gustan las mujeres alegres, de eso no me cabe la menor duda, pero solo porque le gusta —una pausa delicada— refinarlas.

Alexia arrugó la nariz. Comprendía el mensaje que se escondía tras el comentario del profesor Lyall. Tendría que investigar sobre el tema más adelante, con la esperanza de poder encontrar respuestas en la biblioteca de su padre. Alessandro Tarabotti, preternatural, había llevado una vida intensa; fruto y testimonio de dicha intensidad era la colección de libros, algunos de ellos ilustrados con escandalosas imágenes, que su hija había recibido en herencia tras su muerte. Alexia podía dar las gracias a esos libros de que algunos de los deseos más innovadores de su marido no provocaran en ella una continua sucesión de desmayos.

El profesor Lyall se limitó a encogerse de hombros.

—A algunas mujeres les gustan esa clase de cosas.

—Y a algunos hombres les gusta hacer punto de cruz —respondió Alexia, decidida a no pensar más en el problemático gamma de su esposo—. Y a algunas mujeres les gustan los sombreros extraordinariamente horribles. —Este último comentario vino motivado porque acababa de ver a su querida amiga, la señorita Ivy Hisselpenny, apeándose de un carruaje al principio del largo sendero que serpenteaba hasta la entrada del castillo.

La señorita Hisselpenny se encontraba aún muy lejos, pero no había duda de que se trataba de ella; nadie más se atrevería a llevar un sombrero como el suyo. Era de un color púrpura capaz de nublar el sentido, adornado en verde claro, con tres grandes plumas brotando de lo que a todas luces parecía una cesta de fruta aposentada en lo más alto. Un racimo de uvas falsas se desplomaba por un lado del sombrero, colgando casi hasta la discreta barbilla de Ivy.

—Maldición —le dijo lady Maccon al profesor Lyall—, ¿conseguiré llegar a mi reunión algún día?

Lyall se tomó las palabras de su alfa como una indirecta y se dio la vuelta con la intención de marcharse. A menos que, en realidad, estuviese huyendo del sombrero. Sea como fuere, su señora lo detuvo antes de que tuviera tiempo de alejarse.

—No sabe cuánto le agradezco su inesperada intervención hace apenas un momento. No pensé que llegaría a atacarme.

El profesor Lyall observó detenidamente a la esposa de su alfa. Era una mirada extraña, sin reservas, con el rostro libre de las sempiternas optifocales, los ojos castaños sorprendidos y un tanto confusos.

—¿Por qué inesperada? ¿Acaso no me creía capaz de defenderla como lo hubiera hecho Conall?

Lady Maccon sacudió lentamente la cabeza. Era cierto que, dada su complexión ligera y sus maneras de profesor, nunca había confiado demasiado en las habilidades físicas del beta de su esposo. Lord Maccon era robusto como un roble; el profesor Lyall, por su parte, recordaba más a un arbusto. Pero eso no era lo que Alexia había querido decir.

—Oh, no, inesperada porque había dado por sentado que estaría usted con mi esposo, si ese asunto del que se está ocupando el ORA es tan grave como parece.

El profesor Lyall asintió.

Lady Maccon lo intentó por última vez.

—Imagino que no habrá sido la llegada del regimiento lo que ha puesto tan nervioso a mi marido, ¿verdad?

—No. Está al corriente de la llegada del regimiento; de hecho, me ha enviado a recibirlo.

—Oh, eso ha hecho, ¿eh? ¿Y no le ha parecido oportuno informarme?

Lyall, consciente de que posiblemente acababa de meter a su alfa en un grave problema, intentó disimular.

—El conde creía que usted ya lo sabía. Fue el deán quien ordenó el regreso de las tropas. Los papeles de la retirada salieron del Consejo en la Sombra hace ya unos cuantos meses.

Alexia frunció el ceño. Recordaba vagamente al potentado discutiendo a gritos con el deán sobre el tema al poco de ocupar ella el cargo de *muhjah*. El deán había ganado la batalla, puesto que la fuerza de los regimientos de la reina Victoria y la construcción de su imperio dependían de su alianza con las manadas. Los vampiros conservaban intereses en la Compañía de las Indias Orientales y sus tropas mercenarias, claro está, pero esta vez se trataba de un asunto para los regulares y, por tanto, para los licántropos. Sin embargo, lady Maccon no había imaginado que la consecuencia directa de esa decisión fuera a ser la instalación de un campamento completo frente a las puertas de su casa.

—¿No tienen unos barracones como Dios manda donde resguardarse?

—Sí, pero es tradición que se instalen aquí unas semanas mientras la manada se recompone, antes de que los soldados regulares regresen a sus casas.

Lady Maccon observó cómo su amiga Ivy se abría paso entre el caos de tiendas e impedimenta militar. Avanzaba con tanta decisión que era como si caminara entre signos de exclamación. Los motores de hidrodina expulsaban pequeñas nubes de humo amarillo en su dirección, y las varillas de expansión comprimida de las tiendas siseaban ruidosamente al ser arrancadas prematuramente del suelo. El campamento al completo estaba siendo desmantelado para trasladarlo hasta los extensos jardines de Woolsey.

—¿Le he dicho alguna vez cuánto detesto las tradiciones? —preguntó Alexia. De pronto el pánico se apoderó de ella—. ¿Se supone que debemos alimentarlos a todos?

El racimo de uvas se balanceó al ritmo de los rápidos pasos de Ivy. Ni siquiera se detuvo a observar el desorden generalizado. Obviamente tenía prisa, y eso solo podía significar que traía noticias frescas.

—Rumpet está al tanto, usted no se preocupe —aconsejó sabiamente el profesor Lyall.

—¿De verdad no puede decirme qué está sucediendo? Se ha levantado tan temprano, y la Difunta Merriway está involucrada en todo esto.

—¿Quién, Rumpet?

El beta acababa de ganarse una mirada de profundo disgusto.

—Lord Maccon no me ha informado de los detalles —admitió finalmente el profesor Lyall.

Lady Maccon frunció el ceño.

—Y la Difunta Merriway se negará a hacerlo. Ya sabe cómo se pone, nerviosa y un tanto difuminada.

Ivy alcanzó los escalones de la puerta de entrada.

—Si me disculpa —dijo el profesor Lyall entre dientes al advertir la proximidad de la señorita Hisselpenny—, debería ponerme en marcha. —Saludó a la recién llegada con una reverencia y desapareció tras los muros del castillo en pos del comandante Channing.

Ivy le devolvió el saludo, y una fresa se precipitó desde su sombrero y acabó balanceándose junto a su oreja izquierda. En ningún momento se ofendió ante la repentina marcha del profesor, sino que trotó alegremente hasta donde se encontraba su amiga, ignorando por completo la cartera que colgaba de la mano de Alexia y el carruaje que la esperaba, convencida de que las noticias que traía eran mucho más importantes que cualquier asunto que requiriese la presencia de su querida compañera.

—Alexia, ¿sabías que hay un regimiento al completo en tu jardín y que está desmontando un campamento?

Lady Maccon suspiró.

—Ivy, querida, no sé cómo no he podido reparar en ello.

La señorita Hisselpenny ignoró el sarcasmo.

—Traigo las noticias más espléndidas que puedas imaginar. ¿Deberíamos entrar a tomar un té?

—Ivy, tengo asuntos de los que ocuparme en la ciudad y ya llego tarde. —Lady Maccon evitó mencionar que dichos asuntos tenían que ver con la reina Victoria. Ivy no sabía nada de su condición preternatural ni de su posición política, y Alexia prefería mantener a su querida amiga en la más absoluta ignorancia, estado del que Ivy se declaraba particularmente adepta a pesar de su capacidad para provocar estragos a partir de la noticia más insignificante.

—Pero, Alexia, ¡lo que vengo a contarte es de extrema importancia! —Las uvas temblaron de emoción.

—¿Ya han llegado a las tiendas los chales parisinos de invierno?

Ivy sacudió la cabeza, presa de la frustración.

—Alexia, ¿por qué tienes que ser siempre tan cansina?

Lady Maccon apenas conseguía apartar los ojos del sombrero.

—Adelante, pues, no te lo guardes para ti ni un solo segundo más. Dime de qué se trata. —Lo que fuera necesario para conseguir que su más querida amiga partiera cuanto antes. Y es que Ivy a veces podía ser un auténtico incordio.

—¿Qué hace un regimiento en tu patio? —insistió la señorita Hisselpenny.

—Cosas de licántropos. —Lady Maccon calculó sus palabras con precisión, convencida de que aquella era la única forma de hacerle cambiar de tema. La señorita Hisselpenny aun no se había acostumbrado a la existencia de los hombres lobo, ni siquiera después de que su mejor amiga cometiera la temeridad de casarse con uno. No eran especímenes muy comunes, por lo que Ivy se había librado hasta la fecha de su rudeza y de la tan extendida costumbre de que aparecieran desnudos bajo cualquier circunstancia. Parecía incapaz de aclimatarse tal y como Alexia lo había hecho, de modo que prefería, siempre fiel a su estilo, obviar educadamente su existencia.

—Ivy —dijo lady Maccon—, ¿qué estás haciendo aquí exactamente?

—Oh, Alexia, ¡no sabes cuánto siento presentarme aquí de esta manera! No tenía tiempo de hacerte llegar una misiva, y en cuanto se ha tomado la decisión no podía esperar para contártelo. —Abrió los ojos de par en par y se llevó ambas manos a la cabeza—. Estoy prometida.

Capítulo 2. Una plaga de humanización

Lord Conall Maccon era un hombre corpulento y, en consecuencia, un lobo de dimensiones considerables. Era mayor que cualquier otro animal de su misma especie y menos esbelto, todo músculos, sin lugar para la delgadez. Nadie que se cruzara con él dudaría ni un instante de que aquella criatura solo podía ser sobrenatural. Dicho esto, las pocas personas que recorrían aquella solitaria carretera invernal a tan tempranas horas de la tarde no podían verle. Lord Maccon se movía rápidamente, y su pelaje era tan oscuro que, a excepción del intenso amarillo de sus ojos, el resto de su persona se fundía por completo entre las sombras. En más de una ocasión, su esposa había elogiado su belleza como lobo, algo que jamás había repetido cuando era humano. Algún día tendría que interrogarla al respecto. Conall consideró la idea por un instante; no, sería mejor que no lo hiciera.

Tales eran los mundanos pensamientos que ocupaban la mente del lobo mientras atravesaba la campiña en dirección a Londres. El castillo de Woolsey estaba a cierta distancia de la metrópolis, al norte de Barking para ser exactos, a dos horas en carruaje o dirigible y algo menos a cuatro patas. El tiempo fue pasando hasta que finalmente los húmedos pastos, los setos impolutos y los conejos asustados dieron paso a las calles embarradas, los muros de piedra y los gatos callejeros.

El conde descubrió que el trayecto había perdido parte de su encanto cuando de pronto, poco después de atravesar los límites de la ciudad, en la calle Fairfoot, perdió su forma animal completa y abruptamente. Se trataba de un suceso de lo más asombroso; en un momento estaba corriendo sobre sus cuatro patas y un segundo más tarde sus huesos se partían, el pelaje desaparecía y las rodillas chocaban dolorosamente contra los adoquines, dejándole tembloroso, jadeante y desnudo en medio de la calle.

—¡Por todos los santos y por el mismísimo demonio! —exclamó el agraviado caballero.

Nunca antes había experimentado algo remotamente parecido. Ni siquiera cuando su frustrante esposa utilizaba sus poderes preternaturales para devolverlo a su estado primigenio de humanidad; el proceso no era tan repentino. Normalmente, el tránsito iba precedido de un aviso. Bueno, uno pequeño. Uno o dos gritos, para ser exactos.

El conde miró a su alrededor. Alexia no estaba por ninguna parte, y estaba bastante seguro de haberla dejado a salvo, aunque furiosa, en el castillo. No había ningún otro preternatural registrado en el área de Londres y sus alrededores. Entonces, ¿qué acababa de suceder?

Se miró las rodillas, que sangraban ligeramente y cuyas heridas se resistían a desaparecer. Los licántropos eran criaturas sobrenaturales: heridas tan superficiales como aquellas deberían cerrarse en cuestión de segundos. Sin embargo, de los

rasguños brotaba sangre, vieja y espesa, que caía sobre los sucios adoquines de la calle.

Lord Maccon intentó transformarse de nuevo, acudiendo al lugar desde el que obligaba a todo su cuerpo a mutar su naturaleza biológica. Nada. Lo intentó con la Forma de Anubis, una habilidad reservada al macho alfa que consistía en transformarse únicamente de cuello para arriba, conservando el resto del cuerpo de un humano. Tampoco. Allí estaba el conde, sentado sobre los fríos adoquines de la calle Fairfoot, desnudo de la cabeza a los pies y profundamente confuso.

Estimulado por un espíritu curioso, retrocedió unos metros y volvió a intentar la Forma de Anubis, un truco que siempre resultaba más rápido que la transformación total. Esta vez sí funcionó, de modo que ahora el dilema era otro: ¿merodear por la zona en forma de lobo o continuar hasta la oficina desnudo? Recobró sus facciones humanas.

Por norma general, cuando existía la posibilidad de tener que transformarse en público, el conde tomaba la precaución de cargar con una capa entre sus fauces. Esta vez, sin embargo, había dado por sentado que podría refugiarse en las oficinas del ORA y en su vestidor antes de que la decencia fuese estrictamente necesaria. Ahora se arrepentía de semejante exceso de confianza. La Difunta Merriway estaba en lo cierto; algo no iba bien en Londres, aparte del hecho de que uno de sus condes se paseara por sus calles como Dios le trajo al mundo. Al parecer, no solo los fantasmas resultaban afectados; los licántropos también sufrían algunas alteraciones. Esbozó una tensa sonrisa y, acto seguido, se refugió a toda prisa tras un montón de cajas. Estaba convencido de que los vampiros también se habrían quedado sin colmillos, al menos los que residieran en las inmediaciones del Támesis. La condesa Nadasdy, reina de la colmena de Westminster, debía de estar fuera de sus casillas, lo cual solo podía desembocar en el placer incomparable que suponía recibir una visita de lord Ambrose aquella misma tarde. La noche prometía ser larga.

La Oficina del Registro Antinatural no estaba situada, a diferencia de lo que los confundidos turistas suponían, en las inmediaciones de Whitehall, calle en la que se concentraban casi todas las dependencias del estado. El ORA tenía su cuartel general en un discreto edificio georgiano junto a la calle Fleet, cerca de las oficinas del Times. Lord Maccon había ordenado el traslado diez años atrás al descubrir que era la prensa, y no el Gobierno, quien poseía el control sobre lo que sucedía realmente en la ciudad, ya fuese de índole política o no. Aquella noche en cuestión, el conde tenía motivos más que suficientes para arrepentirse de tal decisión, puesto que no le quedaba más remedio que atravesar el distrito comercial, además de algunas de las calles más concurridas de la zona, si quería llegar a sus oficinas.

Casi había logrado su objetivo sin ser visto, escondiéndose en las calles más mugrientas y tras las esquinas cubiertas de barro; los callejones traseros con más

solera de todo Londres. Ciertamente podía tildarse de hazaña, puesto que las calles estaban atestadas de soldados. Afortunadamente, estaban demasiado entregados al propósito de celebrar su reciente regreso a Londres y no al portentoso y pálido cuerpo del conde. Sin embargo, sí fue descubierto por el individuo más inesperado, cerca de la calle Bride, con el hediondo olor de la calle Fleet flotando en el ambiente.

Un individuo de la más alta alcurnia, vestido a la última moda con una hermosa chaqueta y un deslumbrante pañuelo verde limón atado alrededor del cuello al estilo Osbaldeston, emergió de las profundidades de un lóbrego bar y saludó en su dirección, llevándose la mano al sombrero.

—Vaya, vaya, si es lord Maccon. ¿Cómo está? ¿No le parece que va un poco ligero de ropa para un paseo nocturno? —La voz del extraño, quien parecía encantado con aquel encuentro, le resultaba vagamente familiar.

—Biffy —gruñó el conde.

—¿Y cómo está su adorable esposa? —Biffy era un reputado zángano, y lord Akeldama, su señor, vampiro para más señas, uno de los amigos más queridos de Alexia, para tormento de su señor esposo. Lo mismo podía decirse de Biffy. La última vez que el zángano había visitado el castillo de Woolsey con un mensaje de su señor, este y Alexia habían pasado horas discutiendo la última moda en peinados procedente del viejo París. La esposa del conde sentía una más que evidente debilidad por los caballeros de tendencias frívolas. Conall meditó qué decía aquello acerca de su propio carácter.

—Olvide a mi adorable esposa —respondió—. Métase en esa taberna de mala muerte y consígame un abrigo del tipo que sea, ¿quiere?

Biffy arqueó una ceja.

—Sabe que le ofrecería el mío pero, dado el corte de la prenda y las circunstancias que nos ocupan, difícilmente le serviría para nada, además de que tampoco conseguiría abarcar esa enorme figura suya. —Miró al conde de arriba abajo—. Vaya, vaya, mi señor se va a poner hecho una fiera cuando sepa lo que se ha perdido.

—Su absurdo lord Akeldama ya me ha visto desnudo.

Biffy se dio unos golpecitos en el labio con el dedo índice y una mirada de desconcierto asomó a sus ojos.

—Oh, por el amor de Dios, usted también estaba presente —añadió lord Maccon, molesto.

Biffy se limitó a sonreír.

—Una capa. —Guardó silencio un instante y luego añadió—: ¡Por lo que más quiera!

Biffy desapareció, para regresar unos segundos más tarde con un abrigo de corte burdo y olor a salitre, pero lo suficientemente grande como para cubrir las vergüenzas

del conde.

El alfa se cubrió los hombros con la prenda y luego fulminó con la mirada al zángano, que aún sonreía.

—Huelo a algas a medio cocer.

—La marina está en la ciudad.

—¿Y usted qué sabe de toda esta locura? —Tal vez Biffy fuera un personaje histriónico al igual que su señor, pero lord Akeldama también era el entrometido más efectivo de todo Londres, y administraba con mano firme un impecable círculo de informadores tan eficientes que bien podrían sacar los colores a los mismísimos servicios secretos del Gobierno.

—Ayer arribaron a puerto ocho regimientos: los Escoceses Negros, los Northumbria, los Guardias Coldsteam... —Biffy se estaba haciendo el obtuso.

Lord Maccon le interrumpió.

—Eso no, el exorcismo masivo.

—Ah, eso. Por eso le estaba esperando.

—Como no podía ser de otro modo —suspiró lord Maccon.

De pronto, Biffy dejó de sonreír.

—¿Le apetece dar un paseo, milord? —Se detuvo junto al licántropo, que había dejado de serlo, y ambos empezaron a andar en dirección a la calle Fleet. Los pies descalzos del conde no resonaban sobre los sucios adoquines.

* * *

—¡Qué! —La exclamación de sorpresa procedía no de una, sino de dos fuentes al mismo tiempo: Alexia y un olvidado, hasta ahora, Tunstell. El guardián se había acomodado tras la esquina de la veranda para curarse las secuelas de la disciplina del comandante Channing.

Sin embargo, al oír las noticias de la señorita Hisselpenny, el desgarrado actor volvió a hacer acto de presencia. Lucía un círculo rojo alrededor del ojo derecho, que sin duda estaba destinado a oscurecerse de la forma más colorida posible, y se pinzaba la nariz para detener el flujo de sangre. Tanto el pañuelo de Alexia como el del guardián parecían muy perjudicados tras la experiencia.

—¿Prometida, señorita Hisselpenny? —Además de su aspecto desaliñado, Tunstell tenía un aspecto trágico al estilo de las comedias shakesperianas. Detrás del pañuelo, tenía los ojos abiertos de par en par, y es que Tunstell se había prendado de la señorita Hisselpenny el día en que ambos habían bailado en la boda de lord y lady Maccon, pero desde entonces no habían tenido ocasión de volver a verse. La señorita Hisselpenny era una mujer consecuente, y Tunstell no era más que un simple guardián, además de un actor en ciernes. Alexia no había atisbado el alcance del

enamoramiento del guardián. O tal vez, ahora que era imposible, dicho enamoramiento significara más que antes.

—¿Con quién? —lady Maccon formuló la pregunta más obvia. Ivy la ignoró y corrió al lado de Tunstell.

—¡Está herido! —exclamó, mientras las uvas y fresas aterciopeladas brincaban alegremente con cada uno de sus movimientos. Sacó un diminuto pañuelo, bordado con pequeños manojos de cerezas, y trató de limpiarle el rostro sin demasiado éxito.

—No es más que un simple arañazo, señorita Hisselpenny, se lo aseguro —respondió Tunstell, satisfecho con sus atenciones, por poco efectivas que estas fueran.

—Pero si está sangrando profusamente —insistió Ivy.

—No se preocupe, no se preocupe, un puño puede provocar este efecto en una persona, ya sabe.

Ivy ahogó una exclamación de asombro.

—¡Una pelea! ¡Oh, es horrible! Pobre señor Tunstell. —Ivy acarició con una de sus enguantadas manos la única zona de la mejilla del guardián que no estaba ensangrentada.

El pobre señor Tunstell no parecía muy afectado por lo sucedido, siempre que aquel fuera el resultado de la pelea.

—Oh, por favor, no se preocupe por mí —insistió, inclinándose hacia las caricias de Ivy—. Pero qué sombrero tan encantador, señorita Hisselpenny, tan... —se detuvo un instante, en busca de la palabra adecuada—... frutal.

Ivy se puso colorada como un tomate.

—Oh, ¿le gusta? Lo compré especialmente para la ocasión.

Aquello fue más que suficiente.

—Ivy —intervino Alexia bruscamente, tratando de recuperar a su amiga para el importante asunto que se traían entre manos—. ¿Con quién te has prometido exactamente?

La señorita Hisselpenny se vio arrastrada de nuevo a la realidad, lejos del influjo del joven Tunstell.

—Se llama capitán Featherstonehaugh y acaba de regresar con los Fusilli de Northumbria desde Inja.

—Querrás decir con los Fusileros de Northumbria.

—¿Y no es eso lo que acabo de decir? —Ivy era toda inocencia y emoción.

Los movimientos militares ordenados por el deán incluían a muchos más regimientos de los que Alexia había imaginado. Tendría que aprovechar la reunión del Consejo en la Sombra para averiguar qué se traían entre manos la reina y sus comandantes.

La misma reunión a la que ya llegaba inexcusablemente tarde.

—No es un mal partido —prosiguió la señorita Hisselpenny—, aunque mamá

habría preferido un comandante como mínimo. Pero ya sabes —bajó la voz hasta que no fue más que un leve murmullo—, a mi edad ya no puedo permitirme el lujo de elegir.

Tunstell se mostró contrariado al escuchar las palabras de la señorita Hisselpenny, a quien él consideraba un gran partido; mejor que él, eso sí. La idea de que tuviera que contentarse con un capitán le resultaba inconcebible. Abrió la boca para decirlo, aunque acto seguido prefirió mostrarse inusualmente comedido al sentir la fría mirada de su señora fija en él.

—Tunstell —ordenó lady Maccon—, desaparezca de aquí e intente hacer algo útil. Ivy, te felicito por tan feliz noticia, pero de verdad que he de irme. Tengo una reunión importante y ya llego tarde.

Ivy no apartaba la mirada de la espalda de Tunstell.

—Claro que el capitán Featherstonehaugh no es exactamente lo que yo esperaba. Es tan marcial, ya sabes, tan estoico. Haríais buena pareja juntos, Alexia, pero yo deseaba un hombre con alma de bardo.

Alexia levantó las manos, exasperada.

—Es un guardián, Ivy. ¿Sabes qué significa eso? Que algún día, relativamente pronto, solicitará la metamorfosis y es bastante probable que pierda la vida en el intento. Aunque saliese airoso, se habría convertido en un hombre lobo. A ti ni siquiera te gustan los hombres lobo.

Ivy miró fijamente a su amiga con los ojos aún más abiertos, como si no diese crédito a lo que estaba escuchando. Las uvas rebotaron juguetonas desde su sombrero.

—Bien podría dejarlo antes de que ocurriera.

—¿Para ser qué? ¿Actor profesional? ¿Y vivir con un penique al día y la aprobación de un público caprichoso?

Ivy tomó aire ruidosamente.

—¿Quién ha dicho que estamos hablando del señor Tunstell?

Alexia aprovechó el repentino cambio de tema.

—Sube al carruaje, Ivy. Te llevaré de vuelta a la ciudad.

* * *

Durante las dos horas que duró el trayecto hasta Londres, la señorita Hisselpenny habló de su futuro matrimonio y de todo lo que lo rodeaba, de la lista de invitados y de las viandas que en el banquete se servirían. Poco se dijo, sin embargo, acerca del futuro esposo. Alexia dedujo durante el viaje que, al parecer, el afortunado en cuestión no tenía demasiada importancia entre tantos preparativos. Observó a su amiga con cierta preocupación mientras esta se apeaba del carruaje y entraba en la

modesta vivienda de los Hisselpenny. ¿Qué estaba haciendo Ivy? Pero sin apenas tiempo para preocuparse por su amiga, lady Maccon le ordenó al cochero que se dirigiera al palacio de Buckingham.

La guardia ya esperaba su llegada. Lady Maccon solía permanecer en palacio un mínimo de dos horas, siempre después de la puesta de sol, los domingos y los jueves sin falta. Y era una de las visitas menos problemáticas de la reina, siendo la menos temible de todas, por muy francas que fueran sus palabras y agudas sus opiniones. Pasadas las dos primeras semanas, incluso se había tomado la molestia de aprenderse sus nombres. No en vano, eran los pequeños detalles los que definían la grandeza de alguien. La mayoría sospechaba de la elección de lord Maccon, pero la milicia parecía más que satisfecha, y agradecía que se les dirigiera la palabra, aunque fuese una mujer quien lo hiciera.

—Llega tarde, lady Maccon —dijo uno de ellos, comprobando su cuello en busca de marcas de dientes y su maletín de trabajo en busca de ingenios a vapor ilegales.

—No crea que no me he dado cuenta, teniente Funtington, no crea que no me he dado cuenta —respondió ella.

—Entonces será mejor que no la entretengamos. Adelante.

Lady Maccon le respondió con una breve sonrisa y siguió adelante.

El deán y el potentado hacía rato que esperaban. La reina Victoria no. Su Majestad solía llegar hacia la medianoche, después de presidir la cena con toda su familia, y se quedaba lo justo para conocer los resultados del debate y formular las decisiones finales que fueran necesarias.

—No saben cuánto siento haberles hecho esperar —se disculpó Alexia—. He tenido visitas inesperadas en el jardín delantero de mi residencia y un compromiso, igualmente inesperado, con el que lidiar esta tarde. De nada sirven las excusas, lo sé, pero esas son mis razones.

—Vaya, vaya, ahí lo tiene —gruñó el deán entre dientes—. Los asuntos del Imperio británico deben esperar a que usted tenga a bien atender a sus visitas y cualquier otra buena noticia. —El deán, conde de Upper Slaughter pero sin tierra alguna sobre la que mandar, era uno de los pocos licántropos en toda Inglaterra capaces de retar al conde de Woolsey, y había tenido ocasión de demostrarlo. Casi era tan grande como Conall Maccon, pero su aspecto denotaba más edad, con oscuro cabello, amplias facciones y ojos profundos. Podría haber sido un hombre atractivo si no fuera porque su boca era demasiado carnosa, el hoyuelo de su barbilla demasiado pronunciado y el mostacho y las patillas asombrosamente asertivos.

Alexia había dedicado muchas horas de reflexión a ese mostacho. Los hombres lobo no tenían vello en la cara, puesto que no envejecían. Entonces, ¿de dónde salía el del deán? ¿Siempre lo había tenido? ¿Cuántos siglos llevaba su pobre labio superior sepultado bajo semejante vegetación?

Aquella noche, sin embargo, Alexia prefirió ignorarlos a ambos, al deán y a sus protuberancias faciales.

—Y bien —dijo, tomando asiento y colocando el maletín a su lado, sobre la mesa—, ¿qué les parece si nos ponemos manos a la obra?

—Por supuesto —respondió el potentado con voz melosa y distante—. ¿Se siente bien esta noche, *muhjah*?

A Alexia le sorprendió la pregunta.

—Perfectamente.

El vampiro que formaba parte del Consejo en la Sombra era el más peligroso de los dos. Tenía siglos de experiencia a sus espaldas y mucho menos que demostrar que el deán. Mientras este guardaba las formas y convertía su desagrado por lady Maccon en un espectáculo público, Alexia sabía a ciencia cierta que el potentado la detestaba, y es que se había molestado en presentar por escrito una queja oficial con motivo de su enlace con el alfa de la manada de Woolsey, y otra cuando la reina Victoria le concedió el honor de ocupar una silla en el Consejo en la Sombra. Alexia nunca había conseguido discernir exactamente por qué, pero el potentado contaba con el apoyo de las colmenas en este asunto, como en tantos otros, lo cual le convertía en alguien mucho más poderoso que el deán, para quien la lealtad de la manada parecía ser un concepto un tanto irregular.

—¿Ningún malestar estomacal?

Alexia observó al vampiro no sin cierta suspicacia.

—No, ninguno. ¿Le importa si procedemos?

Por lo general, el Consejo en la Sombra se ocupaba de administrar las relaciones entre la corona y lo sobrenatural. Mientras el ORA velaba por la aplicación de las leyes, el Consejo en la Sombra se ceñía a la resolución de problemas legislativos y políticos, al asesoramiento militar y, ocasionalmente, a algún brote de desobediencia residual. En los pocos meses durante los que Alexia había ocupado su cargo, las discusiones habían tratado temas tan diversos como la autorización de asentamientos de colmenas en las provincias africanas, el código militar aplicable tras la muerte de un alfa de ultramar o la prohibición de mostrar el cuello en público en las dependencias de los museos del estado. Hasta la fecha, aún no habían tenido que ocuparse de una crisis en toda regla, así que la reunión de aquella noche, pensó Alexia, prometía ser interesante.

Abrió su maletín y extrajo el disruptor de armónicos de auditorio por resonancia, un pequeño aparato puntiagudo que parecía estar formado por un diapasón insertado en un cristal, cuya función no era sino evitar que la conversación que estaba a punto de producirse llegara a oídos ajenos. Alexia golpeó uno de los extremos metálicos con el dedo, esperó un instante y procedió a repetir el proceso con el otro. El ingenio produjo un sonido de baja intensidad, parecido a un zumbido, que, convenientemente

amplificado por el cristal, evitaría que alguien pudiera escucharlos. Colocó el objeto cuidadosamente sobre la enorme mesa de reuniones. El sonido resultaba desagradable, pero todos habían aprendido a soportarlo. Incluso en la seguridad del palacio de Buckingham, nunca se era demasiado precavido.

—¿Qué ha sucedido exactamente en Londres esta noche? Fuese lo que fuese, ha arrancado a mi marido de la cama inusualmente pronto, antes de la puesta de sol, y provocado una crisis de ansiedad a nuestro informador, fantasma para más señas. — Lady Maccon sacó del maletín su cuaderno favorito y una pluma estilográfica importada de las Américas.

—¿No lo sabe, *muhjah*? —se burló el deán.

—Por supuesto que lo sé. Mi intención al preguntar no es otra que hacerles perder el tiempo, y todo por diversión —respondió Alexia, sarcástica como el que más.

—¿No observa nada distinto en nosotros, lady Maccon? —El potentado entrelazó sus largos dedos sobre la mesa, pálidos y sinuosos, contra la oscura madera de caoba, y la observó con sus hermosos ojos verde oscuro.

—¿Por qué la consiente de esa forma? Es evidente que tiene algo que ver en todo esto. —El deán se puso de pie y empezó a caminar por la estancia, su habitual estado de alteración durante la mayor parte de las reuniones.

Alexia extrajo sus optifocales favoritas del maletín y se las puso. Su nombre completo era lentes monoculares de magnificación cruzada con dispositivo modificador del espectro, pero todo el mundo se refería a ellas como optifocales, incluso el profesor Lyall. Las de Alexia estaban hechas de oro, con incrustaciones de ónix en los laterales que disimulaban las lentes múltiples y una suspensión líquida. Palancas y medidores también estaban hechos de ónix, pero esos pequeños detalles, por caros que resultaran, no lograban disimular el aspecto ridículo del conjunto. Todas las optifocales lo eran: triste prole fruto de la unión ilícita entre un par de binoculares y unas lentes para la ópera.

El ojo derecho de lady Maccon adquirió medidas descomunales a medida que esta fue accionando una de las palancas, fijándolo sin compasión en el rostro del potentado. Rasgos compensados y agradables, cejas oscuras y ojos verdes; el rostro parecía completamente normal, incluso natural. La piel parecía sana, no tan pálida como de costumbre. El potentado sonrió apenas unos segundos, suficiente para comprobar que sus dientes, blancos y cuadrados, estaban en perfecto orden. Excelente.

Y es que ese era precisamente el problema. Ni rastro de colmillos por ninguna parte.

Lady Maccon se puso en pie y se detuvo frente al deán, obligándole a detener su continuo e impaciente deambular. Dirigió las optifocales hacia su cara, concentrándose en los ojos: marrones. Ningún destello amarillo alrededor del iris, ni

rastros del instinto animal.

Alexia tomó asiento de nuevo, en silencio y sin dejar de reflexionar. Con sumo cuidado, se quitó las optifocales y las dejó a un lado.

—¿Y bien?

—¿He de suponer que ambos se encuentran en un estado... esto... aquejados de, mmm —buscó desesperadamente la forma más correcta de expresarlo con palabras—, ya me entienden, infectados de... normalidad?

El deán la miró con desagrado. Lady Maccon tomó nota en su cuaderno.

—Asombroso. ¿Y cuántos miembros de la comunidad sobrenatural se hallan igualmente contaminados por este brote de mortalidad? —preguntó, estilográfica en ristre.

—Hasta el último vampiro y licántropo del centro de Londres. —El potentado se mostraba sosegado, como de costumbre.

Alexia estaba realmente sorprendida. Si ninguno de ellos era ya sobrenatural, eso solo podía significar que podían ser asesinados. Lady Maccon se preguntó si ella misma, en su condición de preternatural, también habría resultado afectada. Consideró la cuestión por un instante. Se sentía como siempre; difícil de averiguar, como mínimo.

—¿Cuál es la extensión geográfica del problema? —preguntó.

—Parece que se concentra alrededor de la rivera del Támesis y se extiende desde el puerto.

—Y si el individuo abandona la zona afectada, ¿recupera su estado sobrenatural? —quiso saber de inmediato la vertiente científica de Alexia.

—Excelente pregunta. —El deán desapareció por la puerta de la estancia, presumiblemente para enviar a un mensajero a encontrar la respuesta a aquella pregunta. Por lo general, habrían confiado un trabajo como aquel a un fantasma, pero no parecían estar por ninguna parte.

—¿Y los fantasmas? —preguntó lady Maccon con el ceño fruncido.

—Así es precisamente como conocemos la extensión del área afectada. Ni uno solo de los fantasmas que habita dicha zona ha aparecido desde la puesta de sol. Ha desaparecido, hasta el último de ellos. Exorcizados. —El potentado la observaba con detenimiento, dando por sentado que Alexia tenía algo que ver en todo aquel embrollo. Solo una criatura tenía el poder necesario para exorcizar fantasmas, por muy desagradable que fuera el trabajo, y esa criatura era un preternatural. Alexia era la única preternatural en todo Londres.

—Dioses —murmuró lady Maccon—, ¿cuántos de esos fantasmas estaban al servicio de la Corona?

—Seis trabajaban para nosotros; cuatro para el ORA. De los espectros restantes, ocho estaban en la fase *poltergeist*, de modo que nadie los echará en falta, y

dieciocho más se encontraban en las últimas fases del desánimo. —El potentado lanzó un fajo de papeles en dirección a Alexia, que rebuscó entre las hojas en busca de los detalles.

El deán entró de nuevo en la estancia.

—Conoceremos la respuesta a su pregunta en menos de una hora. —Y retomó sus paseos de un lado al otro de la habitación.

—En caso de que sientan curiosidad, caballeros, les diré que he pasado todo el día de hoy durmiendo en el castillo de Woolsey. Mi marido puede dar fe de ello, puesto que no mantenemos habitaciones separadas. —Alexia se ruborizó levemente, pero sintió que su honor requería quien lo defendiera.

—Por supuesto que puede —dijo el vampiro, que en aquel preciso instante poco tenía de vampiro y mucho de ser humano natural. Y por primera vez en cientos de años. Debía de estar temblando dentro de sus botas Hessian, indeciblemente caras. Enfrentarse a la mortalidad después de tanto tiempo... por no mencionar el hecho de que una de las colmenas se encontraba dentro de la zona afectada —lo cual significaba que una de sus reinas estaba en peligro. Los vampiros, incluso los errantes como el potentado, estaban dispuestos a lo que fuera por proteger a una reina.

—Se refiere, claro está, a su marido, licántropo para más señas, el mismo capaz de pasar las horas diurnas durmiendo con la entrega de un bebé. Y a quien dudo mucho que usted toque mientras duermen, ¿me equivoco?

—Por supuesto que no le toco. —Alexia se sorprendió de que semejante pregunta fuera necesaria. Estar en contacto con Conall toda la noche, un día tras otro, provocaría en él un envejecimiento prematuro y, aunque aborrecía la idea de hacerse vieja sin él, tampoco estaba dispuesta a condenarle a la mortalidad. También le crecería el vello facial y más de un día amanecería más áspero que de costumbre.

—¿Así que admite que bien podría haber salido del castillo sin que nadie la viera? —preguntó el deán, deteniéndose en seco para mirarla fijamente.

Lady Maccon chasqueó la lengua en señal de desacuerdo.

—¿Conoce a mi servicio? Si Rumpet no me hubiese detenido, Floote se habría encargado de hacerlo, por no mencionar que Angelique no se habría apartado de mí, revoloteando alrededor de mi peinado. Siento decir que escapar a hurtadillas es algo del pasado. Pero adelante, cúlpenme si son demasiado perezosos para tratar de descubrir lo que de verdad está sucediendo.

Extrañamente, el potentado parecía ser el más convencido de los dos. Tal vez se negara a creer que Alexia tenía acceso a una habilidad tan poderosa como aquella.

—Es decir —continuó lady Maccon—, de verdad, ¿cómo podría un preternatural, por muy poderoso que fuera, influir en una zona tan vasta de la ciudad? He de tocarlos para forzar la humanidad en ustedes. He de tocar un cadáver para exorcizar al fantasma que habita en él. ¿Cómo iba a arreglármelas para estar en tantos sitios al

mismo tiempo? Y eso por no mencionar que ahora mismo no los estoy tocando, ¿no es cierto? Y ambos son mortales.

—Entonces ¿a qué nos enfrentamos? ¿A un montón de preternaturales? —Ese era el deán, siempre propenso a pensar en números como consecuencia de un exceso de horas dedicadas al entrenamiento militar.

El potentado sacudió la cabeza.

—He visto los informes del ORA. No hay suficientes preternaturales en toda Inglaterra para exorcizar a tantos fantasmas y al mismo tiempo. Seguramente no los hay ni siquiera en el conjunto del mundo civilizado.

Alexia se preguntó en qué circunstancias había visto dichos informes. Tendría que comentarlo con su esposo. Acto seguido se concentró de nuevo en el tema que tenían entre manos.

—¿Hay algo más poderoso que un preternatural?

El no vampiro sacudió la cabeza de nuevo.

—Al menos no en este mismo sentido. Según los edictos de mi pueblo, los chupa-almas son la segunda criatura más temida del planeta, pero también dicen que la más mortífera no es una sanguijuela, sino una clase distinta de parásito. Esto no puede ser obra de uno de ellos.

Lady Maccon tomó nota de las palabras del vampiro en su cuaderno. Sentía curiosidad y un cierto malestar.

—¿Peor que nosotros los chupa-almas? ¿Es eso posible? Y yo que me creía miembro de una de las comunidades más odiadas. Y ¿cómo los llaman?

El potentado ignoró la pregunta.

—Eso le enseñará a no estar tan pagada de sí misma.

Alexia habría insistido gustosa, pero sospechaba que el vampiro la ignoraría.

—Entonces esto debe de ser el resultado de un arma, un aparato científico. Es la única explicación posible.

—O también podríamos creer las teorías de ese absurdo hombrecillo llamado Darwin y postular una nueva especie de preternaturales evolucionados.

Alexia asintió. Tenía sus reservas sobre Darwin y su cháchara sobre los orígenes del hombre, pero quizás sus ideas eran merecedoras de cierto crédito.

El potentado, sin embargo, rechazó la idea. Los hombres lobo eran seres menos propensos al debate científico que los vampiros, excepto cuando dicho debate incluía las armas como tema.

—En este punto, estoy más de acuerdo con la *muhjah*. Si ella misma no es la responsable, entonces solo puede tratarse de una nueva clase de artilugio de origen técnico.

—Vivimos en la Era de los Inventos —afirmó el potentado.

El deán parecía absorto en sus pensamientos.

—Los Templarios finalmente han conseguido unificar Italia y declararse a sí mismos Infalibles; tal vez han vuelto a centrar su atención más allá de sus fronteras...

—¿Cree que esto pueda significar una segunda Inquisición? —preguntó el potentado, pálido de repente, ahora que podía hacerlo.

El deán se encogió de hombros.

—No tiene sentido que especulemos por especular —intervino lady Maccon, siempre tan realista—. Nada sugiere que los Templarios estén involucrados en esto.

—Usted es italiana —murmuró el deán.

—Oh, por todos los santos, ¿es que acaso todo en esta reunión ha de girar alrededor de mí solo por ser hija de mi padre? También tengo el cabello rizado, ¿tendrá también algo que ver? Soy producto de mi nacimiento y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo o, créanme, habría elegido una nariz más pequeña. Creo que estamos de acuerdo en que la explicación más razonable ante un efecto preternatural a gran escala como este es un arma de alguna clase. —Se volvió hacia el potentado—. ¿Está seguro de que no ha oído que algo así haya sucedido antes?

El interpelado frunció el ceño y se frotó el puente de la nariz, entre sus hermosos ojos verdes, con la punta de uno de sus pálidos dedos. Era un gesto extrañamente humano.

—Consultaré con los guardianes de los edictos, pero no, no lo creo.

Alexia miró al deán. Él sacudió la cabeza.

—De modo que la pregunta es la siguiente: ¿qué esperarías ganar alguien con todo esto?

Sus colegas sobrenaturales la miraron sin saber qué responder.

Alguien llamó a la puerta y el deán se levantó para responder. Habló con alguien en voz baja a través de la rendija y luego regresó con una expresión en su rostro que había pasado del miedo al divertimento.

—Al parecer, los efectos desaparecen justo más allá de los límites de la zona de la que ya hemos hablado. Los licántropos, al menos, recuperan su estado sobrenatural. Los fantasmas, claro está, no pueden beneficiarse de este hecho. Y no puedo decir nada en nombre de los vampiros.

Lo que no había dicho era que lo que afectaba a los licántropos seguramente también afectaba a los vampiros —al fin y al cabo se parecían más de lo que cualquiera de las dos razas prefería admitir.

—Lo comprobaré personalmente en cuando concluya esta reunión —dijo el potentado, que parecía claramente aliviado. Aquello tenía que ser producto de su recién readquirida humanidad; normalmente sus emociones no eran tan evidentes.

El deán esbozó una sonrisa burlona.

—Podrán trasladar a su reina, la misma que ahora mismo está en peligro, si así lo creen necesario.

—¿Algún otro asunto que debamos tratar? —preguntó el potentado, ignorando el comentario de su colega.

Alexia se inclinó sobre la mesa para golpear el disruptor de resonancias armónicas de auditorio con un extremo de su pluma estilográfica, haciéndolo vibrar de nuevo. Luego se volvió hacia el deán.

—¿Por qué han regresado tantos regimientos últimamente?

—Por supuesto, esta misma tarde, al salir de casa, me ha parecido advertir una sobreabundancia de militares paseando por las calles. —El potentado parecía intrigado.

El deán se encogió de hombros, tratando de mostrar indiferencia pero sin conseguirlo.

—La culpa es de Cardwell y sus malditas reformas.

Alexia resopló para mostrar su desacuerdo. Aprobaba dichas reformas, que incluían la abolición del castigo por flagelación y algunos cambios imprescindibles en los métodos de alistamiento. Sin embargo, el deán, que era un hombre anclado a los viejos tiempos a quien le gustaba que sus soldados fueran disciplinados, pobres y moderadamente sanguinarios, continuó como si no hubiera escuchado nada.

—Hace ya algunos meses uno de los vapores que recorren la costa oeste del continente africano regresó a puerto quejándose de que los Ashantis estaban intratables. El Secretario de Guerra sacó a todo aquel que no fuese imprescindible del este y trajo a las tropas de vuelta para una nueva rotación.

—¿Aún tenemos tantos efectivos en la India? Creía que la zona había sido pacificada.

—A duras penas, pero tenemos los soldados suficientes para sacar a varios regimientos de allí y dejar que la Compañía de las Indias Orientales y sus mercenarios se hagan cargo de todo. El imperio debería estar a salvo. El duque quiere varios regimientos como Dios manda con licántropos entre sus filas en el oeste de África, y lo cierto es que no le culpo. Las cosas están feas por allí abajo. Los regimientos que ve por las calles de Londres se dividirán en breve para formar dos nuevos batallones que embarcarán de nuevo en menos de un mes. Tanto movimiento está provocando muchos problemas. Muchos han regresado por la ruta que atraviesa Egipto para llegar a tiempo, y todavía no sé cómo nos las vamos a arreglar para cumplir las órdenes. Por el momento los soldados están aquí, abarrotando las tabernas de la ciudad. Mejor será ponerlos a luchar lo antes posible.

Se volvió hacia lady Maccon.

—Lo cual me recuerda que debo pedirle que haga el favor de decirle a su señor esposo que mantenga sus manadas bajo control, ¿quiere?

—¿Manadas? Que yo sepa solo tiene una, y déjeme que le diga que no es precisamente mi marido quien se ocupa de disciplinarlos constantemente.

El deán sonrió, y su enorme mostacho se balanceó peligrosamente.

—¿He de suponer por sus palabras que ya conoce al comandante Channing? —Alexia había podido constatar que eran tan escasos los licántropos en Inglaterra que todos parecían conocerse. Y cómo disfrutaban de un buen cotilleo.

—Supone usted correctamente —respondió lady Maccon con una mueca de disgusto en el rostro.

—En realidad me refería a la otra manada del conde, la de las Highlands, Kingair —explicó el deán—. Viajaban con el regimiento Black Watch y por lo visto han sufrido varios contratiempos. Había pensado que a su marido no le importaría meter un poco el hocico.

Lady Maccon frunció el ceño.

—Lo dudo.

—La manada de Kingair ha perdido a su alfa, ¿sabe? Niall no-sé-qué, todo un coronel, un asunto muy turbio. La manada sufrió una emboscada a plena luz del día, cuando se encontraban más débiles y ni siquiera podían transformarse. El regimiento al completo perdió el norte durante un tiempo. Perder a un oficial de tan alta graduación, sea alfa o no, siempre es traumático.

El ceño de Alexia se frunció aún más.

—Pues no, no lo sabía. —Se preguntó si su marido conocía lo sucedido. Se golpeó el labio repetidamente con el extremo de la pluma. No solo resultaba altamente inusual que un alfa sobreviviera a la pérdida de su manada, sino que en el tiempo que llevaban juntos Alexia nunca había extraído de Conall los porqués y las circunstancias de su huida de las Highlands. De lo que sí estaba bastante segura era de que semejante vacío de poder comportaba una cierta obligación del conde para con su antigua manada, aunque hubieran pasado décadas.

La discusión derivó hacia especulaciones acerca de quién podía ser el responsable del arma: varias sociedades no-tan-secretas-como-a-ellas-les-gustaría, algunas naciones extranjeras o incluso facciones dentro del Gobierno del Imperio. Lady Maccon, convencida de que lo sucedido coincidía con las maneras de los científicos del Club Hypocras, se mantuvo firme en su postura sobre la desregulación, lo cual no hizo más que frustrar al potentado, quien quería que los miembros supervivientes del club fueran liberados para disponer de ellos a su antojo. El deán, por su parte, prefirió mostrarse partidario de las teorías de la *muhjah*. No sentía un interés especial por esa clase de investigación científica, pero tampoco estaba dispuesto a dejar que cayera en manos de los vampiros. Ello provocó que la conversación derivara hacia la distribución de los bienes del Hypocras. Alexia sugirió que deberían ser para el ORA y, a pesar de la actuación de su esposo en las dependencias de la institución, el potentado se mostró conforme siempre que un agente vampiro tomase parte.

Para cuando la reina Victoria se presentó en la sala para debatir con su consejo,

este había tomado ya varias decisiones. Su Majestad fue informada de la plaga de humanización que asolaba la ciudad y de la teoría según la cual se trataba de alguna clase de arma secreta. La reina se mostró preocupada, como era de esperar, puesto que sabía perfectamente que la fuerza de su imperio descansaba sobre los hombros de sus consejeros vampiros y sus luchadores licántropos. Si ellos estaban en riesgo, toda Gran Bretaña lo estaba. Insistió especialmente en que Alexia investigase la causa de tanto misterio. Al fin y al cabo, el exorcismo estaba bajo la jurisdicción de la *muhjah*.

Consciente de que habría hecho lo posible para desentrañar el entuerto con o sin permiso real, lady Maccon celebró contar con el apoyo de la reina para hacerlo, y por ello dejó la reunión del Consejo en la Sombra con una inesperada sensación de realización. Se moría de ganas de acorralar a su marido en su guarida del ORA, pero, consciente de que aquello solo podía acabar en discusión, prefirió dirigirse a casa, con Floote y su extensa biblioteca.

* * *

La colección de libros del padre de lady Alexia Maccon, que por norma general siempre había sido un motivo perfecto para pasar el rato, cuando no una fuente excelente de información, supuso esta vez una desilusión en cuanto a la negación a gran escala de lo sobrenatural. Tampoco contenía una sola palabra referente al misterioso comentario del potentado acerca de una amenaza para los vampiros peor que un chupa-almas. Después de horas y horas de búsqueda entre viejas y gastadas tapas de piel, antiguos pergaminos y diarios personales, lady Maccon y Floote no habían descubierto absolutamente nada. No quedaban más anotaciones en el pequeño cuaderno de piel de Alexia ni tampoco ninguna pista que ayudase a resolver el misterio.

El silencio de Floote era, cuanto menos, elocuente.

Alexia, sin apenas probar un almuerzo ligero compuesto de tostadas con jamón y salmón ahumado, decidió irse a la cama justo antes de la puesta de sol, frustrada y derrotada.

Su esposo, que al parecer sufría un estado de frustración diametralmente opuesto al de lady Maccon, se ocupó de despertarla a la mañana siguiente. Sus manos, grandes y ásperas, se mostraron insistentes, y ella tampoco se opuso a ser despertada de semejante manera, en especial porque tenía unas cuantas preguntas, a cuál más urgente, necesitadas de respuestas. Aun así, todavía era de día, por lo que la mayoría de los sobrenaturales, al menos los más respetables, seguían durmiendo. Afortunadamente, Conall Maccon era un alfa lo suficientemente fuerte como para permanecer despierto varios días seguidos sin los efectos negativos que los miembros más jóvenes de la manada padecían ante tanta contaminación solar.

Sin embargo, esta vez el acercamiento del conde era único, puesto que se estaba deslizando por debajo de las sábanas, desde los pies de la cama hasta donde ella descansaba. Los ojos de Alexia, recién abiertos, se encontraron con la visión de una enorme montaña formada de ropa de cama, balanceándose adelante y atrás como si fuera una especie de medusa sobredimensionada, abriéndose paso lentamente en dirección a ella. Alexia descansaba de lado, y el vello del pecho del conde le hacía cosquillas por detrás de las piernas. A medida que el conde avanzaba, iba levantando el camisón de su esposa. De pronto le dio un pequeño beso justo detrás de la rodilla, más que suficiente para que Alexia estirara la pierna de golpe, rozando algo al hacerlo.

Apartó las mantas a un lado y fulminó al conde con una sola mirada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, hombre ridículo y absurdo? Te comportas como si fueras un topo perturbado.

—Estoy siendo sigiloso, mi pequeño terror. ¿No te parezco sigiloso? —respondió él, fingiéndose ofendido.

—¿Por qué?

El conde parecía un tanto avergonzado, una expresión categóricamente absurda aplicada a un escocés de sus dimensiones.

—Buscaba el romanticismo de un acercamiento encubierto, esposa mía. La mística propia de un agente del ORA, a pesar de que dicho agente llegue tan tarde a su casa.

Su mujer se incorporó sobre un codo y arqueó ambas cejas, tratando por todos los medios de contener la risa y resultar intimidante al mismo tiempo.

—¿No?

Las cejas ascendieron aún más, si es que tal cosa era posible.

—Sé indulgente conmigo.

Alexia se tragó un acceso de carcajadas y simuló la gravedad apropiada para una lady Maccon.

—Si insistes, esposo. —Se llevó una mano al pecho y acto seguido se desplomó sobre las almohadas con un suspiro más propio, a su parecer, de la heroína de una novela de Rosa Carey.

Los ojos de lord Maccon estaban a medio camino entre el amarillo y el color caramelo, y olía a campo abierto. Alexia se preguntó si había viajado de regreso a casa en forma de lobo.

—Querido, tenemos que hablar.

—Sí, pero más tarde —murmuró él, tirando del camisón aún más arriba y centrándose en zonas menos propensas a las cosquillas de su cuerpo, aunque no por ello menos sensibles—. Odio esta indumentaria. —Acabó de quitar lo que quedaba de prenda y la lanzó a su reposo acostumbrado, en el suelo.

Lady Maccon a punto estuvo de cruzar los ojos en el intento de observar los avances predatorios de su marido por el resto de su cuerpo.

—Lo compraste tú. —Se escurrió como pudo hacia los pies de la cama para que sus cuerpos estuviesen más en contacto, con la excusa de que hacía frío y el conde aún no había devuelto las mantas a su sitio.

—Así que fui yo. Recuérdame que a partir de ahora me limite a comprarte sombrillas.

Sus ojos, normalmente aleonados, eran casi amarillos por completo, algo que solía suceder llegados a cierto punto del proceso. A Alexia le encantaban. Antes de que tuviera tiempo de protestar, si es que se le había ocurrido hacerlo, el conde le propinó un beso del tipo de los que, estando de pie, le hacía temblar las rodillas.

Pero no estaban de pie, y Alexia estaba completamente despierta y poco dispuesta a rendirse ante la insistencia de sus rodillas, la boca de su señor esposo o cualquier otra parte de su cuerpo.

—Esposo, estoy muy enojada contigo. —Jadeó al proferir la acusación, y trató de recordar por qué.

Lord Maccon hundió los dientes suavemente en la parte más tierna entre el cuello y el hombro de su esposa, arrancando un gemido de ella.

—¿Qué he hecho esta vez? —Se detuvo un instante para preguntar antes de continuar con la expedición oral de su cuerpo: su esposo, el conde, el intrépido explorador.

Alexia se retorció, tratando de escapar del abrazo de su esposo, pero sus movimientos solo provocaron una insistencia aún mayor.

—Me has dejado sola con un regimiento entero acampando frente al castillo —respondió ella, recordando finalmente la acusación.

—Mmm —dijo él, cubriéndole el torso de besos.

—Y había un tal comandante Channing Channing, de los Channing de Chesterfield.

—Por cómo te refieres a él, parece que estés hablando de una enfermedad —añadió el conde, deteniendo el torrente de amor por un instante.

—¿He de suponer que lo conoces?

El conde reprimió una carcajada y luego empezó a besarla de nuevo, avanzando poco a poco hacia la barriga de su esposa.

—Sabías que estaban de camino y no te molestaste en informarme.

Lord Maccon suspiró, una bocanada de cálido aliento se esparció sobre la piel desnuda de lady Maccon.

—Lyll.

Alexia le pellizcó en el hombro y él se limitó a retomar sus amorosas atenciones a la parte inferior de su cuerpo.

—¡Sí! Lyall tuvo que presentarme ante mi propia manada. Nunca antes había tratado con soldados, ¿recuerdas?

—Tengo entendido, según la versión de mi beta, que te enfrentaste a una situación especialmente dura de la forma más adecuada —respondió él entre más besos y algún que otro lametón—. ¿Te importa ocuparte de otra cosa igualmente dura?

Alexia se dijo que quizás sí que le importaba. Al fin y al cabo, ¿por qué tenía que ser ella la única que jadeara? Tiró de él para darle un beso en condiciones y luego deslizó la mano entre sus cuerpos.

—¿Y qué me dices del exorcismo masivo en Londres? ¿Tampoco te molestaste lo más mínimo en contarme eso? —murmuro Alexia, apretando ligeramente.

—Mmm, eso, sí. —El conde murmuro algo contra el cabello de su esposa Su boca siempre resultaba ser tan persuasiva—. Ha terminado. —Y le beso el cuello, sus atenciones eran más insistentes por momentos

—Espera —exclamo Alexia—. ¿No estábamos teniendo una conversación?

—Creo que eras tú la que la estaba teniendo —respondió Conall antes de recordar que solo había una forma de acallar las quejas de su esposa. Se inclinó sobre ella y selló su boca con la suya.

Capítulo 3. De compras en la sombrerería y otras dificultades

—¿Qué has dicho que ha terminado?

Un leve ronquido fue la única respuesta de su señor esposo. A diferencia de los vampiros, los licántropos no parecían muertos durante el día. Simplemente dormían muy, muy profundamente.

Pero no este licántropo en cuestión, no si lady Maccon podía hacer algo para evitarlo. Y así lo hizo, clavándole un pulgar con saña entre las costillas.

Tal vez por la punzada o por el contacto con una preternatural, el caso es que el conde se despertó con un suave bufido.

—¿Qué ha terminado?

Con el rostro imperioso de su mujer observándole fijamente desde las alturas, lord Maccon se tomó unos segundos para preguntarse por qué había metido a semejante espécimen en su vida. Alexia se inclinó sobre él y le besó en el pecho. Ah, sí, iniciativa e ingenuidad a partes iguales.

De pronto los besos cesaron.

—¿Y bien?

Y manipulación.

Los hermosos ojos leonados del conde se contrajeron hasta no ser más que dos finas líneas.

—¿Es que ese cerebro tuyo no se detiene nunca?

Alexia arqueó una ceja, como queriendo decir «Sí, claro», y a continuación observó el ángulo de los rayos del sol que asomaban tras las pesadas cortinas de terciopelo.

—Pareces listo para descansar dos horas bien buenas.

—¿Eso ha sido todo? ¿Qué dices, lady Maccon? ¿Deberíamos ir a por la tercera?

Alexia ahuyentó las intenciones de su esposo con la mano, sin que el gesto denotara hastío alguno.

—¿No se supone que eres demasiado mayor para esta clase de ejercicio continuo?

—Qué cosas tienes, amor mío —se burló el conde, ofendido—. Apenas acabo de superar los doscientos años, un auténtico cachorro en los bosques.

Pero lady Maccon no estaba dispuesta a dejarse distraer tan fácilmente, y menos por segunda vez.

—Así que, ¿qué es lo que ha terminado?

Lord Maccon suspiró.

—Ese extraño efecto preternatural en masa. Ha desaparecido esta madrugada, alrededor de las tres. Todo el que debería haber recuperado su estado sobrenatural lo ha hecho, a excepción de los fantasmas. Todos los que vivían alrededor del Támesis

han sido exorcizados con carácter permanente. Trajimos a un fantasma voluntario, con su cuerpo, aproximadamente una hora después de que todo volviera a la normalidad. No le ha ocurrido nada, de modo que cualquier fantasma que quiera instalarse en la zona puede hacerlo sin dificultades, pero los viejos han desaparecido para siempre.

—¿Y ya está? ¿Crisis superada? —Menuda decepción. Debía acordarse de anotar todo en su pequeño cuaderno, sin falta.

—Oh, yo no diría eso. No se trata de algo que pueda ocultarse bajo la siempre proverbial moqueta. Debemos determinar qué ha ocurrido exactamente. Todo el mundo conoce lo sucedido, incluso la gente normal, aunque, admitámoslo, a ellos les preocupa mucho menos que a cualquier ser sobrenatural. Todo el mundo quiere saber qué ha ocurrido.

—Incluida la reina Victoria —intervino Alexia.

—He perdido agentes excelentes, todos ellos fantasmas, por culpa de ese exorcismo masivo, y lo mismo puede decir la Corona. También he recibido visitas del *Times*, del *Aerógrafo Nocturno* y del *Líder Vespertino*, por no hablar de un más que furioso lord Ambrose.

—Pobrecito mío. —Lady Maccon acarició la cabeza de su esposo para demostrarle su simpatía. El conde odiaba tener que tratar con la prensa y apenas soportaba compartir estancia con lord Ambrose—. Imagino que la condesa Nadasdy estará nerviosa por todo este asunto.

—Por no hablar del resto de su colmena. Al fin y al cabo, han pasado miles de años desde la última vez que una condesa estuvo en semejante peligro.

Alexia disimuló una risita.

—Probablemente no les habrá ido tan mal. —No era ningún secreto que no profesaba afecto alguno y aún menos confianza en la reina de la colmena de Westminster. Lady Maccon y la condesa Nadasdy eran cuidadosamente cordiales la una con la otra: la condesa siempre invitaba a lord y a lady Maccon a sus escasas y codiciadas soirées, y lord y lady Maccon nunca faltaban a una.

—¿Te he contado que lord Ambrose tuvo la osadía de amenazarme? ¡A mí! —exclamó el conde, al borde del gruñido—. ¡Como si fuera culpa mía!

—Creía que me culpaba a mí —reflexionó su esposa.

Lord Maccon se enfurecía por momentos.

—Sí, bueno, toda su colmena, incluido él, son una pandilla de ignorantes y sus opiniones no tienen valor alguno.

—Cuida tu lenguaje, querido. Además, el potentado y el deán opinan lo mismo.

—¿Te han amenazado? —El conde se incorporó de un salto y masculló varias frases más, propias de los sucios callejones del puerto.

—Puedo comprender su razonamiento —le interrumpió su esposa.

—¿Qué?

—Sé razonable, Conall. Soy la única sin alma en esta zona y, por lo que sabemos, sólo los preternaturales provocamos esa clase de efecto en lo sobrenatural. Es la conclusión más lógica.

—Excepto que ambos sabemos que no has sido tú.

—¡Exacto! Así que ¿quién ha sido? ¿O qué? ¿Qué ha sucedido realmente? Estoy segura de que tienes alguna teoría al respecto.

El conde no pudo contener la risa, y es que se había unido de por vida a una mujer sin alma. Ya no se sorprendía ante la consistencia de su pragmatismo.

—Tú primero —dijo lord Maccon, admirado por la facilidad con la que su mujer podía alegrarle el día.

Alexia tiró del brazo de su esposo hasta que este se tumbó de nuevo junto a ella y luego descansó la cabeza sobre el hueco entre el pecho y el hombro.

—El Consejo en la Sombra cree que se trata de una nueva clase de arma y hemos informado a la reina de ello.

—¿Estás de acuerdo? —La voz del conde era un leve murmullo junto a su oído.

—Es una posibilidad en los tiempos modernos que nos ha tocado vivir, pero no es más que una hipótesis de trabajo. Quizás ese tal Darwin esté en lo cierto y nos encontramos en una nueva era de evolución preternatural. Tal vez los Templarios estén involucrados de alguna manera. O puede que estemos obviando algo de vital importancia. —Clavó la mirada en su silencioso marido—. Y bien, ¿qué ha descubierto el ORA?

Alexia sostenía la teoría, aunque siempre en privado, de que aquello era parte de su trabajo como *muhjah*. La reina Victoria había mostrado un interés inusitado en ver a Alexia Tarabotti casada con Conall Maccon, antes de que Alexia asumiera el cargo. Lady Maccon a menudo se preguntaba si la intención de la reina no era crear una vía de comunicación más fluida entre el ORA y el Consejo en la Sombra, aunque sin imaginar que dicha comunicación se produciría de forma tan carnal.

—¿Qué sabes acerca del Antiguo Egipto, querida? —Conall la apartó a un lado y se incorporó sobre un brazo, sin dejar de acariciar distraídamente con la mano que le quedaba libre la curva que dibujaba el cuerpo de su esposa.

Alexia puso una almohada bajo su cabeza y se encogió de hombros. La biblioteca de su padre incluía una considerable colección de pergaminos de papiro. El viejo Tarabotti sentía una innegable inclinación por lo egipcio, pero Alexia prefería el mundo clásico. Había algo demasiado fiero y apasionado en el Nilo y sus alrededores. Alexia era una mujer demasiado práctica para el árabe y su florida escritura, sobre todo cuando el latín, con su precisión matemática, suponía una alternativa infinitamente más atractiva.

Lord Maccon frunció los labios.

—Era nuestro, ¿lo sabías? De los licántropos. Hace mucho, unos cuatro mil años o más, calendario lunar incluido. Mucho antes de que los humanos levantaran Grecia y de que los vampiros se apropiaran de Roma, los licántropos dominábamos Egipto. Recordarás que puedo transformar mi cabeza en lobo y conservar el resto de mi apariencia humana.

—¿Eso que sólo los alfas podéis hacer? —Alexia lo recordaba perfectamente de la única vez que le había visto hacerlo. Resultaba desconcertante y muy desagradable. Él asintió.

—Aún lo llamamos la Forma de Anubis. Durante un tiempo Egipto nos veneró como a dioses, y ese fue precisamente el momento de nuestra caída, puesto que las leyendas hablan de una enfermedad, una epidemia masiva que afectaba solo a los sobrenaturales: la Plaga de los Dioses. Dicen que limpió el Nilo de sangre y de dientes, de licántropos así como de vampiros, condenados a morir como mortales en el espacio de una única generación, y que no se produjo ni una sola metamorfosis más en el Nilo en los mil años siguientes.

—¿Y ahora?

—En todo Egipto solo existe una colmena, cerca de Alejandría, muy al norte, aunque igualmente en el delta. Representan los restos de la colmena ptolemaica. Solo una, y llegó a Egipto con los griegos, formada apenas por seis vampiros. Algunas manadas harapientas habitan en el desierto, al sur, cerca de las fuentes del Nilo, pero dicen que la plaga aún asola el Valle de los Reyes y que ni un sobrenatural ha practicado jamás la arqueología en ninguna de sus formas. Es una ciencia prohibida para mi especie, incluso hoy.

Alexia trató de procesar la información.

—Así que crees que nos enfrentamos a una epidemia, a una enfermedad como esa Plaga de los Dioses.

—Es posible.

—Entonces, ¿por qué se ha desvanecido de pronto?

Conall se frotó la cara con una de sus enormes manos cubiertas de callos.

—No lo sé. Las leyendas de mi gente se transmiten oralmente, de generación en generación. No conservamos documentos escritos, por lo que pueden variar con el paso de los años. Es posible que esa plaga del pasado no fuera tan terrible como nosotros la recordamos o que lo que está sucediendo ahora sea una enfermedad completamente nueva.

Alexia se encogió de hombros.

—Es una teoría tan plausible como la hipótesis del arma. Supongo que solo hay una manera de averiguar si una de las dos es la correcta.

—La reina te ha encargado el caso, ¿verdad? —Al conde nunca le había gustado la idea de que Alexia participara en operaciones sobre el terreno. Cuando la

recomendó para el puesto de *muhjah* fue porque imaginaba que solo se trataba de otro cargo político más, seguro y agradable, colmado de debates y de papeleo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Inglaterra había tenido un *muhjah* que pocos recordaban lo que el consejero preternatural de Su Majestad hacía en realidad. Sus funciones incluían actuar como balanza legislativa entre las intenciones del potentado y las obsesiones militares del deán, pero también debía ocuparse de recoger información sobre el terreno, puesto que un preternatural no estaba atado a la tierra ni a su manada. Lord Maccon había enfurecido al descubrir la verdad. Los licántropos, del primero al último, rechazaban el espionaje por considerarlo poco honorable —un juego más propio de vampiros. Incluso habían acusado a Alexia de ser un zángano al servicio de la reina Victoria. Alexia se había vengado de su esposo utilizando su camisón más voluminoso durante toda una semana.

—¿Se te ocurre alguien mejor?

—Pero, querida, si se trata de un arma, podría resultar muy peligroso. Si es que existe una intención maligna tras ella.

Lady Maccon profirió un bufido de desacuerdo.

—Para cualquiera menos para mí. Soy la única que no resultaría afectada y, por lo que sé, nada ha cambiado en mí. Lo cual me recuerda que el potentado ha dicho algo interesante esta noche.

—¿En serio? Una ocurrencia inusual a la par que asombrosa.

—Ha dicho que, según los documentos, existe una criatura peor que un chupa-almas, o al menos existía. No sabrás nada al respecto, ¿verdad, querido? —preguntó Alexia, observando detenidamente el rostro de su esposo.

Los ojos castaños del conde desprendieron un destello de genuina sorpresa. Al menos en esto no parecía tener una respuesta perfectamente preparada.

—Nunca había oído algo así. Claro que vampiros y licántropos somos muy distintos en nuestras percepciones. Para nosotros eres alguien capaz de acabar con la maldición, no una chupa-almas, de modo que existen cosas mucho peores que tú. ¿Para los vampiros? Existen mitos desde tiempos inmemoriales que hablan de un horror igualmente terrible tanto para el día como para la noche. Los licántropos lo llamamos el ladrón de pieles, pero no es más que eso, un mito.

Alexia asintió.

Una mano empezó a acariciar lentamente la curva que describía su cuerpo.

—¿Ya hemos terminado de hablar? —preguntó el conde.

Alexia cedió a las caricias de su esposo, pero sólo porque se le antojaba un tanto patético. En cualquier caso, no tenía nada que ver con el ritmo acelerado de su propio corazón.

Se olvidó por completo de preguntar a Conall por el alfa de su antigua manada, ahora tristemente fallecido.

Alexia se despertó más tarde de lo habitual solo para descubrir que su esposo ya se había ido. Esperaba coincidir con él durante la cena, de modo que su ausencia no le preocupó. Estaba tan ocupada planeando posibles vías de investigación que ni siquiera se molestó en rechazar el atuendo que su doncella había escogido para ella, respondiendo con un simple «Está bien, querida» a la sugerencia de un conjunto de paseo en seda azul cielo y rematado con encaje blanco.

Angelique no daba crédito, pero tanta sorpresa no era motivo suficiente para descuidar su eficiencia. En apenas media hora, tuvo a su señora vestida a la última, aunque quizás un tanto demodé para las preferencias de Alexia, y lista para la cena — un logro destacable para los estándares de cualquiera.

Todos ocupaban sus sitios alrededor de la mesa de la cena. En este caso en particular, «todos» incluía a la manada, tanto residentes como recién llegados, la mitad de los guardianes y al insufrible comandante Channing —unas treinta personas en total. «Todos», sin embargo, no parecía incluir al señor de la casa. Lord Maccon siempre resultaba ser una ausencia perfectamente tangible, incluso entre tanta gente.

Sin marido, lady Maccon se dejó caer en una silla junto al profesor Lyall, a quien dedicó media sonrisa a modo de saludo parcial. El beta aún no había tocado su plato, sustituido por una taza caliente de té y el periódico de la tarde.

Sorprendidos por la repentina aparición de Alexia, el resto de los asistentes se pusieron de pie a toda prisa. Alexia les indicó con un gesto que recuperasen sus asientos, lo cual hicieron no sin cierto alboroto. Solo el profesor Lyall consiguió levantarse en silencio, hacer una discreta reverencia y volver a sentarse con la gracia consumada de un bailarín. Y todo ello sin perderse entre las compactas líneas del periódico.

Lady Maccon se sirvió rápidamente un plato de ternera con judías blancas y unos cuantos buñuelos y empezó a comer para que los presentes dejaran de comentar y se concentraran en sus platos. De verdad, en ocasiones vivir con dos docenas de caballeros podía llegar a ser más que vejatorio, por no mencionar a los centenares que ahora acampaban en los alrededores del castillo.

Alexia concedió al beta de su esposo unos instantes para aclimatarse a su presencia y acto seguido atacó.

—Y bien, profesor Lyall, iré directa al grano: ¿adónde ha ido mi marido esta vez?

—¿Coles de Bruselas? —se limitó a preguntar el licántropo en cuestión.

Lady Maccon, horrorizada, rechazó el ofrecimiento. Le gustaban muchas clases de comida, pero las coles de Bruselas no eran más que coles subdesarrolladas.

—Shersky y Droop ha puesto a la venta un nuevo artefacto de lo más interesante, justo aquí. Es una nueva clase de tetera, diseñada para los viajes por aire, que se

puede montar en los costados de los dirigibles. El aire entra por este pequeño artilugio giratorio, capaz de generar la energía necesaria para hervir agua. —Mostró el anuncio a Alexia, que no pudo evitar interesarse por el invento.

—¿De verdad? Fascinante. Y muy útil para aquellos que viajan a menudo en dirigible. Me pregunto si... —Guardó silencio y observó al profesor, con cierta desconfianza en la mirada—. Profesor Lyall, está usted intentando cambiar de tema. ¿Adónde ha ido mi marido?

El beta dejó el ya inservible periódico sobre la mesa y se sirvió un trozo generoso de lenguado de una bandeja de plata.

—Lord Maccon partió esta tarde cuando el sol empezaba a ponerse.

—Eso no es lo que le he preguntado.

El comandante Channing, sentado frente a Lyall, contuvo la risa sobre su plato de sopa.

Alexia clavó la mirada en el comandante y luego hizo lo propio con un indefenso Tunstell, sentado al otro lado de la mesa entre el resto de guardianes. Si Lyall se negaba a hablar, tal vez Tunstell sí estaría dispuesto a hacerlo. El pelirrojo le devolvió la mirada con los ojos abiertos de par en par para, acto seguido, meterse un buen pedazo de ternera en la boca, tratando de aparentar no saber nada acerca del paradero de su amo.

—Al menos dígame si vestía adecuadamente.

Tunstell masticaba lentamente. Muy lentamente.

Lady Maccon centró de nuevo su atención en el profesor Lyall, que seguía entregado a su plato de lenguado.

De todos los licántropos que Alexia conocía, Lyall era uno de los pocos que preferían el pescado a la carne.

—¿Está en Glaret? —preguntó, sopesando la posibilidad de que el conde tuviera asuntos que tratar en el club antes del trabajo.

El profesor Lyall sacudió lentamente la cabeza.

—Ya veo. ¿Estamos jugando a las adivinanzas, tal vez?

El beta suspiró por la nariz y terminó el trozo de lenguado que tenía en la boca. Dejó tenedor y cuchillo sobre la mesa con gran precisión, a ambos lados del plato, y luego se limpió con una esquina de la servilleta.

Lady Maccon esperó pacientemente, dedicándose mientras tanto a su propio plato. Solo cuando el profesor Lyall hubo dejado la servilleta sobre sus rodillas y empujado los anteojos nariz arriba, Alexia se atrevió a hablar.

—¿Y bien?

—Tenía un mensaje esta mañana. No conozco los detalles. Soltó una ristra de improperios y acto seguido partió en dirección norte.

—¿En dirección norte hacia dónde, exactamente?

El profesor Lyall suspiró.

—Creo que ha partido hacia Escocia.

—¿Que ha hecho qué?

—Y no se ha llevado a Tunstell consigo. —El profesor Lyall constató lo evidente no sin cierto fastidio, señalando al pelirrojo que parecía más y más culpable por momentos, y más interesado por seguir masticando que por participar en la conversación.

Lady Maccon se preocupó al conocer las noticias. ¿Por qué debería Conall llevarse a Tunstell?

—¿Está en peligro? ¿No debería haber ido usted con él?

Al profesor Lyall se le escapó una carcajada.

—Sí. Imagine el estado de su pañuelo sin un ayuda de cámara que le ayude a atarlo. —El beta, siempre el colmo de la elegancia, hizo una mueca de disgusto al imaginar la estampa.

Alexia estaba completamente de acuerdo, aunque prefirió guardarse sus opiniones.

—No podía llevarme con él —murmuró Tunstell—. Tenía que partir en forma de lobo. Los trenes no funcionan por culpa de la huelga de ingenieros. Y no es que me hubiese importado ir; la obra en la que actúo ya ha terminado su temporada y nunca he estado en Escocia. —Su voz desprendía una cierta petulancia.

Hemming, uno de los miembros de la manada, le propinó una palmada en el hombro.

—Ten un poco de respeto —masculló entre dientes sin levantar la vista del plato.

—¿Y exactamente a qué parte de Escocia se dirige mi esposo, si es que se puede saber? —insistió lady Maccon, tratando de obtener los detalles de tan repentino viaje.

—Al sur de las Highlands, las Tierras Altas, por lo que tengo entendido —respondió el beta.

Alexia recuperó la compostura, la poca que le quedaba, que, por norma general, era más bien escasa. En algún punto del sur de las Highlands residía la antigua manada de Conall. Al fin creyó comprender lo sucedido.

—¿He de suponer que alguien le ha comunicado la muerte del alfa de su anterior manada?

Ahora el sorprendido era el comandante Channing, que a punto estuvo de atragantarse con un buñuelo.

—¿Cómo sabe usted eso?

Alexia levantó la mirada de su taza de té.

—Sé muchas cosas.

Los hermosos labios del comandante esbozaron una mueca al escucharlo.

—Mi señor dijo algo sobre ocuparse de una emergencia familiar un tanto

embarazosa —intervino el profesor Lyall.

—¿Es que acaso yo no soy de su familia? —se preguntó lady Maccon en voz alta, a lo que Lyall murmuró un «Y a menudo embarazosa» en voz baja.

—Tenga usted cuidado, profesor. Solo permito que una persona diga cosas insultantes acerca de mi persona y en mi propia cara, y usted no es lo suficientemente corpulento como para ser esa persona.

Lyall se sonrojó.

—Le pido disculpas, señora. Por un momento he olvidado mis modales —se disculpó el profesor, enfatizando la palabra «señora» y tirando del pañuelo para mostrar apenas un ápice de su cuello.

—¡Todos somos su familia! Y nos ha dejado aquí, solos. —El comandante Channing parecía más molesto por la marcha del esposo de Alexia que ella misma—. Lástima que no consultara su decisión conmigo. Le habría dado unas cuantas razones para quedarse.

Alexia clavó sus fríos ojos castaños en el gamma del castillo de Woolsey.

—¿De veras?

Pero el comandante Channing estaba ocupado mostrando públicamente su desconcierto.

—Claro que debería de haberlo sabido, o al menos haberlo imaginado. ¿Qué penurias habrán padecido después de tantos meses sin un alfa que los guiara?

—Lo desconozco —insistió Alexia, aunque las palabras del comandante no iban dirigidas a ella—. ¿Por qué no me cuenta eso tan interesante que pensaba compartir con mi esposo?

El comandante Channing levantó la mirada, furioso y apesadumbrado al mismo tiempo. La atención de todos los presentes se concentraba en él.

—Sí —intervino la suave voz de Lyall—, ¿por qué no nos lo cuenta? —Bajo la estudiada indiferencia, las palabras del profesor eran afiladas como puñales.

—Oh, nada importante. Solo que durante el trayecto de vuelta a casa por aguas del Mediterráneo y a través de sus estrechos, ninguno de nosotros pudo transformarse en lobo. Seis regimientos y cuatro manadas distintas, y a todos nos creció la barba. Básicamente fuimos mortales durante todo el trayecto. Tan pronto como desembarcamos y recorrimos algunas millas en dirección a Woolsey, volvimos a ser nosotros mismos.

—Teniendo en cuenta ciertos sucesos ocurridos recientemente, eso que cuenta es muy interesante. ¿Por qué no se lo ha contado a mi esposo?

—Nunca tiene tiempo para mí. —Channing parecía aún más furioso que Alexia.

—¿Y usted se lo toma como un desaire y no le obliga a escuchar lo que tiene que contarle? Su actitud no solo es estúpida, sino que podría llegar a ser peligrosa. —Ahora era Alexia la que se estaba enfureciendo por momentos—. ¿Intuyo que alguien

está celoso?

El comandante Channing golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo temblar la vajilla.

—¡Acabamos de llegar al país después de pasar seis años en el extranjero y nuestro ilustre alfa justo decide ausentarse, dejando sola a su manada para resolver los asuntos de otra! —respondió el comandante, escupiendo las palabras.

—Pues sí —intervino Hemming—, alguien está celoso.

El comandante Channing lo señaló con un dedo amenazante. Sus manos eran grandes y elegantes, pero también duras y cubiertas de callos, tanto que Alexia se preguntó en qué luchas se había visto envuelto en los años anteriores a convertirse en hombre lobo.

—Tenga cuidado con lo que dice, estúpido. Le supero en rango.

Hemming inclinó la cabeza a un lado, exponiendo el cuello como señal de reconocimiento ante la amenaza recibida, y luego procedió a dar buena cuenta del resto de su plato, guardándose sus opiniones.

Tunstell y el resto de los guardianes presenciaron la conversación con sumo interés. Tener a la manada al completo en casa era una novedad para todos ellos. Los guardias Goldsteam habían pasado tanto tiempo en la India que casi ningún guardián conocía a toda la manada.

Lady Maccon decidió que ya había tenido suficiente comandante Channing por una noche. La información que acababa de conocer hacía aún más urgente su partida hacia la ciudad, de modo que se levantó de su silla y pidió un carruaje.

—¿Otra vez a Londres, milady? —preguntó Floote, que acababa de hacer acto de presencia en el recibidor con el manto y el sombrero de su señora.

—Desgraciadamente sí —respondió ella, un tanto perturbada.

—¿Necesitará el maletín de trabajo?

—Esta noche no, Floote. No voy en calidad de *muhjah*. Será mejor parecer tan inocua como me sea posible.

El silencio de Floote fue más que elocuente, como sucedía con tantos silencios del antiguo mayordomo. Lo que a su querida señora le sobraba en cerebro le faltaba en sutileza; era tan inocua como cualquiera de los sombreros de Ivy Hisselpenny.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Sí, está bien, comprendo su preocupación, pero hay algo que se me escapa referente al incidente de anoche. Y ahora sabemos que, fuera lo que fuese, llegó a la ciudad con los regimientos. Debo hablar con lord Akeldama. Lo que el ORA no haya podido descubrir, sus chicos lo conseguirán con toda seguridad.

Floote parecía ligeramente perturbado por las palabras de su señora, puesto que uno de sus párpados temblaba de forma casi imperceptible. Alexia jamás se habría dado cuenta de no haber sufrido veintiséis años de convivencia con él. Aquella

reacción significaba que no aprobaba del todo la fraternización de lady Maccon con el más extravagante de los vampiros errantes que habitaban en Londres.

—No se alarme, Floote. Tendré mucho cuidado. Lástima que esta noche no tenga una excusa legítima para ir a la ciudad. La gente se dará cuenta del cambio en mi rutina habitual.

—Mi señora —intervino una tímida voz femenina—, quizás yo pueda ayudarla.

Alexia levantó la mirada con una sonrisa en los labios. Las voces femeninas eran algo escaso en el Castillo de Woolsey, pero aquella en concreto era una de las más habituales. En lo referente a fantasmas, la Difunta Merriway era un espécimen agradable, tanto que en los últimos meses Alexia había llegado a apreciar su compañía. A pesar de su timidez.

—Buenas tardes, Difunta Merriway. ¿Cómo se encuentra esta noche?

—Aquí seguimos, señora —respondió el fantasma, cuya apariencia apenas era una neblina gris bajo las luces de gas de la entrada del castillo. Aquella zona estaba en el límite de sus dominios, por lo que le resultaba difícil solidificarse. También significaba que su cuerpo descansaba en la parte alta del castillo de Woolsey, probablemente emparedada en alguna estancia, un hecho que Alexia prefería no comprobar y mucho menos olfatear.

—Tengo un mensaje personal para usted, milady.

—¿De mi absurdo marido? —Una suposición poco arriesgada, puesto que su esposo era el único capaz de utilizar un fantasma en lugar de otra forma más sensata de comunicación, como por ejemplo despertar a su mujer y hablar con ella antes de irse.

La forma fantasmagórica se balanceó arriba y abajo, movimiento con el que la Difunta Merriway expresaba su versión de un sí.

—De mi señor, sí.

—¿Y bien? —graznó Alexia.

La Difunta Merriway retrocedió unos centímetros. A pesar de la promesa de Alexia de no recorrer el castillo en busca del cadáver de Merriway para imponerle las manos, el fantasma era incapaz de superar su miedo a los preternaturales y persistía en ver exorcismos inminentes tras cada reacción de Alexia que se le antojara amenazante, lo que, teniendo en cuenta el carácter de la misma, desembocaba en un estado de nerviosismo perpetuo.

Alexia suspiró y trató de contener el tono de su voz.

—¿Qué dice ese mensaje que tiene para mí, Difunta Merriway? Por favor. — Utilizó el espejo de la entrada para colocarse el sombrero, que colgaba de la parte trasera de la cabeza de una forma absolutamente inservible, aunque como el sol aún no se había puesto, Alexia supuso que poco importaba que no le proporcionase sombra alguna, y todo ello lo hizo con cuidado para no estropear el peinado de

Angelique.

—Debe ir a comprarse sombreros —dijo la Difunta Merriway de forma ciertamente inesperada.

Alexia arrugó la frente y se puso los guantes.

—¿De veras?

La Difunta Merriway repitió su fluctuación afirmativa de nuevo.

—Mi señor le recomienda un establecimiento en la calle Regent que ha abierto sus puertas hace poco. Se llama Chapeau de Poupe. Insistió en que visitara la tienda sin falta.

Lord Maccon raramente se interesaba por su propio atuendo, por lo que lady Maccon apenas daba crédito a tan repentino interés en el de ella.

—Ah, vaya, justamente estaba pensando lo poco que me gusta este sombrero. Aunque tampoco es que necesite uno nuevo.

—Sé de alguien que sí lo necesita —intervino Floote con una vehemencia poco común en él.

—Sí, Floote, siento que ayer tuviera que ver todas esas uvas —se disculpó Alexia. El pobre Floote poseía una sensibilidad muy delicada. Este entregó a su señora una sombrilla de encaje azul y blanco y la acompañó a los pies de la escalera, donde el carruaje ya esperaba.

—A la residencia Hisselpenny, rápido —le dijo al conductor—, rápido.

—Oh, Floote. —Lady Maccon sacó la cabeza por la ventanilla mientras el carruaje empezaba a alejarse de la casa—. Cancele la cena de mañana, ¿quiere? Puesto que mi esposo ha preferido ausentarse, la reunión ya no tiene mucho sentido.

Floote asintió con la cabeza mientras el carruaje se alejaba, y se dispuso a ocuparse de los detalles.

* * *

A Alexia le pareció totalmente justificado presentarse en casa de Ivy sin avisar, puesto que la misma Ivy había hecho lo propio el día de antes.

La señorita Ivy Hisselpenny estaba sentada en la sala de estar principal de la modesta residencia de los Hisselpenny, recibiendo a las visitas. Se alegró al ver a su amiga, aunque su llegada fuese tan inesperada. En general todos los habitantes de la casa se mostraban encantados de recibir a lady Maccon; jamás habrían imaginado que la relación de Ivy con una solterona empedernida como Alexia Tarabotti podría resultar en un *coup de grace* tan importante.

Lady Maccon encontró a la señora Hisselpenny con sus agujas de tejer en ristre, soportando estoicamente el parloteo interminable de su hoja.

—¡Oh, Alexia! Tremendo.

—Buenas tardes tengas tú también, Ivy. ¿Cómo estás?

Aquella era una pregunta un tanto imprudente para la señorita Hisselpenny, puesto que era propensa a contar toda la verdad, hasta el detalle más vergonzante.

—¿Te lo puedes creer? La noticia de mi boda con el capitán Featherstonehaugh ha salido esta mañana en el *Times*, ¡y casi no me ha llamado nadie en todo el día! Solo he recibido veinticuatro visitas, y cuando Bernice se comprometió el mes pasado, ¡recibió veintisiete! No es justo, simplemente no lo es. Aunque supongo que tú eres la veinticinco, querida Alexia.

—Ivy —dijo Alexia sin más vacilaciones—, ¿por qué quedarse aquí esperando a recibir más afrentas? Es evidente que necesitas diversión, y yo estoy del humor perfecto para proporcionártela: diría que necesitas un sombrero nuevo. Tú y yo deberíamos ir de compras.

—¿En este preciso instante?

—Sí, cuanto antes mejor. He oído que hay una tienda nueva en la calle Regent. ¿Te apetece que veamos qué tal está?

—Oh. —Las mejillas de Ivy se sonrojan de la emoción—. ¿El Chapeau de Poupe? Dicen que es un tanto atrevido. Algunos conocidos míos se refieren a esa tienda con el adjetivo *rápida*. —La madre de Ivy, perennemente silenciosa, emitió una pequeña exclamación al oír la palabra «rápida», pero no la acompañó de ningún comentario, de modo que Ivy decidió continuar—. Ya sabes, solo las señoras más adelantadas a su tiempo frecuentan esa tienda. Mabel Dair, la actriz, compra allí de forma regular. Y la propietaria promete ser un escándalo en sí misma.

Algo en el tono de voz de su amiga le dijo que se moría de ganas de visitar el Chapeau de Poupe.

* * *

—Bueno, el sitio parece perfecto para encontrar algo especial para este invierno, y como señorita recién comprometida que eres, es evidente que necesitas un sombrero nuevo.

—¿Lo necesito?

—Confía en mí, querida Ivy, lo necesitas.

—Ivy, querida —intervino la señora Hisselpenny con un hilo de voz, dejando la labor a un lado y levantando la mirada—, deberías ir a cambiarte. No tiene sentido que la hagas esperar después de la generosa oferta que te ha hecho.

Ivy corrió de inmediato escaleras arriba sin apenas más protestas.

—Hará lo posible por ayudarla, ¿verdad, lady Maccon? —Los ojos de la señora Hisselpenny parecían desesperados por encima del insistente tintineo de las agujas de tejer.

Alexia creyó entender la pregunta.

—¿Usted también está preocupada por tan repentino compromiso?

—Oh, no, el capitán Featherstonehaugh es un pretendiente estupendo. No, me refería a las preferencias de Ivy en cuanto a sombreros.

Alexia se tragó una sonrisa y mantuvo la expresión de su cara perfectamente seria.

—Por supuesto. Lo haré lo mejor que pueda, por la reina y por mi país.

El mayordomo de los Hisselpenny entró en la estancia con una bandeja de té. Lady Maccon tomó un trago con una profunda sensación de alivio. No en vano la tarde se había presentado un tanto complicada. Con Ivy y sus sombreros en el futuro, lo más probable es que la situación empeorara. El té era una necesidad médica que, gracias a Dios, la señora Hisselpenny había tenido a bien proporcionarle.

Lady Maccon dedicó el siguiente cuarto de hora a discutir las particularidades del tiempo, un tema de conversación siempre doloroso a la par que agradable, hasta que Ivy reapareció en la estancia con un vestido de paseo de tafetán naranja, una chaqueta de brocado color champán y un sombrero a conjunto particularmente notable. Se trataba de una pieza decorada con numerosos crisantemos y aquí y allá una diminuta abejita colgando del extremo de un alambre.

Alexia apartó la mirada del sombrero, le dio las gracias a la señora Hisselpenny por el té y acompañó a Ivy hasta el carruaje de Woolsey. A su alrededor, la sociedad nocturna de Londres despertaba lentamente: las farolas de gas se iban encendiendo, parejas elegantemente ataviadas solicitaban los servicios de un carruaje de alquiler y de vez en cuando un grupo de jóvenes rompía el silencio de la noche con sus estridentes carcajadas. Alexia dio la orden al conductor para que las llevara hasta la calle Regent y en apenas unos minutos se detuvieron frente al Chapeau de Poupe.

Al principio Alexia no supo dilucidar los motivos por los que su esposo le había recomendado acudir al Chapeau de Poupe, de modo que hizo lo que cualquier otra joven de alcurnia como ella habría hecho: compró.

—¿Estás segura de querer comprar sombreros conmigo, Alexia? —preguntó Ivy mientras atravesaban la pesada puerta de hierro del establecimiento—. Tus gustos al respecto no coinciden con los míos.

—Confío ciegamente en que no sea así —respondió lady Maccon con sinceridad, sin apartar la mirada de la monstruosidad cubierta de flores que coronaba el dulce rostro ovalado de su amiga y su hermosa cabellera de negros tirabuzones.

La tienda era tal y como la habían imaginado: excepcionalmente moderna en su apariencia, con cortinas de vaporosa muselina y las paredes pintadas a rayas verdes y melocotón, los muebles lacados en bronce, de líneas limpias, y cojines a juego.

—¡Vaya! —exclamó Ivy, mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par—. ¿No crees que es demasiado francés?

Había unos cuantos sombreros sobre las mesas o colgando de las paredes, pero la mayoría colgaban del techo suspendidos por pequeñas cuerdas doradas a distintas alturas, de modo que el visitante tenía que ir apartándolos a medida que avanzaba por la tienda como si se tratara de una extraña vegetación. Y dichos sombreros —bonetes de batista bordada con encaje de Mechlin, pamelas italianas de paja, tocados color púrpura que dejaban el conjunto de Ivy a la altura del betún y horrendas papalinas— colgaban por todas partes.

Ivy se fijó inmediatamente en el más feo de todos: uno de fieltro amarillo canario decorado con grosellas negras, cinta de terciopelo negro y un par de plumas verdes que parecían antenas colgando de un lado.

—¡Oh, ese no! —dijeron al unísono Alexia y una voz desconocida mientras Ivy estiraba un brazo para descolgarlo de la pared.

Ivy bajó inmediatamente la mano, y tanto ella como lady Maccon se dieron la vuelta para ver por primera vez a la mujer de aspecto más remarcable emergiendo de entre las cortinas que cubrían la entrada a la trastienda.

Alexia se dijo, sin atisbo de envidia alguno, que aquella era probablemente la mujer más bella que había visto en toda su vida. Tenía la boca pequeña y adorable, los ojos grandes y verdes, los pómulos prominentes y dos hoyuelos cuando sonreía, lo cual hacía en aquel preciso instante. Por norma general, Alexia era contraria a los hoyuelos, pero en aquella desconocida no desentonaban, quizás porque se diluían en los marcados ángulos de su rostro y en el cabello castaño cortado particularmente corto, como el de un hombre.

Ivy ahogó una exclamación de sorpresa al verla. Y no por su pelo, o al menos no únicamente por él, sino porque la desconocida vestía de la cabeza a las lustrosas botas con las que cubría sus pies con el estilo más impecable, para un hombre: chaqueta, pantalones y chaleco a la última moda; sombrero de copa cubriéndole los cabellos, escandalosamente cortos, y pañuelo al cuello, precipitándose sobre el pecho como una cascada de seda color Burdeos. Sin embargo, nada en ella parecía querer ocultar su feminidad. Su voz era suave y melódica, pero sin lugar a dudas la de una mujer.

Alexia cogió un par de guantes color ocre oscuro para niño de una cesta que descansaba sobre una de las mesas. Eran suaves al tacto como la mantequilla, y Alexia los observó fijamente para apartar la mirada de la desconocida.

—Soy madame Lefoux. Bienvenidas al Chapeau de Poupe. ¿En qué puedo ayudarles, señoritas? —Tenía un leve acento francés, apenas perceptible, no como Angelique, que parecía incapaz de aprender a pronunciar la erre.

Ivy y Alexia le devolvieron el saludo inclinando levemente la cabeza a un lado, lo último en muestras de cortesía, un formalismo cuyo objetivo era demostrar que el cuello del interesado estaba libre de mordeduras, y es que nadie quería ser tomado por un zángano sin obtener a cambio los beneficios derivados de la protección de un

vampiro. Madame Lefoux hizo lo propio, aunque era imposible determinar si su cuello presentaba mordeduras bajo el pañuelo. Alexia observó con interés que llevaba dos alfileres: uno de plata y el otro de madera. Madame Lefoux prefería la noche al día, pero se mostraba cautelosa al respecto.

—Mi amiga, la señorita Ivy Hisselpenny, se ha prometido recientemente y necesita un sombrero nuevo con urgencia —dijo lady Maccon. No se presentó a sí misma, no de momento. Siempre era mejor reservar un nombre como el suyo.

Madame Lefoux observó detenidamente las flores y las abejas que copaban el tocado de Ivy.

—Sí, es evidente que así es. Pase por aquí, señorita Hisselpenny. Creo que tengo algo que le quedaría perfecto con el vestido que lleva.

Ivy trotó obediente tras la mujer de extraña indumentaria, no sin antes mirar a su amiga por encima del hombro con una expresión en el rostro que claramente quería decir *¿qué demonios lleva puesto?*

Alexia paseó distraídamente por la tienda hasta detenerse junto al horrible sombrero amarillo del que madame Lefoux y ella misma habían hecho apartarse a la pobre señorita Hisselpenny. Contrastaba por completo con la sofisticación de la que hacían gala el resto de los sombreros, casi como si hubiese sido fabricado con la intención de que no fuera comprado.

Mientras la peculiar dueña de la tienda parecía totalmente concentrada en Ivy (¿quién no lo estaría?), Alexia utilizó la empuñadura de su sombrilla para levantar ligeramente el sombrero que colgaba de la pared y mirar debajo. Justo en aquel preciso instante dedujo por qué su esposo la había enviado al Chapeau de Poupe.

Había allí una palanca escondida, disfrazada de colgador y oculta bajo el horrible tocado. Alexia devolvió la pieza a su sitio, se dio la vuelta y empezó a deambular inocentemente por la tienda, fingiendo interés en varios accesorios. Pronto se dio cuenta de que existían pequeñas pruebas de la segunda naturaleza del Chapeau de Poupe: arañazos en el suelo cerca de una pared en la que no parecía haber puerta alguna, y varias lámparas de gas que no habían sido encendidas. Alexia estaba dispuesta a jugarse una cantidad generosa de dinero a que ni siquiera se trataba de lámparas.

Lady Maccon no se hubiese mostrado tan observadora, claro está, si su querido esposo no hubiera insistido tanto en que visitara el establecimiento. El resto del local no se le antojó tan sospechoso, aunque sí a la última moda, con sombreros lo suficientemente atractivos como para llamar su poco estilosa atención. Pero con los arañazos y la palanca escondida, Alexia no pudo evitar sentir cierta curiosidad, tanto acerca de la tienda como de su propietaria. Tal vez lady Maccon no tenía alma, pero la vivacidad de su mente era algo que no podía ponerse en duda.

Se acercó hasta donde madame Lefoux acababa de persuadir a la señorita

Hisselpenny de la adquisición de un pequeño sombrero de paja con el ala levantada por la parte delantera, decorado alrededor de la corona con unas flores color crema y un graciosa pluma azul.

—Ivy, te queda especialmente bien —alabó Alexia a su amiga.

—Gracias, Alexia, pero ¿no te parece un tanto recatado? No estoy segura de que se avenga con mi estilo.

Lady Maccon y madame Lefoux intercambiaron miradas.

—No, no lo creo. No se parece en nada a esa cosa horrible y amarilla en la que te has fijado nada más entrar. Me he acercado a observarlo y en verdad es bastante espantoso.

Madame Lefoux miró fijamente a Alexia con gesto serio y sin rastro de sus hermosos hoyuelos.

Alexia sonrió, todo dientes, pero sin rastro de humor, y es que uno no podía vivir rodeado de licántropos y no adoptar algunos de sus manierismos.

—No puede ser diseño suyo —le espetó a la propietaria.

—La obra de un aprendiz, créame —respondió madame Lefoux, encogiendo levemente los hombros, para acto seguido colocar otro sombrero sobre la cabeza de Ivy, esta vez uno con más flores.

La señorita Hisselpenny se atusó el cabello.

—¿Tiene más... como ese? —preguntó Alexia, refiriéndose todavía al horrible sombrero amarillo.

—Bueno, tengo un sombrero para montar —respondió madame Lefoux con un hilo de voz.

Lady Maccon asintió. Madame Lefoux se refería al sombrero que se encontraba más cerca de las marcas que Alexia había observado en el suelo. Las dos mujeres se entendieron a la primera.

Se produjo una pausa en la conversación mientras Ivy expresaba su interés por una creación de color rosa con numerosas plumas. Alexia hizo girar la sombrilla entre sus enguantadas manos.

—Parece que también tiene problemas con la iluminación de gas —continuó Alexia, todo dulzura e inocencia.

—Así es. —Un destello de complicidad iluminó el rostro de madame Lefoux—. Y también está lo del pomo de la puerta. Pero ya sabe cómo son estas cosas, siempre hay flecos que cortar tras la apertura de un nuevo establecimiento.

Lady Maccon se maldijo a sí misma. El pomo de la puerta —¿cómo se le había podido pasar? Deambuló distraídamente por la tienda, inclinándose sobre su sombrilla para examinarlo más de cerca.

Ivy, insensible a las sutilezas de la conversación, se dispuso a probarse otro sombrero.

El pomo de la puerta principal era mucho más grande de lo que debería ser y parecía hecho a partir de una complicada serie de piezas y cerrojos, demasiado segura para una tienda de sombreros.

Alexia se preguntó si madame Lefoux era una espía francesa.

—Bueno —le estaba diciendo Ivy a madame Lefoux cuando Alexia se reunió con las dos mujeres—, Alexia siempre dice que mi gusto para la ropa es abismal, pero ella tampoco es que tenga demasiado criterio. Sus elecciones suelen ser de lo más banal.

—Carezco de imaginación —admitió Alexia—, razón por la cual cuento con una doncella francesa y muy creativa entre el servicio.

Aquellas palabras despertaron el interés de madame Lefoux, que recuperó sus hoyuelos en una media sonrisa.

—¿Y la excentricidad de llevar sombrilla incluso de noche? ¿He de suponer que lady Maccon me ha honrado con el honor de su presencia?

—Alexia —preguntó la señorita Hisselpenny escandalizada—, ¿no te has presentado convenientemente?

—Lo cierto es que...

Alexia se disponía a inventar una excusa creíble cuando...

¡Bum!

Y el mundo explotó a su alrededor hasta que lo único que quedó fue oscuridad.

Capítulo 4. El uso adecuado de una sombrilla

Un ruido ensordecedor hizo temblar la estructura del edificio. Todos los sombreros que colgaban del techo se balancearon violentamente en los extremos de sus largas cadenas doradas. Ivy emitió un grito capaz de helar la sangre de cualquiera. Alguien más gritó, aunque con más sobriedad que la pobre señorita Hisselpenny. Las luces se apagaron y la tienda se sumió en la más absoluta oscuridad.

Lady Maccon necesitó unos instantes para darse cuenta de que el objetivo de la explosión no había sido acabar con su vida, algo que, teniendo en cuenta las experiencias vividas en el último año, era toda una novedad. Pero al mismo tiempo se preguntó si el objetivo había sido matar a otra persona.

—¿Ivy? —preguntó Alexia, sumida en la más completa oscuridad.

Silencio.

—¿Madame Lefoux?

Más silencio.

Alexia se agachó tanto como le permitió el corsé y tanteó el suelo a su alrededor, deseando que sus ojos se aclimasen a la oscuridad lo antes posible. De pronto creyó tocar algo de tafetán: los volantes adheridos a la figura postrada de Ivy.

Alexia sintió que el corazón le daba un vuelco.

Palpó el cuerpo de su amiga en busca de heridas, pero la señorita Hisselpenny parecía estar intacta. Leves bocanadas de aire acariciaron el dorso de la mano de lady Maccon cuando esta la pasó por debajo de la nariz de Ivy, y podía sentir su pulso — profundo pero sólido. Aparentemente, la señorita Hisselpenny solo se había desmayado.

—¡Ivy! —susurró Alexia.

Nada.

—¡Ivy, por favor!

La señorita Hisselpenny se movió levemente y murmuró «¿Sí, señor Tunstell?» con apenas un hilo de voz.

Dioses, pensó Alexia. Qué pareja tan desafortunada, y encima Ivy ya estaba prometida a otro hombre. Lady Maccon no tenía ni la menor idea de que las cosas hubiesen progresado tanto entre la pareja como para provocar *murmillos* en los momentos de malestar como aquel. De pronto sintió pena por su amiga. Mejor dejar que disfrutara en sueños mientras pudiera.

De modo que lady Maccon dejó a su amiga tal y como la había encontrado y prefirió postergar el socorrido uso de las sales aromáticas.

Madame Lefoux, por su parte, había desaparecido, engullida por la oscuridad, quizás en busca del origen de la explosión. O tal vez precisamente por ser el origen de ella.

Alexia podía imaginar por dónde había desaparecido la sombrerera. Ahora que sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, siguió una de las paredes hasta el fondo de la tienda, donde había visto los arañazos en el suelo.

Buscó por todo el papel pintado en busca de un interruptor o un botón de cualquier clase, hasta que dio con una palanca escondida bajo una caja de exposición de guantes. Tiró de ella con fuerza hasta que en la pared se abrió una puerta, y a punto estuvo de golpearle en la cara.

Lady Maccon descubrió que no se trataba de una estancia o un pasillo, sino que era un espacio vacío atravesado en su centro por un montón de cables y flanqueado por sendos carriles de metal. Introdujo la cabeza en el hueco y miró hacia arriba, sujetándose en el marco de la puerta. La parte superior estaba ocupada por una especie de torno accionado por un motor a vapor. Encontró una cuerda a un lado de la puerta que, al tirar de ella, ponía en funcionamiento el torno. Entre explosiones de vapor y algún que otro crujido, apareció una especie de caja que subía lentamente desde las profundidades del edificio. Alexia estaba familiarizada con el concepto: una cámara de ascensión. Había visto un modelo parecido a aquel, aunque algo menos sofisticado, en el Club Hypocras. Sabía que el viaje no le sentaría bien a su estómago, pero aun así se metió en la caja, cerró la reja tras ella y accionó una palanca en un lado de la cámara para que el invento descendiera.

La caja chocó contra el suelo antes de detenerse, y Alexia salió despedida contra una de las paredes laterales. Con la sombrilla sujeta en alto delante de ella como si fuese un bate de críquet, abrió la reja de seguridad y avanzó por un pasillo subterráneo débilmente iluminado.

El mecanismo de iluminación no se parecía a nada que Alexia hubiera visto. Debía de tratarse de alguna clase de gas, aunque con el aspecto de una neblina anaranjada dentro de un sistema de tubos de cristal que recorrían el techo. Dicha neblina flotaba de un lado para otro, creando un efecto desigual y mortecino. *Luz con forma de nube*, pensó Alexia.

Al final del pasadizo se abría una puerta por la que se derramaba una luz naranja mucho más intensa, acompañada por tres voces. A medida que fue avanzando, Alexia se dio cuenta de que el pasadizo corría paralelo a la calle Regent, aunque varios metros por debajo. También se dio cuenta de que las voces discutían y lo hacían en francés.

Alexia había estudiado algunas lenguas modernas, de modo que pudo seguir la conversación sin dificultades.

—¿Qué demonios te pasa por la cabeza? —preguntó madame Lefoux con un hilo de voz a pesar de la irritación que sentía.

El pasillo se abría en una especie de laboratorio, a pesar de que este no tenía nada que ver con las instalaciones que Alexia había visto en el Club Hypocras o en la

Royal Society. Se parecía más a una fábrica, con máquinas enormes y otros artefactos.

—Es que no conseguía hacer funcionar el hervidor de agua de ninguna de las maneras.

Alexia asomó la cabeza por la puerta de la sala. Era un lugar enorme y sumido en el más absoluto de los caos. Había contenedores volcados por todas partes, cristales rotos y miles de pequeñas piezas repartidas entre la suciedad del suelo. Un manojito de cables descansaba junto al perchero del que parecía haber colgado. Todo estaba cubierto por una fina capa de hollín, incluso los tubos, las palancas y las piezas que no habían acabado en el suelo. Más allá de los límites de la explosión, las cosas no estaban mucho más ordenadas. Un par de optifocales descansaba sobre una pila de manuales de investigación. Las paredes estaban cubiertas de grandes diagramas dibujados a lápiz sobre papel amarillo. Era evidente que la explosión había alterado el ritmo de trabajo del lugar, del mismo modo que era evidente que, antes del desafortunado accidente, el laboratorio no conocía el orden o la limpieza.

El ruido era ensordecedor, puesto que muchos de los mecanismos e inventos que no habían resultado afectados por la explosión seguían funcionando. Había vapor por todas partes, ruido de metal y de válvulas, una cacofonía de sonidos digna de las grandes factorías del norte que, a pesar de la espectacularidad, no resultaba desagradable, sino más bien una sinfonía a la ingeniería.

Madame Lefoux estaba en el centro de la estancia, tapada por una montaña de cajas, con las manos en la cintura de los pantalones y las piernas separadas, como un hombre, sin apartar la mirada de una especie de muchacho mugriento. El niño tenía la cara cubierta de grasa, las manos sucias y la gorra inclinada hacia un lado. Era evidente que se había metido en problemas, pero parecía más emocionado por el espectáculo pirotécnico que dispuesto a pedir disculpas.

—¿Qué has hecho, Quesnel?

—Solo he metido la punta de un trapo en un bote de éter y luego lo he tirado al fuego. El éter es inflamable, ¿verdad?

—Oh, por el amor de Dios, Quesnel, ¿es que nunca me escuchas? —intervino una tercera voz, la de un fantasma, mientras intentaba sentarse sobre uno de los barriles caídos. Era un espectro muy sólido, lo cual significaba que su cuerpo estaba cerca y bien conservado. La calle Regent estaba bastante al norte de la zona exorcizada, así que había escapado al incidente de la noche anterior intacto. A juzgar por su acento, el cuerpo de aquel fantasma había viajado a Inglaterra desde Francia, o quizás había muerto en Londres tras emigrar de su país. Era hermosa, a pesar de que la edad había empezado a hacer mella en ella, y se parecía extraordinariamente a madame Lefoux. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, visiblemente molesta.

—¡Éter! —exclamó madame Lefoux.

—Sí, bueno —respondió el muchacho.

—¡El éter es explosivo! —Tras lo cual se produjo una retahíla de palabrotas a cual más espantosa, que en la voz melosa de madame Lefoux incluso sonaban agradables.

—Ah —respondió el muchacho con una sonrisa socarrona en los labios—. Pero la explosión ha sido fantástica.

Alexia no pudo reprimirse; se cubrió la boca con la mano y dejó escapar una risita.

Los tres dieron un respingo y la miraron.

Lady Maccon se irguió, alisó las arrugas que se habían formado en la falda de su vestido de seda azul y se dispuso a entrar en la cavernosa estancia, balanceando la sombrilla adelante y atrás.

—Ah —exclamó madame Lefoux, retomando su impecable inglés—. Bienvenida a mi sala de máquinas, lady Maccon.

—Es usted una mujer de múltiples talentos, madame Lefoux, ¿inventora además de sombrerera?

Madame Lefoux inclinó levemente la cabeza.

—Como ve, ambas profesiones cruzan sus caminos más a menudo de lo que cabría esperar. Debería haberme imaginado que conseguiría deducir el mecanismo de funcionamiento del torno y la localización de mi laboratorio, lady Maccon.

—Oh —respondió Alexia—, ¿y por qué?

La sombrerera sonrió y luego se inclinó para recoger del suelo una probeta que había sobrevivido intacta a la explosión y que contenía un líquido plateado.

—Su marido me avisó de que usted es una mujer inteligente. Y acostumbrada a interferir en los asuntos ajenos.

—Esas son palabras que mi esposo diría, sin duda. —Alexia avanzó entre los restos de la explosión, levantándose las faldas con delicadeza para evitar que resultaran dañadas por algún trozo de cristal. Ahora que podía verlos más de cerca, los aparatos que ocupaban la totalidad de la sala de máquinas eran ciertamente fascinantes. Había una colección de optifocales colocadas unas junto a las otras y a medio construir, y un aparato enorme que parecía estar compuesto por las tripas de varios motores a vapor soldados a un galvanómetro, una rueda de carruaje y una gallina de mimbre.

Alexia, que solo había tropezado una vez con una válvula, completó su recorrido a través de la estancia y saludó con una leve inclinación de cabeza al fantasma y al niño.

—¿Qué tal? Lady Maccon a su servicio.

El proyecto de niño le sonrió, produjo una elaborada reverencia y se presentó.

—Quesnel Lefoux.

Alexia le miró fijamente.

—Y dime, ¿has conseguido que el hervidor funcione?

Quesnel se sonrojó.

—No exactamente. Pero a cambio he provocado un buen fuego. Eso debería contar para algo, ¿no cree? —Su inglés era soberbio.

Madame Lefoux alzó las manos al aire.

—Sin duda —convino lady Maccon, sintiendo un afecto instantáneo por aquel chico.

El fantasma se presentó como la Difunta Beatrice Lefoux.

Alexia le agradeció su amabilidad inclinando levemente la cabeza, lo cual sorprendió al fantasma. A menudo los muertos eran sometidos a faltas de consideración por los que aún seguían vivos, pero lady Maccon siempre se mantenía fiel a las formalidades.

—Mi hijo imposible y mi tía incorpórea —explicó madame Lefoux, mirando fijamente a Alexia como si esperara algo de ella.

Lady Maccon anotó mentalmente el hecho de que los tres compartían el mismo apellido. ¿Es que acaso madame Lefoux no había contraído matrimonio con el padre de la criatura? Qué escándalo. Pero Quesnel no se parecía en nada a su madre. Tenía el cabello de un rubio casi blanco, la barbilla puntiaguda y los ojos grandes y de color violeta, sin hoyuelos por ninguna parte.

—Os presento a Alexia Maccon, lady Woolsey —dijo la inventora a su familia—. También es *muhjah* de la reina.

—Ah, mi esposo ha creído conveniente compartir con usted ese pequeño detalle, ¿eh? —Alexia estaba sorprendida. Pocos eran los que conocían su cargo político y, del mismo modo que ocurría con su condición de preternatural, ambos preferían mantenerlo en secreto: Conall, porque mantenía a su mujer alejada del peligro; Alexia, porque dicha información provocaba en los demás, fueran sobrenaturales o no, las reacciones más peculiares con respecto a su ausencia de alma.

El fantasma de Beatrice Lefoux interrumpió la conversación entre las dos mujeres.

—¿Es usted la *muhjah*? Sobguina, ¿cómo pegmites la pguesensia de un exogsista en las inmediaciones de mi cuegpo? ¡Qué falta de considegación! Egues peog que tu hijo. —Su acento era mucho más pronunciado que el de su sobrina. Se apartó violentamente de Alexia, levantándose del barril en el que había simulado sentarse, como si Alexia pudiera hacerle daño a su espíritu. Una criatura estúpida, sin duda.

Lady Maccon frunció el ceño, consciente de que la presencia de su tía eliminaba a madame Lefoux de la lista de sospechosos del exorcismo en masa. No podía haber inventado un arma que actuara como lo haría un preternatural, no allí, en presencia del espíritu de su tía, que al parecer residía en aquella sala de máquinas.

—Tía, no se ponga nerviosa. Lady Maccon solo puede matarla si toca su cuerpo, y solo yo sé dónde está escondido.

Alexia arrugó la nariz.

—Por favor, no se altere usted, Difunta Lefoux —intervino Alexia—. Por norma general, prefiero no practicar exorcismos si puedo evitarlo: la carne en descomposición puede llegar a ser muy desagradable.

—Oh, no sabe cuánto se lo agradezco —se burló el fantasma.

—¡Puaj! —exclamó Quesnel, fascinado—. ¿Ha realizado alguno?

Alexia miró al muchacho entornando los ojos para parecer astuta y misteriosa al mismo tiempo, y luego se volvió de nuevo hacia su madre.

—Y bien, ¿con qué intención le ha informado mi marido de mi condición y mi posición política?

Madame Lefoux se inclinó ligeramente hacia atrás, con una leve sonrisa iluminando su hermoso rostro.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿La visitó en calidad de alfa, de conde o de máximo responsable de las investigaciones del ORA?

La sonrisa de madame Lefoux aumentó, provocando la aparición de sus deliciosos hoyuelos.

—Ah, sí, las múltiples caras de Conall Maccon.

Alexia se sorprendió al oír que la sombrerera utilizaba el nombre de pila de Conall.

—¿Y desde cuándo, si no es mucho preguntar, conoce usted a mi esposo? —La anormalidad en el vestir era una cosa, y la ausencia de moral otra bien distinta.

—Puede usted estar tranquila. Mi interés por su esposo es puramente profesional. Nos conocimos a través del ORA, pero hace un mes me visitó en calidad de conde y de esposo suyo. Quería que fabricara para usted un regalo muy especial.

—¿Un regalo?

—Eso mismo.

—Y ¿dónde está?

Madame Lefoux miró a su hijo.

—Tú, ve a buscar los aparatos de limpieza, agua caliente y jabón. Escucha a tu difunta tía abuela; ella te dirá qué puedes limpiar con agua y qué deberá ser reparado por otros medios. Te espera una noche muy larga.

—Pero, *maman*, ¡solo quería ver qué pasaba!

—Pues ya lo has visto. Pasa que has conseguido enfadar a tu *maman* y pasarte unas cuantas noches castigado limpiando.

—¡*Jo, maman!*

—En este preciso instante, Quesnel.

Quesnel suspiró ruidosamente y abandonó la estancia con un «encantado de conocerla» dirigido a lady Maccon por encima del hombro.

—Así aprenderá a no hacer experimentos sin una hipótesis válida. Vaya con él, por favor, Beatrice, y manténgalo ocupado durante al menos quince minutos mientras yo hablo de negocios con lady Maccon.

—¡Fraternizando con una preternatural! Te gustan los juegos peligrosos, sobrina, más que a mí en mis tiempos —masculló el fantasma para, acto seguido, dispersarse rápidamente, al parecer detrás del chico.

—Encantada de conocerla, Difunta Lefoux —se despidió Alexia, desafiante, al espacio que había quedado vacío.

—Por favor, no se ofenda por sus modales. Incluso cuando estaba viva, mi tía era una mujer difícil. Brillante, pero difícil. Inventora como yo, ¿sabe?, pero me temo que carente de aptitudes sociales.

Lady Maccon sonrió.

—He conocido a no pocos científicos, y muchos de ellos no podrían acogerse a la brillantez como excusa. No es que lo intentaran, claro está, es solo que... —De pronto, Alexia guardó silencio. Estaba parlotando y ni siquiera sabía por qué. Algo en aquella bella mujer de extraña indumentaria la ponía nerviosa.

—Bien —dijo la inventora, acercándose a ella. Madame Lefoux olía a vainilla y aceite industrial—, por fin estamos a solas. Es un placer conocerla, lady Maccon. La última vez que disfruté de la compañía de un preternatural, apenas era una niña. Y, por supuesto, no era tan impresionante como lo es usted.

—Vaya, mmm, gracias. —Alexia se sintió un tanto incómoda ante semejante cumplido.

La sombrerera le sujetó suavemente la mano.

—No hay de qué.

La piel de la palma de la mano de madame Lefoux estaba cubierta de callosidades. Lady Maccon podía sentir su dureza incluso a través de los guantes. Al contacto, Alexia experimentó unas leves palpitaciones que, hasta la fecha, siempre había asociado al sexo opuesto y, más específicamente, a su esposo. No había muchas cosas capaces de sorprenderla. Aquello, sin embargo, sí lo hizo.

Tan pronto como lo consideró oportuno, retiró la mano, sonrojándose con furia bajo el tono siempre moreno de su piel. Consciente de que su propio cuerpo la había traicionado burdamente, Alexia decidió ignorar el fenómeno y revertir sus efectos, sin demasiado éxito, tratando de recordar al mismo tiempo la dirección de sus preguntas y la razón por la que se encontraban a solas. ¿Cuál era? Ah, sí, la insistencia de su esposo.

—Creo que tiene algo para mí —dijo finalmente.

Madame Lefoux se llevó la mano al ala de su sombrero de copa a modo de

afirmación.

—Así es. Un momento, por favor. —Con una sonrisa picara, se dirigió a un lado del laboratorio y rebuscó durante unos segundos en un gran baúl. Finalmente, emergió de él con una caja de madera, larga y estrecha.

Lady Maccon contuvo la respiración, emocionada.

Madame Lefoux regresó junto a Alexia y abrió la tapa de la caja.

En su interior descansaba una sombrilla de estilo indiferente y forma estrafalaria, no demasiado agradable a la vista. La tela era de color gris pizarra, rematada en los extremos con encaje de la misma tonalidad y un volante color crema. La punta era particularmente larga, decorada con dos globos de metal del tamaño de un huevo, como vainas, uno junto a la tela y el otro cerca de la punta. Las varillas eran muy grandes y otorgaban al conjunto un aspecto más cercano al de un paraguas, y el mango era extremadamente largo y acabado en un asa decorada con profusión de detalles, parecida a los capiteles de las columnas del antiguo Egipto, esculpida con flores de loto —o, en su defecto, una piña un tanto entusiasta. Los componentes de la sombrilla eran de latón en distintas aleaciones, lo que proporcionaba al conjunto una coloración muy variada.

—Vaya, el gusto de Conall ataca de nuevo —comentó Alexia, cuyo sentido del gusto, a pesar de no ser especialmente imaginativo o sofisticado, al menos no tendía a lo bizarro.

Madame Lefoux sonrió, haciendo aflorar los hoyuelos de sus mejillas.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, teniendo en cuenta la capacidad de carga del conjunto.

Alexia estaba intrigada.

—¿Me permite?

La inventora le ofreció la caja y lady Maccon extrañó la monstruosidad de ella.

—Es más pesada de lo que aparenta.

—Esa es una de las razones por las que es tan larga. Pensé que también podría servirle como bastón para caminar. Así no tendrá que cargar con ella a todas partes.

Alexia probó la sombrilla. El peso era ideal para apoyarse en ella.

—¿Deberé llevarla conmigo a todas partes?

—Estoy segura de que su esposo así lo preferiría.

Alexia no parecía estar de acuerdo, y es que la sombrilla tendía hacia el extremo más horrendo del espectro. Muchos de sus vestidos favoritos de día chocarían terriblemente con tanto latón y tanto gris, por no mencionar los elementos decorativos.

—También, claro está, tenía que ser lo suficientemente dura para hacer las veces de arma defensiva.

—Una precaución muy necesaria, teniendo en cuenta mis inclinaciones. —Lady

Maccon había destruido más de una sombrilla al probar su resistencia contra algún que otro cráneo.

—¿Quiere que le explique cómo funciona la antroscopia? —propuso madame Lefoux con una sonrisa emocionada en el rostro.

—¿Es antroscópica? ¿Es eso seguro para la salud?

—Por supuesto. ¿Acaso me cree capaz de diseñar un objeto tan horrible sin una causa justificada?

Alexia le entregó el pesado accesorio.

—Adelante.

Madame Lefoux sujetó la sombrilla por el mango permitiendo que Alexia la sostuviera por el otro extremo. Al observarla más de cerca, Alexia descubrió que la punta metálica tenía una pequeña bisagra hidráulica en un lado.

—Si presiona aquí —explicó madame Lefoux apretando uno de los pétalos de la flor de loto justo por debajo del mango—, la punta se abre y dispara un dardo venenoso equipado con un agente aturridor. Y si gira el mango así...

Alexia ahogó un grito de sorpresa al ver cómo, justo por encima de donde ella estaba sujetando el extremo de la sombrilla, aparecían dos afiladas picas, una de plata y la otra de madera.

—Ya había reparado en los alfileres de su pañuelo —dijo lady Maccon.

Madame Lefoux se rió, acariciándolos distraídamente con la mano que le quedaba libre.

—Oh, son mucho más que simples alfileres.

—No me cabe la menor duda. ¿La sombrilla hace algo más?

Madame Lefoux guiñó un ojo.

—Ah, esto no es más que el principio. En esto, como usted comprenderá, lady Maccon, soy una artista.

Alexia se pasó la lengua por el labio inferior.

—Creo que empiezo a comprenderlo. Y yo que creía que solo sus sombreros eran excepcionales.

Madame Lefoux se sonrojó levemente, el color era visible incluso bajo la tenue luz naranja de la estancia.

—Presione este pétalo de aquí, así.

De pronto un silencio absoluto cayó sobre el laboratorio. Todos los sonidos metálicos, los chirridos y las bocanadas de vapor que conformaban el ruido ambiente se hicieron aún más notables, pero por su ausencia.

—¿Qué? —preguntó Alexia, mirando a su alrededor. Todo estaba en silencio.

Y entonces, apenas unos segundos después, hasta el último de los mecanismos volvió a la vida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alexia, sin apartar los ojos de su sombrilla.

—Este nódulo de aquí —la inventora señaló la decoración con forma de huevo que se encontraba más cerca de la tela— emite un campo magnético de disrupción. Afecta a todos los metales de las familias del hierro, níquel o cobalto, incluido el acero. Si necesita detener un motor a vapor por la razón que sea, esto le será de ayuda, aunque solo sea por unos segundos.

—¡Increíble!

Madame Lefoux se sonrojó de nuevo.

—El campo de disrupción no es un invento mío, pero yo he conseguido reducir sustancialmente el diseño original de Babbage. Los volantes —prosiguió— contienen varios bolsillos secretos y son lo suficientemente amplios para disimular pequeños objetos. —Metió la mano entre los pliegues del volante y sacó una pequeña probeta.

—¿Veneno? —preguntó lady Maccon, inclinando la cabeza a un lado.

—En realidad no. Algo mucho más importante: perfume. No podemos permitirnos que combata el crimen sin el perfume adecuado, ¿no cree?

—Oh. —Alexia asintió con gravedad. Al fin y acabo, madame Lefoux era francesa—. Por supuesto que no.

Madame Lefoux desplegó la sombrilla, revelando su forma de pagoda un tanto pasada de moda.

—También le puede dar la vuelta así —hizo girar la sombrilla de modo que la cubierta apuntara en la dirección equivocada—, girarla y presionar aquí. —Señaló un pequeño nódulo con un dial que se encontraba justo encima del emisor-disruptor magnético—. Lo he diseñado para que sea difícil de manipular y así prevenir un posible accidente. Las cápsulas ocultas en las varillas se abren y emiten una fina lluvia. Con un clic, estas tres emiten una mezcla de *lapis lunearis* y agua. Con dos clics, las otras tres emiten *lapis solaris* diluido con ácido sulfúrico. Asegúrese de que usted y los suyos permanezcan fuera del campo de acción de la sombrilla y con el viento a favor. El *lunearis* apenas provoca una leve irritación en la piel, pero el *solaris* es tóxico y puede provocar la muerte de humanos así como la incapacitación de vampiros. —Con una sonrisa, la científica añadió—: Solo los licántropos son resistentes a sus efectos. El *lunearis* es para ellos. Un simple rociado es suficiente para reducirlos y provocar un intenso malestar que puede durar días. Tres clics y la sombrilla emite ambas sustancias al mismo tiempo.

—Impresionante, madame. —Alexia estaba ciertamente impresionada—. Desconocía la existencia de estos venenos capaces de afectar a ambas especies.

—Una vez tuve acceso a una copia parcial de las Normas Mejoradas de los Templarios —explicó madame Lefoux con un hilo de voz.

Lady Maccon abrió la boca de par en par.

—¿Que usted qué?

La sombrerera prefirió no dar más explicaciones.

Alexia cogió la sombrilla y la hizo girar entre sus manos con reverencia.

—Tendré que cambiar la mitad de mi vestuario para que vaya a juego, claro está, pero sospecho que valdrá la pena.

Madame Lefoux mostró sus hoyuelos, orgullosa.

—También la protegerá del sol.

Lady Maccon no pudo contener la risa.

—En cuanto a su coste, ¿se ha ocupado mi esposo de cubrir sus necesidades?

Madame Lefoux alzó una de sus diminutas manos.

—Oh, sé perfectamente que Woolsey puede permitirse un gasto así. Además, no es la primera vez que trato con su manada.

Alexia sonrió.

—¿El profesor Lyall, tal vez?

—Básicamente. Es un hombre curioso. A veces no puedo evitar preguntarme por sus motivaciones.

—No es un hombre.

—Cierto.

—¿Y usted?

—Yo tampoco soy un hombre. Sencillamente me divierte vestir como si lo fuera —respondió madame Lefoux, malinterpretando intencionadamente la pregunta de Alexia.

—Si usted lo dice —replicó lady Maccon. Luego recordó algo que Ivy había dicho acerca de la nueva sombrerería y frunció el ceño: que actrices como Mabel Dair frecuentaban asiduamente el local.

—Hace tratos con colmenas y manadas al mismo tiempo.

—¿Por qué lo dice?

—La señorita Hisselpenny dice que la señorita Dair visita a menudo su establecimiento, y se trata de una de los zánganos de la colmena de Westminster.

Madame Lefoux se dio la vuelta y empezó a ordenar el laboratorio.

—Yo trabajo para cualquiera que pueda costearse mis servicios.

—¿Eso incluye a solitarios y errantes? ¿Ha trabajado al servicio de los gustos de, por ejemplo, lord Akeldama?

—Todavía no he tenido el placer —respondió la inventora.

Alexia se dio cuenta de que no negaba haber oído hablar de él, pero prefirió no entrometerse.

—¡Ah, ese es un error que habría que enmendar de inmediato! ¿Está libre esta noche para tomar el té, digamos sobre medianoche? Consultaré con el caballero en cuestión si está libre.

Madame Lefoux parecía intrigada y recelosa al mismo tiempo.

—Creo que podré asistir. Es usted muy amable, lady Maccon.

Alexia inclinó la cabeza a la manera de las grandes damas, sintiéndose un tanto estúpida.

—Le enviaré una tarjeta con la dirección, si es que lord Akeldama está libre. — Primero quería reunirse con él a solas.

Justo en aquel preciso instante un nuevo sonido se abrió paso entre la amalgama de sonidos metálicos, un «¿Alexia?» agudo y quejumbroso. Alexia se dio la vuelta.

—*Dioses, ¡Ivy!* No habrá encontrado el camino hasta aquí abajo, ¿no? Creo que cerré la puerta de la cámara de ascensión detrás de mí.

Madame Lefoux parecía imperturbable.

—Oh, no se preocupe. Es solo su voz. Tengo un capturador de auditorio y un amplificador por dispersión que se ocupan de canalizar los ruidos de la tienda hasta aquí. —Señaló hacia un objeto con forma de trompeta conectado por medio de varios conductos con el techo, y que Alexia había confundido con un gramófono. Pero la voz de Ivy provenía de allí, tan clara como si su propietaria estuviera en el laboratorio con ellas. Asombroso.

—Tal vez deberíamos regresar a la tienda y atenderla —sugirió la inventora.

Alexia, sujetando su nueva sombrilla contra el pecho como si fuera un recién nacido, asintió.

Y así lo hicieron. La iluminación de gas volvía a funcionar, y la señorita Hisselpenny aún reposaba en el suelo bajo las brillantes luces de la tienda, aunque se había incorporado y estaba pálida y confundida.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras lady Maccon y madame Lefoux se acercaban.

—Ha habido una gran explosión y te has desmayado —respondió Alexia—. De verdad, Ivy, si no llevaras el corsé tan apretado, no serías tan propensa al desmayo. Y sabes que es malo para tu salud.

La señorita Hisselpenny reprimió una exclamación de sorpresa al escuchar la mención de su ropa interior en un establecimiento público como la sombrerería en la que se encontraban.

—Por favor, Alexia, no digas tonterías. ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué me enrole en la revolución del vestir?

Lady Maccon puso los ojos en blanco. Menuda idea: ¡Ivy en bombachos!

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la señorita Hisselpenny, refiriéndose a la sombrilla que lady Maccon sujetaba contra el pecho.

Alexia se puso de cuclillas para mostrarle la sombrilla a su amiga.

—Vaya, Alexia, es muy bonita. No concuerda con tus gustos habituales —observó la señorita Hisselpenny llena de júbilo por su amiga.

Y es que Ivy había nacido para adorar las cosas más horribles precisamente por su aspecto externo.

La señorita Hisselpenny volvió la mirada hacia la sombrerera.

—Me gustaría tener uno igual, quizás en amarillo limón con franjas blancas y negras. ¿No tendrá uno así para mí?

Alexia contuvo la risa al ver la expresión de horror de madame Lefoux.

—Creo que no —consiguió responder la sombrerera, no sin antes aclararse la garganta dos veces—. ¿Le parece si —prosiguió con una mueca en el rostro— le encargo uno?

—Por favor.

Alexia se puso en pie.

—Tal vez sin los accesorios adicionales —le susurró en francés a madame Lefoux.

—Mmm —asintió esta.

Una pequeña campanilla repicó alegremente con la entrada de un nuevo cliente. La señorita Hisselpenny se irguió como pudo de su indigna postura en el suelo.

El recién llegado se acercó a ellas, apartando a un lado el bosque de sombreros colgantes y, al ver los esfuerzos de Ivy, corrió en su ayuda.

—Señorita Hisselpenny, ¿se encuentra usted bien? Permítame que le ofrezca mis humildes servicios.

—Tunstell —intervino Alexia, fulminando al joven con la mirada—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

El guardián ignoró la pregunta de su alfa y se entregó, solícito, a la ayuda de la señorita Hisselpenny.

Ivy consiguió ponerse en pie sujetándose del brazo del joven, apoyándose débilmente en él y mirándole con sus hermosos ojos negros abiertos de par en par.

Tunstell parecía inmerso en un largo y placentero baño en los ojos de la señorita Hisselpenny, como si de un estúpido pez se tratara.

Actores, menudo gremio. Alexia clavó la punta de su nueva sombrilla en el trasero perfectamente envuelto en unos pantalones demasiado estrechos para su talla de Tunstell.

—Tunstell, explícame tu presencia de inmediato.

Tunstell se sobresaltó y miró a su señora como si se sintiera maltratado.

—Tengo un mensaje del profesor Lyall para usted —dijo, como si ella tuviera la culpa.

Lady Maccon no preguntó cómo sabía Lyall que la encontraría en el Chapeau de Poupe. Los métodos del beta de su esposo eran a menudo misteriosos y de poco valía cuestionarlos.

—¿Y bien?

Tunstell se había perdido de nuevo en la mirada de la señorita Hisselpenny.

Alexia golpeó el suelo con la sombrilla, disfrutando del sonido metálico.

—El mensaje.

—Requiere su presencia en las oficinas del ORA con cierta urgencia —continuó Tunstell, sin molestarse en mirarla.

Con cierta urgencia era el código que la manada utilizaba para requerir la presencia de lady Maccon en calidad de *muhjah* del reino. Lyall tenía información útil para la Corona. Alexia asintió.

—En ese caso, Ivy, no te importará que te deje en manos de Tunstell mientras acabas tus compras, ¿verdad? Él se ocupará de ti. ¿No es así, Tunstell?

—Será un placer —respondió el interesado con una sonrisa.

—Oh, creo que sería lo más adecuado —añadió Ivy, devolviéndole la sonrisa.

Lady Maccon se preguntó si alguna vez se había comportado de aquella manera con lord Maccon. Entonces recordó que su afecto solía materializarse en forma de amenazas y encontronazos verbales, motivo más que suficiente para congratularse por evitar sistemáticamente cualquier forma de sentimentalismo.

La inventora-barra-sombrerera la acompañó hasta la puerta.

—Le enviaré una tarjeta cuando sepa si lord Akeldama está disponible. Debería estar en casa, pero con los errantes nunca se sabe. La visita al profesor Lyall no debería llevarme demasiado. —Alexia volvió la mirada hacia Tunstell e Ivy, entregados a un *tête-à-tête* con un exceso de familiaridad—. Por favor, trate de evitar que la señorita Hisselpenny invierta su dinero en algo particularmente horrible, y asegúrese de que Tunstell le consiga un carruaje pero no se monta en él.

—Lo haré lo mejor que pueda, lady Maccon —respondió madame Lefoux con una reverencia abreviada, tanto que era casi grosera. Acto seguido, con un rápido movimiento, sujetó una de las manos de Alexia entre las suyas—. Ha sido un placer conocerla al fin, milady. —La presión de sus manos era firme y segura, nada excepcional, puesto que construir y levantar toda esa maquinaria que se escondía bajo el local conferiría a cualquiera cierto grado de musculatura, incluso a la mujer pequeña y delgada que tenía delante. Los dedos de la inventora acariciaron la muñeca de Alexia justo en el punto donde terminaban sus guantes, tan rápido que Alexia ni siquiera estaba segura de la certeza de lo que acababa de suceder. Allí estaba de nuevo aquel suave aroma a vainilla mezclado con aceite industrial. Luego madame Lefoux sonrió, soltó la mano de Alexia y regresó al interior de la tienda, desapareciendo entre la jungla de sombreros suspendida del techo.

* * *

El profesor Lyall y lord Maccon compartían despacho en las oficinas del ORA, en la calle Fleet, un espacio que solía estar mucho más limpio siempre que el conde no estaba presente. Lady Alexia Maccon entró como una exhalación, balanceando

orgullosa su nueva sombrilla y deseando que Lyall le preguntara por ella. Pero el profesor Lyall se hallaba irremediabilmente distraído tras una montaña de papeles y un montón de cilindros de metal cubiertos de notas grabadas con ácido. Se puso en pie, saludó con una reverencia y tomó asiento de nuevo, todo ello como si fuera lo más normal en lugar de un acto de cortesía. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, en aquel momento era evidente que acaparaba toda su atención. Sus optifocales descansaban sobre su cabeza, acabando con su peinado. ¿Era posible que el pañuelo que colgaba de su cuello estuviese torcido apenas unos milímetros?

—¿Se encuentra bien, profesor Lyall? —preguntó Alexia, considerablemente preocupada por el estado del pañuelo.

—Tengo una salud perfecta, gracias por preguntar, lady Maccon. Es su marido quien me preocupa, y no tengo forma de ponerme en contacto con él.

—Sí —dijo la esposa del conde con el rostro inexpresivo—, el mismo dilema al que yo me enfrento cada día, incluso cuando conversamos. ¿Adónde ha ido y qué ha hecho ahora?

El profesor Lyall sonrió levemente.

—Oh, no, no se trata de eso. Es solo que la plaga humanizadora ha golpeado de nuevo, desplazándose hacia el norte, hasta Farthinghoe.

Alexia frunció el ceño.

—Curioso. Está en movimiento, ¿verdad?

—Y avanza en la misma dirección que lord Maccon, aunque le saca cierta delantera.

—Y él no lo sabe, ¿no es así?

Lyall sacudió la cabeza.

—Ese asunto familiar, es el alfa muerto, ¿verdad?

—No sé cómo puede moverse tan deprisa —continuó Lyall, ignorando la pregunta—. Los trenes dejaron de funcionar ayer, huelga. Cuando se trata de mostrarse ineficaz en momentos de necesidad como estos, los humanos son sin duda los mejores.

—¿En carruaje, tal vez?

—Podría ser. Parece que se mueve deprisa. Me gustaría hacer llegar esta información al conde, pero no tengo forma de ponerme en contacto con él hasta que llegue a las oficinas de Glasgow. Por no mencionar la historia de Channing sobre el viaje de regreso en barco. Esta cosa se mueve y Conall no lo sabe.

—¿Cree que podrá alcanzarla?

El beta sacudió de nuevo la cabeza.

—No a la velocidad a la que avanza. Lord Maccon es rápido, pero, según me dijo, no tiene intención de forzar la marcha. Si sigue viajando hacia el norte a la velocidad a la que yo creo que va, golpeará Escocia varios días antes de la llegada del conde.

He enviado una nota a nuestros agentes del norte, pero pensé que usted también debería saberlo, como *muhjah*.

Alexia asintió.

—¿Informará a los otros miembros del Consejo en la Sombra?

Lady Maccon frunció el ceño.

—No creo que sea lo más inteligente, no por el momento. Creo que esperaré a la próxima reunión. Usted haga su informe, por supuesto, que yo de momento no informaré al potentado ni al deán.

El beta asintió sin preguntar las razones de dicho silencio.

—Muy bien, profesor Lyall. Si eso es todo, debo marcharme. Necesito el consejo de lord Akeldama.

El profesor Lyall le dedicó una de sus miradas indescifrables.

—Supongo que así es como debe ser. Buenas noches, lady Maccon.

Y Alexia se marchó sin enseñarle su nueva sombrilla al profesor Lyall.

Capítulo 5. Lo último de lord Akeldama

Lord Akeldama se encontraba en su residencia, deseoso de recibir a Alexia. A pesar de que esta se había presentado sin cita previa, una falta de educación imperdonable, el vampiro parecía contento de verla. Se hacía difícil adivinarlo tras la gruesa capa de manierismos y frivolidades del vampiro, pero Alexia creyó detectar una calidez sincera bajo tanto halago y revoloteo.

El viejo vampiro se adelantó para recibirla con los brazos abiertos, ataviado con su particular versión del «caballero vestido para la intimidad del hogar». Para la mayoría de los hombres con los posibles y el gusto necesarios, dicha expresión era sinónimo de batín, pañuelo al cuello, pantalones largos y calzado de suela blanda. Para lord Akeldama, en cambio, significaba que la chaqueta era de seda de un blanco prístino con pájaros negros de estilo oriental bordados en la tela; el pañuelo, estampado con brillantes pavos reales; los pantalones, lo último en jacquard negro y ajustado, y los zapatos, unos mocasines blancos y negros que para muchos constituían el culmen de la vulgaridad.

—Mi querida Alexia, ¡qué oportuna! Acabo de recibir el juguetito más divino que existe. ¡Tienes que echarle un vistazo y darme tu opinión! —lord Akeldama se dirigía a lady Maccon por su nombre de pila y la trataba de tú, tal y como había hecho desde la noche en que se conocieron. Y sin embargo, y era la primera vez que Alexia caía en la cuenta, ella no conocía el nombre de pila de él.

Al entrar en contacto con Alexia, la belleza sobrenatural de lord Akeldama, cuya piel era blanca como el hielo y su cabello rubio como el oro, se convirtió en la belleza simple del joven que una vez fue antes de su metamorfosis.

Lady Maccon le besó suavemente en ambas mejillas, como si fuera un niño.

—¿Y cómo está usted esta noche, milord?

Él se inclinó sobre ella, calmado por un instante en su forma humana, antes de retomar tan animada conversación.

—Perfectamente espléndido, mi pequeña galletita de té, perfectamente espléndido. Un misterio se cierne sobre la ciudad de Londres y yo me encuentro inmerso en su resolución. Ya sabes cuánto me gustan los misterios. —Le devolvió el beso, uno sonoro y en la frente, y luego le soltó la mano para deslizar el brazo alrededor del de ella—. Y créeme cuando te digo que mi humilde morada se ha visto inmersa en la más absoluta locura después de lo que sucedió ayer. —La guió por la mencionada morada, que de humilde tenía más bien poco, con su extravagante pasillo abovedado y cubierto de frescos llenos de bustos de mármol de dioses paganos—. Imagino que ya lo sabes todo, mi pequeño e influyente narciso.

A Alexia le encantaba el salón de dibujo de lord Akeldama que, aunque intolerable en su propia casa, resultaba agradable de visitar de vez en cuando. Estaba

decorado a la antigua, en blanco y oro, como algo sacado de un cuadro francés de tiempos prenapoleónicos.

El vampiro empujó a un lado al gato que descansaba en uno de los múltiples sofás de la estancia, sin demasiadas ceremonias, y acto seguido se dejó caer graciosamente en su lugar. Lady Maccon se acomodó en una butaca cercana que parecía un trono.

—Y bien, mi cremosa tacita de pudín, Biffy me ha contado que anoche le pasó la cosa más extraordinaria. —El rostro siempre etéreo de lord Akeldama parecía concentrado bajo la innecesaria capa de polvo blanco y colorete rosado—. Un romance de alcoba, prácticamente.

Lady Maccon no estaba muy segura de querer escuchar aquella historia.

—Oh, ¿sí? ¿Dónde está Biffy, por cierto? ¿Está por aquí?

Lord Akeldama no dejaba de jugar con su monóculo de oro, cuyo cristal, obviamente, carecía de graduación puesto que, como todos los vampiros, poseía una visión perfecta.

—*La*, el joven problemático está haciendo de las suyas no muy lejos de aquí, estoy seguro de ello. Anda un tanto perturbado por una corbata, pero no importa; permíteme que te cuente lo que vio ayer por la noche.

Lady Maccon prefirió cubrirse las espaldas.

—Antes de empezar, milord, ¿le parece bien que enviemos una tarjeta de invitación a una persona que acabo de conocer? No sabe cuánto me gustaría que se conocieran.

Aquello llamó la atención de lord Akeldama.

—De veras, mi pequeño naranjo de China, qué gran idea. ¿Tengo el placer de conocerlo?

—De conocerla, y no. Su nombre es madame Lefoux.

Lord Akeldama sonrió levemente al escuchar el nombre.

—He oído que has estado comprando sombreros recientemente.

Alexia contuvo una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? Oh, ¡qué humillante! ¿Quiere decir que ya conoce a la dama en cuestión? Madame Lefoux no dijo nada al respecto.

—No esperes que revele mis fuentes, copito de nieve. Por lo demás, no, no tengo el placer de conocerla; eso sí, he oído hablar de ella, y me gustará poder compartir el placer de su compañía. ¡Tengo entendido que le gustan los atuendos masculinos! Le enviaré una tarjeta ahora mismo. —Se levantó para hacer sonar una campanilla—. Y ahora dime: ¿qué le has comprado a esa francesa tan escandalosa, mi pequeña clementina?

Alexia le mostró su nueva sombrilla. Lord Akeldama se mostró escandalizado por su apariencia.

—Oh, querida, es bastante —se aclaró la garganta— chillona, ¿no crees?

A Alexia le pareció un halago viniendo de un hombre que calzaba mocasines blancos y negros y un pañuelo estampado al cuello.

—Sí, pero hace las cosas más increíbles que pueda imaginar. —Se disponía a enumerar sus múltiples funciones cuando alguien llamó a la puerta y Biffy entró en la estancia dando alegres sal titos.

—¿Llamaba? —Biffy era un agradable joven de inclinaciones estilosas y prodigiosos encantos físicos que siempre aparecía cuando menos lo esperaba uno y más necesitaba su presencia. Si no hubiese nacido en el seno de una familia adinerada, habría sido un excelente mayordomo. Era el zángano favorito de lord Akeldama, a pesar de que el vampiro preferiría repetir chaleco dos días seguidos antes que confesarlo. Alexia tenía que admitir que había algo especial en Biffy. Era un experto con las tenacillas de rizar el pelo, y sus peinados eran más elaborados que los de la sobresaliente Angelique.

—Biffy, mi palomita, parte hacia la nueva sombrerería, recoge a su propietaria y tráela para que podamos conversar con ella, ¿quieres, querido?

Biffy sonrió.

—Por supuesto, mi señor. Buenas noches, lady Maccon. ¿Este encuentro ha sido idea suya? Imagino que sabrá que mi señor se muere de ganas de conocer a madame Lefoux desde que abrió su tienda, sin excusa alguna que propiciara un posible encuentro.

—¡Biffy! —le regañó lord Akeldama.

—Pero si es verdad —respondió Biffy a la defensiva.

—Sal de aquí, granujilla, y mantén esa boca tan adorable que tienes bien cerrada.

Biffy se despidió con una breve reverencia y abandonó alegremente la estancia, no sin antes recoger el sombrero y los guantes que descansaban encima de una mesa, sin apenas detenerse.

—Algún día ese joven mequetrefe será mi perdición. Sin embargo, tiene un olfato admirable para estar en el lugar preciso en el momento adecuado. Ayer por la noche, por ejemplo, estaba frente al Prickled Crumpet, ese antro horrible que hay cerca de St. Bride, conocido por ser el local favorito de militares y prostitutas de sangre. Ni por asomo el local al que suele acudir mi joven Biffy. El caso es que nunca adivinarás a quién descubrió escondiéndose en el callejón de atrás, justo detrás del bar.

Lady Maccon suspiró resignada.

—¿A mi esposo?

Lord Akeldama esbozó su expresión más cariacontecida.

—Te lo ha contado él.

—No, es que, por cómo lo describe, parece el típico sitio en el que encontrar a mi esposo escondiéndose.

—¡Entonces permíteme que te lo cuente, mi capullo de petunia! Biffy dice que el

conde se encontraba en unas condiciones un tanto delicadas, tratando de llegar por todos los medios a la calle Fleet.

—¿Ebrio? —lady Maccon lo dudaba. En términos generales, los licántropos no eran propensos a la intoxicación. Su constitución lo impedía. Además, no parecía algo propio de su marido.

—Oh, no. El pobre se había encontrado con esa plaga monstruosa que asola las calles del centro y había recuperado la forma humana, completamente desnudo, en pleno centro de Londres.

Lord Akeldama tenía los ojos brillantes de la emoción.

Lady Maccon no pudo contenerse y empezó a reírse a carcajadas.

—No me extraña que no me hablara de ese incidente. Pobrecito mío.

—Y no es que Biffy se quejara en ningún momento del espectáculo.

—Y ¿quién lo haría? —En esta cuestión Alexia tenía que reconocer lo que era justo, y es que su esposo poseía un físico espléndido—. Sin embargo, no deja de ser interesante. Significa que no es necesario estar presente cuando la plaga ataca, sino que se puede entrar en la zona afectada y sufrir las consecuencias.

—¿Crees que se trata de algún tipo de enfermedad, mi pequeño pan de centeno?

Lady Maccon inclinó la cabeza a un lado.

—No sé con certeza de qué puede tratarse. ¿Qué opina usted?

Lord Akeldama tiró de otra cuerda distinta para pedir el té.

—Creo que se trata de un arma —respondió, extrañamente escueto.

—¿Había oído hablar de algo así con anterioridad? —Lady Maccon se irguió en su silla, concentrada en la respuesta de su amigo. Lord Akeldama era un vampiro muy longevo, según los rumores, más que la propia condesa Nadasdy, y todo el mundo sabía que ella cargaba con no menos de cinco siglos sobre sus espaldas.

El vampiro se pasó la larga coleta rubia por encima del hombro.

—No, nunca, pero tengo el presentimiento de que no se trata de una enfermedad, y mis experiencias con el Club Hypocras me han enseñado a no subestimar a los científicos modernos y sus absurdos pasatiempos tecnológicos.

Lady Maccon asintió.

—Estoy de acuerdo, y lo mismo opinan los demás miembros del Consejo en la Sombra. El ORA mantiene que se trata de una enfermedad, pero yo me inclino por la posibilidad de que se trate de una nueva clase de arma. ¿Han encontrado sus chicos alguna pista significativa?

Lord Akeldama llenó los carrillos de aire. No le gustaba que se comentara en público que su colección de zánganos, a cuál más decorativo e inconsecuente —al menos en apariencia—, procedentes de las familias de más alta alcurnia y considerablemente faltos de sentido común, eran en realidad espías consumados. Con el tiempo, sin embargo, se había resignado a que Alexia, y, por mediación de Alexia,

lord Maccon y el ORA, supieran de sus actividades, pero prefería que no las mencionaran abiertamente.

—No tantas como me gustaría, aunque se dice que uno de los barcos, el «Spanker», que transportaba a varios regimientos con sus correspondientes manadas, sufrió un cólico de *humanidad* durante todo el viaje de regreso a casa.

—Sí, el comandante Channing mencionó algo al respecto, aunque al parecer la manada de Woolsey ya había recuperado sus habilidades sobrenaturales para cuando llegó al castillo.

—¿Y qué opinión nos merece el comandante Channing?

—Intentamos no pensar lo más mínimo en ese individuo repulsivo y egocéntrico.

Lord Akeldama no pudo contener una carcajada, y un joven mayordomo apareció en la estancia con el servicio del té.

—Intenté reclutarlo para mi servicio hace ya unas cuantas décadas, ¿te lo había contado?

—¿De veras? —lady Maccon jamás lo hubiese imaginado, entre otras cosas porque el comandante Channing no parecía compartir los gustos de lord Akeldama, aunque siempre circulaban rumores sobre los militares.

—Era un escultor fabuloso antes de transformarse, ¿lo sabías? Todo el mundo daba por sentado que poseía un exceso de alma, así que vampiros y licántropos nos disputábamos ser sus patrones. Era un joven tan dulce y tan lleno de talento...

—¿Estamos hablando del mismo comandante Channing?

—Me rechazó y se alistó en las milicias. Le pareció más romántico. Al final, durante las guerras napoleónicas, se decantó por el lado más peludo de lo sobrenatural.

Alexia no sabía muy bien cómo interpretar aquella información, de modo que prefirió recuperar el tema original.

—Si se trata de un arma, he de descubrir adonde ha ido. Lyall dice que se dirige al norte, según creemos en carruaje. La pregunta es, ¿en qué dirección? ¿Y quién la lleva consigo?

—¿Y de qué se trata exactamente? —añadió el vampiro mientras servía el té. Lady Maccon lo prefería con leche y un poco de azúcar; él, con unas gotitas de sangre y el zumo de un limón.

—Si el profesor Lyall sostiene que se dirige hacia el norte, es que se dirige hacia el norte. El beta de tu esposo nunca se equivoca. —Había algo extraño en la voz de lord Akeldama. Alexia observó a su amigo detenidamente, a lo que él únicamente añadió—: ¿Cuándo?

—Justo antes de mi llegada.

—No, no, primula querida. Quiero decir que cuándo empezó a avanzar hacia el norte —preguntó lord Akeldama, ofreciéndole un delicioso plato de galletitas que él

mismo había preferido declinar.

Lady Maccon se apresuró a realizar los cálculos.

—Si no me equivoco, salió de Londres ayer por la noche o esta mañana temprano.

—¿Justo cuando la plaga de humanización se retiró de Londres?

—Exacto.

—Entonces necesitamos averiguar qué regimientos, o manadas, o individuos, llegaron a bordo del «Spanker» e inmediatamente partieron hacia el norte.

Lady Maccon tenía el presentimiento de que todos los dedos estaban a punto de señalar en una misma dirección.

—Tengo muchas esperanzas en que el profesor Lyall ya esté tratando de conseguir esa información.

—Pero ya tienes una idea más o menos precisa de quiénes pueden ser los responsables, ¿no es así, mi pequeña flor de príncipe? —lord Akeldama abandonó su cómoda postura y se inclinó hacia delante para observar a Alexia a través de su monóculo.

Lady Maccon suspiró.

—Llámelo instinto.

El vampiro sonrió, mostrando sus afilados colmillos, largos y extremadamente letales.

—Claro, mi adorable algodón de azúcar, por algo tus ancestros fueron cazadores durante generaciones. —Un estricto sentido del tacto no permitía a lord Akeldama recordarle que lo que cazaban eran vampiros.

—Oh, no, no me refiero a esa clase de instinto.

—¿Oh?

—Tal vez debería llamarlo «intuición de esposa».

—Ah. —La sonrisa de lord Akeldama creció perceptiblemente—. ¿Crees que tu enorme marido está relacionado de alguna manera con el arma que nos ocupa?

Lady Maccon frunció el ceño y mordisqueó un pedazo de galleta.

—No, no exactamente, pero allá donde se va mi querido esposo...

—¿Crees que todo esto tiene algo que ver con su visita a Escocia?

Alexia tomó un sorbo de té y permaneció en silencio.

—¿Crees que está relacionado con la pérdida del alfa de la manada de Kingair?

Alexia se sobresaltó. No sabía que aquel pequeño detalle era público. ¿Cómo se las ingeniaba lord Akeldama para conseguir la información tan pronto? Era verdaderamente notable. Ni siquiera la Corona resultaba ser tan eficiente. O el ORA.

—El comportamiento de una manada sin alfa puede degenerar rápidamente, pero ¿a esta escala? ¿Crees que...?

Lady Maccon interrumpió a su amigo.

—Creo que lady Maccon se siente abrumada por el sucio aire de Londres. Creo que lady Maccon necesita unas vacaciones. ¿En el norte, tal vez? He oído que Escocia es preciosa en esta época del año.

—¿Estás loca? Escocia es peor que el averno en esta época del año.

—Por supuesto, ¿quién querría viajar allí, especialmente cuando no circulan trenes? —interrumpió una voz nueva, teñida por un leve acento francés.

Madame Lefoux no había abandonado su atuendo masculino, aunque sí le había otorgado una nota de formalidad cambiando el colorido pañuelo por uno de lino blanco, y el sombrero marrón de copa por otro negro.

—Al parecer lady Maccon necesita aire fresco —respondió lord Akeldama, levantándose para recibir a su nueva invitada—. Usted debe de ser madame Lefoux.

Alexia se sonrojó al darse cuenta de que no había hecho las presentaciones oportunas, a pesar de que tanto lord Akeldama como madame Lefoux parecían no haberse dado cuenta.

—¿Qué tal está, lord Akeldama? Un placer conocerle al fin. Me han hablado mucho de sus múltiples encantos. —La inventora detuvo la mirada en los zapatos blancos y negros y en el batín del vampiro.

—Y a mí de los suyos —respondió lord Akeldama, registrando con ojo igualmente crítico el estilo masculino de madame Lefoux.

Alexia creyó percibir una cierta tensión en el ambiente, como si fueran dos buitres describiendo círculos alrededor de la misma carroña.

—Vaya, parece que el gusto brilla por su ausencia —dijo la sombrerera en voz baja. Lord Akeldama hizo ademán de ofenderse, pero madame Lefoux añadió, volviéndose ligeramente a un lado—: Escocia, lady Maccon, ¿está usted segura?

Un destello de aprobación iluminó el rostro del vampiro.

—Siéntese —le dijo—. Por cierto, desprende usted un olor divino. ¿Vainilla? Un aroma adorable. Y tan femenino.

¿Le ha devuelto la pulla?, se preguntó Alexia.

Madame Lefoux aceptó una taza de té y se acomodó en un pequeño sofá junto al pobre gato, que pronto le exigió que le rascara la barbilla, algo a lo que la sombrerera cedió enseguida.

—Escocia —respondió lady Maccon con firmeza—. Supongo que en dirigible. Hoy mismo me ocuparé de los detalles para partir mañana.

—Te resultará complicado. Giffard no cultiva la clientela nocturna.

Lady Maccon asintió. Los dirigibles únicamente transportaban personas, no seres sobrenaturales. Los vampiros ni siquiera podían montarse en ellos, puesto que, al elevarse, se alejaban demasiado de su territorio. Los fantasmas sufrían el mismo problema. Y los licántropos no aguantaban la sensación de flotar —propenso a terribles mareos, se había declarado su esposo la primera y única vez que lady

Maccon había manifestado cierto interés por dicho modo de transporte.

—En ese caso mañana por la tarde —rectificó—, pero hablemos de cosas más agradables. Lord Akeldama, ¿está usted interesado en saber de alguno de los inventos de madame Lefoux?

—Por supuesto.

Madame Lefoux describió algunas de sus invenciones más recientes. A pesar del clasicismo de su residencia, lord Akeldama sentía auténtica fascinación por los últimos avances tecnológicos.

—Alexia me ha enseñado su nueva sombrilla y he de decir que su trabajo es impresionante. ¿No buscará mecenas, por un casual? —preguntó el vampiro pasado apenas un cuarto de hora, claramente impresionado por la inteligencia de aquella mujer, o por alguna otra cosa.

La inventora comprendió al instante el significado oculto en las palabras del vampiro y sacudió lentamente la cabeza. Teniendo en cuenta su aspecto y habilidades, Alexia estaba convencida de que no era la primera vez que recibía una oferta de naturaleza similar.

—Se lo agradezco, milord, y me honra. Sé que prefiere zánganos varones. Pero estoy felizmente situada y soy económicamente independiente, sin deseo alguno de alcanzar la inmortalidad.

Lady Maccon siguió el intercambio entre ambos con interés. De modo que lord Akeldama creía que madame Lefoux poseía un exceso de alma. Si su tía se había convertido en un fantasma, quizás fuera algo hereditario. Alexia se disponía a hacer una pregunta un tanto indiscreta cuando lord Akeldama se puso en pie, frotándose las pálidas manos.

—Bien, mis pequeños ranúnculos.

Uh-oh, pensó Alexia para sus adentros. Madame Lefoux se había hecho merecedora de los cariñosos apelativos del vampiro en un tiempo récord. A partir de entonces, podrían compartir el sufrimiento.

—¿Qué os parecería, mis encantadores capullos de rosa, ver mi nueva adquisición? ¡Es una belleza!

Alexia y madame Lefoux intercambiaron miradas, dejaron sus respectivas tazas sobre la mesa y se dispusieron a seguir al vampiro sin una sola protesta.

Lord Akeldama las guió a través de la galería abovedada, varios tramos de escalera arriba, a cuál más elaborado. Finalmente llegaron al último piso de la residencia y entraron en lo que debería de haber sido el desván, que había sido transformado en una estancia de elaborada decoración, con las paredes cubiertas por tapices medievales y en cuyo centro descansaba una enorme caja, lo suficientemente grande como para albergar dos caballos. Estaba suspendida sobre el suelo por medio de un complicado sistema de cuerdas, y forrada de gruesa tela para evitar que el ruido

se colara en su interior. La caja comprendía dos pequeñas estancias llenas de maquinaria; la primera, según lord Akeldama, era la cámara transmisora, y la otra, la receptora.

Alexia nunca había visto nada semejante.

Madame Lefoux sí.

—¡Santo cielo, lord Akeldama, sí se ha comprado un transmisor eterográfico! — Observó el interior de la primera cámara con un interés entusiasta. Los hoyuelos de sus mejillas corrían el peligro de volver a aparecer—. Es hermoso. —La inventora acarició con auténtica reverencia los interruptores y diales que controlaban el complicado mecanismo de la cámara.

Lady Maccon frunció el ceño.

—Se dice que la reina posee uno. Imagino que se vio obligada a hacerse con uno para reemplazar el telégrafo, poco después de que este demostrase ser un método de comunicación totalmente inviable.

Lord Akeldama sacudió lentamente su hermosa cabellera rubia con aire triste.

—No os imagináis la decepción que experimenté al leer el informe de ese fallo. Tenía tantas esperanzas puestas en el telégrafo... —Desde entonces se había producido un vacío irremplazable en las comunicaciones a larga distancia, que la comunidad científica había tratado de solucionar trabajando con ahínco en la invención de un aparato compatible con los gases eteromagnéticos, altamente magnéticos.

—El eterógrafo es un aparato de comunicación sin cables, así que no sufre los efectos de las corrientes electromagnéticas, como sucedía con el telégrafo —explicó lord Akeldama.

Lady Maccon entornó los ojos.

—He leído acerca de esta nueva tecnología, aunque no esperaba verla tan pronto. —De hecho, Alexia llevaba más de dos semanas intentando conseguir una invitación para ver el eterógrafo de la reina sin éxito. Había cierta delicadeza en su diseño que no permitía interrumpir su funcionamiento. También había intentado, igualmente sin éxito, visitar el eterógrafo del ORA. Sabía que había uno en las oficinas de Londres porque había visto rollos de metal usados por todas partes, pero su esposo se había mostrado intratable al respecto. «Esposa», le había dicho él finalmente con abyecta frustración «no puedo interrumpir el trabajo de la oficina solo para satisfacer tu curiosidad». Desgraciadamente para Alexia, puesto que ambos pertenecían al Gobierno, ambos eterógrafos habían estado en constante funcionamiento.

Lord Akeldama cogió un rollo de metal grabado, lo alisó y luego lo introdujo en un marco especial.

—Se pone el mensaje que se quiere transmitir, así, y luego se activa el convector etérico.

Madame Lefoux, mirando hacia todas partes con ávido interés, interrumpió las explicaciones del vampiro.

—Claro que antes habría que introducir una válvula cristalina de salida, justo aquí. —Señaló el panel de control y algo la sorprendió—. ¿Dónde está el soporte resonador?

—¡Ahá! —exclamó el vampiro, aparentemente emocionado por la capacidad observadora de la sombrerera—. Este es el diseño más reciente y el mejor de todos, mi pequeño calabacín. ¡No funciona por protocolo de compatibilidad cristalina!

Madame Lefoux miró a lady Maccon.

—Pequeño calabacín —repitió en voz baja, medio ofendida, medio divertida.

Alexia se encogió de hombros.

—Normalmente —continuó lord Akeldama, malinterpretando el gesto de Alexia —, el componente transmisor del eterógrafo requiere la instalación de una válvula específica, dependiendo del destino del mensaje que se quiera enviar. En consecuencia, la cámara de recepción del otro lado debe tener instalada una válvula de la misma naturaleza. Solo se puede transferir un mensaje del punto A al punto B si ambos componentes se encuentran en su lugar. El problema es que, como es evidente, las dos partes interesadas en establecer comunicación deben acordar de antemano una hora concreta, además de tener en su poder la válvula adecuada. La reina tiene una auténtica biblioteca de válvulas conectadas a distintos eterógrafos repartidos por todo el imperio.

Madame Lefoux frunció el ceño.

—¿Y su transmisor no posee ninguna? No parece muy útil, lord Akeldama, transmitir un mensaje al éter si no hay nadie que pueda recibirlo.

—¡Ahá! —El vampiro recorrió la estancia sin dejar de brincar en sus ridículos zapatos, claramente encantado consigo mismo—. ¡Mi traspondedor etérico no necesita! Hice que me lo instalaran con lo último en transmisores de frecuencia para que pudiera sintonizar las coordenadas eteromagnéticas que deseara. Solo necesito conocer la orientación de la válvula cristalina en el extremo receptor. Y para recibir, únicamente he de saber la hora exacta, un buen escaneo y alguien que tenga mis códigos. A veces incluso consigo interceptar mensajes destinados a otros eterógrafos. —Frunció el ceño un instante—. La historia de mi vida, si me paro a pensar en ello.

—Santo Dios. —Madame Lefoux estaba claramente impresionada—. Ni siquiera sabía de la existencia de semejante tecnología. Sabía que se estaba trabajando en ello, por supuesto, pero no que se había conseguido construir. Impresionante. ¿Podríamos ver cómo funciona?

El vampiro sacudió la cabeza.

—En este momento no tengo ningún mensaje pendiente de enviar y tampoco espero ninguno.

Madame Lefoux parecía decepcionada.

—¿Qué pasa exactamente? —preguntó lady Maccon, que seguía observando detenidamente el equipo.

Lord Akeldama parecía deseoso por dar explicaciones.

—¿Os habíais dado cuenta de que el papel metálico tiene una retícula apenas visible grabada?

Alexia concentró toda su atención en el rollo de metal que lord Akeldama acababa de entregarle. Ciertamente, la superficie estaba dividida en una retícula estándar.

—¿Una letra por cuadrado? —sugirió.

Lord Akeldama asintió y retomó las explicaciones.

—Se expone el metal a una solución química que hace que las letras se graben en la superficie. Es entonces cuando dos agujas recorren cada uno de los cuadrados, una por encima y la otra por debajo, y emiten una chispa cada vez que entran en contacto. Eso provoca una onda de éter procedente de la eterosfera superior que, si no hay interferencias solares, emite a todo el mundo. —Los gestos del vampiro eran más y más salvajes por momentos, y en la última frase describió una pequeña pirueta.

—Increíble. —Lady Maccon estaba impresionada, tanto por la tecnología como por la efusividad de su amigo.

Lord Akeldama se detuvo un instante, recuperó su ecuanimidad y acto seguido prosiguió con sus explicaciones.

—Solo una cámara receptora sintonizada con la frecuencia apropiada puede recibir el mensaje. Venid conmigo.

Las guió hasta la sala de recepción del eterógrafo.

—Los receptores montados en el tejado justo encima de nosotros son los que se ocupan de recoger la señal. Se necesita un operador con ciertas habilidades para eliminar el sonido ambiente y amplificar la señal. El mensaje aparece aquí — prosiguió, moviendo las manos como si fueran aletas, y señalando dos piezas de cristal separadas por unas partículas negras y un imán montado en un pequeño brazo hidráulico que colgaba justo encima— letra a letra.

—¿De modo que debe haber alguien presente para leer y tomar nota de cada letra?

—Y deben hacerlo en el más absoluto silencio —añadió madame Lefoux, examinando la delicadeza de las monturas.

—Y han de estar preparados al instante, puesto que el mensaje se destruye a medida que se genera —apuntilló lord Akeldama.

—Ahora comprendo por qué la sala está en la buhardilla e insonorizada. Es evidente que se trata de un equipo de lo más delicado. —Lady Maccon se preguntó si sería capaz de manipular un aparato como aquel—. Ha realizado usted una compra

impresionante.

Lord Akeldama sonrió.

Alexia, por su parte, lo miró con astucia en los ojos.

—¿Y cuál es exactamente su protocolo de compatibilidad, lord Akeldama?

El vampiro fingió ofenderse y fijó la mirada en el techo de la caja.

—De veras, Alexia, qué cosas se te ocurre preguntar en tu primera vez.

Lady Maccon se limitó a sonreír.

Lord Akeldama se acercó a ella y le entregó un pequeño trozo de papel en el que había escritos una serie de números.

—He reservado la franja de las once especialmente para ti, y empezaremos a monitorizar todas las frecuencias a esta misma hora dentro de una semana. — Desapareció de la estancia y regresó, pasados unos minutos, con una válvula cristalina tallada en múltiples facetas—. Y aquí tienes, ajustada a mi frecuencia, por si acaso el aparato que utilices es más anticuado que el mío.

Alexia guardó el trozo de papel y la válvula cristalina en uno de los bolsillos ocultos de su nueva sombrilla.

—¿Alguna otra residencia privada posee una de estas? —preguntó.

—Difícil de saber —respondió lord Akeldama—. El receptor ha de estar montado sobre el tejado, de modo que alguien podría alquilar un dirigible para el reconocimiento aéreo y surcar el cielo en busca de ellos, aunque no me parece un planteamiento eficiente. Son muy costosos, y existen pocos individuos capaces de asumir semejante gasto. La Corona, por supuesto, tiene dos, pero ¿quién más? Solo tengo la lista oficial de protocolos de compatibilidad, que supone algo menos de cien eterógrafos esparcidos por todo el imperio.

Alexia cayó de pronto en la cuenta de que el tiempo se le echaba encima, y si tenía intención de partir para Escocia, tenía muchas cosas que hacer en tan solo una noche. Por una parte, debía avisar a la reina de que la *muhjah* se ausentaría de las reuniones del Consejo en la sombra durante unas cuantas semanas.

Se excusó con lord Akeldama. Madame Lefoux hizo lo propio, de modo que ambas mujeres abandonaron la residencia al mismo tiempo. Guardaron silencio, a la espera de que una de ellas diera su brazo a torcer.

—¿Es cierta esa idea suya de volar a Escocia mañana? —preguntó la inventora mientras abotonaba sus hermosos guantes grises.

—Prefiero pensar que parto en busca de mi esposo.

—¿Viajará sola?

—Oh, me llevaré a Angelique conmigo.

Madame Lefoux se sorprendió al escuchar el nombre.

—¿Es francesa? ¿Quién es?

—Mi doncella, heredada de la colmena de Westminster. Se le da muy bien el

manejo de las tenacillas.

—Estoy segura de ello, si ha estado al servicio de la condesa Nadasdy —respondió la inventora con una indiferencia un tanto estudiada.

A Alexia le pareció que las palabras de la sombrerera escondían un doble sentido. Sin embargo, madame Lefoux no le dio la oportunidad de hacer más preguntas. Se despidió de ella con una inclinación de cabeza, se subió al carruaje que la esperaba en la calle y se alejó sin que Alexia pudiera decir más que un educado «buenas noches».

* * *

El profesor Randolph Lyall estaba impaciente, aunque, viéndole, nadie lo hubiese dicho. En parte, claro está, porque en aquel preciso instante tenía el aspecto de un perro peludo y un tanto desgarbado, escondido entre los cubos de un callejón cercano a la residencia de lord Akeldama.

¿Cuánto tiempo, se preguntó, es necesario para tomar el té con un vampiro? Al parecer, bastante, si dicha reunión incluía a lord Akeldama y a lady Maccon. Entre los dos eran capaces de hablar hasta perder el aliento. Una vez había coincidido con ellos durante una de esas sesiones y desde entonces evitaba la experiencia con todo su empeño. Sorprendentemente, madame Lefoux se había unido a la fiesta, aunque probablemente no añadía mucho a la conversación. Era extraño verla lejos de su tienda y atendiendo a una reunión social. El profesor Lyall tomó nota: su alfa debía saberlo. No es que tuviera órdenes de vigilar a la inventora, pero madame Lefoux era, al fin y al cabo, una persona peligrosa a la que conocer.

Se dio la vuelta, con la nariz en dirección al viento. Había un nuevo olor en el aire.

Fue entonces cuando vio a los vampiros, dos para ser exactos, camuflados entre las sombras a una distancia prudencial de la residencia de lord Akeldama. Si se acercaran más, este detectaría su presencia, al no formar parte de su línea de descendencia y encontrarse en su territorio. ¿Qué hacían allí? ¿Qué se traían entre manos?

Lyall metió la cola entre sus patas traseras y describió un amplio círculo a su alrededor, para acercarse a ellos con el viento a favor. Por supuesto, los vampiros no tenían un sentido del olfato tan desarrollado como los licántropos, pero su oído era mejor.

Se acercó lentamente a ellos, tratando de no hacer ni un solo ruido.

Ninguno de los vampiros era agente del ORA, de eso estaba seguro. A menos que Lyall se equivocara en sus predicciones, se trataba de vampiros de Westminster.

No parecía que hicieran nada más que observar.

—¡Maldición! —exclamó uno de ellos—. ¿Cuánto tiempo se necesita para tomar

el té? Sobre todo si uno de ellos no bebe.

El profesor Lyall deseó haber llevado consigo su arma, aunque le habría resultado un tanto difícil cargar con ella en la boca.

—Recuerda, él quiere que seamos discretos; solo tenemos que observar. No quieras ir a por ellos con los licántropos tan cerca. Ya sabes...

Lyall, que no sabía nada, deseó saberlo con todas sus fuerzas, pero el vampiro, que al parecer no tenía su día más colaborador, no continuó con sus explicaciones.

—Está paranoico.

—No es asunto nuestro, pero creo que la señora opina como tú. Lo cual no significa que deje de...

De pronto el otro vampiro levantó una mano y cortó a su compañero.

Lady Maccon y madame Lefoux emergieron de la residencia de lord Akeldama y se despidieron en las escaleras. Madame Lefoux se montó en un carruaje y lady Maccon se quedó a solas, con la mirada perdida en los escalones.

Los dos vampiros se dirigieron a ella. Lyall no sabía cuáles eran sus intenciones, pero supuso que no eran buenas. No valía la pena arriesgarse a sufrir la ira de su alfa solo para descubrirlo. Veloz como un rayo, se deslizó entre las piernas de uno de los vampiros, haciéndole caer al suelo, luego se abalanzó sobre el otro y cerró los dientes alrededor de su tobillo. El primero de los dos reaccionó rápidamente y saltó hacia un lado a tal velocidad que parecía imposible poder seguirle, no al menos con una vista normal. Lyall, sin embargo, de normal tenía más bien poco.

Dio un salto y golpeó el costado del vampiro con su cuerpo lupino, haciéndole caer. Su compañero se lanzó sobre él y le sujetó por la cola.

Todo el altercado tuvo lugar en el más absoluto silencio. El único sonido perceptible era el estallido seco de las fauces del licántropo al cerrarse.

Lady Maccon tuvo tiempo suficiente, a pesar de no saber siquiera que lo necesitaba, para subirse al carruaje de Woolsey y partir calle abajo.

Los dos vampiros se detuvieron en cuanto el vehículo desapareció de sus vistas.

—Vaya, parece que estamos en un aprieto —dijo uno.

—Licántropos —dijo el otro con desprecio, y escupió a Lyall, que no dejaba de pasear arriba y abajo entre ellos, con el vello erizado, frustrando cualquier oportunidad de huida. Lyall se detuvo a olisquear los restos de tan desagradable desaire: eau de la colmena de Westminster.

—De verdad —le dijo el primer vampiro a Lyall—, no teníamos intención de dañar ni un solo cabello de su cabecita italiana. Solo teníamos una pequeña prueba en mente. Nadie se habría dado cuenta.

Su compañero le dio un codazo en las costillas, con fuerza.

—Cierra la boca. Es el profesor Lyall, beta de lord Maccon. Cuanto menos sepa, mejor.

Y con estas palabras, se quitaron el sombrero a modo de despedida y, dándose la vuelta, partieron tranquilamente en dirección a la calle Bond.

El profesor Lyall los habría seguido con gusto, pero en su lugar se decantó por tomar medidas de precaución: arrancó a correr a un ritmo animado para asegurarse de que Alexia llegaba a casa sana y salva.

* * *

Lady Maccon sorprendió al profesor Lyall justo a la llegada de este, justo antes del amanecer. Parecía agotado, con el rostro, ya de por sí delgado, macilento y demacrado.

—Ah, lady Maccon, ¿me ha esperado despierta? Qué amable por su parte.

Alexia trató de detectar el sarcasmo de sus palabras, pero si lo había, estaba perfectamente camuflado. Sin duda, se le daba bien. Alexia se preguntaba a menudo si el profesor Lyall había sido actor antes de su transformación y de algún modo se las había ingeniado para conservar tanta creatividad a pesar de sacrificar gran parte de su alma a cambio de la inmortalidad. Era un experto en hacer, y ser, lo que se esperaba de él.

El profesor confirmó sus sospechas. Fuera lo que fuese lo que estaba provocando la anomalía a gran escala en las capacidades de la comunidad sobrenatural, se dirigía hacia el norte. El ORA había determinado que la hora en la que Londres había recuperado la normalidad coincidía con la salida de la manada de Kingair en dirección a Escocia. A Lyall no le sorprendió que lady Maccon hubiese llegado a la misma conclusión por su cuenta.

Sí se opuso, sin embargo, a que su señora partiese de inmediato para seguir los pasos de la plaga.

—Y bien, ¿quién debería ir, según usted? Yo al menos no resultaré afectada por esa extraña aflicción.

El profesor Lyall la miró fijamente.

—Nadie debería ir tras ella. El conde es perfectamente capaz de manejar la situación, incluso sin saber que ya tiene dos problemas de los que ocuparse. Al parecer todavía no se ha dado cuenta de que hemos sobrevivido siglo tras siglo sin resultar heridos, mucho antes de que usted apareciese en nuestras vidas.

—Sí, pero mire el desastre que tenían montado antes de mi llegada. —Cuando lady Maccon tomaba una decisión, no estaba dispuesta a que nadie la disuadiera de sus intenciones—. Alguien debe comunicarle a Conall que Kingair tiene la culpa de lo que está sucediendo.

—Si ninguno de ellos es capaz de transformarse, se dará cuenta por sí mismo en cuanto llegue. Al señor no le gustará saber que le ha seguido.

—El señor puede irse a tomar... —Se detuvo un instante, pensó mejor lo que estaba a punto de decir y añadió—: No tiene por qué gustarle. Y a usted tampoco. La cuestión es que esta misma mañana Floote me conseguirá un billete para el dirigible de la tarde a Glasgow. Su señoría puede tomarla conmigo si quiere en cuanto llegue.

El profesor Lyall no tenía la menor duda de que su pobre alfa haría precisamente eso, pero se negaba a dar el brazo a torcer tan fácilmente.

—Debería llevarse a Tunstall con usted, como mínimo. Desde que mi señor se fue, el chico está deseando visitar el norte, y además podría echarle un ojo.

Lady Maccon se estaba poniendo de mal humor por momentos.

—No le necesito. ¿Ha visto mi nueva sombrilla?

Lyall había visto la orden de compra y le había impresionado, pero no era tan estúpido.

—Una mujer, incluso una mujer casada, no puede volar sin la compañía adecuada. No funciona así, y usted y yo lo sabemos.

Lady Maccon frunció el ceño. Lyall tenía razón, como siempre. Suspiró y se dijo que al menos no le resultaría difícil manejar a Tunstall a su antojo.

—Oh, de acuerdo, si insiste —concedió finalmente a su pesar.

El intrépido beta, más longevo que la mayoría de los lobos que habitaban en Londres y sus alrededores —incluidos lord Maccon y el deán—, hizo lo único que podía hacer en tales circunstancias: tiró del pañuelo que llevaba para mostrar el cuello, inclinó levemente la cabeza a modo de despedida y se fue directo a la cama sin mediar ni una sola palabra, dejando el terreno libre a lady Maccon.

Alexia ordenó a Floote que despertara al pobre Tunstall y le comunicara la inesperada noticia de su inminente viaje a Escocia. El guardián, que acababa de acomodarse en su lecho, puesto que había pasado gran parte de la noche mirando sombreros de mujer, se preguntó si su señora había perdido la cabeza.

* * *

Con la salida del sol, y tras pocas horas de sueño, lady Maccon se dispuso a hacer las maletas o, mejor dicho, comenzó a discutir con Angelique sobre qué debían incluir en el equipaje, hasta que fue interrumpida por la única persona en el planeta capaz de superarla en una escaramuza verbal.

Floote apareció con el mensaje.

—Por todos los santos, ¿qué está haciendo ella aquí? ¡Y tan temprano! —Alexia dejó la tarjeta de visita sobre su pequeña bandeja de plata, comprobó su aspecto ante el espejo —apenas pasable para recibir visitas— y se preguntó si tal vez debería tomarse el tiempo necesario para cambiarse. ¿Qué era mejor, arriesgarse a hacer esperar a una visita o enfrentarse a las posibles críticas por no llevar la indumentaria

adecuada para una dama de su rango? Finalmente se decantó por lo segundo, decidida a deshacerse de su visitante tan pronto como le fuera posible.

La mujer que la estaba esperando en el salón principal era rubia y diminuta, de complexión rosácea más gracias al artificio que a la naturaleza e iba enfundada en un vestido de rayas blancas y rosas que jamás podría sentarle bien a una mujer de su edad.

—Mamá —dijo lady Maccon, presentando la mejilla para recibir el beso desganado de su madre.

—Oh, Alexia —exclamó la señora Loontwill, como si no hubiera visto a su hija en años—, me encuentro asolada por la más terrible miseria; hay tantas cosas por hacer... Necesito tu asistencia de inmediato.

Lady Maccon estaba aturdida —un estado que no solía padecer muy a menudo. Primero, su madre no había insultado su apariencia. Segundo, su madre, al parecer, necesitaba su ayuda con algún asunto. Su ayuda, ni más ni menos.

—Mamá, siéntate. Te veo descompuesta. Permíteme que pida té. —Señaló una silla, y la señora Loontwill se dejó caer en ella, agradecida—. Rumpet —le dijo Alexia al mayordomo—, té, por favor. ¿O prefieres una copita de jerez, mamá?

—Oh, tampoco estoy tan alterada.

—Té, Rumpet.

—En cualquier caso, la situación es nefasta. Tengo unas palpitaciones en el pecho que ni te lo imaginas.

—Palpitaciones —la corrigió su hija en voz baja.

La señora Loontwill se relajó en la silla para, acto seguido, erguirse y mirar con nerviosismo a su alrededor.

—Alexia, los asociados de tu marido no están presentes, ¿verdad?

Aquella era la curiosa manera con la que su madre se refería a la manada.

—Mamá, es de día. Están todos en el castillo, pero en sus camas. Yo misma he pasado casi toda la noche en vela. —Dijo esto último a modo de indirecta, pero su madre estaba por encima de cualquier clase de sutileza.

—En fin, te has casado con lo sobrenatural. Y no es que me queje de tu captura, querida, nada más lejos de mis intenciones. —La señora Loontwill hinchó el pecho como una codorniz de rayas rosas—. Mi hija, lady Maccon.

Para Alexia, que la única cosa que había hecho bien en toda su vida a ojos de su madre fuera casarse con un licántropo suponía una fuente constante de sorpresas.

—Mamá, tengo un montón de cosas que hacer esta mañana. Y, según tú misma has dicho, esta visita responde a un asunto urgente. ¿Qué ha sucedido?

—Verás, se trata de tus hermanas.

—¿Finalmente has comprendido lo simples que pueden llegar a ser?

—¡Alexia!

—¿Qué les pasa, mamá? —Lady Maccon desconfiaba de las palabras de su madre. No es que no quisiera a sus hermanas; simplemente no le gustaban demasiado. De hecho, solo eran medio hermanas: ellas señoritas Loontwill, mientras que Alexia, antes de casarse, había sido señorita Tarabotti. Ambas eran tan rubias, tan estúpidas y tan poco preternaturales como su madre.

—Mantienen la más terrible de las disputas.

—¿Evylin y Felicity peleándose? Menuda sorpresa —respondió Alexia con sarcasmo, a pesar de que la señora Loontwill fuera incapaz de detectarlo.

—¡Lo sé! Pero estoy diciendo la verdad. Comprenderás entonces mi desasosiego. Verás, Evylin se ha comprometido, no a tu mismo nivel, claro está —no podemos esperar que un rayo caiga dos veces en el mismo sitio—, pero el caballero no es un mal partido. Tampoco es sobrenatural, gracias al cielo; un hijo político anormal es más que suficiente para una sola familia. Sea como fuere, Felicity no puede soportar el hecho de que su hermana menor se case antes que ella. Está siendo de lo más cruel con todo este asunto. El caso es que Evylin sugirió, y yo estuve de acuerdo, que tal vez necesite salir de Londres para airearse; y luego yo sugerí, y el señor Loontwill estuvo de acuerdo, que un viaje al campo sería perfecto para subirle el ánimo. De modo que la he traído aquí, contigo.

Lady Maccon no acababa de comprender las palabras de su madre.

—¿Has traído a Evylin?

—No, querida, no. ¡Haz el favor de prestar atención! He traído a Felicity. —La señora Loontwill extrajo un abanico y empezó a agitarlo violentamente.

—¿Adónde, aquí?

—Ahora te estás haciendo la tonta a propósito —la acusó su madre, golpeándola con el abanico.

—¿De veras? —¿Dónde se había metido Rumpet con el té? Lady Maccon necesitaba una taza con urgencia. Su madre provocaba ese efecto a menudo.

—La he traído para que se quede contigo, claro está.

—¡Qué! ¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario.

—Pero ¿qué?

—Estoy segura de que no te vendrá mal la compañía de tu familia —insistió su madre. Se tomó unos segundos para mirar a su alrededor y registrar hasta el último detalle de la estancia, caótica pero agradable, llena de libros y numerosos asientos de piel—. Y a este lugar tampoco le vendrá mal una influencia femenina más. No hay ni un solo tapete.

—Espera...

—Ha preparado el equipaje para dos semanas, pero, como comprenderás, tengo una boda que preparar, por lo que tal vez tenga que quedarse más tiempo, en cuyo

caso tendrás que llevarla de compras.

—Espera un momento... —Alexia apenas podía contener el tono de su voz.

—Tema zanjado, entonces.

Alexia permaneció en silencio, con la boca abierta como un pez.

La señora Loontwill se puso en pie, milagrosamente recuperada de sus palpitaciones.

—¿Te parece que vaya a buscarla al carruaje?

Lady Maccon siguió a su madre fuera de la estancia, hasta la entrada del castillo, donde Felicity esperaba rodeada por una cantidad prodigiosa de maletas.

Sin más que decir, la señora Loontwill besó a sus hijas en la mejilla, se montó de nuevo en su carruaje y partió rauda hacia su residencia, dejando tras de sí una nube de perfume de lavanda y rayas rosas.

Lady Maccon miró a su hermana de arriba abajo, incapaz de salir de su asombro. Felicity llevaba un abrigo largo de terciopelo a la última moda, blanco con el frontal rojo y lleno de cientos de minúsculos botones negros, y una falda larga e igualmente blanca, con lazos rojos y negros. Se había recogido el cabello, y el sombrero que lo cubría colgaba de la parte de atrás de su cabeza con la precariedad que Angelique tanto adoraba.

—Bien —dijo lady Maccon con brusquedad—, supongo que será mejor que entres.

Felicity miró el equipaje que tenía a su alrededor y avanzó delicadamente entre maletas y baúles hasta la entrada del castillo y su interior.

—Rumpet, ¿le importa? —lady Maccon, a solas con el equipaje, señaló la enorme pila con la barbilla.

Rumpet asintió.

Lady Maccon detuvo al mayordomo cuando pasaba a su lado.

—No se moleste en hacer que las deshagan, Rumpet. Todavía no. Veremos si podemos solucionarlo de otra manera.

El mayordomo asintió.

—Como usted diga, señora.

Felicity había encontrado el camino hasta el salón y se estaba sirviendo una taza de té. Sin preguntar. Cuando lady Maccon entró en la estancia, levantó la mirada del oscuro brebaje.

—He de decir que tienes la cara hinchada, hermana. ¿Has ganado peso desde la última vez que nos vimos? Sabes que me preocupo por tu salud.

Alexia se mordió la lengua para no responder que lo único que podía preocupar a Felicity eran los guantes de la próxima temporada. Se sentó frente a su hermana, cruzó los brazos sobre su generoso pecho y la miró fijamente.

—Acabemos con esto. ¿Por qué has permitido que te enviaran a mi casa?

Felicity inclinó la cabeza a un lado y tomó un sorbo de té.

—Bueno, al menos tu complexión parece haber mejorado. Incluso podrían confundirte con una auténtica mujer inglesa. Eso está bien. Jamás lo hubiera imaginado.

La tez pálida se había hecho popular en Inglaterra desde que los vampiros salieron a la luz y se apropiaron de muchos de los puestos más reputados. Pero Alexia había heredado el color de piel de su padre italiano y no tenía intención de luchar contra ello únicamente para parecerse a uno de los no muertos.

—Felicity —dijo cortante.

Felicity apartó la mirada y murmuró algo entre dientes.

—Si no hay más remedio... Digamos que me apetece ausentarme de Londres durante una corta temporada. Evylin se ha vuelto una creída. Ya sabes cómo se pone si tiene algo y sabe que los demás también lo quieren.

—La verdad, Felicity.

Felicity miró a su alrededor como si buscara una ayuda, una pista.

—Creía que el regimiento estaba aquí en Woolsey —dijo finalmente.

Ah, pensó Alexia, de modo que eso es lo que pasa.

—Eso creías, ¿eh?

—Bueno, sí. ¿Están aquí?

Lady Maccon entornó los ojos.

—Han acampado detrás del castillo.

Felicity se puso en pie inmediatamente, se alisó la falda y se atusó los rizos.

—Oh, no, ni se te ocurra. Vuelve a sentarte ahora mismo, señorita. —Alexia disfrutaba tratando a su hermana como si fuera una niña—. No tiene sentido; no te puedes quedar aquí conmigo.

—¿Y por qué no?

—Porque no me voy a quedar aquí. Tengo asuntos que tratar en Escocia y parto hacia allí esta misma tarde. No puedo dejarte en Woolsey a solas y sin una carabina, sobre todo con un regimiento acampado en los jardines. Imagina qué diría la gente.

—Pero ¿por qué Escocia? Odiaría tener que ir a Escocia. Es un lugar propio de bárbaros. ¡Si es prácticamente Irlanda! —Felicity estaba claramente molesta por el cambio de planes.

A Alexia se le ocurrió una razón que convencería a Felicity definitivamente.

—Mi esposo está en Escocia ocupándose de unos asuntos de la manada. Me reuniré allí con él.

—¡Paparruchas! —exclamó Felicity, dejándose caer en su asiento con un sonoro plof—. Qué incordio. ¿Por qué siempre tienes que ser tan inoportuna, Alexia? ¿No puedes pensar en mí y en mis necesidades por una vez en tu vida?

Lady Maccon interrumpió lo que parecía ser una larga diatriba.

—Estoy convencida de que tu sufrimiento no se puede describir con palabras. ¿Quieres que llame al carruaje de la casa para que, como mínimo, puedas regresar a Londres con estilo?

Felicity parecía triste.

—No puedo permitirlo, Alexia. Mamá querrá tu cabeza en bandeja si me envías de vuelta. Ya sabes lo imposible que se pone con estas cosas.

Y lady Maccon lo sabía, pero ¿qué podía hacer al respecto?

Felicity se mordió el labio inferior.

—Supongo que no me queda más remedio que acompañarte a Escocia. Será un completo aburrimento, seguro, y ya sabes cómo odio viajar, pero lo soportaré con paciencia. —Felicity parecía extrañamente animada ante la posibilidad de emprender un viaje junto a su hermana.

Lady Maccon palideció.

—Oh, no, de ninguna manera. —Una semana o más en compañía de su hermana y perdería por completo la cabeza.

—Creo que la idea tiene su gracia —continuó Felicity con una sonrisa—. Podría instruirte en el arte de la apariencia. —Repasó a Alexia de la cabeza a los pies—. Es evidente que te hacen falta los consejos de un experto. Si yo fuera lady Maccon, no escogería un atuendo tan sobrio.

Lady Maccon se pasó la mano por la cara. Sería una buena coartada llevarse a su hermana desquiciada de Londres para unas más que necesarias vacaciones. Felicity era lo suficientemente egocéntrica para no darse cuenta de ninguna de las actividades de Alexia como *muhjah* de Su Majestad la reina. Además, así Angélique tendría alguien más con quien discutir, para variar.

Estaba decidido.

—Muy bien. Espero que estés preparada para viajar por aire. Esta misma tarde tomamos un dirigible destino Escocia.

Felicity parecía extrañamente insegura de sí misma.

—Bueno, si no hay más remedio, pero estoy segura de no haber traído el sombrero correcto para viajar por aire.

—¡Holaaa! —llamó una voz desde el pasillo, al otro lado de las puertas abiertas del salón—. ¿Hay alguien en casa?

—¿Ahora qué? —se preguntó lady Maccon, deseando fervientemente no llegar tarde al vuelo. No quería retrasar el viaje, sobre todo ahora que debía mantener separados al regimiento y a Felicity.

Una cabeza apareció por el quicio de la puerta. Dicha cabeza lucía un sombrero compuesto enteramente de plumas rojas, todas tiesas, y unas cuantas blancas, más pequeñas, todo con la apariencia de un plumero un tanto excitado, con un caso severo de varicela.

—Ivy —saludó Alexia a su querida amiga, preguntándose si tal vez era la líder secreta de la Estúpida Sociedad por la Liberación de los Sombreros.

—¡Oh, Alexia! Me he permitido entrar sin ser anunciada. No sé dónde se ha metido Rumpet, pero he visto la puerta del salón abierta y he supuesto que estabas levantada, y pensé que debería decirte que... —De pronto, se dio cuenta de que Alexia no estaba a solas y permaneció en silencio.

—Vaya, señorita Hisselpenny —exclamó Felicity visiblemente encantada—, ¿qué hace usted aquí?

—¡Señorita Loontwill! ¿Cómo está? —Ivy miró a la hermana de Alexia con una expresión de sorpresa en la mirada—. Lo mismo podría preguntarle yo.

—Alexia y yo nos vamos de viaje a Escocia esta misma tarde.

La pluma tembló confusa.

—¿De veras?

Ivy pareció ofenderse al saber que Alexia no la había informado de dicho viaje. Y que además había escogido a Felicity como compañía, cuando sabía cuánto odiaba a su hermana.

—En dirigible.

La señorita Hisselpenny asintió.

—Muy buena elección. El tren es un medio de transporte tan indigno, con todas esas carreras de un lado para otro. Volar posee una gravedad superior.

—Ha sido una decisión de última hora —intervino lady Maccon—, tanto el viaje como la compañía de Felicity. Al parecer se han producido ciertas tensiones domésticas en el hogar de los Loontwill. Lo cierto es que Felicity está celosa de que Evy contraiga matrimonio. —Lady Maccon no estaba dispuesta a permitir que su hermana tomara las riendas de la conversación a costa de los sentimientos de su querida amiga. Una cosa era sufrir las burlas de Felicity en sus propias carnes y otra bien distinta verlas dirigidas contra una indefensa señorita Hisselpenny.

—Un sombrero adorable —le dijo Felicity a Ivy con tono burlón.

Lady Maccon ignoró a su hermana.

—Lo siento, Ivy. Te hubiera invitado, sabes que es así, pero mi madre insistió y ya sabes lo imposible que puede llegar a ser.

La señorita Hisselpenny asintió, un tanto alicaída. Entró en la estancia y se sentó. Llevaba un vestido un tanto discreto para Ivy: un sencillo diseño de paseo a topos rojos, rematado con una sola línea de volantes rojos y menos de seis lazos —aunque los volantes eran muy voluminosos, y los lazos, muy grandes.

—De todas formas, he oído que volar es terriblemente peligroso —añadió Felicity—. Y dos mujeres viajando solas. ¿No crees que deberías pedir a algunos miembros del regimiento que os acompañaran?

—No, ¡de ninguna manera! —respondió lady Maccon—. Pero imagino que el

profesor Lyall insistirá en que Tunstell nos escolte.

—¿Ese horrible actor pelirrojo? —dijo Felicity con un mohín—. Siempre haciéndose el gracioso... ¿De veras ha de venir? ¿No podría venir en su lugar un buen soldado?

La señorita Hisselpenny enfureció al escuchar cómo se deshonraba a su querido Tunstell.

—Señorita Loontwill, es usted un tanto vehemente con sus opiniones sobre jóvenes de los que apenas sabe nada. Le agradecería que no hiciera correr improperios y rumores tan a la ligera.

—Al menos yo poseo el intelecto necesario para tener una opinión propia —respondió Felicity.

Dioses, pensó Alexia, demasiado tarde, sin dejar de preguntarse qué era un «impropicio».

—Oh —exclamó la señorita Hisselpenny—, por supuesto que tengo una opinión acerca del señor Tunstell. Es un caballero valiente y amable en todas las formas posibles.

Felicity observó detenidamente a Ivy.

—Vaya, vaya, señorita Hisselpenny, y yo qué diría que es usted quien tiene una relación demasiado familiar con el caballero en cuestión.

Ivy se puso tan colorada como su sombrero.

Alexia se aclaró la garganta. Ivy no debería haber revelado sus sentimientos a alguien como Felicity, aunque esta se estuviera comportando como una auténtica harpía. Si aquello era muestra de su comportamiento más reciente, no era de extrañar que la señora Loontwill la quisiera lejos de su casa.

—Ya basta, las dos.

La señorita Hisselpenny miró a su amiga con gesto suplicante.

—Alexia, ¿estás segura de que no existe la posibilidad de que yo también te acompañe? Nunca he viajado en dirigible, y me encantaría conocer Escocia.

Lo cierto era que Ivy tenía pánico a volar y nunca antes había mostrado interés alguno por la geografía más allá de Londres. Incluso dentro de esta, su preocupación geográfica se concentraba básicamente en la calle Bond y en Oxford Circus, por razones pecuniarias evidentes. Alexia Maccon no era tan inocente como para no darse cuenta de que el interés de su amiga procedía de la presencia de Tunstell.

—Solo si estás segura de que tu madre y tu prometido pueden pasar unos días sin ti —dijo lady Maccon, enfatizando al segundo con la esperanza de recordarle su compromiso y así hacerle entrar en razón.

Los ojos de la señorita Hisselpenny brillaron.

—¡Oh, gracias, Alexia!

Y se acabaron los razonamientos. Por la expresión de su cara, Felicity bien podría

haberse tragado una anguila viva.

Lady Maccon suspiró. Si tenía que llevarse a Felicity consigo, hacer lo propio con la señorita Hisselpenny tampoco suponía una gran diferencia.

—Por todos los santos —exclamó—, ¿es que de pronto soy la encargada de organizar la Convención Internacional de Señoritas en Dirigible?

Felicity le dedicó una mirada inescrutable e Ivy sonrió satisfecha.

—Debería regresar a la ciudad para obtener el permiso de mamá y preparar el equipaje. ¿A qué hora salimos?

Lady Maccon le dijo la hora y Ivy salió corriendo por la puerta principal, sin ni siquiera haber informado a su amiga del verdadero motivo de su visita.

—Me muero por ver qué sombrero escoge esa mujer para volar —dijo Felicity.

Capítulo 6. La convención Internacional de Señoritas en Dirigible

Alexia podía imaginar que diría la sección de sociedad del periódico al respecto:

Lady Maccon montó a bordo de la Nave de Larga Distancia «Giffard», Modelo Estándar para el Transporte de Pasajeros, acompañada de un grupo inusualmente numeroso. Recorrió la pasarela seguida de su hermana, Felicity Loontwill, ataviada con un modelo de viaje en color rosa y mangas blancas, y la señorita Ivy Hisselpenny, vestida con un conjunto amarillo y sombrero a juego. Dicho sombrero poseía un velo un tanto excesivo, parecido al utilizado por los aventureros cuando se adentran en junglas infestadas de insectos. Las dos jóvenes, sin embargo, constituían una compañía perfectamente apropiada. El grupo estaba provisto de lo último en accesorios de viaje, tales como gafas u orejeras, y muchos otros accesorios mecánicos diseñados para facilitar la más agradable de las experiencias a bordo de un dirigible.

Acompañaban también a lady Maccon su joven doncella francesa y un caballero. La presencia de este último, un joven pelirrojo que bien podría haber pisado las tablas en más de una ocasión, despertó ciertos celos acerca de lo apropiado de su presencia. Del mismo modo, también nos llamó la atención la ausencia de su secretario personal, antes mayordomo de la familia, explicada rápidamente por la presencia de su madre. Lady Maccon es una de las personas más excéntricas de Londres; hechos tales como los descritos son perfectamente normales en su vida.

La dama lucía un vestido de vuelo a la última moda, con cinchas en la falda, dobladillo con pesante incorporado, corpiño de volantes alternantes en negro y cian diseñado para agitarse convenientemente en las brisas de éter, y un ajustado canesú. Llevaba unas gafas forradas en terciopelo cian alrededor del cuello y un sombrero a juego con un velo apropiadamente modesto y unas orejeras retráctiles convenientemente sujetas a la cabeza. Más de una señorita de las que paseaban por Hyde Park esa tarde se detuvo a preguntarse por el diseñador del vestido, y cierta dama de escasos escrúpulos planeó abiertamente contratar los servicios de la excelente doncella de lady Maccon. Ciertamente lady Maccon también portaba una estridente sombrilla de aspecto extranjero en una mano y un maletín de piel roja en la otra, ambos objetos en clara disonancia con su vestimenta, pero siempre se ha de excusar el equipaje cuando se viaja. Al fin y al cabo, aquellos que paseaban por Hyde Park esa tarde pudieron presenciar la elegante partida de una de las recién desposadas más comentadas de la temporada.

Lady Maccon pensó para sus adentros que debían de presentar el aspecto de un desfile de palomas hinchadas y creyó que era típico de la sociedad de Londres que lo que les agradaba a ellos la molestara a ella. Ivy y Felicity no dejaban de discutir, Tunstall se mostraba absurdamente entusiasta y Floote se había negado a acompañarlos a Escocia con la excusa de una posible asfixia por exceso de polisones. Alexia estaba pensando en lo largo y tedioso que se presentaba el viaje cuando un joven caballero de aspecto impecable hizo acto de presencia. El líder de la procesión, un asistente de vuelo que intentaba mostrarles sus respectivos camarotes, se detuvo en el estrecho pasillo para permitir que el caballero pudiera pasar.

Sin embargo, el joven hizo lo propio y saludó al desfile de recién llegados levantando ligeramente su sombrero. Un aroma de vainilla y aceite industrial acarició la nariz de lady Maccon.

—¡Vaya —exclamó Alexia, sorprendida—, madame Lefoux! Por todos los santos, ¿qué está haciendo usted aquí?

Justo entonces el enorme motor a vapor del dirigible, que lo propulsaba a través de éter, despertó con un rugido, y el aparato tiró con fuerza de sus ligaduras. Madame Lefoux se abalanzó sobre lady Maccon y acto seguido recuperó la compostura. Alexia pensó que la inventora se había tomado más tiempo para hacerlo del estrictamente necesario.

—Claramente estamos a punto de estar más cerca de esos santos de los que usted habla, lady Maccon —respondió la inventora con una sonrisa—. Después de la conversación que mantuvimos, pensé que a mí también me agradaría visitar Escocia.

Alexia frunció el ceño. Partir tan pronto, con una tienda recién inaugurada y dejando solos a su hijo y a su incorpórea tía resultaba un tanto injustificado. Parecía evidente que la inventora era en realidad una espía, por lo que debería mantener la guardia alta cuando estuviera cerca de ella, algo ciertamente triste, puesto que Alexia disfrutaba de la compañía de la inventora. Y es que raramente encontraba a una mujer más independiente y excéntrica que ella misma.

Alexia presentó a madame Lefoux al resto del grupo, y la sombrerera se mostró perfectamente educada con todos ellos, aunque esbozó una mueca disimulada al ver el conjunto de Ivy, capaz de derretir la retina de cualquiera.

No se puede decir lo mismo del séquito de Alexia. Tunstall e Ivy la saludaron con una reverencia, pero Felicity le hizo un desaire, claramente impresionada por su extraña vestimenta.

También Angelique parecía incómoda, a pesar de que hizo la reverencia que se esperaba de alguien en su posición. Y es que la joven Angelique tenía opiniones perfectamente formadas sobre las maneras más correctas en el vestir, y lo más probable era que no aprobara el estilo masculino de la inventora.

Madame Lefoux observó detenidamente a la doncella con la fría mirada de un

depredador. Lady Maccon supuso que tenía que ver con el origen francés de ambas, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando madame Lefoux le susurró algo a Angélique en su lengua nativa, demasiado deprisa para que Alexia pudiera seguir sus palabras.

Angélique no respondió. Se limitó a levantar ligeramente su adorable naricilla y fingirse ocupada en dar volumen a los volantes del vestido de su señora.

Madame Lefoux se despidió de todos ellos.

—Angélique —lady Maccon se dirigió a su doncella—, ¿qué ha sido eso?

—Nada importante, mi señora.

Lady Maccon decidió que aquel asunto bien podía esperar y siguió al asistente de vuelo hasta su camarote.

No permaneció allí durante mucho tiempo, puesto que deseaba explorar la nave y estar en cubierta para presenciar el despegue. Llevaba años esperando aquel momento, y había seguido el desarrollo de aquella tecnología de vuelo detallada en los artículos de la Royal Society desde muy temprana edad. Saberse al fin a bordo de un dirigible era una alegría que no merecía verse oscurecida por los manierismos de un par de francesas.

Cuando el último de los pasajeros subió a bordo, el personal soltó las amarras y el enorme globo los propulsó lentamente hacia el cielo.

Lady Maccon contuvo el aliento al ver cómo el mundo se encogía irremisiblemente a sus pies, las personas se confundían con el paisaje, el paisaje desaparecía en una enorme colcha hecha de pequeños retales multicolores y finalmente podía comprobar con sus propios ojos que la Tierra era redonda.

En cuanto el dirigible hubo conseguido suficiente altura y empezaron a flotar en éter, un joven, peligrosamente encaramado en la parte trasera de los motores, hizo girar el propulsor y, emitiendo grandes bocanadas de vapor blanco por los laterales y la parte trasera del tanque, el dirigible avanzó en línea recta en dirección norte. Se produjo una pequeña sacudida cuando la nave se acopló a la corriente eteromagnética y aumentó la velocidad, yendo más deprisa de lo que parecía capaz, con las cubiertas para pasajeros similares a las de una embarcación colgando bajo el enorme globo con forma de almendra.

La señorita Hisselpenny, que se había reunido con lady Maccon en la cubierta, se recuperó de su propio asombro y empezó a cantar. Ivy poseía una hermosa voz, dulce e inexperta.

—Tú tomarás el camino de arriba —cantó— y yo tomaré el camino de abajo, y estaré en Escocia antes que tú ^[1].

Lady Maccon miró a su amiga y sonrió, pero no se unió a ella. Conocía la canción, ¿quién no? Giffard la había utilizado en su campaña de márquetin de los vuelos en dirigible. Pero la de Alexia era una voz más adecuada para comandar

batallas, no para cantar, como todo aquel que la hubiera escuchado cantar en alguna ocasión se ocupaba de recordarle continuamente.

A lady Maccon aquella experiencia se le antojó vigorizante. El aire a tanta altura era más fresco que el de Londres o la campiña. Se sintió extrañamente reconfortada, como si aquel fuera su verdadero elemento. Debía de ser el éter, supuso, repleto de una mezcla gaseosa de partículas eteromagnéticas.

Sin embargo, cuando se levantó al día siguiente con el estómago revuelto y la sensación de estar flotando por dentro así como por fuera, decidió que ya no le gustaba tanto.

—Viajar por aire provoca ese efecto en algunos pasajeros, señora —dijo el asistente de vuelo, añadiendo a modo de explicación—: trastorno de los componentes digestivos.

Envió a una azafata con una tintura de menta y jengibre. Poco caso le había hecho Alexia a su comida y, con la ayuda de la tintura, consiguió recuperar el apetito hacia mediodía. Parte del malestar, suponía ella, se debía a que estaba reajustando su rutina a la de aquellos que vivían el día, después de pasarse meses atendiendo sus asuntos básicamente durante la noche.

Felicity tan solo se percató de que Alexia empezaba a recuperar el color de sus mejillas.

—Es evidente que a todo el mundo no le queda bien un sombrero para el sol, pero considero, Alexia, que deberías hacer el sacrificio. Si eres inteligente, seguirás mi consejo a este respecto. Sé que ya no se ven tanto como antes, pero opino que a alguien con tus desafortunadas propensiones se le excusaría la naturaleza anticuada de dicho accesorio. ¿Y por qué vas cargando con esa sombrilla a todas horas del día y sin embargo nunca la utilizas?

—Por momentos, me recuerdas a mamá —respondió lady Maccon.

Ivy, que no dejaba de correr de una barandilla a la siguiente exclamando ante la espectacularidad de las vistas, se cubrió la boca con la mano ante la crudeza de un comentario como aquel.

Felicity se disponía a responder algo similar cuando Tunstell hizo acto de presencia, distrayendo su atención por completo. Había tenido tiempo de deducir el aprecio que Ivy y Tunstell se profesaban y, por tanto, su nuevo objetivo era atraer el afecto del guardián hacia ella, sin otra motivación que demostrar a Ivy que era capaz de conseguirlo.

—Oh, señor Tunstell, cómo me alegra que se nos una —dijo Felicity, haciendo aletear sus largas pestañas.

Tunstell se sonrojó y saludó a las damas con una leve inclinación de la cabeza.

—Señorita Loontwill. Lady Maccon. —Pausa—. ¿Y cómo se siente hoy, lady Maccon?

—El malestar ha desaparecido a la hora del almuerzo.

—Qué circunstancia tan oportuna —remarcó Felicity—. No habría estado de más que te hubiera durado algo más de tiempo, teniendo en cuenta tu inclinación hacia la robustez y una más que evidente afección por la comida.

Lady Maccon prefirió no caer en la provocación.

—Preferiría que los almuerzos no fueran tan modestos. —Toda la comida a bordo del dirigible parecía de escasa consistencia o cocinada al vapor. Incluso el tan laureado té que se servía a bordo había resultado ser un tanto decepcionante.

Felicity tiró cuidadosamente al suelo sus guantes, que descansaban en una pequeña mesa cercana a la silla en la que descansaba.

—Oh, qué torpe soy. Señor Tunstell, ¿le importa?

El guardián dio un paso al frente y se agachó para recoger los guantes del suelo.

Felicity se movió con rapidez, de modo que Tunstell se inclinaba ahora sobre sus piernas, prácticamente cara a cara con la falda de su vestido verde. Se trataba de una postura un tanto comprometida y, como no podía ser de otra manera, Ivy apareció dando saltitos por una esquina de la cubierta justo en aquel preciso instante.

—¡Oh! —exclamó la joven, que parecía haber perdido las ganas de saltar.

Tunstell se incorporó y le entregó los guantes a Felicity, que los cogió lentamente, dejando que sus dedos acariciaran la mano del guardián.

El semblante de Ivy recordaba al de un caniche bilioso. Lady Maccon se preguntó cómo podía ser que su hermana, con semejante comportamiento, no se hubiera metido nunca antes en problemas. ¿Cuándo se había convertido Felicity en semejante coqueta sin escrúpulos? Tunstell se inclinó ante Ivy.

—Señorita Hisselpenny. ¿Cómo se encuentra?

—Señor Tunstell, no permita que mi presencia le moleste.

Lady Maccon se levantó, colocando ostentosamente las orejeras extensibles de su sombrero de vuelo. Todo aquello le resultaba demasiado vejatorio: Felicity convertida en una descarada, Ivy comprometida con otro hombre y el pobre Tunstell observando a ambas mujeres con cara de corderito.

Tunstell se acercó a la señorita Hisselpenny para inclinarse sobre su mano, pero justo entonces el dirigible encontró ciertas turbulencias en el éter y dio un bandazo, haciendo tambalearse a Ivy y Tunstell. Él la sujetó por el brazo, ayudándola a mantenerse en pie mientras ella se sonrojaba como una fresa madura, sin apartar la mirada del suelo.

Alexia decidió que necesitaba dar un paseo por la cubierta delantera.

Normalmente deshabitada, la cubierta delantera era la que más sufría el impacto del viento en todo el dirigible. Tanto las damas como los caballeros solían evitarla, puesto que arruinaba sus peinados, pero Alexia no era una mujer escrupulosa, aunque sabía perfectamente que se ganaría una reprimenda de Angelique en cuanto regresara.

Bajó las orejeras del sombrero, se colocó las gafas, cogió su sombrilla y avanzó decidida.

Sin embargo, la cubierta delantera ya estaba ocupada.

Madame Lefoux, vestida con el gusto impecable a la par que inapropiado que la caracterizaba, se encontraba de pie junto a Angelique, al lado de la barandilla, observando desde lo alto el paisaje británico en forma de mosaico, extendido a sus pies como una especie de alfombra asimétrica de peculiar diseño. Las dos mujeres conversaban entre susurros con una pasión ciertamente evidente.

Lady Maccon maldijo al viento por llevarse sus palabras antes de que llegaran a ella, puesto que le hubiera encantado saber lo que estaban diciendo. De pronto pensó en su maletín de trabajo. ¿Habría incluido Floote algún dispositivo de escucha?

Tras decidir que lo mejor era un ataque frontal, Alexia avanzó sigilosamente por la cubierta con la esperanza de captar parte de la conversación antes de ser descubierta. Y tuvo suerte.

—... asumir tus responsabilidades —estaba diciendo madame Lefoux en francés.

—No puedo, aún no. —Angelique se acercó a la otra mujer, colocando sus pequeñas y suplicantes manos sobre el brazo de la inventora—. Por favor, no me lo pidas más.

—Será mejor que sea pronto o te descubriré. Sabes que lo haré. —Madame Lefoux sacudió la cabeza, agitando peligrosamente el sombrero, que aun así permaneció en su sitio, puesto que había sido convenientemente atado para el viaje, y apartó las manos de la doncella de su brazo.

—Pronto, lo prometo. —Angelique apretó su cuerpo contra el costado de la inventora y hundió la cara en su hombro.

Madame Lefoux se la quitó de encima por segunda vez.

—Solo sabes jugar, Angelique, jugar y arreglar el cabello de la señora. Es todo lo que tienes ahora mismo, ¿no es cierto?

—Es mejor que vender sombreros.

Madame Lefoux se encaró con la doncella, sujetándola de la barbilla con la mano.

—¿De veras te ha echado? —El tono de su voz era cruel y desconfiado al mismo tiempo.

Para aquel entonces, lady Maccon ya estaba lo suficientemente cerca como para encontrarse con los ojos violeta de su doncella bajo las gafas de latón al apartar esta la vista de la inventora. Angelique se sorprendió ante la presencia de su señora y sus ojos se llenaron de lágrimas. Con un pequeño sollozo, se abalanzó sobre lady Maccon de modo que Alexia no tuvo más remedio que recibirla entre sus brazos.

Alexia se sentía incómoda. A pesar de su origen francés, Angelique no solía prodigarse en muestras de afecto. La joven doncella trató de recomponerse como pudo, se apartó apresuradamente de los brazos de su señora, esbozó una pequeña

reverencia y huyó a la carrera.

A Alexia le agradaba madame Lefoux, pero no podía perdonarle que molestase al servicio de aquella manera.

—Como bien sabe, los vampiros la rechazaron. Es un tema un tanto delicado para ella. No le gusta hablar de la colmena ni de por qué fue apartada de ella.

—Estoy segura de que no.

Lady Maccon estaba furiosa.

—Al igual que usted tampoco compartirá conmigo la auténtica razón de su presencia en este dirigible. —La inventora tenía que aprender la lección: una manada siempre protegía a los suyos. Quizás Alexia solo formara parte de ella por proximidad, pero Angelique estaba a su servicio.

Los ojos verdes de madame Lefoux se encontraron con la oscura mirada de Alexia. Dos pares de gafas no suponían impedimento suficiente, pero aun así lady Maccon no consiguió interpretar aquella expresión. De pronto, la inventora alargó un brazo y acarició el rostro de Alexia con el dorso de la mano. Alexia se preguntó por qué razón los franceses se mostraban mucho más afectuosos físicamente que los ingleses.

—¿Usted y mi doncella han mantenido algún tipo de asociación en el pasado, madame Lefoux? —preguntó Alexia sin responder a la caricia de la otra mujer, a pesar de que sentía un intenso calor en el rostro que el frío viento del éter no conseguía calmar.

La inventora sonrió.

—Hace mucho tiempo, pero le aseguro que actualmente me encuentro libre de tales enredos.

¿Se estaba mostrando obtusa a propósito?

Alexia, siempre tan directa, inclinó la cabeza a un lado y preguntó:

—¿Para quién trabaja, madame Lefoux? ¿Para el Gobierno francés? ¿Los Templarios?

La inventora dio un paso atrás, extrañamente molesta por la pregunta.

—Malinterpreta usted mi presencia en este dirigible, lady Maccon. Le puedo asegurar que solo trabajo para mí misma.

* * *

—Yo que usted no confiaría en ella, señora —dijo Angelique mientras arreglaba el cabello de Alexia antes de la cena. La doncella lo estaba alisando con una plancha de vapor especial para esa función, para el disgusto de ambas mujeres. Liso y suelto, esa había sido la idea de Ivy. La señorita Hisselpenny había insistido en que fuera Alexia quien probara el invento, porque ya estaba casada y podía permitirse el lujo de

arriesgar su hermosa cabellera.

—¿Hay algo que debería saber, Angelique? —preguntó lady Maccon. La doncella raramente expresaba su opinión si no estaba directamente relacionada con la moda.

Angelique detuvo sus atenciones por un instante, con las manos revoloteando alrededor de la cara como solo los franceses son capaces de revolotear.

—Solo que la conocí antes de convengime en sángano, en Paguís.

—¿Y?

—Y no nos sepagamos en tégminos amistosos. Un asunto, cómo disen ustedes, pegsonal.

—En ese caso no insistiré más —replicó Alexia, que deseaba seguir insistiendo.

—Señoga, ¿no le habgá dicho nada de mí? —preguntó la doncella, y se llevó la mano al cuello para acariciar la prenda alta que lo cubría.

—Nada importante —respondió lady Maccon.

Angelique no parecía muy convencida.

—No confía en mí, ¿vegdad, señoga?

Alexia levantó la mirada, sorprendida, y se encontró con los ojos de Angelique en el espejo.

—Has sido zángano con un vampiro errante, pero también has servido a la colmena de Westminster. *Confianza* es una palabra muy fuerte, Angelique. Confío en que me peinarás a la última moda y en que tu gusto gobierne mi propio desinterés en el tema, pero no puedes pedirme más que eso.

Angelique asintió.

—Compguendo. Así que no se tgata de algo que haya dicho Genevieve.

—¿Genevieve?

—Madame Lefoux.

—No. ¿Debería ser así?

Angelique fijó la mirada en el suelo y sacudió lentamente la cabeza.

—¿No me contarás nada más acerca de vuestra relación?

Angelique permaneció en silencio, pero por su rostro era evidente que consideraba aquella pregunta demasiado personal.

Lady Maccon excusó a su doncella y fue a buscar su pequeño diario de piel, la mejor forma, sin duda, de repasar sus pensamientos y tomar algunas notas. Si sospechaba que madame Lefoux era una espía, debía anotarlos de inmediato, junto con las razones que la habían llevado a pensarlo. Parte del objetivo de aquel cuaderno era dejar testimonio escrito de sus vivencias por si algo le sucedía.

Había empezado con aquella práctica a asumir su cargo como *muhjah*, aunque utilizaba el diario para anotar asuntos personales, no secretos de estado. El diario de su padre había resultado ser de gran ayuda en más de una ocasión, y esperaba que el suyo también lo fuera para futuras generaciones, aunque probablemente no del

mismo modo que el de Alessandro Tarabotti. Al menos no era su intención dejar constancia de esa clase de información.

La pluma estilográfica estaba donde la había dejado, sobre la mesilla de noche, pero el cuaderno se había desvanecido. Revisó todo el camarote —debajo de la cama, detrás de los muebles— pero no consiguió encontrarlo por ninguna parte. Con un presentimiento atenazándole el pecho, se dispuso a buscar su maletín.

Alguien llamó a la puerta, y antes de que pudiera inventarse alguna excusa para mantener alejado al visitante, Ivy entró en el camarote al trote. Parecía alterada, nerviosa, con su sombrero del día, un montón de encaje negro cubriendo tirabuzón tras tirabuzón de negro cabello, y las orejeras apenas visibles porque Ivy tiraba insistentemente de ellas.

Alexia detuvo la búsqueda.

—Ivy, ¿qué sucede? Pareces un terrier enajenado con un problema de ácaros en las orejas.

La señorita Hisselpenny se dejó caer boca abajo sobre la pequeña cama de Alexia, claramente angustiada por un desorden emocional de alguna clase. Musitó algo contra la almohada con una voz sospechosamente aguda.

—Ivy, ¿qué le ocurre a tu voz? ¿Has estado en ingeniería, en la Cubierta Chirriante? —Puesto que la capacidad para flotar del dirigible dependía de la aplicación constante de helio, era una suposición legítima para cualquier anormalidad vocal.

—No —chirrió Ivy—. Bueno, quizás durante un rato.

Lady Maccon contuvo la risa. La voz de su amiga resultaba demasiado absurda.

—¿Con quién has estado allí? —preguntó arteramente, aunque podía imaginar la respuesta.

—Con nadie —cacareó Ivy—. Bueno, en realidad, quiero decir, puede que haya subido allí con... mmm... el señor Tunstell.

Lady Maccon disimuló una risita.

—Imagino que él también sonará un tanto extraño.

—Se ha producido una pequeña fuga mientras estábamos allí, pero necesitábamos urgentemente un poco de privacidad.

—Qué romántico.

—De verdad, Alexia, ¡no es momento para frivolidades! Estoy temblando, abocada a una crisis emocional sin parangón, y a ti solo se te ocurren invenciones y jocosidades.

Lady Maccon recompuso la expresión de su rostro y trató de no parecer estar divirtiéndose a expensas de su amiga, molesta por su presencia y sin poder revisar la estancia en busca del maletín desaparecido.

—Permíteme que lo adivine. ¿Tunstell te ha declarado amor eterno?

—Sí —exclamó Ivy— ¡y yo estoy prometida a otro hombre! —En la palabra «prometida» su voz dejó por fin de chirriar.

—Ah, sí, el misterioso capitán Featherstonehaugh. Y no olvidemos que, si no estuvieras comprometida, Tunstell no sería una buena elección para ti. Ivy, se gana la vida como actor.

—¡Lo sé! —gruñó Ivy—. ¡Y encima es el asistente de tu esposo! Oh, todo es tan desagradablemente plebeyo... —Ivy rodó sobre la cama, con la muñeca pegada a la frente y los ojos cerrados. Lady Maccon se preguntó si la propia señorita Hisselpenny no tendría una prometedor carrera sobre el escenario si se lo propusiera.

—Lo cual le convierte también en guardián. Vaya, vaya, vaya, te has metido en un buen lío. —Lady Maccon trató de parecer comprensiva.

—Oh, pero, Alexia, me temo que tal vez sea posible, solo un poquitín, que yo también le quiera.

—¿No deberías estar segura de algo así?

—No lo sé. ¿Debería? ¿Cómo determina uno su propio estado de enamoramiento?

Lady Maccon no pudo reprimir una risita.

—No soy la persona más adecuada para ayudarte. Necesité siglos para darme cuenta de que sentía algo por Conall más allá del odio más absoluto, y, francamente, sigo sin estar segura de que ese sentimiento no haya persistido hasta el día de hoy.

Ivy parecía sorprendida.

—Estás de broma.

Alexia trató de recordar la última vez que había mantenido un encuentro más o menos prolongado con su esposo. Si la memoria no le fallaba, en aquella ocasión la cantidad de gemidos había sido considerable.

—Bueno, tiene sus cosas.

—Pero, Alexia, ¿qué hago?

Justo entonces Alexia divisó su maletín desaparecido. Alguien lo había metido en la esquina entre el armario y la puerta del servicio. Alexia estaba bastante segura de no haberlo dejado allí.

—Ahá, ¿cómo has llegado ahí? —le dijo al accesorio desaparecido, y se dispuso a recuperarlo.

Ivy, con los ojos aún cerrados, consideró la pregunta.

—No tengo ni la más remota idea de cómo me he metido en una situación tan insostenible. Tienes que ayudarme, Alexia. ¡Esto es un cataplasma de proporciones épicas!

—Muy cierto —convino lady Maccon, considerando el estado de su adorado maletín. Alguien había intentado forzar el cierre, y quienquiera que fuese había sido sorprendido en el acto, o habría robado el maletín del mismo modo que se había

llevado el cuaderno. El pequeño diario de piel cabía perfectamente bajo un chaleco y entre las enaguas de una falda, pero el maletín no. El villano no había tenido más remedio que dejarlo tras de sí. Lady Maccon consideró posibles sospechosos. Obviamente, el personal de la nave tenía acceso a los camarotes, y Angelique también, aunque teniendo en cuenta el estado de las cerraduras, podría tratarse de cualquiera.

—Me ha besado —se lamentó la señorita Hisselpenny.

—Ah, vaya, eso sí que es algo. —Alexia decidió que no podía determinar nada más acerca del destino de su maletín, no mientras Ivy siguiera en la estancia. Se sentó en la cama al lado de la forma postrada de su amiga—. ¿Has disfrutado besándole?

Ivy no dijo nada.

—¿Has disfrutado besando al capitán Featherstonehaugh?

—Alexia, cómo se te ocurre. ¡Solo estamos prometidos, no casados!

—¿Entonces no has besado al bueno del capitán?

Ivy sacudió la cabeza en un exceso de vergüenza.

—Y bien, ¿qué me dices de Tunstell?

La señorita Hisselpenny se puso aún más colorada. Ahora parecía un spaniel con la piel quemada por el sol.

—Bueno, puede que un poco.

—¿Y?

La señorita Hisselpenny abrió los ojos, más acalorada que antes, y miró a su amiga.

—¿Se supone que tengo que disfrutar besando? —susurró con un hilo de voz.

—Tengo entendido que está considerado como un pasatiempo ciertamente placentero. Lees novelas, ¿verdad? —preguntó lady Maccon, tratando por todos los medios de permanecer seria.

—¿Tú disfrutas haciendo... eso con lord Maccon?

Lady Maccon no dudó un solo instante.

—Sin reservas.

—Oh, bueno, me ha parecido un tanto —Ivy guardó silencio— húmedo.

Lady Maccon inclinó la cabeza a un lado.

—Bueno, has de entender que mi esposo posee una experiencia considerable en estos menesteres. Es cientos de años mayor que yo.

—¿Y eso no te preocupa?

—Querida mía, también vivirá cientos de años más que yo. Una ha de acostumbrarse a esas cosas cuando fraterniza con lo sobrenatural. Admito que es duro saber que no envejeceremos juntos, pero si eliges a Tunstell, tal vez acabes enfrentándote al mismo dilema. Del mismo modo, el tiempo que paséis juntos podría verse drásticamente reducido si no sobreviviera a la metamorfosis.

—¿Crees que sucederá pronto?

Lady Maccon sabía muy poco acerca de ese aspecto de la dinámica de la manada, de modo que se limitó a encogerse de hombros.

Ivy suspiró, una exhalación larga y sostenida que parecía contener todos los problemas del imperio.

—Son demasiadas cosas en las que pensar. Tengo la cabeza hecha un lío. Simplemente no sé qué hacer. ¿No lo ves? ¿No comprendes mi cacofonía?

—Querrás decir catástrofe.

Ivy ignoró la corrección de su amiga.

—¿Rechazo al capitán Featherstonehaugh, y sus quinientos al año, por el señor Tunstell y su inestable —un escalofrío le recorrió el cuerpo— condición de simple trabajador? ¿O continúo con mi compromiso?

—Siempre puedes casarte con tu capitán y mantener un romance con Tunstell al mismo tiempo.

La señorita Hisselpenny contuvo una exclamación de sorpresa y se incorporó de golpe, ultrajada por semejante proposición.

—Alexia, ¡cómo puedes pensar algo así, y no digamos ya sugerirlo en voz alta!

—Sí, bueno, claro que esos besos húmedos tendrían que mejorar.

Ivy le tiró una almohada a su amiga.

—¡Alexia!

* * *

Lady Maccon pronto olvidó el dilema de su amiga. Trasladó los documentos más delicados y los instrumentos e ingenios de tamaño más reducido del maletín a los bolsillos de la sombrilla. Puesto que ya era conocida por la excentricidad de llevar siempre consigo dicho complemento, nadie se percató de su presencia continuada junto a ella, incluso tras la puesta de sol.

La cena fue un tanto incómoda, colmada de tensiones y sospechas. Además, la comida resultó ser horrible. Ciertamente que los estándares de Alexia eran muy elevados, pero aun así las viandas eran terribles. Todo —carne, verduras, incluso el pudín— parecía haber sido sometido a los rigores del vapor hasta rendirse a un estado flácido e incoloro, sin salsa, ni siquiera sal, que pudiera disimular el sabor. Era como comerse un pañuelo mojado.

Felicity, que poseía el paladar de una cabra y probaba sin pausa de todo lo que tenía delante, se dio cuenta de que Alexia se limitaba a marear su plato.

—Me agrada ver que finalmente has decidido tomar medidas, hermana.

Lady Maccon, inmersa en sus pensamientos, respondió con un imprudente «¿Medidas?».

—Bueno, lo cierto es que estoy terriblemente preocupada por tu salud. Nadie debería pesar tanto a tu edad.

Lady Maccon siguió acosando a una pobre zanahoria mientras se preguntaba si alguien echaría de menos a su querida hermana si un alma caritativa tuviera a bien empujarla cariñosamente por encima de la barandilla de la cubierta superior.

Madame Lefoux levantó la mirada y observó a Alexia con detenimiento.

—Creo que lady Maccon parece perfectamente sana.

—Diría que se deja engañar por su robustez, tan pasada de moda —dijo Felicity.

Madame Lefoux prosiguió como si Felicity no hubiera hablado.

—Usted, sin embargo, señorita Loontwill, se me antoja un tanto insípida.

Felicity ahogó una exclamación de sorpresa.

Alexia deseó una vez más que madame Lefoux no fuese tan claramente una espía. ¿Había sido ella la culpable de intentar forzar el maletín?

Tunstell se presentó en la mesa, con toda clase de excusas por la tardanza, y tomó asiento entre Felicity y Ivy.

—Qué bien que se una a nosotras —comentó Felicity.

Tunstell parecía incómodo.

—¿Me he perdido el primer plato?

Alexia examinó los flácidos manjares que tenía delante.

—Puede quedarse con el mío si quiere. Últimamente apenas tengo apetito.

Pasó la masa gris de uno de los platos a Tunstell, que la observó dubitativo, aunque pronto empezó a comer.

Madame Lefoux, por su parte, continuó hablando con Felicity.

—Tengo un pequeño invento en mi camarote, de lo más interesante, señorita Loontwill, excelente para animar los músculos de la cara y conseguir un tono rosado en las mejillas. Está usted invitada a probarlo cuando desee. —Acompañó sus palabras con una discreta sonrisa que sugería un proceso desagradable o incluso doloroso.

—Nunca hubiese dicho, teniendo en cuenta sus inclinaciones, que le preocupara el aspecto femenino —se revolvió Felicity, con la mirada clavada en el chaleco y la chaqueta de la inventora.

—Oh, le aseguro que me preocupa, y mucho —respondió ésta mirando a Alexia.

Lady Maccon decidió que madame Lefoux le recordaba un poco al profesor Lyall, solo que más atractiva y menos lupina.

—Felicity —intervino, mirando a su hermana—, al parecer he perdido mi diario de viaje de piel. No lo habrás visto, ¿no?

Llegó el segundo plato, que parecía un poco más apetitoso que el primero, aunque no mucho: un pedazo de carne gris y no identificable en una salsa blanca, patatas hervidas y panecillos pasados. Con un gesto, Alexia ordenó al servicio que se lo

llevara todo.

—Madre mía, hermana, no habrás retomado la escritura, ¿verdad? —Felicity fingió sorpresa—. Si te soy sincera, tanta lectura es más que suficiente. Creía que el matrimonio te curaría esa inclinación tan poco adecuada. Yo misma nunca leo si puedo evitarlo. Es terriblemente pernicioso para los ojos. Y además provoca arrugas en la frente, justo aquí. —Se señaló entre las cejas y luego añadió, compadeciéndose de lady Maccon—: Oh, veo que tú ya no tienes que preocuparte por eso, Alexia.

Lady Maccon suspiró.

—Oh, déjalo ya, Felicity, haz el favor.

Madame Lefoux disimuló una sonrisa.

—¿Señor Tunstell? —exclamó de pronto la señorita Hisselpenny, claramente alterada—. ¡Oh! Señor Tunstell, ¿se encuentra bien?

Tunstell se había inclinado sobre su plato, y tenía el rostro pálido y demacrado.

—¿Es la comida? —preguntó lady Maccon—. Porque si es eso, comprendo perfectamente sus sentimientos al respecto. Tendré que hablar con el cocinero.

Tunstell levantó la mirada del plato. Las pecas de su piel destacaban más que nunca y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No me siento bien —consiguió decir entre dientes, antes de levantarse de la mesa y tambalearse hasta la puerta.

Alexia siguió los movimientos de guardián con la boca abierta, y a continuación observó con suspicacia la comida que tenía frente a ella.

—Si me excusan—dijo, levantándose de la mesa—, creo que iré a ver cómo se encuentra Tunstell. No, Ivy, tú quédate aquí. —Cogió su sombrilla y siguió al guardián.

Le encontró en la cubierta de observación más cercana, apoyado en la barandilla, sujetándose el estómago.

Alexia se acercó a él.

—¿Te has sentido mal de repente?

Tunstell asintió, claramente incapaz de decir una sola palabra.

Un ligero aroma a vainilla flotó en el aire, y la voz de madame Lefoux afirmó detrás de ellos.

—Veneno.

Capítulo 7. Pulpos problemáticos y montañismo a bordo de un dirigible

Randolph Lyall era mayor para un licántropo. Más o menos unos trescientos años, lustro arriba, lustro abajo. Hacía mucho que había dejado de contar. Y en todo ese tiempo, había jugado muchas veces con los vampiros locales a aquella especie de ajedrez: ellos movían sus peones y él hacía lo propio con los suyos. Su transformación había tenido lugar poco antes de que el rey Enrique absorbiera legalmente lo sobrenatural en el Gobierno británico, así que no había conocido la Edad Media, al menos no personalmente. Pero al igual que el resto de los seres sobrenaturales de las islas británicas, trabajaba duro para que esa oscura época no regresara jamás. Resultaba curioso que un objetivo tan simple pudiese ser fácilmente adulterado por la política y las novedades tecnológicas. Claro que siempre podía acudir a la colmena de Westminster y preguntarles qué se traían entre manos, aunque lo más probable era que no dijeran nada.

Lyall llegó a su destino en menos tiempo del que habría necesitado si viajara en carruaje. Recuperó su forma humana en un oscuro callejón y se cubrió los hombros con la capa que había llevado entre sus fauces. No era el atuendo más adecuado para una visita social, pero confiaba en que su anfitrión lo entendiera. Al fin y al cabo, estaba allí por negocios, aunque con los vampiros nunca se podía estar seguro. Llevaban décadas dominando el mundo de la moda como forma de campaña indirecta contra los licántropos y la incivilización que suponía su cambio de estado.

Estiró un brazo y tiró de la campana que había junto a la puerta.

Abrió un joven muy apuesto.

—Profesor Lyall —se anunció el licántropo—, vengo a ver a lord Akeldama.

El joven observó detenidamente al profesor Lyall.

—Vaya, vaya. No le importará, señor, que le pida que espere aquí mientras informo al señor de su presencia.

Los vampiros solían ser muy especiales con el tema de las invitaciones. El profesor Lyall sacudió levemente la cabeza.

El joven desapareció y, un instante más tarde, fue el propio lord Akeldama quien abrió la puerta.

Ya se conocían, por supuesto, pero Lyall nunca había tenido la oportunidad de visitar al vampiro en su casa. La decoración era —creyó vislumbrar mientras observaba el brillante interior de la residencia— muy chillona.

—Profesor Lyall. —Lord Akeldama contempló detenidamente al licántropo a través de un hermoso monóculo de oro. Se había vestido para el teatro, con el dedo meñique levantado mientras bajaba el pequeño artificio para ver.

—Y a solas. ¿A qué debo el honor?

—Tengo una proposición que hacerle.

Lord Akeldama miró al licántropo nuevamente de arriba abajo; sus cejas rubias, oscurecidas por medios artificiales, se arquearon por la sorpresa.

—Vaya, profesor Lyall, es usted encantador. Será mejor que pase.

* * *

—¿Hay algo en mi sombrilla que pueda neutralizar el veneno? —preguntó Alexia a madame Lefoux sin ni siquiera levantar la mirada.

La inventora negó con la cabeza.

—La sombrilla fue diseñada como un arma ofensiva. De haber sabido que necesitaríamos un kit de apotecario, habría añadido esa característica.

Lady Maccon se agachó junto a la forma supina de Tunstell.

—Busque al asistente de vuelo y pregúntele si hay un expectorante a bordo, un sirope de ipecac o vitriolo blanco.

—Enseguida —dijo la inventora, y partió de inmediato.

Lady Maccon envidió el atuendo masculino de madame Lefoux. Su propia falda se le enrollaba en las piernas mientras trataba de atender al afligido guardián. El pobre Tunstell tenía la tez blanca como el papel, las pecas más marcadas que nunca y un brillo de sudor en la frente, que mojaba su pelirroja cabellera.

—Oh, no, está sufriendo mucho. ¿Se recuperará? —La señorita Hisselpenny había desafiado las órdenes de Alexia y la había seguido hasta la cubierta de observación. También ella se había agachado junto a Tunstell, con la falda de su vestido desparramada a su alrededor como un enorme merengue, y pateaba inútilmente una de las manos de Tunstell, cruzadas sobre el estómago del pobre convaleciente.

Alexia ignoró sus palabras.

—Tunstell, debes intentar purgarte. —Intentó que su voz resultara autoritaria, disfrazando la preocupación y el miedo de brusquedad.

—¡Alexia! —La señorita Hisselpenny estaba consternada—. Cómo se te ocurre sugerirle algo así. ¡Qué indigno! Pobre señor Tunstell.

—Tiene que expulsar el contenido de su estómago antes de que las toxinas entren en su sistema.

—No seas absurda, Alexia —respondió Ivy con una risa forzada—. No es más que una intoxicación por ingerir comida en mal estado.

Tunstell gruñó, pero no se movió ni un ápice.

—Ivy, y créeme que lo digo con la mejor de las intenciones, piérdete.

La señorita Hisselpenny ahogó una exclamación de sorpresa y se levantó, escandalizada, pero al menos se había apartado del camino.

Alexia ayudó a Tunstell a darse la vuelta hasta que estuvo de rodillas sobre el suelo. Luego señaló con un dedo hacia el vacío, bajó la voz y la endureció tanto como pudo.

—Tunstell, te habla tu alfa. Haz lo que te digo. Debes regurgitar ahora. —Nunca en toda su vida había imaginado Alexia que algún día ordenaría a alguien que vomitara la cena.

Pero la orden pareció llegar claramente al guardián. Tunstell introdujo la cabeza bajo la barandilla y en el vacío e intentó vomitar.

—No puedo —dijo finalmente.

—Tienes que intentarlo con más fuerza.

—Regurgitar es una acción involuntaria. No puede ordenarme que lo haga —respondió Tunstell con un hilo de voz.

—Por supuesto que puedo. Además, Tunstell, tú eres actor.

Tunstell hizo una mueca.

—Nunca he tenido que vomitar en el escenario.

—Bueno, si lo haces, sabrás cómo hacerlo en el futuro.

Tunstell lo intentó de nuevo. Nada.

Madame Lefoux regresó con una botella de ipecac en la mano.

Alexia obligó a Tunstell a tomar un trago generoso.

—Ivy, corre a buscar un vaso de agua —le ordenó a su amiga, básicamente para apartarla del medio.

En apenas unos instantes, el emético causó su efecto. Del mismo modo que había sido difícil ingerir la cena, expulsarla en la dirección contraria resultó todavía más desagradable. Lady Maccon intentó no mirar ni escuchar.

Para cuando Ivy hubo regresado con una copa de agua, lo peor ya había pasado.

Alexia obligó a Tunstell a beberse la copa entera. Esperaron un cuarto de hora a que el color regresara a sus mejillas y finalmente fuera capaz de mantenerse erguido.

Ivy no dejaba de revolotear de un lado para otro, girando alrededor del convaleciente con tanto vigor que madame Lefoux se vio obligada a tomar medidas desesperadas. Extrajo un pequeño frasco de un bolsillo de su chaleco.

—Tome un sorbo de esto, querida. Calmará sus nervios —le dijo, ofreciéndole el frasco.

Ivy tomó un sorbo, parpadeó un par de veces, bebió una segunda vez y luego pasó del nerviosismo a la sorpresa.

—Vaya, ¡esto quema!

—Llevemos a Tunstell a su camarote —dijo Alexia, ayudando al pelirrojo a ponerse en pie.

Con Ivy caminando hacia atrás frente a ellos y dando bandazos de un lado a otro como un pastelillo confitado con ínfulas de pastor, lady Maccon y madame Lefoux se

las arreglaron para llevar a Tunstell hasta su camarote y le ayudaron a entrar en su cama.

Para cuando toda la emoción hubo terminado, lady Maccon descubrió que había perdido el apetito por completo. Sin embargo, había que guardar las apariencias, de modo que regresó a la cabina-comedor con Ivy y madame Lefoux. Un dilema la atormentaba: ¿qué razones tendría alguien para acabar con la vida del pobre Tunstell?

Ivy chocó con una o dos paredes durante el trayecto de vuelta al comedor.

—¿Qué le ha dado? —le preguntó Alexia a la inventora en voz baja.

—Un poco de coñac —respondió esta mostrando sus adorables hoyuelos.

—Un producto de lo más efectivo.

El resto de la cena transcurrió sin más sobresaltos, dejando a un lado, claro está, el evidente estado de embriaguez de Ivy, que ocasionó la caída de dos copas y un ataque de risa histérica. Alexia se disponía a excusarse y abandonar la mesa cuando madame Lefoux, que había permanecido en silencio durante la sobremesa, se dirigió a ella.

—¿Le parece bien si damos una vuelta por el dirigible antes de retirarnos a nuestros austeros aposentos, lady Maccon? Me gustaría hablar con usted en privado —preguntó la inventora educadamente, con los hoyuelos a buen recaudo por esta vez.

A Alexia no le sorprendió la proposición. Aceptó encantada y ambas mujeres dejaron que Felicity se hiciera cargo de las actividades posteriores a la cena.

Tan pronto como estuvieron a solas, la inventora fue directa al grano.

—No creo que el veneno fuera para Tunstell.

—¿No?

—No. Creo que era para usted, oculto en el primer plato, que prefirió no probar y que Tunstell consumió en su lugar.

—Ah, sí, lo recuerdo. Tal vez esté usted en lo cierto.

—Tiene usted un temperamento ciertamente peculiar, lady Maccon, al aceptar con tanta naturalidad un intento de asesinato como este —se sorprendió madame Lefoux, inclinando la cabeza a un lado.

—Bueno, todo el episodio parece tener más sentido de esa manera.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. No creo que Tunstell tenga demasiados enemigos. A mí, en cambio, siempre hay alguien dispuesto a exterminarme. —Lady Maccon se sintió aliviada y extrañamente cómoda con semejante revelación, como si las cosas no fuesen bien en el universo a menos que alguien estuviera dispuesto a invertir todos sus esfuerzos en matarla.

—¿Sospecha de alguien? —quiso saber la inventora.

—¿Además de usted? —respondió lady Maccon.

—Ah.

La sombrerera se dio la vuelta, pero no sin que antes Alexia pudiera percibir un destello de dolor en sus ojos. O se trataba de una gran actriz o no era culpable.

—Siento haberla ofendido —se disculpó lady Maccon sin sentirlo ni un ápice. Siguió a la inventora hasta la barandilla de cubierta, se apoyó junto a ella y ambas observaron el éter del atardecer.

—No me molesta que me crea capaz de envenenarla, lady Maccon. Me ofende que me crea tan patosa al hacerlo. Si la quisiera ver muerta, he tenido un amplio abanico de oportunidades y acceso a numerosas técnicas mucho más discretas que la que hemos visto esta noche. —Sacó un reloj de oro de uno de los bolsillos de su chaleco y presionó un botón en su parte trasera. Una pequeña aguja apareció de debajo del reloj.

Alexia no preguntó qué llevaba la aguja.

Madame Lefoux guardó la aguja y deslizó el reloj de vuelta a su bolsillo.

Alexia observó detenidamente los distintos tipos de joyas que lucía la inventora. Las dos agujas para el pañuelo estaban en su sitio, una de madera, la otra de plata. También había una cadena que desaparecía en otro bolsillo del chaleco. ¿Otro reloj o quizás un artilugio distinto? Los botones se le antojaron de pronto sospechosos, así como la pitillera metálica sujeta a la banda del sombrero de copa. Si se paraba a pensar en ello, Alexia nunca había visto a una mujer fumando un cigarro.

—Cierto —dijo Alexia—, pero la naturaleza primitiva de intento podría ser intencionada, para alejarme del rastro.

—Es usted muy desconfiada, ¿verdad, lady Maccon? —La inventora seguía sin mirarla a la cara, puesto que el frío aire de la noche parecía tenerla infinitamente fascinada.

Lady Maccon decidió ponerse filosófica.

—Seguramente tenga algo que ver con el hecho de no tener alma, aunque yo prefiero considerarlo simple pragmatismo en lugar de paranoia.

Madame Lefoux dejó escapar una carcajada y se volvió hacia Alexia con los hoyuelos nuevamente en su lugar.

Y justo en aquel preciso instante algo sólido golpeó a Alexia en la espalda, en el ángulo exacto para empujarla hacia delante y por encima de la barandilla. Alexia trató de mantener el equilibrio, con los pies en el aire y por encima del límite de cubierta. Sintió que se precipitaba al vacío y gritó, tratando al mismo tiempo de asirse a cualquier protuberancia que sobresaliera de la pared del dirigible. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente lisa? La cesta del dirigible tenía la forma de un pato enorme, y la cubierta de observación era el punto más ancho de toda la nave. Al caer hacia abajo, también se alejaba del dirigible.

Se produjo un instante, terriblemente largo, en el que Alexia supo con certeza que estaba perdida. Supo que el futuro únicamente le deparaba la gélida caricia del éter,

culminada por un impacto triste y seco. Y de pronto algo detuvo la caída de un tirón y sintió que su cuerpo daba la vuelta hasta golpearse con la cabeza en uno de los laterales de la nave. El armazón metálico de su vestido, diseñado para evitar que la generosa falda flotara a causa de las brisas de éter, se había enganchado a un espolón, parte del mecanismo de anclaje de la nave, que sobresalía de la pared del dirigible dos cubiertas más abajo.

Y allí permaneció suspendida, con la espalda contra el lateral del dirigible. Poco a poco, con sumo cuidado, se dio la vuelta y escaló su propio cuerpo, ayudándose únicamente de las manos, hasta poder rodear el espolón con los brazos. Supo que aquella era la primera vez, y probablemente la única, en que tendría motivos para alabar las absurdas imposiciones en el vestir que la sociedad imponía a los miembros de su mismo sexo. Se dio cuenta de que aún seguía gritando y decidió guardar silencio, ligeramente avergonzada de sí misma. Su mente se inundó de preocupaciones. ¿Podía confiar en la seguridad que le ofrecía el pequeño espolón de metal al que estaba sujeta? ¿Estaba madame Lefoux a salvo? ¿Se había precipitado su sombrilla por encima de la barandilla con ella?

Respiró profundamente para recuperar la calma y sopesó las implicaciones de la situación en la que se encontraba: *viva, pero no precisamente a salvo*.

—Holaaa —gritó—. ¿Hay alguien ahí? Ayuda, si alguien es tan amable.

El éter soplaba a su alrededor, acariciándole las piernas, protegidas únicamente por unas finas enaguas y poco acostumbradas a semejante nivel de exposición. Nadie respondió a la llamada.

Justo entonces se dio cuenta de que, a pesar de que había dejado de gritar, los gritos no habían cesado. Más arriba creyó distinguir la silueta de madame Lefoux, recortada contra el fondo blanco del dirigible, forcejeando con un oponente desconocido que ocultaba su identidad bajo una capa. Quienquiera que hubiese empujado a Alexia por encima de la barandilla, pretendía hacer lo mismo con madame Lefoux, aunque la inventora se resistía con todas sus fuerzas. Se defendía con valentía, agitando los brazos frenéticamente, con el sombrero de copa balanceándose de un lado al otro.

—¡Ayuda! —gritó Alexia con la esperanza de que alguien la escuchara por encima del ruido ensordecedor.

La lucha no se detenía. Ambos contendientes se inclinaban sobre la barandilla, primero madame Lefoux, después el desconocido, solo para apartarse en el último momento y continuar peleando. De pronto madame Lefoux se echó a un lado con algo entre las manos. Se oyó un sonoro estallido de aire comprimido y el dirigible se inclinó inesperadamente hacia un lado.

Alexia sintió que se le agarrotaban las manos. Apartó la mirada de la batalla que se estaba librando por encima de ella para concentrarse en su propia situación, más

peligrosa por momentos, y trató de sujetarse firmemente al pequeño y providencial espolón.

Se escuchó de nuevo un estallido de aire comprimido, y el villano enmascarado desapareció de pronto, dejando a madame Lefoux inclinada sobre la barandilla. El dirigible se inclinó de nuevo a un lado y Alexia no pudo reprimir un pequeño ¡ups! de la impresión.

—¡Holaaa! ¡Madame Lefoux, no me vendría mal un poco de ayuda! —gritó tan alto como fue capaz. Estaba orgullosa de la capacidad torácica y la práctica vocal que había logrado al convivir con un esposo malhumorado y una manada de licántropos descontrolados.

Madame Lefoux se dio la vuelta y miró hacia abajo.

—¡Santo Dios, lady Maccon! ¡Estaba segura de que había muerto! No sabe cuánto me alegra saber que sigue usted entre nosotros.

Alexia apenas entendió las palabras de la inventora. Su voz melódica se había transformado en un silbido agudo, apenas audible, por acción del helio. Lo más probable era que el dirigible hubiera sufrido una fuga de gases importante, lo suficiente como para extenderse hasta la cubierta de observación.

—Bueno, en realidad no creo que aguante mucho —respondió Alexia.

El sombrero de copa asintió educadamente.

—Resista, lady Maccon, iré en busca de la tripulación para que me ayuden a subirla.

—¿Qué? —preguntó Alexia—. No he entendido nada de lo que ha dicho. Su voz está demasiado deformada.

El sombrero de copa de madame Lefoux y la cabeza que solía ir asociada a él desaparecieron de su vista.

Alexia decidió entonces concentrarse en sujetarse con todas sus fuerzas y prolongar los gritos un poco más, aunque solo fuera por mantener las apariencias. Se sentía en deuda con las espesas nubes que flotaban por debajo del dirigible, puesto que ocultaban la visión del suelo, unos cuantos metros, y se negaba a saber la cifra exacta, más abajo.

Finalmente, se abrió un pequeño ventanuco circular junto a uno de sus pies y por él asomó un horrible sombrero que se limitó a observar detenidamente la indecorosa postura de Alexia.

—*Por todos los santos*, Alexia Maccon, ¿qué estás haciendo? Parece que estés colgando en el vacío. —La voz parecía un tanto dispersa, aún bajo los efectos del coñac de madame Lefoux—. Qué poco digno viniendo de ti. ¡Detén este comportamiento de inmediato!

—Ivy, ayúdame, ¿quieres?

—No sé qué podría hacer yo al respecto —respondió la señorita Hisselpenny—.

De verdad, Alexia, ¿qué te habrá poseído para que acabes de esta guisa, colgando del lateral de la nave en semejante postura? Pareces un percebe.

—Oh, por el amor de Dios, Ivy, no era mi intención acabar así. —Cierto era que Ivy solía tender hacia la densidad, pero la ingesta de alcohol no había hecho más que auparla a nuevas cuotas de estupidez.

—¿Oh? En ese caso, de acuerdo, aunque, y que conste que no pretendo ser grosera, ¿eres consciente de que tu ropa interior está expuesta a la brisa nocturna, por no decir a la vista de cualquiera?

—Ivy, estoy luchando por mi vida colgada del lateral de un dirigible a cientos de metros del suelo. Incluso alguien como tú convendrá conmigo en que en algunas ocasiones el protocolo debe relajarse.

—Pero ¿por qué?

—Ivy, me he caído, obviamente.

La señorita Hisselpenny observó fijamente a su amiga.

—Oh, Alexia, querida. ¿Estás en peligro? ¡Oh, no! —exclamó, y acto seguido su cabeza desapareció por donde había aparecido.

Alexia se preguntó qué decía de su propio carácter que Ivy la creyera capaz de escalar por el armazón de un dirigible intencionadamente.

De pronto alguien lanzó un material parecido a la seda en dirección a Alexia.

—¿Qué es esto?

—¿Tú qué crees? Mi segunda mejor capa.

Lady Maccon apretó los dientes con fuerza.

—Ivy, ¿acaso has olvidado que estoy colgando en el vacío, a punto de perder la vida? Ve a buscar ayuda.

La capa desapareció, sustituida por la cabeza de la señorita Hisselpenny.

—¿Tan mal están las cosas?

El dirigible dio un bandazo y Alexia se balanceó a un lado con una exclamación de alarma.

Ivy se desmayó, más por el alcohol que por la impresión de ver a su amiga en peligro.

Como era de esperar, al final madame Lefoux fue la encargada del rescate. Escasos segundos tras la desaparición de Ivy, una larga escalera de cuerda descendió hasta el punto en el que se encontraba Alexia, que, no sin ciertas dificultades, fue capaz de soltar el espolón, sujetarse a la escalera y ascender por ella. El asistente de vuelo, varios miembros de la tripulación, todos ellos visiblemente preocupados, y madame Lefoux esperaron ansiosos hasta que Alexia hubo ascendido hasta la cubierta.

Extrañamente, una vez que estuvo a salvo sus piernas dejaron de funcionar tal y como la naturaleza las había diseñado, de modo que se dejó caer graciosamente sobre

la cubierta de madera.

—Creo que me quedaré aquí un momento —dijo a los presentes después de que el tercer intento por ponerse en pie resultara en un fiasco de rodillas temblorosas y huesos de la firmeza de los tentáculos de una medusa.

El asistente, un hombre grueso pero de aspecto imaculado, ataviado con un uniforme de tela amarilla y pelo animal, no dejaba de revolotear a su alrededor frotándose las manos, visiblemente preocupado. Al parecer, le preocupaba que una dama de alta alcurnia como lady Maccon se hubiese precipitado al vacío desde su nave. ¿Qué diría la compañía al respecto si el desgraciado suceso se hacía público?

—¿Hay algo que necesite, lady Maccon? ¿Una taza de té o tal vez algo más fuerte?

—Creo que el té me resultará de ayuda para recuperarme —respondió Alexia, más que nada para que dejara de revolotear a su alrededor como un canario preocupado.

Madame Lefoux se acuclilló a su lado. Un motivo más por el que envidiarle la forma de vestir.

—¿Está segura de que se encuentra bien, milady? —El timbre agudo había desaparecido de su voz. Al parecer, la fuga de helio había sido reparada durante su rescate.

—Creo que ahora mismo valoro menos la altura y la noción de flotar que al inicio de nuestro viaje —respondió Alexia—. Pero eso ahora no importa. Deprisa, antes de que regrese el asistente, ¿qué ha pasado después de mi caída? ¿Ha podido ver el rostro del atacante, dilucidado su objetivo o tal vez sus intenciones? —preguntó, dejando el «¿Está usted compinchada con el asaltante?» fuera del interrogatorio.

Madame Lefoux sacudió lentamente la cabeza con gesto serio.

—El bellaco llevaba una máscara y una capa larga; ni siquiera sé si era un hombre o una mujer. Le pido disculpas. Luchamos durante unos instantes hasta que conseguí sacármelo de encima y dispararle con el emisor de dardos. El primero no alcanzó su objetivo e hizo un agujero en uno de los puertos de helio del dirigible, pero el segundo alcanzó a nuestro enemigo en un costado, suficiente para inspirarle cierto temor, puesto que huyó a la carrera y consiguió escapar sin apenas haber resultado herido.

—Maldición —exclamó lady Maccon sucintamente. Era una de las palabras favoritas de su esposo y, aunque ella jamás la usaba, las circunstancias presentes exigían su aplicación—. Y hay demasiados pasajeros y miembros de la tripulación a bordo para llevar a cabo un interrogatorio, incluso aunque no quisiera mantener mi estado preternatural y mis funciones como *muhjah* en secreto.

La inventora asintió.

—Bien, creo que ya soy capaz de ponerme en pie.

Madame Lefoux se inclinó para ayudarle a hacerlo.

—¿He perdido mi sombrilla en la caída?

Madame Lefoux sonrió, mostrando sus hermosos hoyuelos.

—No, cayó sobre la cubierta de observación. Imagino que seguirá allí. ¿Quiere que se lo lleven hasta su camarote?

—Por favor.

Madame Lefoux le hizo una señal a un tripulante de cubierta y le mandó en busca del accesorio desaparecido.

Lady Maccon se sentía un tanto mareada y al mismo tiempo molesta por ello. Había vivido situaciones mucho peores durante el verano anterior y no acababa de entender por qué un mero coqueteo con la gravedad era suficiente para provocarle aquella sensación de debilidad. Dejó que la inventora la acompañara hasta su camarote, pero prefirió no hacer llamar a Angelique.

—Unas horas de sueño y mañana estaré fresca como una rosa —le dijo a madame Lefoux mientras se sentaba en la cama.

La inventora asintió y se inclinó sobre ella, solícita.

—¿Está segura de que no necesita ayuda para desvestirse? Me haría feliz ayudarla en lugar de su doncella.

Alexia se sonrojó ante semejante oferta. ¿Se había equivocado al dudar de la inventora? Al fin y al cabo, madame Lefoux parecía pertenecer a la mejor clase de aliados que uno podía tener. Y, a pesar de su vestimenta masculina, desprendía un aroma delicioso, como a galleta de vainilla. ¿Sería tan horrible que aquella mujer acabase siendo su amiga?

Entonces se dio cuenta de que el pañuelo que madame Lefoux lucía al cuello estaba manchado por un lado con una pequeña cantidad de sangre.

—¡Ha recibido una herida mientras luchaba contra el enmascarado y no ha dicho nada! —la acusó, visiblemente preocupada—. Venga, déjeme echarle un vistazo.

Antes de que la inventora tuviera tiempo de detenerla, lady Maccon la obligó a sentarse a su lado y empezó a retirar el largo pañuelo de algodón egipcio con el que madame Lefoux decoraba su elegante cuello.

—No tiene importancia —dijo la inventora, poniéndose colorada.

Lady Maccon ignoró las protestas y dejó caer el pañuelo, que de todas formas había quedado inservible, al suelo. A continuación, se acercó con sumo cuidado para observar el cuello de la inventora con mayor detenimiento. La herida apenas era un rasguño ya curado.

—Parece poco profundo —dijo, visiblemente aliviada.

—¿Lo ve? —respondió madame Lefoux apartándose de ella, consciente de la cercanía entre ambas.

De pronto Alexia creyó ver algo más en el cuello de la mujer, algo que el pañuelo

había mantenido oculto, cerca de la nuca y cubierto parcialmente por unos mechones de pelo rizado. Lady Maccon estiró el cuello para ver de qué se trataba.

Una especie de marca, oscura sobre la piel delicada y pálida de la inventora, impresa con delgadas y cuidadosas líneas negras. Alexia apartó el pelo a un lado con una suave caricia, sorprendiendo a madame Lefoux, y se acercó aún más, incapaz de disimular la curiosidad que sentía.

Era un tatuaje en forma de pulpo.

Lady Maccon frunció el ceño, ajena al hecho que su mano seguía sobre la piel de la otra mujer. ¿Dónde había visto aquella imagen antes? De pronto lo recordó. Su mano se tensó y solo gracias a la fortaleza de su carácter fue capaz de contenerse y no apartarse presa del horror. Había visto aquella misma imagen una y otra vez, forjada en latón, por todo el Club Hypocras justo después de que el doctor Siemons la raptara.

Se produjo un silencio incómodo.

—¿Está segura de que se encuentra bien, madame Lefoux? —preguntó finalmente, a falta de algo mejor que decir.

Malinterpretando el contacto físico entre ambas, la inventora volvió el rostro para mirarla a los ojos, con las narices a punto de tocarse, y deslizó la mano lentamente por el brazo de Alexia.

Lady Maccon había leído que las mujeres francesas eran mucho más cariñosas con sus amistades que las británicas, pero había algo tan personal en aquella caricia que le resultó insoportable. Y daba igual lo bien que oliera o cuánto la hubiera ayudado; tenía un pulpo dibujado en el cuello, no lo podía olvidar. Madame Lefoux no merecía su confianza. La pelea en cubierta podía no ser más que un montaje. Tal vez tenía un socio a bordo del dirigible. Quizás era una espía, al fin y al cabo, cuyo objetivo bien podía ser hacerse con el maletín de trabajo de la *muhjah* a cualquier precio.

Alexia se apartó de la mano de la inventora, y esta, al percibir el gesto, se puso en pie.

—Le ruego que me disculpe. Creo que a las dos nos vendría bien descansar.

Durante el desayuno de la mañana siguiente todos recuperaron sus rutinas acostumbradas, cardenales y sombreros incluidos. La señorita Hisselpenny obvió mencionar el torpe intento por parte de Alexia de escalar la montaña Dirigible, y todo por la incomodidad que le suponía recordar los bajos de su querida amiga al descubierto. Madame Lefoux estaba impecablemente vestida, aunque, como siempre, de forma incorrecta, y extremadamente cordial, sin nada que comentar acerca de la escapada aérea de la noche anterior. Preguntó educadamente por la salud de Tunstell, a lo que Alexia respondió favorablemente. Felicity, en cambio, se mostró grosera y sarcástica, pero es que Felicity se había comportado como un insecto repulsivo desde

que tuvo uso de razón. Era como si nada hubiera ocurrido.

Lady Maccon apenas probó el desayuno, no porque temiera otro intento de envenenamiento, sino porque aún se sentía un tanto mareada. No veía el momento de volver a pisar tierra, por sólida y poco pretenciosa que esta fuera.

—¿Qué planes tiene para hoy, lady Maccon? —preguntó madame Lefoux cuando todas las formalidades se hubieron agotado.

—Preveo una jornada agotadora descansando en una de las sillas de cubierta, interrumpida por cortos pero emocionantes paseos por la nave.

—Un plan inmejorable —intervino Felicity.

—Sí, hermana, pero pensaba sentarme en esa silla con un libro y no una expresión de hastío infinito y un espejo de mano —respondió Alexia.

Felicity se limitó a sonreír.

—Al menos yo tengo un rostro que merece ser observado durante largos periodos de tiempo.

Madame Lefoux se volvió hacia Ivy.

—¿Siempre están así?

—¿Qué? —preguntó la señorita Hisselpenny, que hasta entonces se había mostrado ausente, con la mirada perdida en el vacío—. Oh, eso, sí, desde que las conozco, y de eso hace al menos la edad de un perro. Quiero decir que Alexia y yo somos amigas desde hace cuatro años. Imagine.

La inventora mordió un pedazo de huevo pasado por agua y no respondió.

Lady Maccon se dio cuenta de que se estaba exponiendo absurdamente al ridículo al responder a las provocaciones de su hermana.

—Madame Lefoux, ¿a qué se dedicaba antes de trasladarse a Londres? Imagino que residía en París, ¿no es así? ¿Regentaba también allí una tienda de sombreros?

—No, pero mi tía sí. Trabajaba con ella. Ella fue quien me enseñó todo lo que sé.

—¿Todo?

—Oh, sí, todo.

—Una mujer muy singular, su tía.

—No se imagina cuánto.

—Debe de ser el exceso de alma.

—Oh. —Ivy parecía intrigada—. ¿Se convirtió su tía en fantasma al morir?

Madame Lefoux asintió.

—Qué conveniente para usted —convino Ivy, felicitando a la sombrerera con una sonrisa en los labios.

—Sospecho que también yo acabaré siendo un fantasma —intervino Felicity, jactándose de ello—. Soy del tipo de persona que posee un exceso de alma. ¿No les parece? Mamá dice que soy muy creativa para alguien que no toca ningún instrumento ni canta ni dibuja.

Alexia se mordió la lengua. Felicity tenía menos alma que un cojín. Decidió redirigir la conversación hacia la inventora.

—¿Y qué la llevó a abandonar su país?

—Mi tía murió y yo vine a Inglaterra en busca de algo de gran valor que me había sido robado.

—Oh, ¿de veras? ¿Y lo encontró?

—Sí, pero solo para darme cuenta de que nunca fue realmente mío.

—Qué trágico —convino Ivy—. Una vez me sucedió lo mismo con un sombrero.

—No tiene mayor importancia. Para cuando di con ello, había cambiado tanto que apenas era reconocible.

—Qué misteriosa y críptica es usted, madame Lefoux. —Lady Maccon estaba intrigada por la historia de la inventora.

—Es una historia que no solo me pertenece a mí. Otros podrían resultar heridos si no tengo cuidado.

Felicity bostezó visiblemente. No le interesaba nada que no estuviera relacionado consigo misma.

—Fascinante, pero debo ir a cambiarme.

La señorita Hisselpenny también se puso en pie.

—Creo que iré a comprobar el estado del señor Tunstell, para asegurarme de que se le ha servido el desayuno adecuado.

—Lo dudo mucho, al igual que el resto de los presentes —dijo Alexia, cuya impaciencia por dar por finalizado aquel viaje no hacía más que incrementarse ante la perspectiva de comer algo que no estuviera blando y hervido al vapor.

Partieron cada uno a atender sus menesteres. Alexia se disponía a hacer lo propio cuando cayó en la cuenta de que Ivy había ido a visitar a Tunstell y que, por tanto, ambos tortolitos acabarían a solas, lo cual no era una buena idea, de modo que se dispuso a seguir a su amiga hasta el camarote del guardián.

Descubrió a la señorita Hisselpenny y a Tunstell entregados a lo que ambos probablemente consideraban un abrazo apasionado. De hecho, sus labios estaban en contacto, pero ninguna otra parte de sus cuerpos, y la mayor preocupación de Ivy parecía ser mantener su sombrero en el sitio. Dicho sombrero era de corte masculino pero decorado con un enorme lazo a cuadros verdes y púrpuras.

—Vaya —dijo lady Maccon en voz alta, interrumpiendo a la pareja—, veo que te has recuperado de tu enfermedad a una velocidad prodigiosa, Tunstell.

La señorita Hisselpenny y Tunstell se separaron de golpe. Ambos se sonrojaron de pura mortificación, aunque había que admitir que Tunstell, al ser pelirrojo, se mostraba mucho más eficiente en tales menesteres.

—Oh, santo Dios, Alexia —exclamó Ivy, dando un salto hacia atrás y corriendo hacia la puerta tan deprisa como la falda de su vestido le permitió hacerlo.

—¡Oh, no, señorita Hisselpenny, por favor, vuelva! —gritó Tunstell compungido, para acto seguido añadir un sorprendente—: ¡Ivy!

Pero la dama en cuestión había desaparecido.

Alexia le dedicó una dura mirada al joven pelirrojo.

—¿Qué te traes entre manos, Tunstell?

—Oh, lady Maccon, estoy enamorado de ella sin reserva alguna. Ese cabello negro, esa disposición tan dulce y tan suya, esos sombreros tan impresionantes...

Por todos los santos, pensó Alexia, realmente debe de estar enamorado si le gustan sus sombreros.

—En serio, Tunstell —continuó con un suspiro—, piénsalo bien. La señorita Hisselpenny no puede permitirse un futuro contigo. Aunque no fueras candidato a la metamorfosis, eres actor, sin aspiraciones para el futuro de ninguna clase.

Tunstell compuso su mejor expresión de héroe trágico, una que Alexia le había visto más de una vez en su representación de Porccigliano en una producción del West End de nombre *Muerte en una bañera*.

—El amor verdadero superará todos los obstáculos.

—Oh, maldita sea. Sé razonable, Tunstell. Esto no es un melodrama shakesperiano; estamos en la década de 1870. El matrimonio es una cuestión práctica y como tal debe ser tratado.

—Pero usted y lord Maccon se casaron por amor.

Lady Maccon suspiró.

—¿Y por qué crees que fue así?

—Porque ninguna mujer estaba dispuesta a casarse con él.

Alexia sonrió.

—Lo que en realidad quieres decir es que ningún hombre estaba dispuesto a casarse conmigo.

Tunstell, muy acertadamente, decidió ignorar tal afirmación.

—Conall es el conde de Woolsey —explicó lady Maccon— y como tal se le permite la excentricidad de una esposa altamente inadecuada. A ti no. Y esa es una situación que difícilmente cambiará en el futuro.

A Tunstell aún le brillaban los ojos y se mostraba implacable.

Lady Maccon suspiró.

—Muy bien, veo que no tienes intención de ceder. Iré a ver cómo se encuentra Ivy.

La señorita Hisselpenny se encontraba en una esquina de la cubierta de observación, entregada por completo a un prolongado ataque de histeria.

—Oh, Alexia, ¿qué voy a hacer? Siento que tanta injusticia me supera.

Lady Maccon respondió con una sugerencia.

—¿Buscar la ayuda de un especialista en adicciones asociadas a horribles

sombreros, por ejemplo?

—Eres horrible, Alexia. Ponte seria. ¡Debes reconocer que todo esto es puro travestismo de la injusticia!

—¿Y cómo es eso? —lady Maccon no comprendía las explicaciones de su amiga.

—Lo amo tanto... Como Romeo a Jugurtha, como...

—Oh, por favor, no hace falta que sigas —la interrumpió Alexia con una mueca en la cara.

—Pero ¿qué diría mi familia de semejante unión?

—Dirían que tus sombreros finalmente te han derretido el cerebro —murmuró Alexia con un hilo de voz.

Ivy seguía lamentándose.

—¿Qué harían? Me vería obligada a romper mi compromiso con el capitán Featherstonehaugh. Se mostraría tan molesto... —Se detuvo un instante y luego ahogó una exclamación de horror—. ¡Tendríamos que publicar una nota pública!

—Ivy, no creo que abandonar al capitán Featherstonehaugh sea la mejor opción, y eso que no conozco al caballero en cuestión. Pero ¿pasar de un militar solvente y sensato a un actor? Me temo, querida Ivy, que sería visto como algo censurable e incluso indicativo de —guardó silencio un instante para dotar el momento de dramatismo— moral distraída.

La señorita Hisselpenny dejó escapar una exclamación de sorpresa y paró de llorar.

—¿De veras lo crees?

Lady Maccon decidió entrar a matar.

—Si me apuras, hasta de facilona.

Ivy contuvo la respiración.

—Oh, no, Alexia, no digas eso. ¿En serio? Que alguien piense eso de mí, qué cosa tan horripilante. Oh, estoy en apuros. Supongo que tendré que rechazar al señor Tunstell.

—Si te soy sincera —admitió lady Maccon—, Tunstell ha confesado abiertamente su admiración por tus sombreros. Es bastante probable que, al dejarle, estés renunciando al amor verdadero.

—Lo sé. ¿Acaso no es lo peor que has escuchado en toda, toda tu vida?

Lady Maccon asintió, toda seriedad.

—Sí.

Ivy suspiró con expresión melancólica.

—Por casualidad, ¿no oíste nada inusual ayer por la noche después de la cena? —preguntó Alexia para distraer la atención de su amiga.

—No, no oí nada.

Alexia se sintió aliviada. Prefería no tener que explicarle a Ivy la pelea que había

tenido lugar en la cubierta de observación.

—Espera, ahora que lo dices, sí —se corrigió Ivy, jugueteando con un mechón de su oscuro cabello entre los dedos.

Oh-oh.

—¿Y de qué se trataba?

—Algo ciertamente muy peculiar. Justo antes de dormirme, escuché a alguien gritando en francés.

Eso sí que era interesante.

—¿Y qué decía?

—No seas absurda, Alexia. Sabes perfectamente que no sé hablar francés. Es una lengua tan escurridiza...

Lady Maccon consideró las posibilidades.

—Tal vez se trataba de madame Lefoux hablando en sueños —sugirió Ivy—. ¿Sabías que ocupa la cabina contigua a la mía?

—Supongo que es posible —respondió Alexia, no demasiado convencida.

Ivy respiró hondo.

—Bueno, será mejor que me ponga manos a la obra.

—¿Manos a la obra?

—Debo rechazar al pobre señor Tunstell, posiblemente el amor de mi vida. —Ivy parecía casi tan trágica como el joven actor.

Alexia asintió.

—Sí, será mejor que lo hagas.

* * *

Tunstell, como el actor dramático que era, no se tomó el rechazo de la señorita Hisselpenny especialmente bien. Se sumió en un estado de depresión absoluta hasta el punto de que pasó el resto del día sumido en su desgracia. Superada por la situación, Ivy acudió a Alexia en busca de ayuda.

—Pero ha sido tan arisco conmigo. Y durante tres horas. ¿No podría cambiar de opinión, aunque solo fuera un poquito? Tal vez nunca llegue a recuperarse de semejante desengaño.

—Dale más tiempo —respondió Alexia—, mi querida Ivy. Creo que al final verás cómo se recupera.

Madame Lefoux apareció en aquel preciso instante.

—¿Ha ocurrido algo malo? —preguntó al ver el rostro de la señorita Hisselpenny.

Ivy dejó escapar un pequeño sollozo y enterró la cara en un pañuelo de seda rosa.

—La señorita Hisselpenny se ha visto obligada a rechazar al señor Tunstell —intervino Alexia en voz baja—. Está muy afectada.

El rostro de madame Lefoux adoptó el aire sombrío que requería una situación como aquella.

—Oh, señorita Hisselpenny, no sabe cuánto lo siento. Debe de sentirse apenada.

Ivy agitó el pañuelo, ya empapado, como queriendo decir *las palabras no son suficiente para expresar la tristeza que siento*. A continuación, y puesto que para Ivy un gesto cargado de significado nunca era suficiente si con una floritura verbal podía remarcarse el efecto, añadió—: Las palabras no son suficiente para expresar la tristeza que siento.

Alexia le dio una palmadita en el hombro a su amiga y luego se volvió hacia la inventora.

—Madame Lefoux, ¿podemos hablar en privado?

—Sabe que siempre estoy a su disposición, lady Maccon. Para lo que sea.

Alexia prefirió no reparar en el posible significado de ese «para lo que sea».

Las dos mujeres se retiraron a una apartada esquina de la cubierta de relajación, desde donde la señorita Hisselpenny no pudiera oír sus palabras y donde estuvieran resguardadas de las sempiternas brisas de éter, que a Alexia le provocaban un cierto cosquilleo, casi como partículas eléctricas, pero más agradables. Se imaginaba los gases del éter como nubes de luciérnagas revoloteando cerca de su piel, que de pronto se alejaban cuando el dirigible tomaba una fuerte corriente y atravesaba veloz otras. No resultaba desagradable, pero podía llegar a distraer la atención de cualquiera.

—Tengo entendido que ayer por la noche se vio usted envuelta en una discusión, después de nuestra pequeña escapada. —Lady Maccon no se molestó en endulzar sus palabras.

Madame Lefoux hizo un mohín con los labios.

—Puede que le gritara al asistente por su negligencia. Se tomó un tiempo inadmisible en conseguir una escalera.

—La discusión fue en francés.

Madame Lefoux no tenía respuesta para aquello.

Lady Maccon decidió entonces cambiar de táctica.

—¿Por qué me sigue hasta Escocia?

—¿Está usted segura, mi querida lady Maccon, de que es a usted a quien estoy siguiendo?

—No creo que haya desarrollado una pasión repentina por el asistente de mi esposo.

—No, en eso tiene razón.

—¿Entonces?

—Entonces, no soy ningún peligro para usted o los suyos, lady Maccon. Espero que me crea, pero no puedo decirle nada más.

—No es suficiente. Me está pidiendo que confíe en usted sin darme ningún

motivo para hacerlo.

La inventora suspiró.

—Ustedes los sin alma son tan lógicos y tan prácticos como para volver a uno loco.

—De eso mismo suele quejarse mi esposo. Deduzco de sus palabras que no soy la primera preternatural que conoce, ¿cierto? —Si no podía convencer a la inventora para que le explicara los motivos de su presencia, tal vez sí pudiera saber más acerca del pasado de tan misteriosa mujer.

—Una vez conocí a uno, hace ya mucho tiempo. Supongo que puedo hablarle de ello.

—¿Y bien?

—Le conocí con mi tía. Yo tenía unos ocho años por aquel entonces. Era un amigo de mi padre, un muy buen amigo, según tengo entendido. La Difunta Beatrice es el fantasma de la hermana de mi padre, que era un poco granuja. No soy exactamente su hija legítima. Cuando me dejaron frente a la puerta de su casa, me entregó a tía Beatrice y murió poco después. Recuerdo que una vez vino un hombre a visitarle y descubrió que yo era lo único que quedaba. Me regaló caramelos de miel y se entristeció al conocer la noticia de la muerte de mi padre.

—¿Ese era el preternatural? —lady Maccon no podía evitar cierta curiosidad, en contra de su propia voluntad.

—Sí, y creo que una vez fueron muy amigos.

—¿Y?

—¿Comprende lo que quiero decir? Muy amigos.

Lady Maccon asintió.

—Lo comprendo perfectamente. Al fin y al cabo, yo misma soy amiga de lord Akeldama.

Madame Lefoux asintió.

—El hombre que vino a visitarme era su padre.

Alexia abrió la boca de par en par, y no por aquella referencia a las preferencias de su padre. Sabía que sus gustos iban de lo exótico a lo ecléctico. Leyendo su diario, sabía que era, cuanto menos, un oportunista en los temas relacionados con la carne. No, contuvo una exclamación de sorpresa porque la certeza de que aquella mujer, no mucho mayor que ella misma, había conocido a su padre era poco menos que una coincidencia ciertamente extraña. Madame Lefoux sabía cómo era su padre —en vida.

—No llegué a conocerle. Se marchó antes de que yo naciera —dijo lady Maccon sin apenas darse cuenta.

—Era un hombre guapo pero muy rígido. Recuerdo haber pensado que todos los italianos eran como él, fríos. No podía estar más equivocada, claro está, pero es

evidente que su presencia me marcó.

Lady Maccon asintió.

—Eso me han dicho otros. Gracias por contármelo.

Madame Lefoux cambio de tema abruptamente.

—Deberíamos seguir manteniendo los detalles del incidente de anoche lejos de los oídos de sus compañeros

—No tiene sentido preocupar a nadie, pero cuando aterricemos tendré que contárselo a mi esposo.

—Por supuesto.

Tras aquel breve intercambio, ambas mujeres tomaron caminos separados, lady Maccon se quedó a solas, pensando. Sabía por qué quería ella mantener el ataque en secreto, pero ¿cuáles eran las razones de madame Lefoux para hacerlo?

Capítulo 8. Castillo Kingair

Aterrizaron justo antes de la puesta de sol en un prado cerca de la estación de tren de Glasgow. El dirigible se posó con la suavidad con que se posaría una mariposa sobre un huevo, si esa misma mariposa pudiera tropezar e inclinarse fuertemente a un lado y el huevo poseyera las peculiares características de Escocia en invierno: más gris y más triste de lo que parece humanamente posible.

Alexia desembarcó con la pompa y en circunstancias parecidas a las del embarque. Lideraba una auténtica procesión de damas de polisón prominente, como caracoles de tela, hacia tierra firme (bueno, en realidad, más bien considerablemente blandengue). Los polisones eran particularmente pronunciados debido al alivio generalizado por poder llevarlos de nuevo y guardar las faldas de vuelo. Seguía de cerca a los caracoles un atareado Tunstell, cargado con numerosas sombrereras y otros paquetes; cuatro asistentes con varios baúles; y, por último, la doncella francesa de lady Maccon.

Nadie, pensó Alexia con suficiencia, podía acusarla de viajar sin la dignidad propia de la esposa del conde de Woolsey. De acuerdo, solía pasear por la ciudad a solas o en compañía de una única mujer, soltera para más señas, pero nadie podía atreverse a decir que no viajaba convenientemente acompañada. Por desgracia, el efecto de su llegada se vio afectado por el hecho de que el suelo no dejara de girar a su alrededor, provocando que lady Maccon se inclinara hacia un lado y tuviera que sentarse bruscamente sobre uno de sus baúles.

Sin demasiados miramientos, se deshizo de las atenciones de Tunstell y le envió en busca de un transporte adecuado para llevarlos a todos hasta el campo. Mientras, Ivy paseaba por el prado en busca de flores silvestres y aprovechaba para estirar las piernas. Felicity, por su parte, se acercó a Alexia de inmediato y empezó a quejarse de las inclemencias del tiempo.

—¿Por qué tiene que estar el cielo tan encapotado? Este gris verdoso no resulta nada favorecedor para mi complejión. Y es tan fastidioso viajar en carruaje con semejante tiempo. ¿Debemos ir en carruaje?

—Bueno —dijo lady Maccon, un tanto molesta por las quejas de su hermana—, estamos en el norte, ¿no? Deja de quejarte por todo.

Felicity, sin embargo, retomó sus lamentaciones, y Alexia vio por el rabillo del ojo que Tunstell se desviaba de su camino para acercarse a Ivy y susurrarle algo al oído. Ivy le respondió con un exceso de emoción, a decir por los vigorosos movimientos de su cabeza. Tunstell se irguió cuanto pudo, dio media vuelta y siguió su camino.

Ivy se acercó y se sentó junto a Alexia, temblando ligeramente.

—No sé qué pude ver en ese hombre. —La señorita Hisselpenny estaba

visiblemente molesta.

—Oh, querida, ¿ha sucedido algo entre los dos tortolitos? ¿Algún problema? —intervino Felicity.

Nadie respondió, y Felicity decidió salir corriendo tras el guardián.

—Oh, señor Tunstell. ¿Le apetece un poco de compañía?

Lady Maccon miró a Ivy.

—¿He de suponer que Tunstell no se ha tomado bien tu negativa? —preguntó, tratando de no mostrar la debilidad que en realidad sentía. El mareo persistía y el suelo parecía empeñado en moverse con la energía de un calamar histérico.

—En realidad no, no mucho. Cuando le he... —Ivy guardó silencio, con toda su atención concentrada en un perro de considerables dimensiones que corría hacia ellas—. Santo Dios, ¿qué es eso?

El enorme perro resultó ser en realidad un lobo de grandes proporciones con algo de tela enrollado alrededor del cuello. Su pelaje era de un color castaño oscuro con manchas doradas y color crema, y sus ojos eran de un amarillo pálido.

Cuando llegó junto a ellas, el lobo saludó a la señorita Hisselpenny con una pequeña reverencia y luego apoyó la cabeza sobre el regazo de lady Maccon.

—Ah, esposo —dijo Alexia, rascándole detrás de las orejas—, suponía que me encontrarías, pero no que lo harías tan pronto.

El conde de Woolsey dio un lametón al aire con su enorme lengua rosada y luego volvió la cabeza en dirección a la señorita Hisselpenny.

—Sí, por supuesto —respondió Alexia a la sugerencia muda que acababa de hacerle su esposo. Luego se volvió hacia su amiga—. Ivy, querida, te sugiero que mires hacia otro lado.

—¿Por qué? —preguntó la señorita Hisselpenny.

—Muchos consideran la transformación de un lobo en hombre algo desagradable y...

—Oh, estoy segura de que no me impresionará verlo —interrumpió la señorita Hisselpenny.

Lady Maccon no estaba tan convencida al respecto. Al fin y al cabo, y las circunstancias así lo habían demostrado, Ivy era propensa al desvanecimiento.

—Y Conall —continuó con sus explicaciones— no estará vestido cuando el evento transformador se haya completado.

—¡Oh! —La señorita Hisselpenny se cubrió la boca con una mano en señal de alarma—. Por supuesto. —Y se dio la vuelta de inmediato.

Sin embargo, aunque no se mirara, resultaba imposible no escuchar: esa especie de sonido viscoso de los huesos al romperse y volverse a unir. Era parecido al sonido reverberante que se produce en una cocina al desmembrar un pollo muerto para preparar caldo. Alexia percibió un ligero temblor en su amiga Ivy.

La transformación de un licántropo nunca era agradable. Esa era una de las razones por las que los miembros de la manada seguían refiriéndose a ella como la maldición, a pesar de que en la era de la ilustración y el libre albedrío los guardianes escogieran voluntariamente esa misma transformación. El cambio suponía una cantidad considerable de reajustes biológicos que, al igual que cuando uno movía los muebles de un salón para una fiesta, implicaba una transición del orden a lo caótico y vuelta a empezar. Y, como en cualquier redecoración, siempre había un momento, más o menos a medio proceso, en el que parecía imposible que todo pudiera volver a su sitio de forma armoniosa. En el caso de los licántropos, ese momento se producía cuando el pelaje se retiraba para dar paso al vello, los huesos se rompían y volvían a soldarse formando nuevas configuraciones y la carne y los músculos se deslizaban por encima o por debajo del conjunto. Alexia había presenciado muchas de las transformaciones de su marido y siempre se le antojaba vulgar y científicamente fascinante al mismo tiempo.

Conall Maccon era considerado un experto en el proceso. Nadie podía superar la elegancia del profesor Lyall, claro está, pero al menos el conde era rápido, eficiente y no emitía ni uno solo de los gruñidos pugilísticos que tanto gustaban a los cachorros más jóvenes de la manada.

Apenas necesitó unos segundos para plantarse delante de su esposa: un hombre grande, sin ser grueso. Alexia le había dicho una vez que, de haber seguido sumando años como el común de los mortales, seguramente se habría convertido en un hombre corpulento. Afortunadamente para él, se había sometido a la metamorfosis con treinta y pocos años, así que el proceso se había detenido. En su lugar, seguía siendo una montaña de hombre, bien musculado, que siempre necesitaba retoques en el ancho de sus abrigos, botas hechas a medida y un recordatorio casi perpetuo para agacharse al pasar por las puertas.

El conde fijó la mirada, apenas unos tonos más oscura que en su forma de lobo, en su esposa.

Lady Maccon se puso en pie para ayudarle a ponerse la capa pero se dejó caer de nuevo sobre el baúl antes de poder hacerlo. Todavía no se sentía segura.

Lord Maccon dejó inmediatamente de sacudir la prenda en cuestión y se arrodilló, desnudo, frente a ella.

—¿Qué te sucede? —preguntó con voz atronadora.

—¿Qué? —Ivy se dio la vuelta para ver qué estaba sucediendo, vislumbró un destello del trasero desnudo del conde, chilló y volvió a darse la vuelta, abanicándose la cara con una de sus enguantadas manos.

—No te pongas nervioso, Conall. Has asustado a Ivy —musitó lady Maccon.

—La señorita Hisselpenny siempre está asustada por algo. Tú, en cambio, eres harina de otro costal. Nunca haces este tipo de cosas, esposa. No eres tan femenina.

—¡Vaya, gracias! —exclamó lady Maccon, ofendida.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Deja de intentar distraer mi atención. ¿Qué te ocurre? —El conde extrajo enseguida la conclusión equivocada—. ¡Estás enferma! ¿Por eso has venido, para decirme que has enfermado? —Parecía dispuesto a zarandear a su esposa por los hombros, pero sin llegar a atreverse.

—Estoy perfectamente bien —respondió serena Alexia, mirándole fijamente a los ojos—, solo que me está costando un poco más recuperar el control de las piernas. Ya sabes lo que sucede tras un largo viaje por mar o por aire.

El conde se mostró visiblemente aliviado.

—No se te da demasiado bien flotar en dirigible, ¿verdad, mi amor?

Lady Maccon le dedicó una mirada de reproche a su marido.

—Pues no —respondió con petulancia—, no se me da bien flotar. No. —De pronto cambió de tema—. Sinceramente, Conall, ya sabes que yo agradezco el espectáculo, pero ¡pobre Ivy! Ponte la capa, por favor.

El conde sonrió, se irguió bajo la atenta mirada de su esposa y se cubrió con la larga capa.

—¿Cómo has sabido de mi llegada? —pregunto Alexia en cuanto el conde estuvo visible.

—El espectáculo lascivo ha terminado, señorita Hisselpenny. Está usted a salvo —le dijo lord Maccon a Ivy, descansando su imponente presencia junto a su esposa y arrancando un crujido de queja del pobre baúl.

Lady Maccon se acurrucó, feliz, contra el cuerpo de su esposo.

—Simplemente lo sabía —murmuró, rodeándola con un brazo y atrayéndola hacia él—. Esta pista de aterrizaje está cerca de la ruta hacia Kingair. Capté tu olor hace cosa de una hora y justo después divisé el dirigible mientras se preparaba para tomar tierra, así que me dije que lo mejor sería acercarme a ver qué estaba pasando. Ahora tú, esposa. ¿Qué estás haciendo en Escocia? Y ni más ni menos que con la señorita Hisselpenny.

—Bueno, tenía que traerme alguna clase de acompañante. Sabes bien que la sociedad no me perdonaría fácilmente el atrevimiento de recorrer en dirigible el equivalente a Inglaterra yo sola.

—Mmm. —Lord Maccon volvió la mirada hacia Ivy, aún nerviosa, que no se había reconciliado con la idea de dirigirse a un conde ataviado únicamente con una capa y a tan poca distancia, de espaldas a ella.

—Dale tiempo para recuperarse —le aconsejó Alexia—. Ivy es muy sensible, y tú eres una conmoción para cualquiera, incluso vestido.

El conde sonrió.

—¿Un cumplido, esposa? Qué extraño viniendo de ti. Me agrada saber que conservo la capacidad de impresionar, a mi edad. Pero deja de evitar mi pregunta.

¿Por qué has venido?

—Pero, querido —lady Maccon hizo aletear sus pestañas en dirección a su esposo—, he venido a Escocia a verte, claro está. Te echaba de menos.

—Ah, mujer, muy romántico por tu parte —respondió él, sin creerse ni una sola palabra. La observó desde lo alto, aunque no desde tan arriba como solía sucederle con la mayoría de las féminas. Su Alexia era considerablemente fornida, y él lo prefería. Las mujeres minúsculas le hacían pensar en perros falderos.

—Harpía mentirosa —murmuró el conde en voz baja.

Ella se inclinó hacia él.

—Tendrás que esperar hasta más tarde, cuando nadie pueda oírnos —le susurró al oído.

—Mmm. —Se volvió hacia ella y la besó en los labios, cálido e inflexible.

—Ejem —interrumpió la escena Ivy, aclarándose la garganta.

Lord Maccon se tomó su tiempo para dar por finalizado el beso.

—Esposo —dijo lady Maccon, los ojos vidriosos—, ¿te acuerdas de la señorita Hisselpenny?

Conall le dedicó una mirada a su mujer, intensa y cargada de intenciones. A continuación se puso en pie y saludó con una reverencia, como si él y la, en ocasiones, absurda señorita Hisselpenny no hubieran establecido las bases de una relación en los tres meses que habían pasado desde su matrimonio.

—Buenas tardes, señorita Hisselpenny. ¿Qué tal está?

Ivy respondió con otra reverencia.

—Lord Maccon, qué sorpresa. ¿Conocía la hora de nuestra llegada?

—No.

—¿Entonces?

—Cosas de licántropos, Ivy —explicó Alexia—. No te molestes.

Ivy obedeció.

—También me acompañan mi hermana y Tunstell —informó lady Maccon—. Y Angelique, claro está.

—Ya veo, una esposa inesperada con refuerzos. ¿Es que acaso anticipas una batalla, querida?

—Si así fuese, solo tendría que arrojar al enemigo contra la afilada lengua de Felicity para provocar una estampida. Lo creas o no, el tamaño del grupo ha sido completamente involuntario.

La señorita Hisselpenny demostró sentirse culpable ante tal afirmación.

Lord Maccon miró a su esposa con una expresión de incredulidad en el rostro.

—Felicity y Tunstell han partido en busca de un medio de transporte para el grupo —continuó Alexia.

—Qué detallista por tu parte, traer a mi ayuda de cámara.

—Tu ayuda de cámara ha resultado ser un incordio insoportable.

La señorita Hisselpenny ahogó una exclamación de sorpresa.

—Suele serlo —respondió lord Maccon encogiéndose de hombros—. Existe un arte de la irritación que solo unos cuantos son capaces de alcanzar.

—Ese debe de ser el método utilizado por los licántropos para seleccionar posibles candidatos a la metamorfosis —dijo Alexia—. Sea como fuere, su presencia era necesaria. El profesor Lyall insistió en que nos acompañara un hombre y, puesto que el viaje era en dirigible, no podía ser ningún miembro de la manada.

—Mejor así. Estamos en territorio ajeno.

En aquel preciso instante alguien carraspeó educadamente, y los Maccon se dieron la vuelta al unísono para encontrarse cara a cara con madame Lefoux.

—Ah, sí —dijo lady Maccon—. Madame Lefoux también viajaba a bordo del dirigible con el resto del grupo. Algo ciertamente inesperado. —Alexia enfatizó la última palabra para que su esposo pudiera comprender la preocupación que la presencia de la inventora le infundía—. Si no me equivoco, mi esposo y usted ya se conocen, ¿verdad, madame Lefoux?

Madame Lefoux asintió.

—¿Qué tal está, lord Maccon?

El conde inclinó la cabeza a modo de saludo y luego le dio la mano a la inventora, como habría hecho si se tratara de un hombre. La opinión de lord Maccon parecía ser que, si madame Lefoux vestía como un hombre, debía ser tratada como tal. Interesante, sin duda. O tal vez sabía algo que Alexia desconocía.

—Por cierto, gracias por la sombrilla —le dijo lady Maccon a su esposo—. Le daré buen uso.

—Nunca lo he dudado. Me sorprende que aún no lo hayas hecho.

—¿Y quién dice que no?

—Esa es mi mujer, siempre tan dulce y sumisa.

—Oh —intervino Ivy, sorprendida—, pero si Alexia no es dulce.

Lady Maccon se limitó a sonreír.

El conde parecía genuinamente complacido por la presencia de la inventora.

—Encantado, madame Lefoux. ¿Tiene usted negocios en Glasgow?

La sombrerera inclinó la cabeza.

—Supongo que no podré convencerla para que visite Kingair con nosotros, ¿verdad? Dicen en el pueblo que la manada está experimentando ciertas dificultades técnicas con su transmisor eterográfico recién comprado de segunda mano.

—Dioses, esposo. ¿Es que todo el mundo tiene uno menos nosotros? —quiso saber su esposa.

El conde posó una intensa mirada en ella.

—¿Por qué? ¿Quién más se ha hecho con uno de esos aparatos recientemente?

—Lord Akeldama, ni más ni menos, y el suyo es el último modelo. ¿Te molestaría saber que yo misma codicio tener uno?

Lord Maccon reflexionó sobre el estado de su vida en la que, de algún modo, había ganado una esposa a la que no le importaba lo más mínimo la última moda procedente de París pero que, en cambio, se lamentaba por no poseer un transmisor eterográfico. Bueno, al menos ambas obsesiones eran comparables en lo referente a la inversión necesaria.

—Mi querida esposa marisabidilla, alguien está a punto de cumplir años.

Los ojos de Alexia brillaron.

—¡Oh, espléndido!

Lord Maccon la besó suavemente en la frente y luego se volvió de nuevo hacia madame Lefoux.

—Entonces, ¿puedo persuadirla para que se detenga en Kingair unos días y averigüe si puede hacer algo al respecto?

Alexia pellizcó a su marido en el brazo. ¿Cuándo aprendería a consultar primero con ella esa clase de decisiones?

Lord Maccon capturó la mano de su esposa con una de sus enormes zarpas y sacudió la cabeza casi de forma imperceptible.

La inventora frunció el ceño, dibujando una pequeña arruga en su frente impoluta. A continuación, como si la arruga nunca hubiera existido, dos hoyuelos asomaron en sus mejillas, momentos antes de que aceptara la invitación.

Alexia solo pudo intercambiar unas palabras a solas con su marido mientras cargaban el equipaje en los dos carruajes que habían alquilado para el trayecto.

—Channing dice que los licántropos no pudieron transformarse en todo el viaje de vuelta en barco.

Su esposo la miró fijamente, sorprendido.

—¿De veras?

—Ah, y Lyall dice que la plaga se mueve hacia el norte. Cree que ha llegado a Escocia antes que nosotros.

Lord Maccon frunció el ceño.

—Opina que tiene algo que ver con la manada de Kingair, ¿cierto?

Alexia asintió. Su esposo, sin embargo, sonrió.

—Perfecto, así tengo una excusa.

—¿Una excusa para qué?

—Para presentarme en su territorio. De lo contrario, nunca me hubiesen permitido la entrada.

—¿Qué? —susurró Alexia—. ¿Por qué? —Pero les interrumpió el retorno de Tunstell y su emoción al ver a lord Maccon.

Los carruajes traqueteaban sobre las piedras de camino a Kingair en una

oscuridad cada vez más intensa. Alexia se debatía entre el silencio o las conversaciones más banales, puesto que Ivy y madame Lefoux viajaban en su mismo carruaje. Estaba demasiado oscuro y lluvioso para ver más allá de la ventana, algo que molestó profundamente a Ivy.

—Me apetecía tanto ver las Tierras Altas —se lamentó la señorita Hisselpenny. Como si hubiera una línea dibujada en el suelo que indicara la transición de una parte de Escocia a la siguiente. La señorita Hisselpenny ya había comentado varias veces cuánto se parecían Escocia e Inglaterra en un tono de voz que parecía indicar un grave error por parte del paisaje.

Inexplicablemente cansada, Alexia dormitó gran parte del camino, con la mejilla apoyada en el generoso hombro de su esposo.

Felicity, Tunstell y Angelique viajaban en el otro carruaje, entregados a un estado de alegría que confundía a Alexia y atormentaba a Ivy. Felicity flirteaba descaradamente y Tunstell no hacía nada para disuadirla de sus intenciones. Pero pronto la visión del castillo de Kingair enrareció los ánimos del grupo. Para acabar de arreglarlo, en cuanto se descargó el equipaje y los carruajes partieron de regreso, la lluvia empezó a caer con fuerza.

* * *

El castillo de Kingair parecía sacado de una novela gótica. Se sustentaba en una enorme roca que emergía de entre las aguas de un oscuro lago. A su lado, el castillo de Woolsey no era nada. El lugar irradiaba siglos de vivencias, tantos que Alexia estaba convencida de que por dentro era una criatura antigua, miserable y pasada de moda.

Primero, sin embargo, tendrían que superar a la criatura antigua, miserable y pasada de moda que los esperaba fuera.

—Ah —dijo lord Maccon al ver el comité de recepción formado por una única persona, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, frente a las puertas del castillo—. Prepárate para lo peor, querida.

Alexia buscó los ojos de su esposo, con los mechones de pelo mojado desprendiéndose de su peinado.

—No creo que sea un buen momento para meterme miedo, querido —respondió con energía.

La señorita Hisselpenny, Felicity y madame Lefoux se unieron a la pareja, temblando bajo la lluvia, mientras Tunstell y Angelique empezaban a organizar el equipaje.

—¿Quién es? —quiso saber Ivy.

El personaje permanecía inmóvil; su cuerpo, indefinido por el efecto de una capa

a cuadros; el rostro, en penumbra bajo un raído sombrero de cochero de piel gastada que sin duda había visto mejores días y apenas había sobrevivido a ellos.

—Tal vez la pregunta correcta sea qué es eso —la corrigió Felicity, con la nariz arrugada en un mohín de disgusto y la sombrilla en el aire tratando absurdamente de retener el diluvio.

La mujer —puesto que tras una inspección más de cerca, el personaje parecía ser, al menos hasta cierto grado, del género femenino— no dio ni un solo paso al frente para recibirlos. Tampoco les ofreció cobijo. Simplemente permaneció en su sitio, en silencio y fulminándolos con la mirada, en especial a lord Maccon.

El grupo se acercó lentamente, no sin cierta cautela.

—¡No eres bienvenido aquí, Conall Maccon! —gritó la mujer mucho antes de que estuvieran a una distancia razonable para mantener una conversación—. Vuelve por dónde has venido antes de que tengas que enfrentarte a lo que queda de esta manada.

Bajo el ala del sombrero, la mujer parecía de mediana edad, atractiva pero no hermosa, de rasgos marcados y cabello recio, cercano al gris. Poseía la presencia severa de una institutriz particularmente estricta. Era la clase de mujer que tomaba el té negro, fumaba puros después de la medianoche, jugaba al cribbage sin compasión y mantenía a una manada repulsiva de perros falderos.

A Alexia le gustó de inmediato.

La mujer preparó el rifle que sujetaba entre las manos con la habilidad de un tirador consumado y apuntó a lord Maccon.

Quizás a Alexia ya no le gustaba tanto.

—Y no creas que puedes hacerme cambiar de opinión. La manada lleva meses sin sufrir los rigores de la maldición de los licántropos, desde que partimos por mar rumbo al este.

—Esa es precisamente la razón que me ha traído aquí, Sidheag. —Lord Maccon siguió avanzando. Se le daba bien mentir, se dijo lady Maccon con orgullo.

—Supongo que no dudarás que estas balas son de plata.

—¿Qué más da, si soy tan mortal como tú?

—Siempre tuviste la lengua muy afilada.

—Hemos venido a ayudaros, Sidheag.

—¿Quién dice que necesitamos ayuda? No te queremos aquí. Abandonad los dominios de Kingair de inmediato, todos vosotros.

Lord Maccon suspiró visiblemente.

—Se trata de un asunto del ORA, y el comportamiento de tu manada me ha traído hasta aquí, te guste o no. No estoy aquí en calidad de alfa de Woolsey. Ni siquiera he venido como mediador para ayudaros a encontrar un nuevo alfa. ¿Qué esperabas?

La mujer dio un paso atrás y apartó el rifle.

—Claro, ahora lo entiendo. No es que te preocupe lo que le pase a esta manada, tu

antigua manada. Has venido a cumplir la voluntad de la reina. Un cobarde, eso es lo que eres, Conall Maccon, y nada más.

Lord Maccon prácticamente había llegado junto a ella, con lady Maccon siguiéndole de cerca. El resto del grupo, al ver el arma, había permanecido inmóvil. Alexia miró por encima del hombro y vio a Ivy y Felicity cobijadas tras el cuerpo de Tunstell, que apuntaba a la mujer con una pequeña pistola. Junto a él estaba madame Lefoux, con la muñeca en un ángulo tal que sugería la presencia camuflada de un arma de fuego más exótica pero oculta dentro de la manga del abrigo.

Lady Maccon, con la sombrilla preparada, avanzó en dirección a su esposo y la extraña mujer. El conde hablaba en voz baja para que el resto del grupo no pudiera escuchar sus palabras entre el rumor de la lluvia.

—¿Qué hicieron, Sidheag? ¿En qué problemas te metiste estando fuera del país tras la muerte de Niall?

—¿Acaso te importa? Tú nos abandonaste.

—No tenía elección. —La voz de Conall parecía agotada por el peso de tantas discusiones de pronto recordadas.

—Mentira, Conall Maccon. Ambos sabemos que huiste de aquí, abandonando todas tus responsabilidades. ¿Piensas arreglar lo que destruiste hace veinte años ahora que has vuelto?

Alexia miró a su esposo, incapaz de disimular la curiosidad. Tal vez conocería la respuesta a algo que siempre había querido saber. ¿Qué podía llevar a un alfa a abdicar de una manada solo para luchar por el control de otra?

El conde permaneció en silencio.

La mujer se quitó el viejo sombrero de la cabeza para mirar a lord Maccon. Era alta, casi tanto como él, de modo que no tuvo que levantar demasiado la mirada. Tampoco poseía un cuerpo delicado. Podía intuirse la fortaleza de sus músculos bajo el peso de la enorme capa. Alexia no podía evitar estar impresionada.

Los ojos de la mujer eran de un color castaño extrañamente familiar.

—Deja que nos resguardemos de esta lluvia y me lo pensaré —dijo lord Maccon.

—¡Puh! —La mujer escupió al suelo y, dando media vuelta, se dirigió hacia la entrada del castillo por el desgastado camino de piedra.

Lady Maccon miró a su esposo.

—Una mujer interesante.

—No empieces —gruñó él, y luego se dirigió al resto del grupo—. Es toda la hospitalidad que vamos a recibir en estos parajes. Vayamos dentro. Dejad el equipaje aquí. Sidheag enviará a un hombre para que lo recoja.

—¿Y está usted convencido de que no lo tirará al lago, lord Maccon? —preguntó Felicity, sujetando su bolso de mano con aire protector.

—No les garantizo nada —respondió lord Maccon, incapaz de contener una

sonrisa.

Lady Maccon se alejó de inmediato de su esposo y corrió a recoger su maletín de trabajo de la pila del equipaje.

—¿Esta cosa funciona también como sombrilla? —le preguntó a madame Lefoux en el camino de vuelta, agitando la sombrilla en el aire.

La inventora se mostró un tanto avergonzada.

—Olvidé esa parte.

—Perfecto —suspiró Alexia—. Aquí estoy, a punto de conocer a la temida familia de mi esposo con el aspecto, nada más y nada menos, que de una rata mojada.

—No seas tan dura contigo misma, hermana —intervino Felicity—. Más bien pareces un tucán ahogado.

Y con esas palabras, el reducido grupo de viajeros se adentró en las profundidades del castillo de Kingair.

* * *

Todo era tan sombrío y pasado de moda como parecía desde el exterior. *Abandonado* era un término demasiado vago para definirlo. Las alfombras, auténticas reliquias de los tiempos del rey Jorge, estaban descoloridas, entre grises y verdes; de entre todas las formas posibles de iluminación, los candelabros de la entrada estaban cargados de velas; y de las paredes colgaban auténticos tapices medievales. Alexia, que era una mujer escrupulosa por naturaleza, pasó un dedo por la barandilla y observó la cantidad de polvo que había en ella.

La tal Sidheag la descubrió in fraganti.

—¿No se ajusta a los estándares de la gran Londres, jovencita?

—Oh-oh —dijo Ivy.

—No a los estándares de la decencia más básica —respondió Alexia—. Había oído que los escoceses son unos bárbaros, pero esto —juntó las puntas de los dedos y las frotó, levantando una pequeña nube de polvo gris— es ridículo.

—Nadie le impide volver afuera, bajo la lluvia.

Lady Maccon inclinó la cabeza a un lado.

—Sí, pero ¿me impediría limpiar el polvo? ¿O es que acaso siente un apego especial por la suciedad?

La mujer no pudo reprimir una carcajada.

—Sidheag —intervino lord Maccon—, esta es mi esposa, Alexia Maccon. Esposa, ella es Sidheag Maccon, lady Kingair. Mi tataratataranieta.

Alexia no podía disimular su sorpresa. Había supuesto que se trataba de una sobrina-nieta, no una descendiente directa. ¿Su esposo había estado casado antes de su transformación? Y ¿por qué no le había contado nada?

—Pero —objetó la señorita Hisselpenny— parece mayor que Alexia. —Una pausa—. Parece mayor que usted, lord Maccon.

—Yo, si fuera usted, no me esforzaría en intentar entenderlo, querida —intervino madame Lefoux con una sonrisa, tratando de consolar a la pobre Ivy.

—Tengo poco más de cuarenta años —respondió lady Kingair, confesando su edad abiertamente ante un grupo de extraños sin apenas inmutarse. Lo cierto era que aquella parte del país era tan primitiva como había dicho Floote. Lady Maccon sintió que un escalofrío le recorría la espalda y sujetó el asa de su sombrilla con fuerza, preparada para cualquier cosa.

Sidheag Maccon clavó la mirada en el conde.

—Aún no soy demasiado vieja.

Felicity arrugó la nariz.

—Argh, esto es demasiado desagradable. ¿Por qué tuviste que relacionarte con sobrenaturales, Alexia?

Alexia miró a su hermana con una ceja arqueada.

Felicity se ocupó de responder a su propia pregunta.

—Oh, sí, ya lo recuerdo. No te quería nadie más.

Lady Maccon prefirió ignorar las palabras de su hermana. En su lugar, observó fijamente a su marido.

—Nunca me has contado que tuvieras familia antes de la transformación.

Lord Maccon se encogió de hombros.

—Nunca me lo has preguntado. —Se dio la vuelta para presentar al resto del grupo—. La señorita Hisselpenny, amiga de mi esposa. La señorita Loontwill, hermana de mi esposa. Tunstell, mi guardián personal. Y madame Lefoux, a quien le encantaría poder revisar vuestro eterógrafo.

Lady Kingair parecía sorprendida.

—¿Cómo has sabido que...? No importa. Siempre fuiste un sabelotodo y veo que trabajar para el ORA no te ha ayudado a mejorar. En fin, una invitada más que bien recibida. Encantada de conocerla, madame Lefoux. He oído hablar de su trabajo, por supuesto. Tenemos un guardián que está familiarizado con sus teorías, una especie de inventor amateur.

A continuación se dirigió de nuevo a su ancestro.

—Imagino que querrás ver al resto de la manada.

Lord Maccon inclinó la cabeza.

Lady Kingair se acercó a la escalera e hizo sonar una campana que se escondía allí. Produjo un sonido a medio camino entre el mugido de un animal y un motor a vapor deteniéndose súbitamente, y de pronto la entrada del castillo se llenó de hombres corpulentos, la mayoría ataviados con faldas.

—Santo Dios —exclamó Felicity—, ¿qué llevan puesto?

—Kilts —explicó Alexia, a quien la incomodidad de su hermana se le antojaba divertida.

—Faldas —respondió Felicity, ofendida—, y muy cortas, como si se tratara de bailarines de la ópera.

Alexia trató de contener la risa. Esa sí que era una imagen divertida.

La señorita Hisselpenny no sabía muy bien adonde mirar. Finalmente se decantó por observar con detenimiento los candelabros del castillo, dominada por el horror más abyecto.

—Alexia —le susurró a su amiga—, está todo lleno de rodillas. ¿Qué hago?

La atención de Alexia estaba fija en los rostros de los hombres que la rodeaban, no en sus piernas. Al parecer se debatían entre el disgusto y la alegría de volver a ver a lord Maccon.

El conde presentó a su esposa a aquellos miembros de la manada a los que conocía. El beta de la manada de Kingair, nominalmente al cargo, era uno de los que no parecían demasiado contentos, mientras que el gamma estaba encantado de volver a ver a Conall. Los otros cuatro miembros se dividían en dos a favor y dos en contra y se habían colocado de acuerdo con sus opiniones, como si en cualquier momento pudiera estallar una batalla campal. La de Kingair era una manada más reducida que la de Woolsey, y menos unida. Alexia se preguntó qué clase de hombre debía de haber sido el alfa que se había hecho cargo de la manada tras la partida de Conall para liderar a un grupo tan enfrentado.

De pronto, y con una rapidez inusitada, lord Maccon se acercó al beta, que respondía al nombre de Dubh, y se lo llevó a una sala para poder hablar con él a solas, dejando que Alexia se ocupara de mitigar la tensión que flotaba en el ambiente.

Lady Maccon se entregó a la tarea. Sin embargo, su carácter, forjado tras años supervisando primero a la señora Loontwill y luego a sus dos hermanas, no la había preparado para las circunstancias a las que estaba a punto de enfrentarse, rodeada de licántropos con faldas.

—Hemos oído hablar de usted —dijo el gamma, cuyo nombre sonaba como algo escurridizo salido de una ciénaga—. Sabíamos que el viejo terrateniente se había juntado con una chupa-almas. —Rodeó lentamente a Alexia como si buscara en ella cualquier posible defecto, con las maneras más propias de un perro, hasta el punto de que Alexia se preparó para apartarse de un salto si el escocés levantaba la pata.

Afortunadamente, las palabras del gamma fueron mal interpretadas tanto por Ivy como por Felicity. Ninguna de las dos sabía de su verdadera naturaleza y prefería que siguiera siendo así. Ambas jóvenes debieron de asumir que chupa-almas era un término propio de Escocia para referirse a una esposa.

—De verdad, ¿es que no sabe hablar en inglés? —dijo Felicity, mirando fijamente al hombre de proporciones descomunales que tenía delante.

—Entonces está en ventaja —intervino rápidamente lady Maccon, ignorando las palabras de su hermana—. Yo no sé nada de usted. —Todos eran tan altos, y ella no estaba acostumbrada a sentirse diminuta.

El gesto del gamma cambió de repente.

—¿Ha sido el señor de esta manada durante más de un siglo y nunca le ha hablado de nosotros?

—Tal vez no se trate de que no quiera hablar de ustedes, sino de que prefiere que yo no sepa nada al respecto —sugirió Alexia.

El licántropo la observó detenidamente.

—Algo me dice que ni siquiera nos ha mencionado, ¿verdad?

Sidheag interrumpió el intercambio entre ambos.

—Ya basta de chismes. Les mostraremos sus habitaciones. Chicos, id a buscar el resto. Estos malditos ingleses no saben viajar ligeros de equipaje.

Los dormitorios de la primera planta y las estancias para invitados no parecían mucho mejores que el resto del castillo, sin apenas una nota de color e inundadas de un intenso olor a humedad. La habitación de lord y lady Maccon estaba limpia pero olía a cerrado. Estaba decorada con elementos de un marrón rojizo, pasados de moda hacía más de un siglo. Había una cama grande, dos pequeños armarios, un tocador para Alexia y un vestidor para su esposo. A Alexia aquellos colores y la apariencia en general de la estancia le recordaban a una ardilla sucia y malhumorada.

Buscó un lugar seguro en el que poder ocultar su maletín de trabajo, sin demasiado éxito. No había ni un solo punto lo suficientemente discreto, de modo que se dirigió tres puertas más allá, a la habitación de la señorita Hisselpenny.

Cuando pasaba junto a la puerta de una de las estancias, oyó a Felicity hablando con voz susurrante.

—Oh, señor Tunstell, ¿cree que estaré a salvo en la habitación contigua a la suya?

Unos segundos más tarde, Tunstell emergió del dormitorio de Felicity, con el pánico reflejado en cada una de sus pecas, y se refugió en las pequeñas dependencias que le habían sido asignadas como ayudante de cámara de Conall, junto al vestidor de este.

Cuando Alexia llamó a la puerta y entró, Ivy estaba entregada a la tarea de deshacer su equipaje.

—Oh, gracias al cielo, Alexia. Justamente me estaba preguntando, ¿crees que habrá fantasmas en este sitio? O peor, ¿*poltergeists*? Por favor, no pienses que tengo prejuicios contra lo sobrenatural. Sencillamente no me siento capaz de soportar la presencia de fantasmas, en especial de aquellos que se encuentran en la última etapa de desánimo. Tengo entendido que se comportan de forma extraña y van por ahí perdiendo trozos de sus incorpóreas personas. Por nada del mundo querría encontrarme con una ceja extirpada flotando entre el suelo y el techo. —Un

escalofrío recorrió el cuerpo de la señorita Hisselpenny mientras esta apilaba sus doce sombrereras cerca del armario.

Alexia pensó en lo que le había dicho su esposo. Si allí los licántropos eran incapaces de transformarse, ello solo podía significar que la plaga de humanización había descendido sobre el castillo Kingair. Todas las dependencias del complejo habían sufrido un exorcismo masivo.

—Tengo la sensación, querida Ivy —le dijo a su amiga—, de que ningún fantasma frecuenta este lugar.

Ivy no parecía muy convencida.

—Pero, Alexia, debes admitir que este castillo parece la clase de edificio en el que siempre hay fantasmas.

Lady Maccon chasqueó la lengua, exasperada.

—Oh, Ivy, no seas ridícula. Las apariencias no tienen nada que ver en todo esto, y lo sabes. Únicamente en las novelas góticas se cumple esa norma, y ambas sabemos lo fantasiosas que se han vuelto recientemente. Sus autores nunca consiguen captar la esencia de lo sobrenatural. Sin ir más lejos, la última que leí relacionaba la metamorfosis con la magia, cuando todo el mundo sabe que existen argumentos científicos y médicos sobre el exceso de alma, todos ellos perfectamente válidos. Precisamente el otro día, leí que...

La señorita Hisselpenny interrumpió a su amiga antes de que fuera demasiado tarde.

—Sí, bueno, no es necesario que me abrumes con explicaciones científicas y artículos de la Royal Society. Te creo. ¿A qué hora ha dicho lady Kingair que empezaba la cena?

—A las nueve, si no me equivoco.

Un destello de pánico cruzó el rostro de la señorita Hisselpenny.

—¿Crees que servirá —tragó saliva— entrañas?

Lady Maccon esbozó una mueca de hastío.

—Seguro que no, al menos no en nuestra primera comida. Pero será mejor que estés preparada. Nunca se sabe. —Conall le había hablado de la desastrosa comida, no sin cierto deleite, durante el trayecto en carruaje. Como consecuencia, desde entonces las mujeres vivían sumidas en un estado de terror continuo.

Ivy suspiró.

—Muy bien. Entonces será mejor que nos vistamos para la cena. ¿Mi vestido de tafetán blanco te parece apropiado para la ocasión?

—¿Para las entrañas?

—No, tonta, para la cena.

—¿Existe un sombrero a juego?

La señorita Hisselpenny levantó la mirada de su montón de sombrereras con una

expresión de disgusto en la cara.

—Alexia, no digas tonterías. Es un vestido de cena.

—Entonces creo que te irá perfecto. ¿Te puedo pedir un favor? Tengo un regalo para mi esposo guardado en este maletín. ¿Crees que podría guardarlo en tu dormitorio para que no lo descubra por accidente? Quiero que sea una sorpresa.

Los ojos de la señorita Hisselpenny se iluminaron al instante.

—¡Oh, por supuesto! Qué adorable por tu parte. Nunca hubiese adivinado que eras una romántica.

Lady Maccon fingió una sonrisa.

—¿Qué es?

Alexia se devanó los sesos en busca de una respuesta adecuada. ¿Qué se le podía comprar a un hombre que pudiera guardarse cómodamente en un maletín?

—Mmm. Calcetines.

—¿Solo calcetines? No creo que sea necesario tanto secretismo para unos simples calcetines.

—Son calcetines especiales, de la suerte.

La señorita Hisselpenny no pareció detectar ninguna incongruencia en ello y guardó cuidadosamente el maletín de lady Maccon tras la montaña de sombrereras.

—Puede que necesite el maletín de vez en cuando —dijo Alexia.

La señorita Hisselpenny parecía intrigada.

—¿Por qué?

—Para, mmm, comprobar el estado de los, esto, calcetines.

—Alexia, ¿te encuentras bien?

—¿Te he contado que acabo de cruzarme con Tunstell, que salía del dormitorio de Felicity? —dijo lady Maccon, tratando desesperadamente de cambiar de tema.

—¡No! —exclamó Ivy. Acto seguido se entregó con gesto furioso a la elección de los accesorios que llevaría para la cena, y tiró guantes, joyas y un pequeño sombrero de encaje sobre el vestido que ya descansaba encima de la cama—. Alexia, no es mi intención ser maleducada, pero opino que tu hermana es una estúpida.

—Oh, tienes toda la razón, querida Ivy. Ni siquiera yo soy capaz de soportarla —respondió lady Maccon y, como se sentía culpable por haberle dicho lo de Tunstell, añadió—: ¿Quieres que te deje a Angélique esta noche para que te arregle el pelo? La lluvia ha destrozado mi peinado hasta tal punto que no creo que tenga remedio, así que sería un trabajo inútil.

—Oh, ¿de veras? Gracias, sería perfecto. —Ivy se animó al instante.

Y sin más que decir, lady Maccon se retiró a su dormitorio para vestirse.

—¿Angélique? —Al entrar en el dormitorio, lady Maccon encontró a la doncella ocupada deshaciendo el equipaje—. Le he dicho a Ivy que la ayudarías a peinarse para la cena de esta noche. Llegados a este punto, no hay nada que se pueda hacer por

mi pelo. —La oscura melena de Alexia era una masa indefinida de rizos a causa del húmedo clima de Escocia—. Llevaré uno de esos horribles sombreros de matrona que siempre insistes en que lleve.

—Sí, mi señora. —La doncella hizo una reverencia y se dispuso a abandonar la estancia para hacer lo que su señora le había ordenado. Al llegar a la puerta, se detuvo y miró a lady Maccon—. Pog favog, mi señora, ¿pog qué sigue madame Lefoux entge nosotgos?

—No te gusta esa mujer, ¿verdad, Angelique?

La afirmación fue recibida con un encogimiento de hombros de lo más francés.

—Me temo que ha sido idea de mi esposo. Si quieres saber mi opinión, yo tampoco me fío de ella. Pero ya sabes cómo se pone Conall. Al parecer, en Kingair hay un transmisor eterográfico averiado. Lo sé, comprendo tu sorpresa. ¿Quién hubiera dicho que tendrían algo tan moderno en un lugar tan anticuado como este castillo? Pues al parecer así es, y parece que ha estado dando problemas. Tengo entendido que fue adquirido de segunda mano. ¿Qué esperabas? En fin, que Conall decidió invitar a madame Lefoux para que le echara un vistazo al aparato. No pude hacer nada para detenerle.

Angelique, sin mostrar reacción alguna a las explicaciones de su señora, hizo una rápida reverencia y partió a atender a la señorita Hisselpenny.

Alexia revisó el atuendo que la doncella había escogido para ella, y, consciente de que no podía confiar en su propio sentido de la moda, se lo puso.

Su esposo entró en el dormitorio justo cuando Alexia trataba, sin demasiado éxito, de abrocharse los botones superiores del corsé.

—Oh, perfecto, por fin has llegado. Ayúdame a abrochar esto, ¿quieres?

Ignorando por completo sus órdenes, lord Maccon se plantó junto a ella con tres rápidas zancadas y hundió la cara en la curva de su cuello.

Lady Maccon dejó escapar un suspiro de pura exasperación, pero al mismo tiempo se dio la vuelta para rodear el cuello de su esposo con los brazos.

—Vaya, estás siendo de gran ayuda, querido. ¿Eres consciente de que nos esperan para...?

Lord Maccon besó a su esposa.

—Querida, llevo deseando hacer esto desde el trayecto en carruaje —dijo finalmente el conde cuando respirar se convirtió en una necesidad de vida o muerte. Deslizó sus enormes manos por la espalda de Alexia hasta detenerse en sus posaderas y luego la apretó contra su cuerpo.

—Y yo que pensaba que no hacías otra cosa que pensar en política durante todo el trayecto; parecías tan concentrado, con el ceño fruncido —respondió Alexia con una sonrisa.

—Bueno, eso también. Soy capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo. Por

ejemplo, ahora mismo estoy hablando contigo y al mismo tiempo diseño un plan maestro con el que sacarte de este vestido.

—Esposo, no puedes quitármelo. Me lo acabo de poner.

Lord Maccon, que no se mostraba especialmente dispuesto a colaborar, concentró todos sus esfuerzos en deshacer el trabajo de Alexia hasta el momento y poder apartar a un lado el vestido.

—¿De verdad que te ha gustado la sombrilla? —preguntó el conde, un tanto dubitativo, sin dejar de acariciar los hombros ahora desnudos de su esposa con las puntas de los dedos.

—Oh, Conall, es un regalo maravilloso, con su generador de campo disruptor por ondas magnéticas, sus dardos envenenados y un montón de cosas más. Muy bien pensado. No sabes cuánto me alegré al saber que no lo había perdido durante la caída.

Los dedos del conde se detuvieron en seco.

—¿Caída? ¿Qué caída?

Lady Maccon conocía a la perfección aquel leve rugido inicial, de modo que se apretó contra el cuerpo de su marido con la esperanza de distraer su atención.

—Mmm —ronroneó.

Lord Maccon la apartó ligeramente, sujetándola por los hombros, y ella le dio unas palmaditas en el pecho como buenamente pudo.

—Oh, no fue nada, querido. Solo un pequeño traspies.

—¡Un pequeño traspies! Un pequeño traspies ¿desde dónde, exactamente?

Alexia bajó la mirada y trató de murmurar una respuesta, pero, puesto que su voz era por naturaleza más bien potente, la estrategia no funcionó lo más mínimo.

—Desde un dirigible.

—Desde un dirigible. —El tono de voz de lord Maccon era duro e inexpresivo—. E imagino que, por un casual, ese dirigible no resultaría estar flotando en el aire, ¿verdad?

—Mmm, bueno, puede ser, aunque no en el aire... más bien en la región del, esto, éter...

Una mirada intensa.

Alexia levantó tímidamente la cabeza y miró a su marido a través de las pestañas.

Lord Maccon guió a su mujer hacia la cama, como si se tratara de una pequeña barca de remo desbocada, y la obligó a tomar asiento. Acto seguido, se dejó caer a su lado.

—Empieza por el principio.

—¿Te refieres a la mañana en que descubrí que habías partido hacia Escocia sin molestarme en decirme nada al respecto?

Lord Maccon suspiró.

—Se trataba de un asunto familiar muy serio.

—Y qué soy yo, ¿una conocida?

Conall tuvo el detalle de mostrarse ligeramente avergonzado.

—Debes darme tiempo para que me acostumbre a tener una esposa.

—¿Quieres decir que llegaste a acostumbrarte a ello la última vez que estuviste casado?

Lord Maccon frunció el ceño.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Eso espero.

—Antes de la transformación. Y estaba cumpliendo con mi deber. Por aquel entonces, nadie se convertía en licántropo sin dejar antes un heredero. Mi destino era ser terrateniente; no podía convertirme en sobrenatural sin antes procurar la prosperidad de mi clan.

Alexia no tenía intención de permitir que se librara tan fácilmente después de haberla mantenido al margen de algo tan importante, a pesar de que comprendiera los motivos que le habían llevado a hacerlo.

—Lo suponía por el hecho de que parece haber traído un hijo al mundo. Lo que pongo en duda es que, por alguna razón, decidieras no decirme que todavía tienes descendencia.

A lord Maccon se le escapó una carcajada. Cogió la mano de su esposa y le acarició la muñeca con los pulgares.

—Ya conoces a Sidheag. ¿Quieres que forme parte de tu familia?

Alexia suspiró y se apoyó en el hombro de su esposo.

—A mí me parece una mujer honrada y decente.

—Lo que es es una cascarrabias insoportable.

Lady Maccon sonrió contra el hombro de su esposo.

—Al menos no me cabe la menor duda de qué lado de la familia lo ha heredado. —Decidió cambiar de táctica—. ¿Piensas contarme algo acerca de tu primera familia? ¿Quién era tu mujer? ¿Cuántos hijos tuvisteis? ¿Encontraré algún otro Maccon desperdigado por ahí?

Se levantó de la cama y continuó con los preparativos para la cena, tratando de disimular cuánto le importaban aquellas respuestas. Aquel era un aspecto de casarse con un inmortal que hasta la fecha no había formado parte de la ecuación. Sabía que el conde había tenido otras amantes antes que ella, no era tan ingenua; con doscientos años sobre sus amplias espaldas, le preocuparía más que no hubiera sido así, y casi cada noche tenía razones para estar agradecida por tanta experiencia. Pero ¿otras esposas? Ni siquiera se lo había planteado.

Lord Maccon se estiró en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, observándola atentamente con la mirada de un depredador. No tenía sentido negarlo: en ocasiones podía resultar imposible, pero también era una bestia terriblemente

sensual.

—¿Piensas contarme cómo te caíste del dirigible? —contraatacó el conde.

—¿Piensas contarme tú por qué partiste a toda prisa hacia Escocia sin tu ayuda de cámara, dejándome sola para cenar con el comandante Channing e ir de compras con Ivy, y con la mitad de Londres apenas recuperándose tras un severo brote de humanización? —preguntó Alexia mientras se ponía unos pendientes—. Por no decir que he tenido que cruzar toda Inglaterra yo sola.

De pronto escucharon la voz aguda de la señorita Hisselpenny en el pasillo seguida de un murmullo de voces, Felicity tal vez, y Tunstell.

Lord Maccon, aún tumbado poéticamente sobre la cama, olfateó el aire.

—De acuerdo, he cruzado Inglaterra acompañada por Ivy y mi hermana, lo cual seguramente es mucho peor... y sigue siendo culpa tuya.

El conde se levantó de la cama, se detuvo junto a su esposa y la ayudó a abrochar el cierre del vestido. Alexia se sintió un tanto decepcionada. Llegaban tarde a la cena y, para colmo, se moría de hambre.

—¿Por qué has venido, esposa? —quiso saber de pronto el conde.

Lady Maccon apoyó la espalda contra su pecho, exasperada. No iban a llegar a ninguna parte con aquella conversación.

—Conall, contéstame a esto: ¿has podido transformarte desde que llegamos a Kingair?

Lord Maccon frunció el ceño.

—No tenía intención de hacerlo.

Alexia lo miró con gesto ofendido a través del espejo. Él la soltó y dio un paso atrás. Le observó fijamente, las manos, antes ocupadas, ahora inmóviles. No sucedió nada.

—No es posible —dijo lord Maccon, sacudiendo la cabeza y acercándose de nuevo a su esposa—. Es como si me estuvieras tocando y yo intentara convertirme en lobo. No es difícil, ni siquiera me parece extraño; simplemente es imposible. Esa parte de mí, el lobo, ha desaparecido.

Alexia dio la vuelta para mirarle a los ojos.

—He venido porque soy *muhjah* y esta plaga está relacionada con la manada de Kingair. He visto cómo te apartabas del grupo para hablar con el beta. Ninguno de ellos ha sido capaz de transformarse en meses, ¿verdad? ¿Desde cuándo viene sucediendo? ¿Desde que subieron a bordo del «Spanker» para regresar a casa? ¿O antes? ¿Dónde encontraron el arma? ¿En la India? ¿En Egipto, tal vez? ¿O es una plaga que han traído con ellos? ¿Qué les sucedió en tierras extranjeras?

Lord Maccon observó a su esposa detenidamente, como si lo hiciera a través de la lente de una lupa, con las manos todavía sobre sus hombros.

—No me lo contarán. Ya no soy su alfa. No me deben ninguna explicación.

—Pero eres el máximo representante del ORA.

—Esto es Escocia; aquí la autoridad del ORA es más bien débil. Además, esta gente ha formado parte de mi manada durante generaciones. Quizás ya no quiera ser su líder, pero tampoco quiero matar a ninguno de ellos, y lo saben. Sencillamente quiero saber qué está pasando aquí.

—También yo, mi amor —respondió su esposa—. ¿Te importa si interrogo a tus hermanos sobre este tema?

—No sé cómo piensas ingeniártelas para hacerlo mejor que yo —dijo Conall, no muy convencido de las intenciones de su esposa—. No saben que eres *muhjah*, y te recomiendo que siga siendo así. La reina Victoria no es una mujer muy querida en esta parte del mundo.

—Seré discreta. —Al oírlo, las cejas de su esposo salieron disparadas frente arriba—. Está bien, todo lo discreta que pueda.

—Supongo que no hará daño a nadie —dijo el conde, y acto seguido se lo pensó mejor. Al fin y al cabo, se trataba de su esposa, Alexia—. Siempre que no utilices esa sombrilla tuya.

Lady Maccon sonrió maliciosamente.

—Seré directa, pero no tanto.

—¿Por qué me cuesta tanto creerte? En fin, ten cuidado con Dubh: puede llegar a ser un problema.

—Deduzco que no está al nivel del profesor Lyall como beta.

—Mmm, no soy yo quien debe valorarlo. Dubh nunca fue mi beta, ni siquiera mi gamma.

Aquella era una noticia interesante.

—Pero ese tal Niall, el que murió en acto de servicio en el extranjero, ¿tampoco era tu beta?

—No. El mío murió —respondió el conde, en un tono de voz que evidenciaba lo poco que le apetecía hablar del tema—. Te toca a ti. La caída del dirigible.

Alexia se puso en pie, finalizadas ya todas las abluciones necesarias para la cena.

—Hay alguien más tras todo este asunto, un espía o alguna clase de agente, tal vez un miembro del Club Hypocras. Mientras madame Lefoux y yo paseábamos por la cubierta de observación, alguien intentó empujarnos al vacío. Yo caí y madame Lefoux luchó con quienquiera que fuese el enmascarado. Conseguí detener la caída y escalar hasta un lugar seguro. En realidad no fue nada, aunque estuve a punto de perder la sombrilla. A partir de ahora ya no soy partidaria de viajar en dirigible.

—Yo tampoco. En fin, querida, ¿crees que podrás permanecer con vida al menos durante unos días más?

—¿Me vas a contar la verdadera razón por la que has vuelto a Escocia? No creas que me vas a hacer desistir tan fácilmente.

—Nunca lo he puesto en duda, mi pequeña y adorable Alexia.

Lady Maccon le dedicó su mirada más fiera, la más combativa, y a continuación ambos bajaron a cenar.

Capítulo 9. En el que los merengues son aniquilados

Lady Maccon lucía un vestido negro con decoraciones en blanco y cinta de satén del mismo color en las mangas y alrededor del cuello. El conjunto le habría conferido a su dueña un aire de elegancia y dignidad de no ser porque, por culpa de la conversación que había mantenido con su esposo, había olvidado por completo cubrirse el pelo con un sombrero. Los mechones de oscuro cabello se rebelaban por toda su cabeza, apenas sujetos por el peinado de la mañana, un paraíso de rizos y plumas. A lord Maccon le encantaba. Le confería a su esposa el aspecto de una gitana exótica y no podía evitar preguntarse si accedería a ponerse pendientes de oro y danzar por el dormitorio sin más ropa que una falda holgada y roja. El resto de los asistentes estaban escandalizados; la mujer de un conde asistiendo a una cena con el pelo enmarañado. Incluso en Escocia, esa tipo de cosas sencillamente no se hacían.

Cuando llegaron al comedor, el resto del grupo ya había ocupado sus asientos. Ivy había sustituido el vestido azul por una monstruosidad en colores rojizos, con tantos volantes como decoraciones de tafetán, y un cinturón ancho sujeto con un enorme lazo bajo el pecho. Felicity, por su parte, se había decantado por un conjunto blanco y verde pálido que le otorgaba un aire de joven recatada muy poco habitual en ella.

Las conversaciones fluían por toda la mesa. Madame Lefoux estaba inmersa en consultas con uno de los guardianes de Kingair, un joven con lentes y unas cejas muy arqueadas que provocaban en él una expresión perpetua entre el pánico y la curiosidad. Al parecer, comentaban los problemas de funcionamiento del eterógrafo y elaboraban planes para investigar el problema después de la cena.

El beta de Kingair, su gamma y cuatro miembros más de la manada parecían poco interesados en el mundo que los rodeaba, pero aun así conversaban animadamente con Ivy y Felicity sobre los temas más banales, tales como el clima o la comida en Escocia. Ambas mostraron su agrado por encima de la realidad, del mismo modo que ellos fingieron estar a disgusto con esa realidad de su país.

Lady Kingair estaba de buen humor, presidiendo con magnanimidad desde la cabeza de la mesa. Se detuvo un instante en la labor de comandar a los criados con austeros gestos de muñeca para dedicarle una severa mirada a su ancestro y su nueva mujer por presentarse tan tarde sin causa justificada.

Lord Maccon dudó un instante antes de entrar en la estancia, como si no estuviera muy seguro de dónde debía sentarse. La última vez que había estado en el castillo había tomado asiento en el otro extremo de la mesa, un sitio que ahora se encontraba ostensiblemente vacío. Como invitado en una casa que había sido la suya, los precedentes eran inexistentes. Un conde ocuparía una silla, un miembro de la familia otra y un representante del ORA otra totalmente diferente. Algo en la expresión de su rostro parecía querer decir que comer en presencia de su antigua manada ya era carga

suficiente por sí sola. ¿Qué habían hecho, se preguntó Alexia, para ganarse su olvido y su desprecio? ¿O tal vez se tratara de algo de lo que él era el culpable?

Lady Kingair captó al instante el dilema del conde.

—¿No sabe dónde sentarse? No parece propio de usted. Si quiere, puede ocupar el lugar del alfa.

El beta de Kingair detuvo por un instante la conversación que mantenía con Felicity (sí, Escocia era increíblemente verde) y levantó la mirada.

—¡Aquí no es alfa de nadie! ¿Es que acaso te has vuelto loca?

La mujer se puso en pie.

—Cierra la boca, Dubh. Alguien tiene que enfrentarse a quien reclame esta manada, y tú te pondrás panza al aire ante el primer hombre que sea capaz de adoptar la Forma de Anubis.

—¡No soy un cobarde!

—Díselo a Niall.

—Yo le cubría las espaldas. Fue él quien no detectó el olor ni las señales. Debería haber sabido que se trataba de una emboscada.

A partir de aquel punto la conversación se fue deteriorando progresivamente. Incluso madame Lefoux y el señor Querulous Brows detuvieron su búsqueda de la superioridad científica a medida que la tensión fue extendiéndose por toda la mesa. La señorita Loontwill dejó de flirtear con el señor Tunstell. El señor Tunstell, por su parte, dejó de mirar insistentemente hacia la silla que ocupaba la señorita Hisselpenny.

En un intento desesperado por restablecer el decoro y un intercambio civilizado entre los presentes, la señorita Hisselpenny dijo en voz alta:

—Veo que ya traen el primer plato. Qué sorpresa tan agradable. Me encanta el pescado. ¿A usted no, señor, mmm, Dubh? Está tan, mmm, salado.

El beta volvió a ocupar su silla, perplejo. Alexia opinaba lo mismo. ¿Qué se podía decir ante semejante afirmación? El caballero, puesto que no dejaba de serlo a pesar del temperamento y las inclinaciones lupinas, respondió a Ivy tal y como mandaban los cánones de la decencia más común, con un:

—A mí también me gusta mucho el pescado, señorita Hisselpenny.

Muchos científicos y filósofos de la época mantenían que los modales de la era moderna se habían desarrollado en buena parte para mantener tranquilos a los licántropos y conseguir así que se comportaran adecuadamente en público. En pocas palabras, según esa teoría, la etiqueta convertía a la alta sociedad en una especie de manada. Alexia nunca le había dado demasiado crédito, pero acababa de ver a Ivy sometiendo a un hombre con apenas unos comentarios acerca de sus gustos culinarios. Quizás la hipótesis sí estuviera en lo cierto.

—¿Cuál es su pescado favorito? —insistió la señorita Hisselpenny—. ¿El blanco,

el rosado o los pescados más grandes de colores grises?

Lady Maccon intercambió una mirada con su esposo y trató de contener la risa. Tomó asiento junto a él, a su izquierda. Pronto trajeron el primer plato, el pescado, y la cena pudo continuar sin más incidentes.

—A mí me gusta el pescado —murmuró Tunstell.

Felicity pronto volvió a concentrar toda su atención en sí misma.

—¿De veras, señor Tunstell? ¿Cuál le gusta más de entre todos ellos?

—Bueno —dudó Tunstell—, ya sabe, los, mmm, los que —hizo un gesto deslizante con las manos—, mmm, nadan.

—Esposa —murmuró el conde—, ¿qué se trae tu hermana entre manos?

—Sólo quiere a Tunstell porque Ivy también lo quiere.

—¿Y por qué debería interesarse la señorita Hisselpenny en un actor, barra, asistente de cámara?

—¡Exacto! —respondió su esposa con entusiasmo—. No sabes cuánto me alegro de que por fin estemos de acuerdo en algo: una pareja de lo más extraño.

—Mujeres —dijo su todavía perplejo esposo, inclinándose sobre la mesa para servirse un trozo de pescado, —del blanco.

Después de esto, la conversación no mejoró ostensiblemente. Desgraciadamente, Alexia estaba demasiado alejada de madame Lefoux y de su compañero de inclinaciones científicas para participar en una conversación intelectual. Tampoco es que hubiera podido aportar nada: en aquel momento comentaban las últimas novedades en transmogrificación del éter magnético, lo cual quedaba bastante por encima de sus conocimientos. De todas formas, el sonido no llegaba a su zona de la mesa. Su esposo, mientras tanto, se concentró en comer como si no lo hubiera hecho en días, lo cual probablemente era cierto. Lady Kingair parecía incapaz de pronunciar una sola frase que no fuera monosilábica, grosera o dictatorial, y Ivy, por su parte, mantenía un flujo continuo de comentarios relacionados con el pescado hasta unos niveles que Alexia no hubiera soportado en caso de haber sido ella la destinataria de dichos apuntes. El problema, claro está, era que la señorita Hisselpenny no sabía nada acerca del tema —un detalle vital que, al parecer, había pasado inadvertido para la oradora.

Finalmente, al borde de la desesperación, Alexia decidió tomar las riendas de la conversación y preguntó de forma bastante casual si la manada estaba disfrutando aquellas inesperadas vacaciones de la maldición licántropa.

Lord Maccon puso los ojos en blanco. Poco había imaginado que su esposa, por indómita que resultara ser, se atrevería a enfrentarse a la manada de forma tan directa, en masa y durante la cena. Había supuesto que preferiría acercarse a ellos uno a uno e individualmente. Pero claro, la sutileza no estaba hecha para ella.

El comentario de lady Maccon interrumpió incluso la distendida charla sobre

pescados de la señorita Hisselpenny.

—Oh, querida, ¿también les ha afectado a ustedes? —dijo la joven, mirando a los seis licántropos que ocupaban la mesa—. He oído que la semana pasada algunos sobrenaturales estuvieron, esto, indispuestos. Mi tía dice que los vampiros se retiraron a sus colmenas y se requirió la presencia de casi todos los zánganos. La pobre había programado su asistencia a un concierto para esa semana, pero se canceló por la ausencia de uno de los pianistas, miembro de la colmena de Westminster. En Londres no se hablaba de otra cosa. En realidad, tampoco es que haya tantos —se detuvo un instante, tratando de encontrar la forma de salir airosa del atolladero en el que acababa de meterse—, ya saben, sobrenaturales en Londres, pero todo se revoluciona cuando no pueden salir de sus casas. Obviamente sabíamos que también afectaría a los licántropos, pero Alexia no me contó nada al respecto, ¿verdad, Alexia? Si incluso te vi al día siguiente y no mencionaste ni una sola palabra del tema. ¿Woolsey se libró de las consecuencias?

Lady Maccon no se molestó en contestar. En lugar de hacerlo, miró intensamente a los miembros de la manada de Kingair que se sentaban alrededor de la mesa. Seis escoceses fornidos que, a juzgar por las expresiones de su rostro, se sentían culpables por algo y no tenían nada que decir por sí mismos.

La manada al completo intercambió miradas. Habían dado por supuesto que lord Maccon le hablaría a su esposa de la incapacidad de la manada para transformarse, pero aun así les pareció un tanto atrevido por su parte plantear el tema abiertamente, en público y durante la cena.

—Han sido unos meses ciertamente interesantes —dijo finalmente el gamma, un tanto descolocado—. Dubh y yo mismo hemos vivido el tiempo suficiente para poder hacer vida normal durante el día sin experimentar muchas de las, mmm, dificultades asociadas que ello conlleva, al menos en los días de luna nueva. Pero los otros están disfrutando considerablemente de estas vacaciones.

—Apenas hace unas décadas que soy licántropo, pero nunca había reparado en cuánto echo de menos la luz del sol —añadió uno de los miembros más jóvenes de la manada, atreviéndose a intervenir por primera vez.

—Lachlan ha vuelto a cantar. No creo que nadie pueda quejarse por ello.

—Pero ahora empieza a ser molesto —intervino un tercero—. La mortalidad, no el canto —se apresuró a añadir.

El primer licántropo sonrió.

—Sí, imagínese: al principio añorábamos la luz; ahora echamos de menos la maldición. En cuanto nos acostumbramos a ser lobos parte de nuestra existencia, se hace difícil negar esa realidad.

El beta miró a sus compañeros fijamente, con una advertencia disimulada en sus ojos.

—Ser mortal es un fastidio —se quejó un tercero, ignorando al beta.

—Hasta el corte más pequeño necesita días para curarse. Y uno se siente tan débil sin la fuerza sobrenatural... Antes podía levantar el remolque de un carro sin apenas esfuerzo; ahora, en cambio, cargar con las sombrereras de la señorita Hisselpenny casi me produce palpitaciones.

A Alexia se le escapó una carcajada.

—Debería ver los sombreros que se esconden dentro.

—Había olvidado cómo afeitarme —continuó el primero con una sonrisa.

Felicity contuvo una exclamación de horror y Ivy se puso colorada. Comentar las abluciones de un caballero en la mesa, ¡menuda indiscreción!

—Chicos —gruñó lady Kingair—, ya basta.

—Sí, mi señora —respondieron al unísono los tres caballeros, que duplicaban e incluso triplicaban la edad de la mujer. Puede que incluso la hubiesen visto crecer.

Un silencio abrumador descendió sobre los comensales.

—Entonces, ¿entiendo que están envejeciendo? —quiso saber lady Maccon. Solía ser muy directa, lo cual no dejaba de ser parte de su encanto. El conde observó a su tatarata-tatarata-tataranieta. No poder ordenar a Alexia, una invitada, que guardara silencio debía de estar comiéndole las entrañas.

Nadie respondió a lady Maccon, pero las expresiones de preocupación de la manada hablaban por sí solas. Volvían a ser humanos, o todo lo humanos que una criatura parcialmente muerta podía llegar a ser. Quizás «mortales» lo definía mejor, y significaba que podían morir en cualquier momento, como cualquier otro ser vivo. Lord Maccon, por su parte, se encontraba en la misma situación.

Lady Maccon masticó un bocado de liebre.

—Me parece encomiable que no se dejen llevar por el pánico, pero tengo curiosidad por algo: ¿por qué no pidieron asistencia médica mientras estaban en Londres? ¿O por qué no acudieron a las oficinas del ORA en busca de respuestas? Llegaron a Londres con el resto de los regimientos.

La manada al completo se volvió hacia lord Maccon en busca de alguien que los rescatara de aquella mujer. La expresión del conde lo decía todo: estaban a su merced, y él mismo disfrutaba presenciando la matanza. Aun así, Alexia ya conocía las respuestas. Sabía que muchas criaturas sobrenaturales no confiaban en la medicina moderna, y aquella manada en concreto difícilmente acudiría a las oficinas del ORA en Londres sabiendo que en ellas encontrarían a lord Maccon. Era comprensible que quisieran abandonar la ciudad cuanto antes para retirarse a la seguridad de su hogar con el rabo entre las piernas —proverbialmente hablando, claro está, puesto que dicha acción ya no era posible.

Para alivio de la manada, el servicio entró con el segundo plato, ternera y pastel de jamón con guarnición de puré de coliflor y remolacha. Lady Maccon continuó con

su interrogatorio, agitando el tenedor en alto.

—Y ¿cómo pasó? ¿Comieron curry en mal estado durante su estancia en la India?

—Les ruego que disculpen a mi esposa —intervino lord Maccon con una sonrisa—. Es muy dada a la gesticulación. Culpa, sin duda, de su sangre italiana.

El silencio persistía.

—¿Están todos enfermos? Mi esposo cree que se trata de una plaga. ¿Le afectará también a él por el hecho de estar aquí con ustedes? —lady Maccon miró a su esposo, que ocupaba la silla contigua—. No estoy muy segura de qué sentiría yo si así fuera.

—Gracias por tu preocupación, querida.

El gamma (¿cómo le había llamado su esposo? Ah, sí, Lachlan) decidió entonces intervenir.

—Déjalo ya, Conall. No puedes esperar simpatía de una rompe-maldiciones, por mucho que te hayas casado con ella.

—He oído hablar de ese fenómeno —dijo madame Lefoux, centrando su atención en la conversación del grupo—. No se extendió hasta mi barrio, de modo que no lo experimenté de primera mano; sin embargo, estoy convencida de que tiene que haber una explicación científica.

—¡Científicos! —murmuró Dubh. Dos de sus compañeros licántropos asintieron al unísono.

—¿Por qué todo el mundo insiste en llamar a Alexia rompe-maldiciones? —quiso saber Ivy.

—Exacto —intervino Felicity—. ¿No es una maldición en sí misma?

—Hermana, tú siempre tan dulce —respondió lady Maccon.

Felicity fulminó a Alexia con la mirada.

El gamma de la manada aprovechó la ocasión para cambiar de tema.

—Por cierto, tengo entendido que el apellido de soltera de lady Maccon es Tarabotti. Usted, sin embargo, es una Loontwill.

—Oh —replicó Felicity con una sonrisa encantadora en los labios—, tenemos padres diferentes.

—Ah, comprendo. —El gamma frunció el ceño—. Claro, ese Tarabotti... —Miró a Alexia con un interés renovado—. Nunca hubiera dicho que ese hombre llegara a casarse.

El beta también se volvió hacia lady Maccon con curiosidad.

—Lo mismo digo, y menos que llegara a tener descendencia. Deber cívico, imagino.

—¿Conocían a mi padre? —De pronto lady Maccon estaba intrigada y, por qué no admitirlo, había perdido el hilo de su interrogatorio.

Los dos licántropos intercambiaron miradas.

—No personalmente. Habíamos oído hablar de él, claro está. Un auténtico

viajero.

—Mamá siempre dice que no recuerda por qué se casó con un italiano —intervino Felicity fingiéndose apenada—. Según ella, fue un matrimonio de conveniencia, aunque tengo entendido que era un hombre muy apuesto. No duró, claro está. Murió poco después de nacer Alexia. Un comportamiento verdaderamente vergonzoso, aparecer y de pronto morirse de esa manera. Lo cual demuestra que los italianos no son gente de fiar. Mamá acabó harta de ellos, y poco después se casó con papá.

Lady Maccon se volvió hacia su marido y clavó los ojos en él.

—¿Tú también conociste a mi padre? —le preguntó en voz baja para mantener el asunto en privado.

—No como tal.

—En algún momento, querido esposo mío, tú y yo conversaremos largo y tendido sobre los métodos más efectivos a la hora de transferir la información con éxito. Estoy cansada de sentir que llego tarde a todas partes.

—Olvidas que te saco dos siglos, esposa. Difícilmente podría contarte todo lo que he aprendido y la gente a la que he conocido durante todos estos años.

—No me vas a convencer con tus excusas baratas —susurró Alexia.

Mientras discutían, la conversación había evolucionado sin ellos. Madame Lefoux explicó que el conducto magnético resonador de la válvula cristalina del transmisor eterográfico parecía estar mal alineada, y que las inclemencias del tiempo no hacían más que disminuir el radio de transferencia del equipo.

Nadie fue capaz de comprender una sola de sus palabras a excepción del guardián con lentes, pero todos asintieron convencidos fingiendo lo contrario. Incluso Ivy, que tenía una cierta expresión de pánico en su ovalado rostro, trató de mostrar interés.

Tunstell pasó la fuente de las patatas a la señorita Hisselpenny, que lo ignoró por completo.

—Oh, gracias, señor Tunstell —intervino Felicity, alargando un brazo para coger la fuente como si se la hubiera ofrecido a ella.

Ivy resopló.

Tunstell, frustrado al parecer por las continuas negativas de la señorita Hisselpenny, se volvió hacia la señorita Loontwill y conversó animadamente con ella sobre la reciente influencia de los implementos destinados al rizado de pestañas, importados directamente desde Portugal.

Ivy, visiblemente molesta, decidió dar la espalada al pelirrojo y tomar parte en la conversación de los licántropos acerca de una posible cacería a la mañana siguiente. No es que la señorita Hisselpenny supiera algo de armas o de caza, pero la falta de conocimientos sobre un tema nunca había sido suficiente para que Ivy no se atreviera a teorizar poéticamente sobre él.

—Creo que existe un rango considerable en el disparo de muchas armas —dijo sabiamente.

—Mmm... —musitaron los caballeros a su alrededor, confusos por las palabras de la joven.

Ah, mi querida Ivy, se dijo Alexia con una sonrisa en los labios, *siempre extendiendo una gruesa capa de niebla verbal allí por donde pasa*.

—Puesto que podemos salir durante el día, bien podríamos aprovecharnos de ellos y disfrutar de las primeras horas de luz por los viejos tiempos —dijo Dubh finalmente, ignorando el comentario de la señorita Hisselpenny.

—¿Dubh es nombre o apellido? —le preguntó Alexia a su marido.

—Buena pregunta —respondió él—. En los ciento cincuenta años que pasé soportándole, nunca conseguí que me lo dijera. No sé mucho de su pasado antes de llegar a Kingair. Llegó solo, allá por el siglo dieciocho. Por lo visto, era una fuente de problemas.

—Vaya, tú que nada sabes de secretismos y de problemas, ¿verdad, esposo?

—Touché, querida.

La cena llegó a su fin y las mujeres dejaron a los caballeros a solas para que tomaran una copa.

A lady Maccon nunca le había agradado la tradición creada por los vampiros de segregación de ambos sexos una vez terminada la comida. Al fin y al cabo, lo que había empezado como un gesto de respeto hacia la reina de la colmena y su necesidad de privacidad ahora se identificaba más con la incapacidad de las féminas para reconocer una buena copa de alcohol. Aun así, Alexia era capaz de reconocer una oportunidad cuando se presentaba, de modo que hizo todo lo posible por fraternizar con lady Kingair.

—Es usted humana y sin embargo actúa como si fuese el alfa de la manada. ¿Cómo puede ser? —le preguntó, acomodándose en un polvoriento sofá y tomando un sorbo de jerez.

—Necesitan un líder y yo soy lo único que les queda. —La mujer era tajante hasta la grosería.

—¿Le gusta mandar? —preguntó Alexia con genuino interés.

—Se me daría mejor si fuese una de ellos.

Lady Maccon se mostró sorprendida.

—¿De veras le gustaría intentarlo? Supone un riesgo considerable para el sexo débil.

—Cierto. Pero a su marido nunca le importó mi opinión lo más mínimo. —No hizo falta especificar que la opinión de Conall era la única que contaba en tales menesteres. Solo un alfa capaz de invocar la Forma de Anubis podía crear nuevos licántropos. Alexia nunca había presenciado una metamorfosis, pero había leído

varios artículos sobre el tema, algo acerca de que la reclamación del alma requería ambas formas al mismo tiempo.

—Mi esposo cree que moriría en el intento, y sería por su propia mano. Bueno, en este caso por sus dientes.

La mujer tomó un trago de su copa de jerez y asintió. De pronto su rostro pareció reflejar hasta el último de sus cuarenta años y alguno más.

—Soy la última descendiente que queda con vida —dijo Sidheag Maccon.

—Oh. —Alexia asintió—. Comprendo. Él tendría que ocuparse personalmente de propinarle el mordisco necesario para la transformación. Es una carga considerable lo que le pide, acabar con la vida de su última descendiente con vida. ¿Es ese el motivo por el que abandonó la manada?

—¿Cree que se fue porque le pedí que me transformara? ¿De verdad no conoce la verdad?

—Obviamente no.

—En ese caso no es asunto mío contárselo. Usted aceptó casarse con él; debería preguntárselo.

—¿Cree que no lo he intentado?

—Sigue siendo igual de testarudo, de eso no me cabe la menor duda. Dígame algo, lady Maccon: ¿por qué se casó con él? ¿Por su título nobiliario? ¿Porque dirige el ORA y son ellos quienes se ocupan de vigilar a los de su especie? ¿Qué podría ganar alguien como usted con semejante unión?

Era evidente cuál era la opinión de lady Kingair respecto a su matrimonio. Veía en Alexia a una especie de paria que se había casado con lord Maccon por pura avaricia, social o pecuniaria.

—¿Sabe? —respondió lady Maccon, sin entrar en la trampa—. Eso mismo me pregunto yo todos los días.

—Una unión como la suya no puede ser natural.

Alexia miró a su alrededor para asegurarse de que nadie prestaba atención a aquella conversación. Madame Lefoux y Ivy no dejaban de quejarse de los viajes de larga distancia con los argumentos típicos de quien, en realidad, ha disfrutado con la experiencia. Felicity se encontraba al otro lado del salón, observando la lluvia que aún no había cesado.

—Por supuesto que no es natural. ¿Cómo podría ser natural si ninguno de los dos lo somos? —se lamentó lady Maccon.

—No la comprendo, rompe-maldiciones —respondió Sidheag.

—Es muy sencillo. Yo soy exactamente como usted, solo que sin alma.

Lady Kingair se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—Yo fui criada por la manada, jovencita, con la intención de que, al crecer, me convirtiera en su alfa y mandase sobre ellos, con transformación o sin ella. Usted

adoptó el papel gracias a una boda.

—Y en eso me saca ventaja. Pero insisto, en lugar de adaptarme, me limito a intentar que la manada acepte mi forma de ver las cosas.

Una media sonrisa asomó en el rostro hirsuto de Sidheag.

—Apuesto a que el comandante Channing está encantado con su presencia.

Alexia se rió.

Justo cuando lady Maccon empezaba a ganarle terreno a lady Kingair, se oyó un golpe descomunal contra la pared más cercana al comedor.

Las presentes se miraron las unas a las otras. Madame Lefoux y lady Maccon se levantaron de inmediato de sus respectivos asientos y se dirigieron con cautela hacia la sala en la que acababan de disfrutar de la cena. Lady Kingair las seguía unos pasos más atrás. Cuando las tres mujeres irrumpieron en el comedor, descubrieron a lord Maccon y al beta de Kingair, Dubh, enzarzados en una pelea sobre la enorme mesa, rodando sobre los restos de lo que hasta hacía bien poco había sido un brandy excelente y un plato de pegajosos merengues. El resto de la manada, guardianes incluidos, y el pobre Tunstall se las habían arreglado para apartarse a un lado y observaban la pelea como quien presencia una carrera.

Tunstall incluso comentaba el intercambio.

—Oh, buen gancho de lord Maccon y, oh, ¿Dubh acaba de propinarle una patada? Eso no son formas, eso no son formas.

Alexia observó la escena, siguiendo las evoluciones de ambos escoceses rodando entre los restos del plato de merengues.

—¡Lachlan, informe! —ladró lady Kingair por encima del estruendo—. ¿Qué está sucediendo?

El gamma, de quien Alexia se había formado una buena opinión hasta aquel preciso instante, se encogió de hombros.

—Necesitaban sacar lo que llevan dentro, mi señora. Ya sabe que es así como preferimos solucionar los problemas.

La mujer sacudió la cabeza, agitando la plateada trenza en la que se sujetaba el cabello de un lado a otro.

—Solucionamos los problemas con dientes y zarpas, no a puñetazos y patadas. No es así como hacemos las cosas. ¡Esto no se ajusta al protocolo de la manada!

Lachlan volvió a encogerse de hombros.

—A falta de dientes, es la única opción viable. No puede detenerlo, mi señora, se trata de un duelo. Todos hemos presenciado cómo se producía.

El resto de la manada asintió con gesto grave.

Dubh conectó un golpe de derechas contra la barbilla de lord Maccon que lo lanzó por los aires.

Lady Kingair se apartó a un lado para esquivar una bandeja de plata que se

precipitó desde la mesa al suelo, junto a ella.

—¡Oh, por todos los santos! —exclamó Ivy desde la puerta—. ¡Parece que se están peleando!

Inmediatamente Tunstell se puso manos a la obra.

—Esto no es un espectáculo apto para una dama, señorita Hisselpenny —exclamó, corriendo a su lado y llevándosela de la estancia.

—Pero... —protestó Ivy.

Lady Maccon sonrió orgullosa al constatar que el pelirrojo no había tenido en cuenta sus sensibilidades. Madame Lefoux, al ver que Felicity seguía observando la escaramuza con los ojos abiertos de par en par, le hizo un gesto a Alexia y abandonó el comedor, cerrando la puerta tras ella y despertando a Felicity de sus ensoñaciones.

Lord Maccon se lanzó de cabeza contra el estómago de Dubh, lanzando al licántropo contra la pared. Las paredes de la estancia temblaron con el impacto.

Así, pensó Alexia con malicia, de este modo Kingair tendrá que someterse a unas cuantas remodelaciones.

—¡Al menos llevaos vuestro desacuerdo afuera! —gritó lady Kingair.

Había sangre por todas partes, así como brandy, trozos de cristal y merengues pisoteados.

—Por el amor de Dios —exclamó lady Maccon al borde de la exasperación—, ¿no se dan cuenta de que si siguen así, como humanos que son ahora mismo, podrían llegar a hacerse daño? No poseen la fuerza sobrenatural necesaria para recibir semejantes golpes, ni la capacidad de sanar.

Ambos contendientes rodaron sobre la mesa hasta precipitarse sobre el suelo con un golpe sordo.

Dioses, pensó lady Maccon al darse cuenta de que buena parte de la sangre parecía provenir de la nariz de su esposo, *espero que a Conall se le haya ocurrido traer un pañuelo de recambio*.

No estaba particularmente preocupada, puesto que no dudaba de las habilidades pugilísticas de su marido. Boxeaba a menudo en Whites, además de ser el hombre a quien Alexia había escogido. Era evidente que acabaría ganando aquella pelea, pero el caos que estaban provocando era inadmisibles. Aquella situación no podía alargarse más, aunque solo fuese por el bien del servicio del castillo, que luego se ocuparía de limpiar aquel desastre.

Con esa idea en mente, lady Maccon dio media vuelta y salió de la estancia en busca de su sombrilla.

No debería haberse molestado. Cuando regresó, con los dardos tranquilizantes cargados y la sombrilla lista para disparar, ambos contendientes se habían desplomado en lados opuestos de la estancia, Dubh sujetándose la cabeza y tosiendo dolorosamente, y lord Maccon apoyado en el costado, sangrando por la nariz y con

un ojo tan hinchado que apenas podía ver.

—Vaya, menudo cuadro —dijo Alexia, apoyando la sombrilla contra la pared y agachándose para examinar el rostro de su esposo con sumo cuidado—. Nada que no se pueda solucionar con un poco de vinagre. —Buscó con la mirada a uno de los guardianes—. Corra a traerme vinagre de manzana, buen hombre. —Lord Maccon la miró por encima del pañuelo, que ahora sostenía a la altura de la nariz.

—No sabía que te preocuparas tanto por mí, esposa —musitó, acercándose a ella para recibir mejor sus cuidados.

Con el fin de disimular sus sentimientos, Alexia se dedicó a limpiar los restos de merengue de la chaqueta de su esposo. Al mismo tiempo, volvió la vista en dirección al beta de Kingair y dijo:

—¿Están satisfechos con el resultado de la disputa, caballeros?

Dubh le dedicó una mirada inexpresiva que no podía ocultar cierto nivel de disgusto causado por su simple existencia, por no hablar de la pregunta. Alexia se limitó a sacudir la cabeza ante semejante muestra de petulancia.

El guardián regresó con un frasco de vinagre de manzana, y lady Maccon enseguida se entregó a la labor de rociar la cara y el cuello de su esposo con aquel líquido amarillento.

—¡Au! ¡Ten cuidado, escuece!

Dubh se dispuso a levantarse del suelo e inmediatamente lord Maccon hizo lo propio. Tenía que hacerlo, supuso Alexia, para mantener la dominancia sobre su inferior. O quizás solo intentaba huir de sus atenciones con olor a vinagre.

—Ya sé que escuece —le dijo Alexia—. No te gusta tener que curarte a la vieja usanza, ¿eh, mi valiente guerrero de las mesas? Puede que la próxima vez te lo pienses dos veces antes de iniciar una pelea en un lugar cerrado como este. En serio, mira cómo lo habéis dejado todo. —Lady Maccon chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Deberíais avergonzaros, los dos.

—No hemos solucionado nada —dijo Dubh, regresando a su anterior posición, recostado sobre la moqueta. Al parecer, era él quien se había llevado la peor parte. Uno de sus brazos estaba roto y tenía un corte bastante serio en la mejilla izquierda.

Los cuidados con vinagre de lady Maccon despertaron al resto de espectadores de su ensoñación, puesto que se apresuraron a reunirse alrededor de su beta para inmovilizarle el brazo y curarle las heridas.

—Nos abandonaste —insistió Dubh con el tono de voz de un niño malcriado.

—Sabéis perfectamente por qué me fui —respondió lord Maccon con un rugido.

—Mmmm —intervino Alexia, levantando la mano—, yo no.

—No podías controlar a la manada —le acusó Dubh, ignorando las palabras de Alexia.

Todos los presentes ahogaron una exclamación de horror al unísono, excepto lady

Maccon, que no comprendía la gravedad del insulto y estaba demasiado ocupada intentando limpiar los últimos restos de merengue de la chaqueta de su esposo.

—Eso no es justo —intervino Lachlan, sin moverse de su posición. No estaba muy seguro de a quién debía su lealtad, de modo que permaneció alejado de ambos.

—Me traicionasteis. —Lord Maccon no levantó la voz, pero sus palabras llegaron hasta el último rincón del comedor. Y, aunque seguía siendo incapaz de transformarse, en ellas se podía captar la ira del lobo.

—¿Y tú cómo nos lo pagaste? El vacío que dejaste tras de ti, ¿acaso eso fue justo?

—No existe la justicia en el protocolo de una manada. Los dos lo sabemos; solo existe eso, el protocolo, y no había nada en él que se pudiera aplicar a lo que hicisteis. No existían precedentes, así que sobre mí recayó el dudoso placer de tener que establecerlos. El abandono me pareció la mejor solución, puesto que no quería pasar ni una noche más en vuestra presencia.

Alexia buscó a Lachlan con la mirada. El gamma tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Además —prosiguió lord Maccon, esta vez en un tono de voz más contenido—, Niall era una alternativa perfectamente plausible. Supo guiaros con mano firme, por lo que he oído. Contrajo matrimonio con mi progenie. Estuvisteis bajo control durante décadas gracias a él.

Lady Kingair intervino por primera vez. El tono de su voz era extrañamente tranquilo.

—Niall era mi compañero y yo le amaba. Era un estratega brillante y un buen soldado, pero no un auténtico alfa.

—¿Me estás diciendo que no era lo suficientemente dominante? No escuché nada de posibles faltas de disciplina. Cada vez que llegaba algo a mis oídos sobre Kingair, todos parecíais estar perfectamente —dijo Conall con voz calmada.

—Así que te preocupaste por saber de nosotros, ¿eh, viejo lobo? —lady Kingair parecía más molesta que aliviada ante aquella noticia.

—Por supuesto que sí. Habéis sido mi manada. —El beta levantó la mirada desde el suelo.

—Nos abandonaste siendo débiles, Conall, y lo sabías. Niall no podía convocar la Forma de Anubis y, por tanto, la manada no podía procrear. Por ese motivo los guardianes nos fueron abandonando, los licántropos solitarios de la zona se fueron rebelando y nosotros no teníamos un alfa que luchara por la integridad de la manada.

Lady Maccon miró a su esposo. Su rostro parecía esculpido en piedra, cruel e implacable, o al menos así parecía por lo poco que podía ver bajo el pañuelo manchado de sangre.

—Me traicionasteis —repitió el conde, como si aquellas palabras zanjaran cualquier discusión posible, lo cual, en el mundo de Conall, probablemente era así. Al

fin y al cabo, pocas cosas eran más valiosas para lord Maccon que la lealtad.

Alexia decidió llamar la atención sobre su presencia.

—¿Qué sentido tiene recriminarse ahora las cosas? Ya no hay nada que se pueda hacer al respecto, puesto que ninguno de los presentes puede transformarse, ni en Anubis ni en ninguna otra cosa. No se pueden crear lobos nuevos, ni encontrar un alfa, ni retar a nadie. ¿Por qué discutir sobre lo que fue cuando nos encontramos inmersos en lo que ya no es?

Lord Maccon miró a su esposa.

—Así habla mi querida Alexia, siempre tan práctica. ¿Entendéis ahora por qué me casé con ella?

—¿En un intento desesperado y poco efectivo por controlarla? —se burló lady Kingair.

—Uuuh, si tiene zarpas. ¿Estás seguro de no haberla mordido para transformarla, querido? Tiene el temperamento de un licántropo. —Alexia podía ser tan irónica como el que más.

El gamma dio un paso al frente con la vista fija en lady Maccon.

—Le pido disculpas en nombre de la manada, milady, como recién llegada que es. Debe de pensar que somos los bárbaros que los ingleses siempre creen ver en nosotros. Es solo que después de tantas lunas sin un alfa que guíe nuestros pasos empieza a afectarnos los nervios.

—Oh, y yo que pensaba que este comportamiento era debido a la incapacidad para cambiar de forma —bromeó Alexia.

—Bueno —dijo el gamma—, también eso.

—¿Los licántropos sin un líder tienden a meterse en problemas? —quiso saber lady Maccon.

Nadie respondió a la pregunta.

—Imagino que no querrán contarme en qué problemas se vieron inmersos mientras permanecieron lejos de nuestras fronteras. —Alexia se cogió al brazo de su esposo, tratando de disimular el verdadero interés que aquella cuestión despertaba en ella.

Silencio.

—Bueno, supongo que ya hemos tenido suficiente emoción por esta noche. Ya que llevan varios meses como humanos, imagino que habrán adoptado el horario diurno.

Lady Kingair asintió.

—En ese caso —lady Maccon se alisó la falda del vestido—, Conall y yo les deseamos que tengan una plácida noche.

—¿Estás segura? —preguntó lord Maccon, un tanto dubitativo.

—Buenas noches. —Su esposa se despidió de la manada y de los guardianes con

aquellas palabras y, con su sombrilla en una mano y el brazo de su esposo en la otra, abandonó la estancia con el conde prácticamente a rastras.

Lord Maccon desfiló obedientemente tras ella, dejando tras de sí una sala llena de rostros entre jocosos y pensativos.

—¿Qué te traes entre manos, querida? —preguntó Conall en cuanto estuvieron a salvo de oídos indiscretos.

Su esposa se lanzó sobre él y le besó con vehemencia.

—¡Au! —se quejó el conde cuando se separaron, a pesar de que había participado en el intercambio con gusto—. Tengo el labio roto.

—¡Oh, mira lo que le has hecho a mi vestido! —se lamentó lady Maccon, señalando la sangre que ahora decoraba el satén blanco.

Lord Maccon prefirió no excusarse diciéndole a su querida esposa que había sido ella quien había provocado el beso.

—Eres imposible —continuó ella, propinándole un tortazo en una de las pocas partes de su cuerpo que habían resultado indemnes tras la pelea—. ¿Eres consciente de que podrías haber muerto en ese enfrentamiento?

—Bah, tonterías. —Lord Maccon sacudió la mano en el aire, como restándole importancia al asunto—. Para ser beta, Dubh no es muy buen luchador que digamos, ni siquiera en su forma de lobo. No es mucho más fuerte que cualquier humano.

—Aun así es un soldado entrenado. —Alexia no tenía intención de permitir que se saliera con la suya tan fácilmente.

—¿Acaso has olvidado, querida esposa, que yo también lo soy?

—Has perdido práctica. Hace años que el alfa de la manada de Woolsey no participa en ninguna campaña.

—¿Estás diciendo que me hago viejo? Ya te enseñaré yo lo viejo que estoy. —La cogió en brazos como si fuese un amante latino y la llevó hasta el dormitorio.

Angelique, que se encontraba realizando labores de limpieza en el armario, abandonó la estancia rápidamente.

—Deja ya de intentar distraerme —se quejó Alexia unos segundos más tarde, tiempo suficiente para que su marido pudiera deshacerse de buena parte de su vestuario del día.

—¿Que yo te distraigo? Tú eres la que me ha arrastrado escaleras arriba justo cuando las cosas se ponían interesantes.

—No tienen intención de contarnos qué es lo que está pasando, por mucho que insistamos —respondió Alexia, desabrochando la camisa del conde y conteniendo una exclamación de horror al ver las marcas rojizas que cubrían el pecho de su esposo y que, a buen seguro, a la mañana siguiente se convertirían en cardenales—. No importa, lo descubriremos nosotros solos.

Lord Maccon dejó de besar el cuerpo de su mujer, en el que estaba dibujando un

pequeño caminito de besos, y la miró con un destello de sospecha en la mirada.

—Tienes un plan.

—Sí, así es, y la primera parte implica que me cuentes exactamente qué pasó hace veinte años cuando te marchaste. No. —Detuvo la mano de esposo, que no dejaba de moverse—. Déjalo. Y para la segunda parte será necesario que te vayas a dormir. Te van a doler partes de tu cuerpo que tu alma sobrenatural ni siquiera sabía que existían.

Lord Maccon se dejó caer sobre los cojines. Resultaba imposible razonar con ella cuando se ponía de aquella manera.

—¿Y la tercera parte del plan?

—Esa es la parte que conozco y tú no necesitas conocer.

—Odio cuando haces eso —se quejó el conde con un suspiro de resignación.

Alexia levantó un dedo en alto como quien riñe a un niño pequeño.

—Ah-ah, has calculado mal, querido. Ahora mismo tengo todas las cartas en mi poder.

Él sonrió.

—¿Es así como funciona?

—Has estado casado antes, ¿recuerdas? Deberías saberlo.

Lord Maccon se tumbó de lado mirando a su esposa, sin poder reprimir una mueca de dolor al hacerlo. Ella se acomodó sobre los cojines y él le acarició la barriga y el pecho con una de sus enormes manos.

—Tienes toda la razón, como siempre; así es precisamente cómo funcionan las cosas. —A continuación abrió los ojos de par en par e hizo batir las pestañas con gesto suplicante. Alexia había aprendido aquella estratagema de su amiga Ivy y la había utilizado con su marido durante su, a falta de una palabra mejor, cortejo. Poco sabía ella por aquel entonces lo persuasiva que podía llegar a ser aplicada en sentido contrario.

—¿Tienes intención, al menos, de mostrarte un poco colaboradora? —murmuró el conde con voz grave, sin dejar de besar el cuello de su esposa.

—Podrías convencerme. Claro que tendrías que ser muy, muy amable conmigo.

Conall estuvo de acuerdo con ser amable, en la manera más apropiada y menos verbal posible.

* * *

Más tarde, tumbado boca arriba y con la mirada fija en el techo, lord Maccon le contó a su esposa por qué había abandonado la manada de Kingair. Le contó hasta el último detalle, desde cómo era la vida de la manada, tanto por ser licántropos como por ser escoceses, desde los primeros años del reinado de la reina Victoria, hasta el

intento de asesinato contra la reina urdido por el beta de Kingair, un viejo amigo suyo, sin que él supiera nada al respecto.

No la miró ni una sola vez mientras hablaba. En su lugar, mantuvo la mirada fija en las sucias molduras del techo bajo el que se encontraban.

—Estaban todos involucrados, hasta el último de ellos, manada y guardianes por igual. Y ni uno solo confió lo suficiente en mí como para contármelo. Oh, no porque yo fuera leal a la reina; a estas alturas, ya sabes cómo funcionan las manadas y también las colmenas. Nuestra lealtad al poder del hombre nunca es incondicional. No, me mintieron porque yo era leal a la causa, siempre lo había sido.

—¿Qué causa? —preguntó su esposa, con su enorme mano entre las suyas, acurrucada contra su cuerpo pero sin atreverse a tocarle.

—La aceptación. ¿Puedes imaginar qué habría pasado si se hubiesen salido con la suya? Una manada escocesa, asociada a uno de los mejores regimientos de las Tierras Altas, múltiples campañas a sus espaldas al servicio del Ejército Británico, acabando con la vida de la reina Victoria. Habría acabado con todo el Gobierno, pero no solo eso, nos habría devuelto a la Edad Media. Esos conservadores que siempre se muestran contrarios a la integración habrían lanzado proclamas sobre una supuesta conspiración sobrenatural; la Iglesia habría recuperado su peso en suelo británico; en definitiva, habríamos vuelto a los peores años de la Inquisición sin apenas tiempo de menear la cola.

—Querido —Alexia estaba muy sorprendida, pero únicamente porque nunca había tomado en consideración las posturas políticas de su esposo—, ¡eres progresista!

—¡Hasta la médula! No podía creer que mi propia manada hubiera dejado a todos los licántropos en semejante situación. ¿Y por qué? ¿Viejos resentimientos y orgullo escocés? ¿Una débil alianza con los disidentes irlandeses? Y lo peor de todo fue que nadie me habló de la conspiración. Ni siquiera Lachlan.

—Entonces, ¿cómo lo descubriste?

Lord Maccon resopló disgustado.

—Los pillé preparando el veneno. ¡Veneno, ni más ni menos! Una forma de matar que no tiene sitio ni en las bases de una manada ni en los asuntos que la afectan. No es una forma honesta de acabar con la vida de alguien, y mucho menos de un monarca.

Alexia reprimió una sonrisa. Al parecer, aquel era el aspecto de la conspiración que más le molestaba.

—Los licántropos no somos conocidos por nuestra sutileza. Hacía semanas que me había dado cuenta de que se traían algo entre manos. Cuando encontré el veneno, conseguí que Lachlan me lo confesara todo.

—Y al final tuviste que enfrentarte a tu propio beta y acabar con su vida por ello.

Y luego ¿qué? ¿Simplemente te fuiste a Londres, dejándolos solos sin un líder?

Conall se dio la vuelta y la miró, apoyándose sobre el codo. Al no descubrir ningún signo de juicio o acusación en sus ojos, se permitió el lujo de relajarse.

—No existe un protocolo definido de actuación para este tipo de situaciones. La traición a gran escala a un alfa sin motivo justificado o sustituto posible. Y orquestada por mi propio beta. —Sus ojos estaban marcados por la agonía—. ¡Mi beta! Merecían quedarse sin metamorfosis. Podría haberlos matado a todos y nadie habría objetado al respecto, ni siquiera el deán, puesto que no solo conspiraban contra mí; conspiraban contra una reina humana.

Buscó los ojos de su esposa y su mirada desprendía tristeza.

Alexia intentó resumir la historia en una sola frase.

—De modo que el motivo de tu abandono fue el orgullo, el honor y la política, ¿cierto?

—Básicamente.

—Supongo que podría haber sido peor —dijo ella, acariciando la arruga que se había formado en la frente de su esposo.

—Podrían haberse salido con la suya.

—Supongo que eres consciente de que, como *muhjah*, estoy obligada a preguntártelo: ¿crees que lo volverán a intentar? ¿Dos décadas más tarde? ¿Podría explicarse así la aparición de tan misteriosa arma?

—Los licántropos tienen mucha memoria.

—Por la seguridad de la reina Victoria, ¿existe alguna forma de saberlo con certeza?

El conde suspiró suavemente.

—Lo desconozco.

—Y ¿ese es el motivo por el que regresaste? Si vuelve a suceder, tendrás que matarlos a todos, ¿cierto?

Le dio la espalda a aquellas palabras, con el cuerpo rígido, pero no las negó en ningún momento.

Capítulo 10. Transmisiones por el éter

Utilizando la información que lord Akeldama le había suministrado, y con la ayuda de un joven personaje al que el vampiro se había referido únicamente como Biffy, el profesor Lyall puso en marcha la operación.

—Ambrose se ha estado reuniendo con varios miembros de los regimientos que acaban de llegar a la ciudad —le había dicho lord Akeldama con una copa de whisky añejo en la mano, el fuego crepitando en la chimenea y un gato rechoncho sobre las rodillas—. Al principio pensé que se trataba de opiáceos o cualquier otra forma de tráfico ilegal, pero ahora estoy convencido de que se trata de algo mucho más siniestro. La colmena no solo está sirviéndose de todos sus contactos, sino que está entrando en contacto con todo soldado común que encuentra. Incluso con los peor vestidos. Es horrible. —El vampiro se estremeció delicadamente—. No consigo descubrir qué es lo que compran con tanta avaricia. ¿Quiere descubrir qué se trae entre manos la colmena de Westminster? Llame a la puerta de esos contactos licántropos tan estupendos que tiene usted en el ejército, querido, y haga una oferta. Biffy puede llevarle donde quiera.

Y así fue como, gracias a la información proporcionada por un vampiro errante, el profesor Lyall acabó sentado en un pub de mala muerte, el Prickled Crumpet, acompañado por el comandante Channing y un zángano espectacularmente bien vestido. Unas mesas más allá se encontraba uno de los soldados en los que el comandante más confiaba, nervioso y sujetando varios paquetes de aspecto sospechoso.

El profesor Lyall se acomodó en su silla y sostuvo una jarra de cerveza entre las manos. Odiaba la cerveza, un brebaje vil y ampliamente extendido.

El comandante Channing parecía inquieto. No dejaba de cruzar y descruzar las piernas, golpeando la mesa cada vez y derramando las bebidas.

—Estese quieto —le ordenó su beta—. Aún no ha llegado nadie. Tenga paciencia.

El comandante Channing se limitó a fulminarlo con la mirada.

Biffy les ofreció polvo de rapé. Los dos licántropos rechazaron la invitación con horror apenas disimulado. ¿Podía haber algo más horrible que echar a perder el propio sentido del olfato? Sin duda era algo muy típico de un vampiro.

Un poco más tarde, con la cerveza del profesor Lyall prácticamente intacta mientras el comandante Channing ya iba por la tercera pinta, el vampiro entró en el local.

Era un individuo alto y excesivamente atractivo, con el aspecto que un novelista le daría a uno de sus personajes vampiro, siniestro y pensativo, con la nariz aguileña y una mirada insondable. El profesor tomó un sorbo de su cerveza a modo de saludo. Tenía que reconocer lo que era evidente: lord Ambrose se había esmerado para crear

el ambiente necesario. Una nota inmejorable en el apartado «toque dramático».

Lord Ambrose se dirigió directamente a la mesa de los soldados y tomó asiento sin ni siquiera presentarse. La taberna era lo suficientemente ruidosa para que no hiciese falta un disruptor de auditorio, e incluso Lyall y Channing, con su oído sobrenatural, apenas comprendían una de cada diez palabras.

El intercambio apenas duró unos segundos y terminó con el soldado mostrándole a lord Ambrose su colección de objetos. El vampiro los revisó uno a uno, sacudió la cabeza enérgicamente y se levantó de la mesa, dispuesto a irse.

El soldado también se puso en pie y se inclinó hacia el vampiro para hacerle una pregunta.

Lord Ambrose se ofendió, puesto que salió disparado a una velocidad sobrenatural, golpeando al hombre en la cara con tanta rapidez que los reflejos del soldado de poco le sirvieron.

El comandante Channing se puso en pie de un salto, haciendo caer la silla al suelo con gran estrépito. El profesor Lyall lo sujetó por la muñeca, deteniendo sus instintos protectores más primitivos. Channing solía considerar a sus soldados parte de su propia manada.

El vampiro se volvió hacia el pequeño grupo reunido alrededor de la mesa. Murmuró algo entre dientes, con las puntas de sus colmillos claramente visibles contra el rojo de los labios. Acto seguido, haciendo ondear su abrigo color borgoña en el aire, abandonó el local con aire majestuoso.

El profesor Lyall, que jamás había hecho nada majestuoso en su vida, sintió una punzada de envidia por aquel hombre.

El joven soldado se acercó a ellos. Tenía una marca rojiza a un lado de la boca.

—Mataré a ese bastardo —juró el comandante Channing, haciendo el intento de perseguir a lord Ambrose hasta la calle.

—Ya basta. —La mano del profesor Lyall se cerró con fuerza alrededor del brazo del gamma—. Burt está perfectamente bien. ¿Verdad, Burt?

Burt escupió un poco de sangre, pero asintió.

—Me he enfrentado a cosas peores en alta mar.

Biffy cogió su cajita de rapé de encima de la mesa y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Y bien —el joven caballero le hizo un gesto al soldado para que cogiera una silla y se uniera al grupo—, ¿qué le ha dicho? ¿Qué están buscando?

—Algo de lo más extraño. Artefactos.

—¿Qué?

El soldado se mordió el labio inferior.

—Sí, artefactos egipcios. Pero nada como lo que imaginábamos. No se trata de armas. Por eso se ha puesto tan furioso con mi oferta. Buscan pergaminos.

Pergaminos con una determinada imagen grabada.

—¿Un jeroglífico?

Burt asintió.

—Y ¿de qué imagen se trata?

—Al parecer están bastante desesperados, porque no deja de ser un tanto indiscreto contárselo a un extraño como yo, pero sí, me lo ha dicho. Algo conocido como ankh, solo que el que buscan está roto. Ya saben, en el dibujo, como si estuviera partido por la mitad.

El profesor Lyall y Biffy intercambiaron miradas.

—Interesante —dijeron ambos al mismo tiempo.

—Estoy convencido de que en el registro de edictos guardan alguna imagen de ese símbolo. —Biffy, como no podía ser de otra manera, disponía de las fuentes de información propias de un vampiro.

—Lo que significa —añadió Lyall pensativo— que esto ha sucedido antes.

* * *

Alexia dejó a su esposo profundamente dormido. Tras siglos como inmortal, había olvidado la forma en que un cuerpo reclamaba descanso cuando tenía heridas de las que ocuparse. A pesar de la emoción, la noche era joven y buena parte del castillo seguía despierto.

A punto estuvo de chocar con una apresurada Ivy en pleno pasillo. La señorita Hisselpenny lucía un hermoso ceño fruncido en su rostro, por norma amigable.

—Dioses, Ivy, menuda cara llevas. —Lady Maccon se apoyó despreocupadamente en su sombrilla. Tal y como se estaban sucediendo los acontecimientos aquella noche, no le apetecía especialmente separarse de tan útil accesorio.

—Oh, Alexia. No quisiera parecer demasiado directa, pero no puedo aguantar sin decirlo: odio al señor Tunstell.

—¡Ivy!

—Bueno, quiero decir que, no, ¡de veras! Es imposible tratar con él. Tenía la sensación de que su afecto por mí era duradero. Un simple rechazo y cambia sus alianzas sin apenas inmutarse. ¡Incluso me atrevo a decir que es un tanto frívolo! Cortejar a otra mujer tan pronto con lo mal que lo he pasado yo por no querer romperle el corazón. Posee la capacidad de contención de, bueno, ¡de una mariposa indecisa!

Lady Maccon no pudo evitar concentrarse en la imagen de una mariposa con tales características.

—De veras, creía que seguías enamorada de él, a pesar de rechazarle

abiertamente.

—¿Cómo has podido pensar algo así? Le detesto. No puedo estar más decidida. ¡No es más que un indeciso y un inmaduro! Y no pienso tener nada que ver con una persona tan débil de carácter.

Lady Maccon no tenía muy claro cómo conversar con la señorita Hisselpenny cuando estaba de tan mal humor. Estaba acostumbrada a la Ivy desconcertada, a la Ivy habladora, pero esta nueva Ivy llena de ira era una criatura completamente distinta. Por todo ello, optó por asumir una táctica defensiva.

—Es evidente que te convendría una buena taza de té, querida. ¿Quieres que vayamos a ver si encontramos algo? Incluso los escoceses deben guardar alguna clase de brebaje para estas ocasiones.

La señorita Hisselpenny respiró profundamente.

—Sí, tal vez tengas razón. Una idea excelente.

Lady Maccon guió a su amiga escaleras abajo hasta uno de los pequeños salones de dibujo, donde encontraron a dos guardianes. Los jóvenes se mostraron más que encantados de poder ayudarlas a encontrar té, atender hasta el más pequeño deseo de la señorita Hisselpenny y, en general, demostrar a aquellas damiselas que los buenos modales no habían abandonado las Tierras Altas por completo de la mano de aquel complemento conocido como pantalones. Por todo ello, Ivy decidió perdonarles la osadía de vestir kilts. Lady Maccon dejó a su amiga acompañada por el estimulante acento de sus nuevos amigos y fue en busca de madame Lefoux y el eterógrafo averiado, con la esperanza que poder conocer a fondo cada uno de sus componentes.

Necesitó algún tiempo para dar con la enorme máquina. El castillo de Kingair era un castillo de verdad, y en él no se había respetado ninguna de las nociones más básicas en cuanto a conservación del espacio y repartición en forma de cuadrícula que en Woolsey sí habían sido aplicadas. Era un lugar enorme, con una curiosa tendencia a la confusión del visitante gracias a toda una serie de estancias adicionales, torres y escaleras gratuitas. Lady Maccon abordó la tarea que se traía entre manos con espíritu lógico (lo cual quizás fuera un error). Supuso que el eterógrafo estaría en una de las muchas torretas del castillo, aunque la auténtica dificultad residía en descubrir en cuál de todas ellas. Los escoceses, siempre tan preocupados por su capacidad para defenderse del enemigo. Alexia necesitó su tiempo para trepar por todas las escaleras que llevaban a alguna de las numerosas torres. Sin embargo, solo cuando escuchó un juramento supo que estaba en la zona correcta. Un juramento en francés, claro está, y no uno con el que estuviera familiarizada, naturalmente, pero no le cabía la menor duda del origen profano de aquellas palabras. Al parecer, madame Lefoux estaba experimentando algún tipo de inconveniente.

Cuando finalmente entró en la estancia, Alexia se encontró cara a cara o, mejor dicho, cara a trasero, con otra de las razones por las que la inventora solía vestir

pantalones de caballero. Madame Lefoux estaba tumbada boca arriba en el suelo, con la mitad del cuerpo bajo la máquina, de la que únicamente sobresalían las piernas y sus posaderas. Si hubiese llevado falda, aquella sería una posición cuanto menos poco delicada para una señorita.

El transmisor eterográfico de Kingair se apoyaba en el suelo de piedra del castillo gracias a unas pequeñas patas. Se asemejaba a dos casetas unidas la una a la otra y asentadas sobre las patas de un escabel. Todo estaba intensamente iluminado con lámparas de gas, y es que la manada no había reparado en gastos. La limpieza del lugar también era evidente.

Lady Maccon estiró el cuello para ver el oscuro interior de la cámara en la que madame Lefoux estaba trabajando. Al parecer, el mecanismo transmisor era el que estaba dando problemas. La inventora tenía a su lado una sombrerera que en realidad no era tal cosa, sino una caja de herramientas astutamente camuflada. Lady Maccon quiso una para sí misma de inmediato, mucho menos evidente que un maletín de trabajo como el suyo.

El guardián de las lentes, con su sempiterna expresión de pánico en la cara, se encontraba agachado junto a la inventora, y le pasaba, una tras otra, las herramientas, a cual más impresionante.

—El ajustador modulante del magnetomotor, si es tan amable —le dijo madame Lefoux, y enseguida recibió un objeto largo y con forma de vara, con un sacacorchos de cobre en un extremo y un tubo de cristal lleno de un líquido brillante en el otro. Pronto soltó un nuevo improperio, devolvió la herramienta al guardián y le pidió otra a cambio.

—Santo cielo —exclamó Alexia—, ¿qué está haciendo?

De pronto se oyó un golpe, seguido de más improperios. Las piernas de madame Lefoux se contrajeron y, segundos más tarde, la inventora salió de debajo de la máquina y se puso en pie, frotándose la cabeza y añadiendo una mancha de grasa más a la vasta colección que la francesa lucía en su hermoso rostro.

—Ah, lady Maccon, me alegro de verla. Me preguntaba cuánto tardaría en dar con nosotros.

—Me han entretenido esposos e Ivys varias —explicó Alexia.

—Desgraciadamente, ese tipo de cosas suelen pasar cuando uno está casado y tiene amigos —continuó madame Lefoux, mostrando su simpatía.

Lady Maccon se inclinó hacia delante y, utilizando la sombrilla como punto de apoyo, intentó mirar debajo de la máquina. Sin embargo, el corsé imposibilitó el intento, de modo que Alexia se volvió de nuevo hacia la inventora.

—¿Ha determinado ya la naturaleza del problema?

—Es la cámara de transmisión la que funciona mal. La de recepción parece funcionar perfectamente. Es difícil determinarlo sin una transmisión real.

Alexia miró al guardián en busca de confirmación y el joven asintió. No parecía tener mucho que decir por sí mismo, pero se mostraba dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario. La mejor clase de persona, pensó Alexia.

—Bien —dijo lady Maccon—, ¿qué hora es?

El joven caballero sacó un pequeño reloj de bolsillo de su chaleco y abrió la tapa.

—Las diez y media.

Lady Maccon se volvió hacia madame Lefoux.

—Si consigue tenerlo listo para las once, podemos intentar contactar con lord Akeldama desde este eterógrafo. Recuerde que él me dio los códigos, una válvula de frecuencia y un arco de tiempo, alrededor de las once.

—Pero sin nuestra resonancia, ¿de qué sirve eso? No podrá recibir nada. —El guardián cerró el reloj y volvió a guardarlo en el bolsillo del chaleco.

—Ah —intervino madame Lefoux—, el de lord Akeldama es un modelo adaptativo que no funciona según el protocolo de compatibilidad cristalino. Lo único que tiene que hacer es escanear en busca de una transmisión dirigida a su frecuencia durante el tiempo establecido para ello. Y nosotros podemos recibir sus transmisiones porque lady Maccon tiene en su poder la válvula apropiada para ello.

El guardián parecía más sorprendido que de costumbre.

—Tengo entendido que son grandes amigos —añadió madame Lefoux, como si con aquello no fuesen necesarias más explicaciones.

Alexia sonrió.

—En la tarde de mi boda, nos cogimos de la mano para que él pudiera ver la puesta de sol.

El guardián parecía confuso, nuevamente más confuso de lo normal (y es que el suyo era un rostro difícil para expresar el amplio abanico de emociones humanas).

—Lord Akeldama es un vampiro —explicó madame Lefoux.

El joven contuvo una expresión de sorpresa.

—¿Y le confió su vida?

Lady Maccon asintió.

—Por eso, en comparación, entregarme una válvula cristalina no es nada del otro mundo, por muy vital que sea esta, tecnológicamente hablando.

Madame Lefoux se encogió de hombros.

—No sabía nada al respecto, milady. Es decir, confiarle la vida a alguien es una cosa; hacer lo propio con un elemento tecnológico, otra bien distinta.

—Sea como fuere, puedo ofrecerles los medios para probar la efectividad de este eterógrafo, una vez que haya sido reparado.

El guardián la observó con una expresión de admiración en los ojos.

—Es usted una mujer muy eficiente, ¿no es así, lady Maccon?

Alexia no sabía si ofenderse o sentirse honrada por aquel comentario, de modo

que decidió ignorarlo.

—Será mejor que me ponga manos a la obra. —Madame Lefoux se deslizó de nuevo bajo el transmisor, retomando su particular serenata de sonidos metálicos. Segundos más tarde, su voz, camuflada entre el ruido, emergió de las profundidades de la máquina.

—¿Qué ha dicho?

La cabeza de madame Lefoux reapareció de nuevo.

—He dicho que si quiere escribir un mensaje para lord Akeldama mientras espera.

—Una idea inmejorable. —Lady Maccon se volvió hacia el guardián—. ¿Le importaría conseguirme un rollo en blanco, una aguja y un poco de ácido?

El joven se dispuso raudo a cumplir con el encargo. Mientras esperaba el material, Alexia echó un vistazo por la estancia en busca de la biblioteca de válvulas de frecuencia de la manada. ¿Con quién se comunicaba Kingair? ¿Por qué se habían molestado en invertir en un aparato tan caro como aquel? Finalmente encontró las válvulas cristalinas en un cajón en un extremo de la sala. Solo había tres, todas ellas sin etiqueta o identificación alguna.

—¿Qué está haciendo, lady Maccon? —El guardián apareció tras ella con una expresión de sospecha en la mirada (expresión, por otra parte, muy apropiada para su rostro).

—Me preguntaba para qué necesitaría una manada escocesa un eterógrafo como este —respondió Alexia. Nunca solía perder el tiempo disimulando cuando con una respuesta directa podía sorprender a su adversario con la guardia baja.

—Mmm —respondió el joven, sin mojarse, y acto seguido le entregó un rollo metálico, una pequeña probeta con ácido y una aguja.

Lady Maccon se instaló en una esquina de la estancia, con la lengua asomando ligeramente entre los labios mientras intentaba inscribir cada letra en su sección de la cuadrícula con la máxima pulcritud posible. Su caligrafía nunca había sido digna de premio, ni siquiera en los años de escuela, y ahora quería que quedara tan clara como fuera posible.

El mensaje decía: «Probando escoceses. Por favor, respondan».

Extrajo la válvula cristalina de lord Akeldama del bolsillo secreto de su sombrilla, sirviéndose de la abultada falda del vestido para disimular los movimientos de modo que el guardián no pudiera ver dónde estaba escondida.

Madame Lefoux seguía con lo suyo, de modo que lady Maccon se entretuvo explorando la cámara de recepción, la parte del eterógrafo en la que madame Lefoux no estaba trabajando. Puso a prueba su memoria repasando una a una las distintas partes. En general, eran más grandes y menos aerodinámicas que las del transmisor de lord Akeldama, pero ocupaban el mismo lugar: el filtro para eliminar el sonido

ambiente, un dial para controlar la amplificación de la señal recibida y dos piezas de cristal separadas por partículas negras.

Madame Lefoux sorprendió a Alexia rozándole ligeramente el brazo.

—Ya casi he terminado. Faltan cinco minutos para las once. ¿Le parece que preparemos la máquina para la transmisión?

—¿Puedo mirar?

—Por supuesto.

Los tres se amontonaron en la minúscula cámara de transmisión que, al igual que la otra, estaba llena de piezas parecidas a las de lord Akeldama —excepto que todo parecía más enredado, algo que Alexia había creído imposible, y las palancas y los diales eran menos numerosos.

Madame Lefoux introdujo el rollo metálico de Alexia en un soporte especial. Alexia introdujo la válvula de lord Akeldama en la horquilla de resonancia. Tras comprobar la hora, madame Lefoux pulsó un interruptor con forma de pomo y conectó el convector etérico, activando así el proceso químico. Las letras grabadas en el metal empezaron a brillar. Los dos pequeños motores de hidrodina cobraron vida, generando impulsos eteroléctricos opuestos, y las dos agujas recorrieron el metal, brillando intensamente cada vez que entraban en contacto a través de una de las letras. La transmisión había comenzado. A Alexia le preocupaba que la lluvia provocara un retraso en el proceso, pero confiaba en que la tecnología superior de lord Akeldama era capaz de generar una sensibilidad mucho mayor, superando sin dificultades las interferencias climatológicas.

El mensaje «Probando... escoceses... por favor... respondan» partió raudo por las ondas en busca de alguien que lo descifrara.

Muchos kilómetros hacia el sur, en lo más alto de una elegante residencia de ciudad, un zángano de vampiro convenientemente entrenado, vestido como la piel caramelizada de una naranja y cuyo aspecto parecía implicar que su máxima preocupación en la vida era si un pañuelo de invierno podía ser o no de cachemira, se incorporó de pronto y empezó a grabar la transmisión recibida. La fuente era desconocida, pero había recibido instrucciones de peinar las ondas a las once durante varias noches seguidas. Tomó nota del mensaje y luego de las coordenadas de la frecuencia de transmisión y de la hora, antes de salir corriendo en busca de su señor.

—No podemos saberlo con seguridad, pero creo que todo ha funcionado a la perfección. —Madame Lefoux apagó el transmisor, deteniendo el movimiento de los motores de hidrodina—. Claro que no sabremos si hemos establecido comunicación hasta que recibamos una respuesta.

—Su contacto tendrá que determinar la frecuencia correcta del mensaje recibido —explicó el guardián— para luego poder sintonizarla desde su localización, sin una válvula de frecuencia igual a la nuestra. ¿Cuánto tiempo cree que necesitarán para

hacerlo?

—No podemos saberlo —respondió la inventora—. Podría ser un proceso bastante rápido. Será mejor que encendamos la cámara de recepción.

Así pues, entraron los tres en la otra cámara y conectaron el pequeño motor silencioso a vapor situado bajo la consola de los instrumentos. Allí pasaron los siguientes quince minutos, sentados, en silencio, esperando.

—Esperaremos unos minutos más —susurró madame Lefoux, provocando con su voz una leve vibración en las bobinas del resonador magnético.

El guardián frunció el ceño y se dispuso a sintonizar correctamente los componentes que se ocupaban de filtrar el sonido ambiente.

De pronto, y sin previo aviso, el mensaje de lord Akeldama empezó a aparecer lentamente entre las dos piezas de cristal del receptor. El pequeño brazo hidráulico con un imán montado en un extremo se movió adelante y atrás, redistribuyendo las partículas magnéticas letra a letra.

El guardián, cuyo nombre Alexia aún desconocía, tomó nota de las letras, con sumo cuidado y en silencio, sobre un trozo de lienzo blanco y ayudándose de una pluma estilográfica. Lady Maccon y madame Lefoux, por su parte, contuvieron la respiración e intentaron no moverse ni un ápice. El silencio era vital para el proceso. Después de finalizar cada una de las letras, el brazo hidráulico volvía a la posición inicial y el cristal vibraba levemente, borrando la letra anterior y preparándose para la siguiente.

Finalmente, el brazo se detuvo. Esperaron unos minutos, y cuando Alexia se disponía a hablar, el guardián la detuvo levantando la mano con gesto autocrático. Solo cuando hubo desconectado hasta el último de los interruptores, hizo un gesto con la cabeza con el que les daba permiso para hablar. Lady Maccon supo entonces por qué estaba al cargo del eterógrafo. Los escoceses en general tenían fama de ser gente adusta y silenciosa, y aquel joven parecía ser el peor de todos ellos.

—¿Y bien? ¿Qué dice el mensaje? —preguntó Alexia.

El guardián se aclaró la garganta y, sonrojándose levemente, leyó lo siguiente: «Te tengo. ¿Saben bien los escoceses?».

Lady Maccon no pudo evitar reírse. Lord Akeldama había malinterpretado su mensaje, entendiéndolo literalmente.

—No importa la respuesta, sabemos que el transmisor funciona. Por fin podré compartir cotilleos con lord Akeldama.

El guardián se mostró indignado.

—¡La función de un eterotransmisor no es cotillear, lady Maccon!

—Dígaselo a lord Akeldama.

Madame Lefoux sonrió, mostrando sus adorables hoyuelos.

—¿Podemos enviarle otro mensaje para estar seguros de la eficacia de la cámara

de transmisión? —preguntó lady Maccon.

El guardián suspiró. No parecía dispuesto a colaborar, pero al mismo tiempo no quería denegar la petición de un invitado. Salió de la cámara y regresó con otro rollo de metal.

Alexia escribió «¿Espía aquí?».

Creía recordar que el modelo de lord Akeldama, si sabía dónde buscar, podía interceptar otras transmisiones.

Unos minutos más tarde llegó la respuesta. «Mío no. Murciélagos con ganas de hablar».

A pesar de la confusión de los otros dos, Alexia se limitó a asentir. Lord Akeldama creía que todo espía trabajaba para los vampiros. Conociéndole, lo más probable es que empezara de inmediato a monitorizar la colmena de Westminster y a cualquier vampiro errante que rondara por sus inmediaciones. Podía imaginarse a su amigo frotándose las manos enguantadas en rosa, encantado ante semejante reto. Con una sonrisa, extrajo la válvula de lord Akeldama y, mientras el guardián miraba hacia otro lado, la guardó de nuevo en su fiel sombrilla.

* * *

Cuando finalmente pudo volver a la cama, lady Maccon se sentía agotada. No era una cama pequeña precisamente, y sin embargo su esposo parecía ocuparla por completo. Roncaba suavemente, tenía los brazos y las piernas extendidos en forma de cruz y estaba envuelto en una colcha gastada y raída por el paso de los años y con una vida no demasiado agradecida.

Alexia se subió a la cama y aplicó una técnica que había aprendido en los últimos meses según el método del ensayo y el error. Se sujetó con fuerza al cabecero y utilizó las piernas para empujar a su esposo a un lado, liberando suficiente espacio para poder ocuparlo ella antes de que el conde decidiera estirarse de nuevo. Al fin y al cabo, lord Maccon había pasado décadas, incluso siglos, durmiendo solo; necesitaba un tiempo prudencial para acostumbrarse a lo contrario. Mientras tanto, Alexia había desarrollado los músculos de sus muslos a base de repetir el mismo ritual todas las noches, y es que el conde no era precisamente un peso pluma.

Conall se quejó levemente con un gruñido pero pronto se mostró encantado de tenerla acurrucada contra su cuerpo. Se volvió hacia ella, le acarició la nuca y rodeó su cintura con uno de sus pesados brazos.

Tiró con fuerza de la colcha, que se negaba a ceder, y colocó el brazo del conde sobre su cuerpo en lugar de sobre la manta. Al igual que sucedía con el resto de los sobrenaturales, el cuerpo de Conall tendía a estar frío, pero Alexia nunca lo había sentido. Cuando tocaba a su esposo, este recobraba su cuerpo mortal, que, al parecer,

había funcionado a temperaturas cercanas al punto de ebullición del agua. Era agradable poder dormir sintiendo su piel, sin tener que preocuparse por hacerle envejecer.

Y justo en aquel preciso instante lady Maccon cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Cuando despertó, aún sentía aquella calidez tan agradable, a pesar de que el afecto de su esposo, o más bien sus tendencias asesinas, la habían empujado al borde de la cama y su cuerpo colgaba suspendido en el aire. Sin su brazo alrededor de la cintura, lo más probable sería que se hubiera precipitado al suelo. El camisón, cómo no, había desaparecido. ¿Cómo se las ingeniaba para hacerlo? Las caricias en la nuca se habían convertido en besos.

Abrió un párpado: ya había amanecido, un amanecer gris y depresivo, típico del invierno en las Tierras Altas. Kingair recibió el nuevo día con una luz triste y apagada, que difícilmente invitaba a levantarse de la cama de un salto para enfrentarse a la rutina de la mañana con la mejor de las caras. Claro que Alexia nunca había sido de esa clase de personas.

Los besos de Conall dieron paso a pequeños mordiscos cada vez más insistentes. Le gustaba dejar su marca de vez en cuando. A veces Alexia se preguntaba si, de no ser ella preternatural, le habría arrancado un bocado de carne de vez en cuando. Había algo especial en la forma en que sus ojos se tornaban amarillos y hambrientos cada vez que se ponía cariñoso. Hacía tiempo que Alexia había dejado de luchar contra la certeza de su amor hacia Conall, pero eso no quería decir que no se mostrara firme y práctica en cuanto a sus requerimientos. Los instintos básicos eran eso, básicos, y, si no mediaba contacto alguno entre ellos, el conde no dejaba de ser un licántropo. En ocasiones como aquella, Alexia se alegraba de que sus poderes mantuvieran los dientes de su querido esposo a raya. Claro que, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas en Kingair, aunque lady Maccon hubiera sido la orgullosa propietaria de un alma completa, tampoco habría tenido motivos para preocuparse.

El conde concentró toda su atención en la oreja de su esposa.

—Déjalo ya. Angélique aparecerá en cualquier momento para ayudarme con la indumentaria de hoy.

—Que no nos moleste.

—Por lo que más quieras, Conall. Piensa en lo sensible que es.

—Tu doncella es una mojígata —respondió su esposo con un gruñido, sin detener sus románticas atenciones y moviendo el brazo para facilitar lo que para él no dejaban de ser actividades matutinas perfectamente aceptables. Desgraciadamente, no cayó en la cuenta de que su brazo era lo único que mantenía a su querida esposa sobre la cama.

Con un grito absolutamente indigno para alguien de su alcurnia, Alexia se

desplomó sobre el suelo.

—Santo Dios, mujer, ¿por qué haces eso? —le preguntó su marido visiblemente confundido.

Lady Maccon comprobó que no se hubiera roto algo y luego se levantó del suelo, furiosa como una avispa, justo cuando se disponía a picar a su esposo con la parte más afilada de su lengua, ya de por sí letal, recordó que estaba desnuda. Fue en aquel preciso instante cuando cayó en la cuenta, no sin cierta sorpresa, de lo fría que podía llegar a estar la piedra durante el invierno en las Tierras Altas. Maldiciendo a su esposo, le arrancó las mantas de encima y se tiró encima de él, acurrucándose contra el calor de su cuerpo.

Lord Maccon no tuvo nada que objetar al respecto. Claro que su esposa aún estaba molesta, además de completamente despierta e inquieta, y a él le dolía todo el cuerpo tras la pelea del día anterior.

—Hoy pienso descubrir qué está pasando con esta manada aunque sea lo último que haga —dijo Alexia, apartando las manos del conde cuando estas trataron de acometer una incursión ciertamente interesante—. Cuanto más tiempo pase holgazaneando en la cama, menos tendré para investigar.

—Yo no pensaba holgazanear precisamente —respondió él con un gruñido.

Lady Maccon decidió que, por el bien de la economía horaria, tendría que enfrentarse al frío o su esposo alargaría aquella situación durante horas. Cuando se le metía algo en la cabeza, le gustaba llevarlo hasta las últimas consecuencias.

—Tendrá que esperar hasta esta noche —dijo ella, deshaciéndose del abrazo del conde. Con un rápido movimiento, rodó hasta el borde de la cama, envolviéndose al mismo tiempo con la colcha. Una vez allí, saltó al suelo y corrió en busca de la bata de piel, dejando a su pobre esposo desnudo encima de la cama. El frío no parecía ser un problema para el conde, puesto que se limitó a apoyarse en un cojín, juntar las manos detrás de la cabeza y observarla con los ojos medio cerrados.

Aquella fue la escena que se encontró la pobre Angelique —su señora envuelta con una manta como una salchicha y su señor tumbado en la cama y completamente desnudo a la vista de cualquiera. La doncella había vivido el tiempo suficiente entre licántropos, y en presencia de lord y lady Maccon, como para no alterarse más de lo necesario. Ahogó una exclamación de horror con una mueca en la cara, apartó la mirada y llevó la palangana con agua para las abluciones de su señora hasta el pequeño pedestal que descansaba en una esquina de la estancia.

Lady Maccon disimuló una sonrisa. Pobre Angelique. Pasar del mundo de las colmenas al caos de la vida de una manada tenía que resultar desconcertante. Al fin y al cabo, nadie era más civilizado que los vampiros, del mismo modo que nadie lo era menos que los licántropos. Alexia se preguntó si los vampiros practicaban alguna vez deportes de cama; siempre estaban tan ocupados siendo correctos los unos con los

otros. Al menos los licántropos vivían a lo grande, por muy ruidosos y desordenados que fueran.

Le dio las gracias a la doncella y se apiadó de ella enviándola en busca del té. Acto seguido, dejó caer la manta y se dispuso a lavarse.

Conall se levantó de la cama y se acercó para ver si podía «ayudarla» con sus abluciones. Su asistencia provocó algunas risas, muchas salpicaduras y cierta sensación líquida que no tenía por qué estar necesariamente relacionada con el agua. Aun así, Alexia se las ingenió para cubrirse con su bata de piel y empujar a su esposo hasta el vestidor antes de que Angelique regresara.

Tomó el té mientras su doncella escogía el vestido para el día y sus complementos. Se lo puso en silencio, sin quejarse ni una sola vez, consciente de que ya habían puesto suficientemente a prueba los sentimientos de la joven para toda la mañana.

Resolló lo justo mientras la doncella le ponía el corsé. Angelique era implacable. Poco después estaba sentada, dócil y vestida, mientras la joven le arreglaba el pelo.

—Entonces, ¿ya han agueglado la máquina?

Alexia la miró a través del espejo con un destello de sospecha en los ojos.

—Sí, eso creo. Pero yo no me emocionaría demasiado; madame Lefoux no parece tener intención de marcharse de momento.

Angelique no respondió.

Alexia se moría de ganas de saber la historia que unía a aquellas dos mujeres, pero se había resignado a la certeza de que la cautela propia de los franceses superaba con creces a la testarudez de los británicos, de modo que permaneció en silencio mientras la doncella terminaba su trabajo.

—Dile que así es más que suficiente —exclamó la voz de su esposo.

Lady Maccon se incorporó y buscó a su esposo con la mirada.

Conall emergió del vestidor, seguido de cerca por el siempre sufrido Tunstell.

Lady Maccon observó a su esposo con ojo crítico.

—Llevas la camisa por fuera de los pantalones, el nudo del pañuelo suelto y el cuello doblado a un lado. —Se acercó a él y empezó a pelearse con su ropa.

—No sé por qué me molesto; siempre te pones de su parte. —Conall se sometió a las atenciones de su esposa con evidente desgana.

—¿Eres consciente de que tu acento es cada vez más marcado desde que llegamos a Escocia?

Aquello le supuso ganarse una mirada de hastío. Lady Maccon miró a Tunstell por encima del hombro de Conall, puso los ojos en blanco y le indicó con la cabeza que ya podía irse.

—No hemos venido a Escocia; yo he venido y tú me has seguido —respondió el conde, deslizando un dedo por debajo del cuello de la camisa.

—Quieto, ensuciarás el blanco.

—¿Te he comentado alguna vez lo despreciables que me parecen las últimas modas?

—Cuéntaselo a los vampiros; son ellos quien marcan tendencia.

—De ahí los cuellos almidonados —se lamentó el conde—. Yo y los míos no necesitamos ocultar nuestros cuellos.

—No —bromeó su esposa—, solo vuestras personalidades. —Retrocedió un paso, alisando con las manos las solapas del chaleco—. Listo. Estás muy guapo.

Su esposo, aunque corpulento y sobrenatural, se mostró tímido ante las palabras de su esposa.

—¿Tú crees?

—Deja de intentar cosechar cumplidos y ve a buscar la chaqueta. Me muero de hambre.

Lord Maccon la atrajo hacia su cuerpo y le propinó un beso largo y profundo.

—Siempre estás hambrienta.

—Mmm. —No se podía rebatir una verdad como aquella—. Igual que tú, solo que de cosas diferentes.

Apenas llegaban tarde al desayuno.

La mayor parte de la casa seguía durmiendo. Sentados a la mesa esperaban lady Kingair —Alexia se preguntó si alguna vez dormía— y dos guardianes, pero ni un solo miembro de la manada. Ivy y Felicity seguían en la cama, como no podía ser de otra manera. Vivían según los horarios de Londres, incluso en el campo, de modo que no aparecerían hasta bien entrada la mañana. Tunstell, sospechaba lady Maccon, encontraría cosas con las que sentirse ocupado hasta que las mujeres bajaran.

Para estar en medio de la nada, el desayuno que se servía en el castillo no estaba del todo mal. Había lonchas de cerdo frías, carne de venado y perdiz; camarones, setas fritas, peras en rodajas, huevos duros y tostadas, así como una buena colección de frutas en conserva. Lady Maccon se sirvió un poco de todo y luego tomó asiento, dispuesta a dar cuenta del desayuno.

Lady Kingair, que estaba comiendo un tazón de gachas de avena sin sazonar y una simple tostada, observó con curiosidad el plato cargado de comida de lady Maccon. Alexia, que nunca había permitido que las opiniones de otros le afectaran lo más mínimo, sobre todo en lo referente a la comida, se limitó a masticar de forma ostensible y con un gusto más que evidente.

Su esposo miró a lady Kingair y sacudió lentamente la cabeza. Claro que poco podía decir, puesto que su plato superaba al de su esposa con creces.

—Ahora que vuelves a ser humano —dijo lady Maccon tras una pausa—, si sigues comiendo así engordarás rápidamente.

—En ese caso no me quedará más remedio que practicar más deporte, cuanto más

duro mejor.

—Podrías apuntarte a la cacería —sugirió Alexia.

Los licántropos, por norma general, no eran grandes jinetes. Pocos caballos se mostraban dispuestos a llevar un lobo sobre su grupa, por mucho que tuviera el aspecto de un humano. Y no se trataba de un tema que preocupara especialmente a las manadas, puesto que, cuando se transformaban, eran capaces de correr más deprisa que cualquier caballo. A excepción, claro está, de aquellos que disfrutaban montando antes de la metamorfosis.

Lord Maccon no era uno de aquellos hombres.

—¿De zorros? Creo que no —respondió, mordiendo un trozo de cerdo—. Los zorros son como primos para nosotros; no sentaría muy bien dentro de la familia, no sé si me explico.

—Oh, pero estarías tan guapo con botas altas y una de esas chaquetas rojas.

—Yo me refería a boxeo o tal vez tenis.

Lady Maccon trató de disimular una carcajada metiéndose el tenedor cargado de setas en la boca. Menuda una idea, su esposo corriendo de aquí para allá, vestido de blanco y con una pequeña raqueta en la mano. Tragó saliva.

—Me parece una idea estupenda, querido —dijo Alexia, con el rostro inmutable y los ojos brillantes—. ¿Has considerado el golf? Muy adecuado para ti, teniendo en cuenta tus orígenes y tu sentido del estilo.

Conall fulminó a su esposa con la mirada, aunque en sus labios jugueteaba una sonrisa huidiza.

—Ya basta, esposa, no creo que los insultos sean necesarios.

Alexia no estaba muy segura de si estaba insultándolo a él al sugerirle la posibilidad del golf, o bien estaba insultando al golf al dar por sentado que lord Maccon era el jugador ideal.

Lady Kingair observó el intercambio mientras se debatía entre la admiración y el asco.

—Por todos los santos, había oído que el vuestro era un matrimonio por amor, pero nunca llegué a creérmelo.

Lady Maccon suspiró.

—¿Por qué querría una mujer casarse con este hombre si no?

—O con ella —añadió lord Maccon.

Alexia creyó ver algo por el rabillo del ojo que le llamó la atención. Algo pequeño moviéndose junto a la puerta de la estancia. Movida por la curiosidad, se levantó de la mesa, dando por finalizada la conversación, y se acercó a investigar.

Al examinar la escena de cerca, gritó con una efusividad poco común en ella y se apartó de un salto. Lord Maccon se acercó presto a rescatarla.

Lady Maccon miró a su tátara-tatara-tataranieta política o lo que fuera.

—¡Cucarachas! —exclamó, horrorizada hasta el punto de haber obviado las normas de cortesía más básicas en lo referente a no mencionar la suciedad de las casas ajenas—. ¿Por qué hay cucarachas en este castillo?

Lord Maccon, mostrando una entereza encomiable, se quitó el zapato, dispuesto a aplastar al insecto. Se detuvo un instante, examinó el ejemplar en cuestión durante unos segundos y luego lo chafó con la suela de su zapato.

Lady Kingair se dirigió a uno de los guardianes.

—¿Cómo ha entrado eso aquí?

—No podemos mantenerlos confinados, milady. Al parecer, están criando.

—En ese caso llamad a un exterminador.

El joven lanzó una mirada furtiva en dirección a lord y lady Maccon.

—¿Cree que un exterminador sabrá cómo acabar —pausa— con esta especie?

—Solo hay una forma de averiguarlo. Parte inmediatamente hacia el pueblo.

—Muy bien, señora.

Alexia regresó a la mesa, pero había perdido el apetito por completo, de modo que poco después se levantó dispuesta a irse.

Lord Maccon se llevó un último bocado a la boca y salió detrás de su esposa, alcanzándola en el pasillo.

—Eso no era una cucaracha, ¿verdad?

—No, no lo era.

—¿Y bien?

Lord Maccon se encogió de hombros, con las manos abiertas en señal de confusión.

—Unos colores muy extraños, y muy brillante.

—Oh, vaya, gracias por los detalles.

—¿Por qué te sigue preocupando? Está muerto.

—Tienes razón, esposo querido. Y bien, ¿qué planes tenemos para hoy?

El conde se llevó el pulgar a los labios, pensativo.

—Había pensado que podríamos tratar de discernir la razón exacta por la que las habilidades sobrenaturales aquí no funcionan.

—Oh, querido, una idea única y muy original.

Lord Maccon se detuvo un instante. El problema que afectaba al castillo de Kingair no parecía ser la primera de sus prioridades.

—Chaqueta roja y botas brillantes, ¿eh?

Lady Maccon miró a su esposo, confusa. ¿A dónde quería ir a parar con aquello?

—¿Crees que son las botas las que provocan la enfermedad?

—No —respondió el conde con un gruñido, visiblemente avergonzado—, en mí.

—¡Ah! —Una sonrisa iluminó el rostro de Alexia—. Creo haber mencionado algo al respecto.

—¿Algo más?

La sonrisa cada vez era más amplia.

—Ahora que lo dices, mi visión incluía botas, chaqueta y nada más. Mmm, tal vez solo las botas.

Lord Maccon tragó saliva y ella le miró fijamente, dispuesta a elevar la apuesta.

—Si en algún momento tuvieras a bien convertir esa imagen en real, tal vez podríamos negociar cuál de los dos se ocupa de las riendas.

Lord Maccon, licántropo con más de doscientos años a sus espaldas, se puso rojo como un tomate.

—No sabes cuánto te agradezco que no te hayas dedicado a las apuestas, amor mío.

Ella se acurrucó entre sus brazos y levantó los labios para que la besara.

—Dame tiempo.

Capítulo 11. Jefe del ORA

Esa misma tarde, lord y lady Maccon decidieron salir a dar un paseo. Había dejado de llover y el día prometía ser no exactamente agradable, pero al menos sí mínimamente pasable. Lady Maccon decidió que, puesto que estaban en el campo, podía relajar sus estándares, así que no se cambió de vestido para el paseo y, en lugar de ello, únicamente cambió el calzado que llevaba por uno más cómodo.

Por desgracia para lord y lady Maccon, las señoritas Loontwill y Hisselpenny decidieron unírseles, lo cual provocó una espera interminable mientras ambas mujeres se cambiaban. Afortunadamente, Tunstell estaba desaparecido, de modo que la competencia entre las dos no fue tan dura como en otras ocasiones. Alexia ya había empezado a pensar que no conseguirían salir del castillo antes de la hora de irse a dormir cuando ambas aparecieron ataviadas con sendos sombreros e idénticas sombrillas entre las manos. Alexia recordó entonces que no había cogido la suya, provocando un nuevo retraso. Movilizar a una flota al completo en una batalla naval habría sido más sencillo.

Consiguieron partir al fin, pero cuando llegaron a la altura del bosque que se extendía al sur de la finca, se encontraron con el gamma de Kingair, Lachlan, que mantenía una agria discusión con Dubh, el beta, entre susurros y maldiciones.

—Destruyelo todo —dijo el gamma—. No podemos seguir viviendo así.

—No hasta que sepa cuál y por qué.

Los dos hombres divisaron al grupo y guardaron silencio.

Según las convenciones de la época, debían unirse al grupo más grande y, con la ayuda de Felicity y Ivy, Alexia se las ingenió para establecer una conversación mínimamente civilizada. Ambos preferían guardar silencio casi todo el tiempo, y era evidente que obedecían órdenes de la manada. Lo que dichas órdenes no tenían en cuenta era que la determinación y la frivolidad eran armas muy peligrosas, capaces de soltar cualquier lengua.

—Tengo entendido que estuvieron en primera línea de fuego en la India. Deben de ser muy valientes para enfrentarse a salvajes como esos. —La señorita Hisselpenny abrió los ojos de par en par y los miró fijamente, con la esperanza de que contaran algunas de sus batallitas más heroicas.

—Ya no quedan allí demasiadas batallas por librar. Solo la pacificación de los locales —objetó lord Maccon.

Dubh fulminó al conde con la mirada.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Oh, pero ¿cómo es aquello? —intervino Ivy—. En los periódicos se puede encontrar alguna historia de vez en cuando, pero ninguna transmite la realidad del lugar fielmente.

—Hace más calor que en el maldito...

La señorita Hisselpenny contuvo una exclamación de horror ante el lenguaje que estaba a punto de salir por la boca del beta.

—Es decir, que hace mucho calor —corrigió Dubh, civilizando sus maneras.

—Y la comida no está demasiado buena —añadió Lachlan.

—¿De veras? —Aquello despertó el interés de Alexia. La comida producía ese efecto en ella—. Es horrible.

—Incluso Egipto fue mejor que la India.

—Oh. —Los ojos de la señorita Hisselpenny se abrieron de par en par—. ¿También han estado en Egipto?

—Por supuesto que han estado en Egipto —se burló Felicity—. Todo el mundo sabe que en la actualidad es uno de los principales puertos del imperio. ¿Les he contado alguna vez lo interesante que me parece todo lo militar? He oído que casi todos los regimientos tienen que pasar por allí.

—Oh, ¿de veras? —Ivy parpadeó perpleja, tratando de comprender la razón geográfica que podía esconderse detrás de ello.

—Y ¿qué les pareció Egipto? —preguntó educadamente Alexia.

—Muy caluroso también —respondió Dubh.

—Casi todos los países deben de serlo, comparados con Escocia —le espetó lady Maccon.

—Fue usted quien decidió venir de visita —le recordó el licántropo.

—Y usted decidió ir a Egipto. —Alexia nunca se retiraba de una batalla dialéctica.

—No del todo. Las manadas estamos obligadas a servir a la reina Victoria. —La conversación era más y más tensa por momentos.

—Pero no tiene por qué ser como parte del ejército.

—No somos solitarios para ir de un lado a otro del país con el rabo entre las piernas. —Dubh buscó la complicidad de lord Maccon para que le ayudara a tratar con su irascible esposa, y el conde se limitó a guiñarle un ojo.

La ayuda llegó de la fuente menos probable.

—Según dicen, Egipto posee unos tesoros antiguos de valor incalculable —intervino Ivy tratando de mantener una conversación civilizada.

—Antigüedades —añadió Felicity, orgullosa de sí misma por conocer la palabra.

—Nos hicimos con una colección considerable mientras estábamos allí —intervino Lachlan, con la esperanza de evitar que lady Maccon y el beta se mataran el uno al otro.

Dubh gruñó a su compañero de manada.

—¿Eso no es ilegal? —se preguntó lord Maccon en voz baja con su voz oficial del ORA. Nadie le hizo el menor caso, excepto su mujer, que le propinó un pellizco en

el brazo.

—¿De veras? —preguntó Alexia—. ¿Qué clase de artefactos?

—Algunas piezas de joyería, unas estatuas y, por supuesto, un par de momias.

Ivy ahogó una exclamación de sorpresa.

—¿Momias reales?

Felicity no pudo contener la risa.

—Espero que no fueran momias plebeyas. —Pero incluso ella parecía emocionada ante la idea. Alexia supuso que, en el mundo de su hermana, algo así podía considerarse glamuroso.

—Deberíamos dar una de esas fiestas en las que se desenvuelve a la momia. Son la sensación de la temporada en Londres —propuso lady Maccon, aprovechando la ocasión.

—Por supuesto. No queremos que nadie nos considere anticuados —intervino la abrasiva voz de lady Kingair. Se había acercado al grupo sin que nadie reparara en su presencia, con el rostro serio y gesto severo. Lord Maccon, Lachlan y Dubh se sobresaltaron al oír su voz. Estaban acostumbrados a que su sentido sobrenatural del olfato los avisara cuando alguien se acercaba, por muy en silencio que fuera.

Sidheag se volvió hacia su gamma.

—Lachlan, ordena a los guardianes que lo preparen todo.

—¿Está segura, milady? —preguntó el interpelado.

—No nos irá mal un poco de diversión, y no queremos decepcionar a nuestras invitadas, ¿verdad? Tenemos momias en nuestro poder, bien podemos quitarles las vendas. Al fin y al cabo lo que nos interesaba eran los amuletos.

—Oh, qué emocionante —dijo la señorita Hisselpenny, a punto de saltar de la alegría.

—¿Qué momia, milady? —preguntó Lachlan.

—La más pequeña, con la envoltura más anodina.

—Como usted ordene. —El gamma partió de inmediato a preparar el evento.

—Oh, me parece tan divertido —exclamó Felicity—. Sin ir más lejos, la semana pasada Elsie Flinders-Pooke se pavoneaba de haber estado en una de esas fiestas. Imaginen qué dirá cuando le diga que yo he asistido a una en un castillo encantado en las Tierras Altas escocesas.

—¿Cómo sabe que Kingair está encantado?

—Lo sé porque obviamente así tiene que ser. Nadie podría convencerme de lo contrario. No ha aparecido ni un solo fantasma desde nuestra llegada, pero tampoco existe ninguna prueba que demuestre lo contrario —respondió Felicity, defendiendo la historieta que en un futuro correría a contar a todas sus amigas.

—No sabe cuánto nos enorgullece poder proporcionarle un éxito social de tanta significancia —se burló lady Kingair.

—Un placer para usted, no me cabe la menor duda —respondió Felicity.

—Mi hermana es una mujer con una capacidad de entendimiento más bien limitada —explicó lady Maccon, disculpándose por el comportamiento de Felicity.

—Y ¿qué es usted? —preguntó Sidheag.

—Yo soy limitada en todo lo demás.

—Vaya, y yo que pensaba que era usted la hermana con más sentido común.

—Todavía no, pero deme tiempo.

Dieron media vuelta y regresaron al castillo. Lord Maccon ralentizó el paso para poder hablar con su esposa en privado.

—¿Crees que uno de esos artefactos es el arma que ha provocado todo esto?

Alexia asintió.

—Pero ¿cómo sabremos cuál de ellos?

—Tal vez no nos quede más remedio que utilizar tu autoridad como jefe del ORA y confiscar las antigüedades como importaciones ilegales.

—Y luego ¿qué? ¿Incinerarlas todas?

Lady Maccon frunció el ceño. Le gustaba pensar en sí misma como una estudiosa, por lo que, en general, no solía estar a favor de la destrucción de reliquias.

—No había pensado llevar las cosas tan lejos.

—Sería una destrucción terrible, y yo mismo me opongo a ello, pero no podemos permitir que esas cosas anden sueltas por el imperio. Imagina qué pasaría si cayesen en las manos equivocadas.

—¿Como el Club Hypocras? —preguntó lady Maccon, estremeciéndose al pensar en ello.

—O los vampiros. —No importaba lo integrados que estuvieran en la sociedad civilizada; licántropos y vampiros nunca confiarían los unos en los otros.

De pronto lady Maccon se detuvo en seco. Su esposo dio cuatro largas zancadas antes de darse cuenta de que Alexia no estaba a su lado, sino que observaba, pensativa, el éter, haciendo girar su mortífera sombrilla sobre su cabeza.

—Acabo de recordar algo —dijo Alexia cuando su marido regresó a su lado.

—Oh, eso lo explica todo. Qué estúpido he sido al creer que podías caminar y recordar al mismo tiempo.

Lady Maccon le sacó la lengua a su esposo pero retomó la caminata de regreso al castillo. El conde aminoró la marcha para adaptarse al paso de ella.

—Ese insecto, el que mataste en el desayuno. No era una cucaracha, era un escarabajo. De Egipto. Estoy convencida de que tiene algo que ver con los artefactos que trajo el regimiento consigo.

La boca de lord Maccon se contrajo en una mueca de asco.

—Puaj.

Se habían descolgado a una cierta distancia del grupo. Los demás acababan de

llegar a las puertas del castillo cuando alguien emergió de él. Se produjo una pausa mientras se saludaban los unos a los otros, y luego el desconocido avanzó en dirección a lord y lady Maccon.

El desconocido resultó ser madame Lefoux.

Alexia saludó a la inventora con la mano. Vestía su hermoso abrigo gris de día, pantalones a rayas, chaleco de satén negro y pañuelo azul intenso al cuello. Era una imagen hermosa, el castillo de Kingair —recortado sobre un fondo oscuro y rodeado por la niebla— y aquella mujer tan atractiva, por muy inapropiada que fuera su vestimenta, acercándose rápidamente a ellos. Hasta que madame Lefoux estuvo suficientemente cerca como para descubrir algo más: la expresión de preocupación que atenazaba su rostro.

—No saben cuánto me alegro de haberos encontrado. —Hablabas con un acento inusualmente fuerte en ella. Sonabas casi tan mal como Angelique—. Ha sucedido algo extraño, lady Maccon. La estaba buscando para explicárselo. Fuimos a comprar el estegófono y vi...

De pronto un estallido tremendo resonó alrededor del castillo. Alexia estaba segura de haber visto cómo la niebla temblaba por efecto del sonido. Madame Lefoux, con el rostro entre la preocupación y la sorpresa, se detuvo a media frase y se desplomó sobre el suelo, inerte como un espagueti demasiado cocido y con una mancha roja creciendo por momentos en la solapa gris de su hermoso abrigo.

Lord Maccon cogió a la inventora en el aire antes de que se golpeará contra el suelo y la dejó en él con sumo cuidado. Luego puso una mano sobre su boca para ver si respiraba.

—Está viva.

Alexia se quitó el chal de los hombros y se lo entregó a su marido, que lo utilizó a modo de vendaje. No tenía sentido que echara a perder el único pañuelo bueno que le quedaba.

Alexia levantó la mirada hacia el castillo, recorriendo cada una de las arpilleras en busca del reflejo del sol sobre el metal de un rifle, pero había demasiadas arpilleras y muy poca luz. El francotirador, fuera quien fuese, no era visible.

—Agáchate ahora mismo, mujer—le ordenó su esposo, sujetándola por un volante de la falda y tirando de ella hasta que Alexia se agachó junto al cuerpo de la inventora. El volante se rasgó de lado a lado—. No sabemos si el tirador apuntaba hacia ella o hacia nosotros —gruñó.

—¿Dónde está tu maravillosa manada? ¿No deberían haber aparecido a toda prisa para rescatarnos?

—¿Quién dice que no son ellos los que están disparando? —preguntó el conde.

—Bien visto. —Lady Maccon dirigió la sombrilla hacia el castillo de modo que ocultara su posición cuanto fuera posible.

Un segundo disparo impactó en el suelo, a pocos metros de donde se encontraban, levantando tierra y pequeñas piedras.

—La próxima vez —murmuró el conde entre dientes— pagaré lo que haga falta para que te hagan uno de esos pero recubierto de metal, que pueda servirnos de escudo.

—Oh, eso sí que sería práctico para las calurosas tardes de verano. Vamos, tenemos que encontrar un lugar en el que cobijarnos —susurró su esposa—. Dejaré la sombrilla aquí a modo de señuelo.

—¿Corremos hacia ese seto? —sugirió Conall mirando a la su derecha, donde un pequeño muro cubierto de rosas salvajes se había convertido en la versión Kingair de un jardín en condiciones.

Alexia asintió.

Lord Maccon cargó el cuerpo inerte de la inventora sobre uno de sus hombros sin demasiadas dificultades. Tal vez había perdido su fuerza sobrenatural, pero seguía siendo un hombre fornido.

Corrieron con todas sus fuerzas hacia el muro.

Un tercer disparo rompió el silencio de la tarde.

Solo entonces escucharon gritos. Alexia asomó la cabeza por encima del rosal. Varios miembros de la manada habían aparecido por las puertas del castillo y miraban a su alrededor en busca del origen de aquellos disparos. Algunos gritaron y señalaron hacia arriba. Guardianes y manada regresaron al interior del castillo a toda prisa.

Lord y lady Maccon permanecieron escondidos hasta estar seguros de que los disparos habían terminado. Solo entonces salieron de detrás de los matorrales. Lord Maccon llevaba a madame Lefoux en brazos, y Alexia aprovechó para recuperar su sombrilla.

De nuevo en el castillo, determinaron que la vida de la inventora no corría peligro. La bala le había dañado seriamente el hombro y se había desmayado a causa del disparo.

Ivy reapareció en escena.

—Oh, santo Dios, ¿ha ocurrido algo malo? La gente no deja de gesticular. —Al descubrir el cuerpo comatoso de madame Lefoux, añadió—: ¿Ha perdido el sentido? —Pronto descubrió la mancha de sangre en el abrigo de la inventora, y a punto estuvo de desmayarse también ella. Sin embargo, se recuperó y siguió a la pareja hasta un salón en la parte trasera del castillo, donde, sin dejar de interrumpir y ofrecer inútilmente su ayuda, presencié cómo colocaban el cuerpo de madame Lefoux sobre un sofá con un sonoro—: Ha sido víctima de una terrible fatalidad, ¿no es así?

—¿Qué ha sucedido? —preguntó lady Kingair, ignorando a Felicity y a Ivy, que también había aparecido en la estancia.

—Al parecer alguien ha decidido deshacerse de madame Lefoux —respondió

lady Maccon, yendo de aquí para allá y pidiendo que le trajeran vendas y vinagre. Alexia era de la opinión de que la aplicación de una cantidad generosa de vinagre de manzana podía curar casi cualquier enfermedad, excepto, claro está, los desórdenes bacterianos, para los que lo mejor era un poco de bicarbonato sódico.

Felicity decidió alejarse de cualquier posible peligro derivado de la proximidad con madame Lefoux, algo ciertamente positivo, puesto que libraba a todos los presentes de su particular compañía.

Solo lady Kingair tuvo los arrestos necesarios para responder.

—¡Santo Dios! ¿Por qué? Si no es más que una inventora de tres al cuarto.

Alexia creyó detectar un leve movimiento en el cuerpo de la francesa. ¿Podría ser que madame Lefoux estuviera fingiendo? Alexia se inclinó sobre ella con el pretexto de revisar el vendaje. Percibió una nota de vainilla, esta vez mezclada con el olor metálico de la sangre en lugar del aceite industrial. La inventora permaneció completamente inmóvil bajo los atentos cuidados de Alexia. Ni siquiera sus párpados se movieron lo más mínimo. Si estaba fingiendo, era muy, muy buena.

Lady Maccon miró hacia la puerta y creyó ver un destello del negro que utilizaban los miembros del servicio.

El rostro pálido y horrorizado de Angelique asomó por una esquina. Antes de que Alexia tuviera tiempo de requerir su presencia, la doncella desapareció.

—Una pregunta excelente. Tal vez sea tan amable como para contárnoslo cuando despierte —dijo lady Maccon, observando detenidamente el rostro de madame Lefoux. Nada, ninguna reacción visible.

Desgraciadamente para la curiosidad de todos los presentes, madame Lefoux no despertó de su profundo sueño en todo el resto de la tarde, o al menos no permitió que nadie la despertara. A pesar de las continuas atenciones por parte de lord y lady Maccon, de la mitad de la manada de Kingair e incluso de algunos guardianes, los ojos de la inventora permanecieron tercamente cerrados.

Lady Maccon tomó el té en aquel mismo salón, con la esperanza de que el olor de las pastas recién horneadas despertara a madame Lefoux. Lo único que consiguió con ello fue que lady Kingair se uniera a ella. Alexia había decidido que no le gustaba aquella descendiente de su esposo, pero no poseía la constitución necesaria para permitir que algo así interrumpiera la hora del té.

—¿Ha despertado ya la paciente? —preguntó lady Kingair.

—Continúa dramáticamente dormida. —Alexia observó el fondo de su taza con el ceño fruncido—. Espero que no le pase nada malo. ¿Cree que deberíamos llamar a un médico?

—He visto y atendido heridas mucho peores en el campo de batalla.

—¿Viaja usted con el regimiento?

—No soy un licántropo, pero eso no significa que no sea el alfa de esta manada.

Mi sitio está a su lado, aunque no pueda luchar con ellos.

Alexia escogió un bollo de la bandeja del té y lo cubrió con un poco de nata y mermelada.

—¿Estaba del lado de la manada cuando traicionaron a mi marido? —preguntó fingiendo una normalidad que no sentía.

—Se lo ha contado.

Lady Maccon asintió y mordió un pedazo del bollo.

—Cuando se marchó, yo apenas tenía dieciséis años y estaba lejos del castillo, estudiando. Por aquel entonces mi opinión no contaba para nada dentro de la manada.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Ahora opino que se comportaron como una pandilla de estúpidos. Uno no debe orinar contra el viento.

Alexia hizo una mueca ante la vulgaridad de aquella expresión.

Sidheag tomó un sorbo de su taza de té, mientras disfrutaba con el efecto que sus palabras habían provocado en su invitada.

—Está claro que la reina Victoria no mueve la cola al son de los intereses de los licántropos, pero tampoco sangra por el futuro de los vampiros. No es el rey Enrique ni la reina Isabel, de modo que no puede permitirse apoyar la causa sobrenatural sin reservas, lo cual no quiere decir que no se haya portado con nosotros mejor de lo que esperábamos. Tal vez no vigila a los científicos como debiera, y está claro que le gusta jugar fuerte, pero no creo que sea la peor monarca que hemos tenido.

Lady Maccon se preguntó si Sidheag trataba de garantizar la seguridad de la manada o si la mujer decía la verdad.

—Entonces, ¿se considera progresista, como mi esposo?

—Lo que quiero decir es que todo el mundo manejó el incidente con suma torpeza. Que un alfa abandone a su manada es algo muy extremo. Conall debería haber acabado con el círculo de líderes, no solo con el beta, y creado una estructura nueva. Amo a esta manada, y dejarla sin líder para irse con otra manada de Londres es peor que la muerte. Lo que hizo su marido fue motivo de vergüenza nacional. — Lady Kingair se inclinó hacia delante, con la mirada intensa. Estaba lo suficientemente cerca como para que Alexia pudiera comprobar que su cabello, cano y sujeto en una trenza, empezaba a rizarse por efecto de la humedad.

—Creía que les había dejado a Niall.

—No. Fui yo quien trajo a Niall a la manada. No era más que un solitario que conocí mientras estaba en el extranjero. Apuesto y atractivo, justo el tipo de hombre que toda jovencita querría tener por marido. Mi intención era traerlo a casa para que conociera a la manada, pedir permiso y colgar los bandos oficiales. Lo que encontré fue al viejo lobo desaparecido y la manada desquiciada.

—¿Asumió la responsabilidad de dirigir a la manada?

Sidheag tomó un sorbo de té.

—Niall era un soldado excelente y un buen marido, pero no tenía madera de alfa. Asumió el puesto por mí. —Se frotó los ojos con la punta de los dedos—. Era un buen hombre, y un buen lobo, y lo hizo lo mejor que pudo. No diré nada en su contra.

Alexia se conocía lo suficiente como para saber que ella misma no habría asumido el liderazgo de la manada siendo tan joven, y eso que se consideraba una persona muy capaz. No era de extrañar que Sidheag estuviese resentida.

—¿Y ahora?

—Estamos todavía peor. Cuando Niall cayó en combate, no había nadie dispuesto a asumir el papel de alfa, y no digamos ya a serlo indefinidamente. Sé que mi abuelo no volverá con nosotros. Le hemos perdido para siempre.

Lady Maccon suspiró.

—De todas formas, debes confiar en él. Explícale tus preocupaciones y aclara este tema de una vez por todas. Lo entenderá, estoy segura de ello. Y te ayudará a encontrar una solución.

Lady Kingair dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—Solo hay una solución posible, y no estará de acuerdo con ella. Le he escrito, se lo he pedido todos los años desde hace una década, y ya se me está acabando el tiempo.

—¿De qué se trata?

—Tiene que transformarme.

Lady Maccon se recostó en su asiento e hinchó los carrillos de aire.

—Pero es tan peligroso... No tengo las estadísticas a mano, pero ¿las mujeres no tienen muchas más probabilidades de no sobrevivir al mordisco?

Lady Kingair se encogió de hombros.

—Nadie lo ha intentado desde hace más de un siglo. Es uno de los aspectos en los que superamos a las colmenas. Al menos nosotros no necesitamos hembras para mantenernos.

—Sí, pero los vampiros todavía viven más tiempo... Luchan menos. Incluso aunque sobreviviera al mordisco, tendría que dedicar el resto de sus días a ser alfa.

—¡Santo Dios, menuda condena! —exclamó Sidheag Maccon. Alexia se dijo que nunca antes le había recordado tanto a Conall. Sus ojos también se volvían amarillos cuando una fuerte emoción alteraba su estado de ánimo.

—¿Y quiere que Conall haga eso por usted? ¿Que se arriesgue a acabar con su última descendiente con vida?

—Por mí, por la manada. A mi edad ya no podré tener hijos. No podrá perpetuar el apellido a través de mí. Tiene que superarlo. Le debe a Kingair una posibilidad de salvación.

—Lo más probable es que muera en el proceso. —Lady Maccon se sirvió otra

taza de té—. Ha conseguido mantener unida la manada siendo humana.

—¿Y qué pasará cuando me muera? Prefiero arriesgarme ahora.

Alexia guardó silencio. Finalmente respondió:

—Aunque le parezca extraño, estoy de acuerdo con usted.

Lady Kingair apartó la taza de té a un lado y se limitó a sostener el plato por un instante, con los dedos blancos a causa de la tensión.

—¿Estaría dispuesta a interceder por mí?

—¿Quiere que me involucre en los problemas de Kingair? ¿No podría pedirle al alfa de otra manada que se ocupara de su mordisco?

—¡Nunca! —Allí estaba el famoso orgullo de los licántropos, ¿o se trataba quizás del orgullo escocés? A veces resultaba difícil diferenciarlos.

—Lo hablaré con él —respondió Alexia con un suspiro—, pero no servirá para nada: Conall no puede transformarla ni a usted ni a nadie más mientras no pueda invocar la Forma de Anubis. Hasta que no descubramos por qué esta manada es incapaz de transformarse, no pasará nada, ni duelo por el puesto de alfa, ni metamorfosis.

Lady Kingair asintió, relajando la presión de sus manos lo suficiente como para poder tomar otro sorbo de su taza de té.

Alexia se dio cuenta de que la mujer no doblaba el dedo meñique correctamente. ¿A qué clase de escuela la habían enviado que ni siquiera sabía lo más básico?

—¿La plaga es una especie de absurdo acto de autoflagelación? —preguntó Alexia, inclinando la cabeza a un lado—. ¿Quiere llevarse al resto de la manada con usted solo porque mi marido se niega a darle el mordisco necesario para la metamorfosis?

Los ojos castaños de lady Kingair, tan parecidos a los de Conall, se convirtieron en dos minúsculas líneas.

—No es culpa mía —estuvo a punto de gritar—. ¿Es que no lo entiende? No podemos decirle nada porque no sabemos por qué nos está pasando esto. Yo no lo sé. Ninguno de nosotros. ¡No sabemos qué está pasando!

—Así que ¿puedo contar con su ayuda para resolver el misterio? —preguntó Alexia.

—¿Qué tiene que ver usted en todo esto, lady Maccon?

Alexia trató de disimular como pudo.

—Es una de las preocupaciones como jefe del ORA de mi esposo. Le mantiene alejado de su casa. Y me interesan este tipo de cosas, ahora que soy alfa de mi propia manada. Si tiene alguna clase de enfermedad, me gustaría entender de qué se trata para poder evitar su propagación.

—Si el conde accede a transformarme, la ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—¡Hecho! —exclamó lady Maccon, a pesar de ser consciente de que no podía

hacer semejante promesa en nombre de su esposo—. ¿Qué le parece si ahora terminamos nuestras tazas de té?

Terminaron sus brebajes discutiendo amigablemente sobre la Unión Social y Política de las Mujeres, con la que ambas mujeres estaban de acuerdo, pero cuyas tácticas y planes de trabajo impedían que esa misma afiliación se reprodujera en público. Lady Maccon prefirió no añadir que, gracias a un conocimiento más exhaustivo del carácter de la reina Victoria, prácticamente podía garantizar su opinión respecto a dicho movimiento, siempre muy positiva. Ni siquiera la esposa de un conde tenía tan buen trato con la reina, y no quería que lady Kingair supiera de su posición como *muhjah* de Su Majestad. Todavía no.

Tan agradable conversación fue interrumpida por unos golpes en la puerta.

Tas recibir el permiso de lady Kingair, las numerosas pecas del señor Tunstell hicieron su entrada en el salón, seguidas de cerca por un Tunstell de aspecto sombrío.

—Lord Maccon me ha enviado a vigilar a la paciente, lady Maccon.

Alexia asintió. Preocupado y sin saber muy bien en quién confiar, lord Maccon enviaba a Tunstell por si se producían nuevos ataques contra la pobre madame Lefoux, aprovechándose de la formación de Tunstell como guardián. Cierto que el joven tenía el aspecto de un novato, pero sabía cómo contener la brutalidad de un licántropo en las noches de luna llena. Claro que la llegada de Tunstell implicaba que pronto aparecerían Ivy y Felicity. Pobre Tunstell. La señorita Hisselpenny seguía convencida de no querer tener nada con él, del mismo modo que también estaba convencida de que debía apartarlo de las garras de Felicity. Lady Maccon pensó que la presencia de ambas mujeres sería, por sí misma, una defensa más que competente. Y es que resultaba difícil crear cualquier tipo de problema bajo la atenta mirada de dos jóvenes solteras y perennemente aburridas.

Sin embargo, al final se hizo necesario para todos, excepto para Tunstell, abandonar a la inventora, aún inconsciente, y prepararse para la cena.

Al llegar a su dormitorio, lady Maccon recibió el segundo susto del día. Menos mal que era una mujer de fuerte carácter. Alguien había irrumpido en su habitación, de nuevo, probablemente en busca de su maletín. Había zapatos y zapatillas tirados por todas partes, y la cama estaba deshecha; incluso el colchón había sido rasgado. Había plumas por todas partes, formaban una gruesa capa, como si fuera nieve. Las sombrereras estaban rotas; los sombreros, por el suelo, y el contenido del armario de Alexia, repartido por toda la estancia (una situación que, hasta la fecha, solo conocían los camisones).

Alexia dejó su sombrilla a un lado y sopesó la gravedad de la situación. El caos era más grave ahora que a bordo del dirigible, y la crisis no hizo más que empeorar cuando lord Maccon descubrió el ataque.

—¡Esto es inadmisibile! Primero nos disparan y ahora destrozan nuestro

dormitorio —exclamó.

—¿Suelen darse este tipo de situaciones cuando una manada se queda sin alfa? — se preguntó su esposa mientras revisaba la estancia, tratando de determinar si faltaba algo importante.

—Las manadas sin líder siempre son problemáticas —respondió él con un gruñido.

—Y desordenadas. —Lady Maccon se movió con delicadeza por toda la habitación—. Me pregunto si esto era lo que madame Lefoux quería contarnos antes de recibir el disparo. Dijo algo acerca del eterógrafo. Tal vez vino a hablar conmigo y descubrió a los culpables in fraganti. —Alexia empezó a organizar aquel desastre en tres montones diferenciados: uno para aquello que ya no tenía remedio, otro para las cosas que Angelique podría reparar y un tercer montón para todo lo que había resultado indemne.

—Pero ¿por qué dispararle?

—Quizás pudo ver sus rostros.

El conde apretó sus hermosos labios.

—Es posible. Ven, querida; deja de preocuparte. Está a punto de sonar la campana de la cena y estoy hambriento. Ya limpiaremos más tarde.

—Siempre mandando —se quejó su esposa, pero hizo lo que él le pedía. No tenía sentido provocar una discusión con el estómago vacío.

El conde la ayudó a desabrochar los botones del vestido, tan distraído por los acontecimientos del día que se limitó a repartir algunos besos por la espalda de su esposa y no le mordisqueó el cuello ni una sola vez.

—¿Qué crees que estaban buscando? ¿Tu maletín de trabajo otra vez?

—Es difícil saberlo. Podría tratarse de otra persona. Es decir, un agresor distinto al del dirigible. —Alexia se sentía confusa. Al principio, de camino a Escocia a bordo del dirigible, había sospechado de madame Lefoux, pero la inventora llevaba todo el día inconsciente y estuvo acompañada en todo momento. A menos que hubiera cometido la fechoría antes de recibir el disparo, el responsable de aquel nuevo atropello tenía que ser otra persona. ¿Un espía diferente con motivaciones distintas? Sin duda las cosas se estaban complicando.

—¿Qué otra cosa podrían estar buscando? ¿Has traído contigo algo que yo deba saber, esposo?

Lord Maccon no respondió, pero cuando Alexia se dio la vuelta y le dedicó su mejor mirada de esposa desconfiada, el rostro del conde desprendía culpabilidad por los cuatro costados. Dejó de desabrochar botones y se acercó a la ventana. Abrió los batientes, sacó la cabeza y cogió algo. Luego regresó junto a su esposa, con una expresión de alivio en el rostro y un pequeño paquete envuelto con un trozo de piel en las manos.

—Conall —dijo su esposa—, ¿qué es eso?

Él desenvolvió el objeto y se lo mostró: un pequeño revólver con la empuñadura cuadrada. Abrió el tambor del arma para mostrar lo que escondía dentro: balas de madera recubiertas con una malla de plata y reforzadas para soportar la explosión del disparo. Alexia no era una entendida en pistolas, pero sabía lo suficiente acerca de su funcionamiento como para comprender que aquella era una pieza cara de fabricar, diseñada a partir de la tecnología más moderna y capaz de neutralizar tanto a vampiros como a licántropos.

—Una Galand Tue Tue. Es el modelo Sundowner —explicó el conde.

Lady Maccon sujetó el rostro de su esposo entre las manos. Tenía la piel áspera después de un día sin afeitarse; tendría que recordarle que lo hiciera más a menudo, ahora que era humano todo el tiempo.

—Querido, no habrás venido a matar a alguien, ¿verdad? No me gustaría descubrir que nuestros objetivos son tan opuestos.

—No es más que una medida de precaución, amor mío, te lo aseguro.

Alexia no estaba tan convencida. Sus dedos se tensaron sobre la mandíbula del conde.

—¿Desde cuándo llevas contigo el arma sobrenatural más mortífera del Imperio británico únicamente por precaución?

—El profesor Lyall se la dio a Tunstall para que él me la entregara. Supuso que sería mortal mientras estuviera aquí y creyó que necesitaría medidas de seguridad añadidas.

Alexia apartó las manos del rostro de su esposo y lo observó mientras envolvía de nuevo el arma y volvía a esconderla en el exterior de la ventana.

—¿Es fácil de utilizar? —preguntó Alexia, toda inocencia.

—Ni te lo plantees, querida. Tú ya tienes tu sombrilla.

—Como mortal, no eres nada divertido —se quejó ella haciendo pucheros.

—Entonces —continuó él, cambiando deliberadamente de tema—, ¿dónde has escondido el maletín?

Alexia sonrió, orgullosa de que su esposo no la considerara tan estúpida como para guardar el maletín donde cualquiera pudiera robarlo.

—En el lugar más inesperado, por supuesto.

—No lo dudaba. ¿Y piensas decirme dónde?

Lady Maccon miró a su esposo con los ojos bien abiertos y batiendo sus largas pestañas, en un intento por aparentar inocencia.

—¿Qué puede haber dentro que despierte tanto interés?

—Eso es lo extraño. No tengo la menor idea. Saqué lo más pequeño y lo guardé en la sombrilla. No queda nada de valor en él, al menos que yo sepa: el sello real; mis notas y algo de papeleo sobre la plaga humanizante, menos mi diario personal, que

desapareció a bordo del dirigible; los códigos para varios eterógrafos, reservas de té en caso de emergencia y una bolsita de galletas de jengibre.

Su esposo le dedicó su particular versión de «la mirada».

—No puedes imaginarte lo largas que pueden llegar a ser las reuniones del Consejo en la Sombra —se defendió lady Maccon—, y puesto que tanto el deán como el potentado son sobrenaturales, nunca se dan cuenta de cuándo es la hora del té.

—Bueno, no creo que nadie haya irrumpido en nuestro dormitorio con la intención maligna de robarte unas galletitas de jengibre.

—Pues que sepas que están muy buenas.

—Supongo que podría tratarse de otra cosa distinta al maletín.

Lady Maccon se encogió de hombros.

—De momento lo único que tenemos son especulaciones inútiles. Ven, ayúdame con esto. ¿Dónde está Angelique?

A falta de la doncella, lord Maccon se ocupó de ayudar a su esposa a abrochar el vestido para la cena. Era un conjunto de color gris y crema, plisado por la parte de delante y con un volante fruncido y bastante recatado recorriendo los bajos de la falda. A Alexia le gustaba aquel vestido, a excepción del lazo, parecido a un pañuelo de hombre, que lucía en el cuello, puesto que nunca se había mostrado muy partidaria de incorporar elementos masculinos a la vestimenta de una mujer. Claro que, a este respecto, madame Lefoux era un caso aparte.

Lo cual le recordó que, puesto que Tunstell se encontraba montando guardia junto a la inventora francesa, tendría que ser ella quien ayudara a su esposo a vestirse para la cena. Fue un completo desastre: el pañuelo acabó torcido, y el cuello de la camisa, caído. Alexia no tuvo más remedio que resignarse. Al fin y al cabo, había pasado gran parte de su vida siendo una solterona, y anudar pañuelos al cuello de un hombre no era una de las habilidades más características en una solterona.

—Querido —le dijo a su esposo mientras daban por terminados los preparativos y se dirigían al comedor—, ¿has considerado la posibilidad de morder a tu varias veces nieta?

—¿Qué demonios se supone que ha hecho esa mujer para ganarte para su causa?

—exclamó lord Maccon, deteniéndose en seco en lo alto de las escaleras.

Alexia suspiró.

—Tiene sentido, y sería una solución más que elegante, teniendo en cuenta los problemas actuales de Kingair. En realidad ya se comporta como si fuera su alfa; ¿por qué no hacerlo oficial?

—No es tan sencillo como eso, esposa, y lo sabes. Las posibilidades de que sobreviva...

—Son escasas. Sí, soy consciente de ello.

—No solo escasas; son casi inexistentes. Me estás sugiriendo que mate al último miembro del clan Maccon que queda con vida.

—Pero si sobrevive...

—Tú lo has dicho, si sobrevive.

Lady Maccon inclinó la cabeza a un lado.

—¿No es ella quien debe asumir el riesgo?

El conde guardó silencio y avanzó escaleras abajo.

—Deberías considerarlo, Conall, aunque solo sea como miembro del ORA. Es la opción más sensata de todas.

Lord Maccon no se detuvo, y había algo extraño en la caída de sus hombros.

—Espera un momento. —De pronto Alexia tuvo una sospecha—. Esa es la razón que te ha traído aquí, ¿verdad? Los problemas familiares. Quieres arreglar los problemas de la manada de Kingair. A pesar de la traición que sufriste.

Él se encogió de hombros.

—Querías saber qué tal le iban las cosas a Sidheag, ¿verdad?

—Está el problema de la humanización.

Alexia sonrió.

—Sí, bueno, aparte de eso. Debes reconocer que tengo razón.

Lord Maccon observó a su esposa con el ceño fruncido.

—Odio cuando tienes razón en todo.

Alexia bajó los escalones que la separaban de su esposo hasta que estuvieron cara a cara y le besó dulcemente.

—Lo sé. Pero es que se me da tan bien.

Capítulo 12. Desarrollando momias

Se decidió desarrollar la momia, para deleite de las mujeres, justo después de la cena. Alexia no estaba muy segura de que aquello fuera una buena idea. Conociendo la constitución de la señorita Hisselpenny, si la momia resultaba ser lo suficientemente desagradable, bien podría repetirse la cena, pero en sentido contrario. Pero se creía que la oscuridad y la luz de las velas favorecían actos ilustres como aquel.

Era la primera vez que cualquiera de las damas presentes asistía a una fiesta tan peculiar como aquella. Lady Maccon se mostró contraria a que madame Lefoux y Tunstell se perdieran la diversión. Lord Maccon sugirió, puesto que a él la velada le despertaba poco interés, relevar a Tunstell en sus obligaciones y propiciar así que el guardián pudiera participar. Por todos era conocido que Tunstell disfrutaba con el drama.

Alexia miró fijamente a la señorita Hisselpenny, pero Ivy se mostró compuesta y despreocupada ante la posibilidad de compartir espacio con una momia desnuda y un actor pelirrojo al mismo tiempo. Felicity se pasó la lengua por los labios, emocionada ante la idea, y lady Maccon se preparó para lo que prometía ser un ataque de histeria en toda regla. Pero era ella, no Felicity ni Ivy, quien se sentía más incómoda en presencia de tan ancestral criatura.

Lo cierto era que la momia presentaba un aspecto un tanto triste. Estaba confinada en el interior de un sarcófago con forma de caja, decorado con apenas unos cuantos jeroglíficos. Una vez fuera del sarcófago, las vendas de la momia resultaron estar decoradas con un mismo motivo repetido una y otra vez: un ankh roto. A Alexia el cadáver no le resultaba desagradable ni tampoco le daba miedo. Había visto momias en varios museos sin que le inspiraran un entusiasmo especial, pero aquella tenía algo que, sencillamente, le resultaba repulsivo.

Lady Maccon no era muy dada al sentimentalismo, así que no creyó que su reacción tuviera nada que ver con las emociones. No, había algo que la repelía literalmente, en el sentido científico de la expresión. Era como si la momia y ella estuvieran rodeadas por sendos campos magnéticos con la misma carga y se repelieran violentamente.

Se necesitó una cantidad de tiempo considerable para retirar las vendas de la momia. ¿Quién iba a imaginar que llevaría tantas vendas? Además se rompían continuamente. Cada vez que descubrían un amuleto, toda la operación se detenía y los presentes exclamaban emocionados. A medida que la momia fue quedando al descubierto, Alexia se sorprendió a sí misma retrocediendo instintivamente hacia la puerta, hasta que estuvo detrás de la multitud, de puntillas, tratando de presenciar el proceso.

Al carecer de alma, Alexia nunca se había molestado en reflexionar sobre la muerte. No en vano, para los preternaturales como ella, suponía el punto final, no había nada más allá por lo que preocuparse. En los archivos especiales del ORA, un panfleto de la Inquisición se lamentaba de que los preternaturales, el arma más efectiva de la Iglesia contra la amenaza sobrenatural, eran al mismo tiempo los únicos seres humanos que no podían recibir la salvación. Lo que Alexia sentía la mayor parte del tiempo era indiferencia hacia su propia mortalidad, seguramente como resultado de un pragmatismo extremo inspirado por la propia ausencia de alma. Pero había algo en aquella momia que le preocupaba, a pesar de resultarle repulsiva: la tristeza que desprendían sus restos grises y arrugados.

Finalmente llegaron a la cabeza y dejaron al descubierto un cráneo perfectamente conservado, cubierto de una fina capa de piel marrón y con algunos mechones de pelo adheridos al cuero cabelludo. Retiraron los amuletos de ojos, nariz, garganta y orejas, revelando unas cuencas vacías y una boca ligeramente abierta. Varios escarabajos salieron de los orificios de la cabeza de la momia, cayeron al suelo y se dispersaron por la estancia. En aquel preciso instante, Felicity e Ivy, que hasta aquel momento habían conseguido controlar su histerismo, se desmayaron.

Tunstell sujetó a la señorita Hisselpenny entre sus brazos, atrayéndola hacia su pecho y susurrando su nombre en un tono de voz cuanto menos alterado. Lachlan se ocupó de la señorita Loontwill, con quien no se mostró tan afectuoso como Tunstell. Dos faldas caras desparramadas artísticamente en un caos organizado. Dos bustos palpitando al unísono.

La fiesta fue inmediatamente declarada un éxito rotundo.

Los caballeros, comandados por una implacable lady Kingair, llevaron a las jóvenes hasta uno de los salones al fondo del pasillo. Allí fueron convenientemente reanimadas con sales aromáticas y agua de rosas.

Alexia se quedó a solas con la pobre momia, protagonista involuntaria de tantas emociones. Incluso los escarabajos habían desaparecido. Incluyó la cabeza a un lado, tratando de resistirse por todos los medios a aquella fuerza que insistentemente la repelía y que, ahora que todos se habían marchado, parecía más intensa todavía.

Era como si el aire de la estancia intentara expulsarla de allí. Alexia entornó los ojos, concentrada en algo que le rondaba por la cabeza. Fuera lo que fuese, no conseguía recordarlo. Dio media vuelta, devanándose aún los sesos, y se dirigió hacia el otro salón.

Solo para descubrir a Tunstell besando a la señorita Hisselpenny que, al parecer, había recobrado la consciencia y participaba encantada del intercambio. Allí en medio, delante de todo el mundo.

—¡Vaya, vaya! —dijo Alexia. Nunca hubiera imaginado a su amiga Ivy capaz de mostrar tanta iniciativa. Por lo visto, los besos de Tunstell ya no se le antojaban tan

húmedos como antes.

Felicity abrió los ojos, seguramente deseosa de saber qué había apartado la atención de los presentes de su forma postrada. Vio el abrazo de los dos amantes y contuvo una exclamación de sorpresa, sumándose al asombro de la propia Alexia.

—Pero, señor Tunstell, ¿qué está usted haciendo?

—Creo que es más que evidente, incluso para usted, señorita Loontwill —le espetó lady Kingair, apenas escandalizada por la escena.

—En fin —dijo Alexia—, supongo que ya os sentís mucho mejor.

Nadie respondió. Ivy seguía ocupada besando a Tunstell, mientras Felicity observaba la escena con el interés propio de una gallina enojada.

La escena fue interrumpida por la voz atronadora de lord Maccon procedente del salón junto a las escaleras. No era uno de los gritos de enfado del conde por los que lady Maccon ni siquiera se habría inmutado. No, aquel parecía ser un grito de dolor.

Alexia salió corriendo por la puerta y se lanzó escaleras abajo, sin importarle el peligro al que se estaba exponiendo y agitando la sombrilla a su alrededor como una loca.

Chocó contra la puerta del salón, que se negó a ceder. Algo pesado la estaba bloqueando por dentro. La empujó con todas sus fuerzas hasta que consiguió abrirla lo suficiente para descubrir con horror que era el cuerpo de su esposo el que bloqueaba la entrada.

Se inclinó sobre él en busca de heridas. No encontró ninguna en la espalda, de modo que, con un esfuerzo titánico, lo hizo rodar y comprobó la parte delantera del cuerpo. El conde respiraba lenta y trabajosamente, como si estuviera drogado.

Alexia se detuvo un instante, observando con el ceño fruncido la sombrilla, que descansaba a su lado lista para entrar en acción. La punta se abre y emite un dardo venenoso equipado con un agente aturdidor, repitió la voz de madame Lefoux dentro de su cabeza. ¿Con qué facilidad se podía fabricar un agente aturdidor? Echó una mirada a su alrededor y comprobó que madame Lefoux estaba a salvo pero seguía inconsciente.

Lady Kingair, Dubh y Lachlan aparecieron por la puerta de la estancia. Lady Maccon levantó una mano para indicarles que no la molestaran. Desnudó a su esposo de cintura para arriba y examinó su cuerpo detenidamente, no en busca de heridas, sino... ¡Ajá!

—Aquí está. —Una pequeña gota de sangre justo debajo del hombro izquierdo.

Se abrió paso entre la multitud que se agolpaba junto a la puerta del salón y se dirigió hacia las escaleras.

—¡Tunstell, maldito canalla! —En el castillo de Woolsey dicha terminología, tan afectuosa, significaba que el guardián debía presentarse cuanto antes frente a sus señores, y armado. Una de las ideas de lord Maccon.

Regresó al salón y se dirigió hacia la forma postrada que era madame Lefoux.

—Si esto es culpa suya —le susurró a la inventora, aún comatosa—, haré que la ahorquen por espía; tiempo al tiempo. —Sin importarle que los demás estuvieran mirando y escuchando con ávido interés, añadió—: Y sabe muy bien que tengo el poder para hacerlo.

Madame Lefoux seguía inmóvil como un cadáver.

Tunstell se abrió paso entre los presentes e inmediatamente se inclinó sobre su señor, cubriéndole la boca con una mano para comprobar si respiraba.

—Está vivo.

—Apenas —respondió Alexia—. ¿Dónde te has...?

—¿Qué ha sucedido? —intervino lady Kingair, impaciente.

—Está inconsciente por la acción de alguna clase de dardo envenenado. Tintura de valeriana, quizás —explicó lady Maccon sin levantar la mirada.

—Cielo santo, es increíble.

—El veneno es propio de mujeres —dijo Dubh con un gesto de desprecio.

—¡Discúlpeme usted! —respondió lady Maccon—. Nada de eso, o tal vez conozca el filo de mi arma favorita, y déjeme que le diga que no es el veneno, precisamente.

Dubh decidió muy inteligentemente retirarse para no seguir ofendiendo a la dama.

—De momento tendrás que dejar a un lado tus tiernas atenciones al delicado estado de salud de la señorita Hisselpenny, Tunstell. —Lady Maccon se puso en pie y se dirigió hacia la puerta—. Si me disculpan —dijo frente a la manada, que se había reunido frente a la puerta, y cerró los batientes, dejándolos fuera de su propio salón. Una falta de educación imperdonable, por supuesto, pero en ocasiones las circunstancias requerían medidas desesperadas, y no se podía hacer nada al respecto. Afortunadamente, bajo tales circunstancias, Alexia Maccon siempre sabía cómo estar a la altura.

A continuación, se dispuso a cometer un nuevo exceso imperdonable. Dejando a Tunstell al cuidado de su esposo —el guardián se ocupó de proporcionarle al conde un lugar cómodo en el que descansar arrastrando su enorme cuerpo hasta un sofá cercano, colocándole encima de él y luego tapándole con una manta—, se dirigió decidida hacia madame Lefoux y empezó a quitarle la ropa.

Tunstell prefirió no preguntar y se limitó a girar la cabeza e intentar no mirar.

Alexia acometió aquella nueva tarea con sumo cuidado, palpando primero y comprobando cada capa de ropa en busca de dispositivos secretos y posibles armas. La inventora no se movió ni un ápice, aunque Alexia estaba casi segura de que su respiración se había acelerado. Al final, Alexia tenía un montón de objetos considerable, algunos de ellos de aspecto familiar: un par de optifocales, un cable transpondedor de éter, una válvula encefálica y una serie de artilugios desconocidos.

Sabía que madame Lefoux normalmente llevaba consigo un emisor de dardos porque había confesado haberlo utilizado durante la pelea a bordo del dirigible. Pero ninguno de los objetos del montón parecía ser el emisor de dardos, ni siquiera aunque estuviera disfrazado de otra cosa. ¿Lo habría robado alguien? ¿O madame Lefoux lo había utilizado contra Conall y luego lo había escondido en alguna parte?

Lady Maccon deslizó las manos bajo el cuerpo dormido de la inventora. Nada. Luego las introdujo entre el costado de la francesa y el respaldo del sofá. Tampoco. A continuación miró debajo y detrás del sofá. Si había escondido el arma, sin duda lo había hecho a conciencia.

Con un suspiro de resignación, lady Maccon se dispuso a vestir de nuevo el cuerpo inerte de madame Lefoux. Le resultó curioso pensar que era la primera vez que veía a otra mujer desnuda. Tenía que admitir que la francesa tenía un físico agradable, no tan generoso como el de la propia Alexia, pero sí esbelto y proporcionado, con unos pechos pequeños y bien formados. No era mala idea que la inventora se decantara por la ropa masculina, puesto que resultaba mucho más natural, dadas sus proporciones. Cuando hubo terminado, las manos de lady Maccon temblaban levemente —de vergüenza, claro está.

—Vigíla de cerca, Tunstell. Vuelvo enseguida. —Con aquellas palabras, lady Maccon se levantó y abandonó la estancia, cerrando la puerta tras de sí e ignorando a la manada al completo, que seguía esperando absurdamente en el vestíbulo del salón. Corrió escaleras arriba, hacia su dormitorio. Angeliqúe ya estaba allí, yendo de un lado a otro.

—Sal —le espetó a la doncella.

Angeliqúe hizo una reverencia y desapareció.

Lady Maccon fue directa hacia la ventana y, de puntillas, tanteó la parte exterior de la ventana en busca del valioso paquetito del conde. Estaba demasiado lejos para ella, guardado en un espacio entre dos ladrillos. Impaciente, se subió al alféizar como pudo, lamentándose por lo excesivo de su falda y la forma en que el polisón golpeaba el lateral de la ventana. A pesar de lo peligroso de la postura, consiguió alcanzar el paquete sin sufrir ningún contratiempo importante.

Abrió el paquete y escondió el pequeño revólver bajo el ridículo gorrito de encaje que llevaba, aposentado entre sus abundantes rizos oscuros, y partió en dirección al dormitorio de la señorita Hisselpenny para recuperar su maletín.

Ivy estaba tumbada en la cama, entre inconsciente y emocionada.

—Oh, Alexia, gracias a Dios. ¿Qué voy a hacer ahora? Esta es una crisis de proporciones inimaginables. No te imaginas cómo me late el corazón. ¿Lo has visto? Oh, por supuesto que lo has visto. Me ha besado, delante de todo el mundo. ¡Estoy perdida! —Se incorporó—. Y sin embargo le quiero. —Se desplomó de nuevo sobre el colchón—. Pero estoy perdida. Ay de mí.

—¿Acabas de pronunciar la frase «ay de mí»? Solo voy a, mmm, comprobar cómo están los calcetines.

La señorita Hisselpenny no estaba dispuesta a que nadie la distrajera de sus problemas. La recuperación del maletín por parte de su amiga así como la expresión militante del rostro de esta pasaron totalmente inadvertidos.

—Me ha dicho que me querrá para siempre.

Lady Maccon buscó entre los papeles que había en el interior del maletín en busca de la carta que la nombraba *muhjah* de la reina. ¿Dónde había metido el maldito papel?

—Que esto es de verdad, único, que solo pasa una vez en la vida.

Lady Maccon respondió con un murmullo. ¿Qué se podía decir ante semejante sinsentido?

La señorita Hisselpenny, ajena al silencio de su amiga, continuó lamentándose por su destino.

—Y yo le amo. De verdad. Nunca podrás comprender esta clase de amor, Alexia. No un amor tan real como el nuestro. Casarse por las posibles ganancias está bien y es bueno, pero esto... esto es real.

Lady Maccon inclinó la cabeza a un lado, fingiéndose sorprendida.

—¿Eso es lo que hice yo?

Ivy prosiguió sin inmutarse.

—Pero no podemos casarnos.

Alexia continuó murmurando.

—Mmm, no, ahora lo veo claro.

Aquello hizo que la señorita Hisselpenny se incorporara sobre la cama y fulminara a su amiga con la mirada.

—De veras, Alexia, no estás siendo precisamente de ayuda.

Lady Maccon recordó entonces que había traspasado los papeles más importantes a la sombrilla tras la primera intrusión. Cerró el maletín, introdujo la clave y lo escondió de nuevo detrás del montón de sombrereras de Ivy.

—Ivy, querida, no sabes cuánto comprendo tu sufrimiento. Te lo digo sinceramente, de verdad. Pero tendrás que disculparme. La situación me obliga a hacerme cargo de lo sucedido cuanto antes.

La señorita Hisselpenny se dejó caer de nuevo sobre la cama, cubriéndose la cara con una mano.

—Oh, ¿qué clase de amiga eres, Alexia Maccon? Aquí estoy yo, sumida en una crisis y sufriendo de forma abyecta. Es la peor noche de toda mi vida, ¿te das cuenta? ¡Y tú solo te preocupas por los calcetines de la suerte de tu esposo! —Se dio la vuelta y enterró la cara entre los cojines.

Alexia abandonó la estancia antes de que Ivy tuviera tiempo de seguir con sus

histerismos.

Gran parte de la manada seguía apostada junto a la puerta del salón, con aire confuso. Alexia le dedicó la mejor de sus miradas de lady Maccon, abrió la puerta y volvió a cerrarla en sus narices.

Le entregó la pistola a Tunstell, que la aceptó no sin cierto nerviosismo.

—¿Sabes qué es?

Él asintió.

—Una Tue Tue. Pero ¿para qué la necesito yo? Aquí no hay vampiros, ni licántropos para el caso, no tal y como están las cosas.

—No van a estar así mucho más tiempo, no si yo puedo hacer algo al respecto. El veneno no hace efecto en un licántropo, y tengo la intención de ver a mi esposo despierto mucho antes de que el efecto se diluya en su sistema de humano. Además, esa pistola también resultará efectiva en alguien que no sea sobrenatural. ¿Estás autorizado para utilizarla?

Tunstell sacudió la cabeza lentamente. Las pecas destacaron más que nunca sobre su pálida piel.

—Bien, pues ya lo estás.

Tunstell parecía dispuesto a discutir las palabras de su señora. El uso de aquella pistola estaba reservado a un miembro del ORA y ella, como *muhjah*, no podía decidir sobre aquellas cuestiones. Pero su señora se mostraba, cuanto menos, beligerante, y él no tenía la menor intención de poner a prueba su paciencia.

Alexia apuntó al guardián con un dedo.

—Nadie debe entrar en esta habitación. Nadie, Tunstell. Ni el servicio, ni la manada, ni los guardianes, ni siquiera la señorita Hisselpenny. Por cierto, debo insistir en que te resistas a abrazarla en público. Es un espectáculo incómodo de presenciar —dijo lady Maccon arrugando la nariz.

Tunstell se sonrojó al oír las palabras de su señora hasta el punto de que las pecas de su rostro se camuflaron bajo un intenso color rojo, pero aun así se concentró en la cuestión más importante.

—¿Qué va a hacer ahora, milady?

Lady Maccon miró hacia el reloj de pared que descansaba en una esquina de la estancia.

—Enviar un eterograma, y pronto. Esto se nos está yendo de las manos.

—¿A quién?

Ella sacudió la cabeza y varios mechones se precipitaron sobre su cara, ahora que no llevaba sombrero.

—Limítate a hacer tu trabajo, Tunstell, y déjame hacer el mío. Quiero que me informes enseguida si cualquiera de los dos despierta o empeora. ¿Entendido?

El guardián asintió.

Alexia recogió el montón de artefactos de madame Lefoux del suelo y los guardó en su sombrero, utilizándolo como si fuera una bolsa. El cabello le caía a ambos lados de la cara, pero en ocasiones uno debía sacrificar la apariencia para enfrentarse a circunstancias especiales. Con el sombrero en una mano y la sombrilla en la otra, abandonó el salón, cerrando la puerta tras de sí de una patada.

—Me temo que debo informarle, lady Kingair, de que nadie puede entrar ni salir de esta estancia, usted incluida, en las próximas horas. He dejado a Tunstell armado y con instrucciones de disparar a cualquiera que intente entrar. No querrá poner a prueba hasta qué punto es capaz de seguir mis instrucciones al pie de la letra, ¿verdad?

—¿Bajo qué autoridad ha tomado esa decisión? ¿La del conde? —lady Kingair no podía ocultar su sorpresa.

—Mi esposo está —Alexia guardó silencio un instante— indispuerto, así que no, ya no se trata de un asunto propio del ORA. Ahora está bajo mi propia jurisdicción. Creo que he tolerado demasiadas indecisiones y evasivas. He tratado de comprender los problemas de su manada y me he adaptado a sus formas, pero esto ya se pasa de la raya. Quiero que desaparezca la plaga humanizante, y que desaparezca ahora. No permitiré que nadie más reciba un disparo, o resulte herido, o espiado, o que ninguna habitación más sea saqueada. Las cosas están yendo demasiado lejos y no pienso permitirlo más.

—Tranquilícese, lady Maccon, tranquilícese —le aconsejó lady Kingair.

Alexia entornó los ojos.

—¿Por qué deberíamos hacer lo que nos ordena? —intervino Dubh.

Alexia puso la carta de su nombramiento delante de la cara del beta, que dejó de murmurar al instante. La expresión más extraña apareció en su rostro, mezclada con una ira más que evidente.

Lady Kingair cogió el papel y lo sostuvo bajo la luz indiferente de una lámpara cercana. Cuando estuvo satisfecha, se la entregó a Lachlan, que se mostró menos sorprendido por el contenido de la carta que sus compañeros.

—¿He de suponer que nadie le informó de mi nombramiento?

Sidheag la observó con gesto adusto.

—¿He de suponer que no se casó con lord Maccon por amor?

—Oh, el cargo político fue una sorpresa, se lo aseguro.

—Sí, y una concesión a la que una mujer soltera jamás habría tenido acceso.

—Vaya, debe de conocer muy bien a la reina para sostener esa afirmación con tanta seguridad. —Alexia recuperó la carta y la guardó con cuidado bajo la pechera del vestido. No le convenía que la manada supiera de los compartimentos secretos que ocultaba su sombrilla.

—El puesto de *muhjah* hace generaciones que está vacante. ¿Por qué usted? ¿Por

qué ahora? —Dubh parecía menos enojado y más pensativo que nunca. Tal vez detrás de tanto músculo se escondía un cerebro.

—Se lo ofreció a su padre —intervino Lachlan.

—Algo de eso había oído. Tengo entendido que lo rechazó.

—Oh, no. —Una media sonrisa asomó en los labios de Lachlan—. Nos opusimos.

—¿Los licántropos?

—Licántropos y vampiros, e incluso un par o tres de fantasmas.

—¿Qué les pasa a todos con mi padre?

Dubh no pudo contener una carcajada.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

El reloj de pared, encerrado en el salón con Tunstell y sus dos pacientes comatosos, tocó los cuartos.

—Al parecer, no del suficiente. Entonces, ¿aceptan la carta como auténtica?

Lady Kingair no apartaba los ojos de Alexia, como si la confesión de lady Maccon respondiera a muchas de las preguntas que la intrigaban.

—La aceptamos y le transfiero toda la responsabilidad en este asunto. —Señaló hacia la puerta del salón—. De momento —añadió para no perder autoridad frente a la manada.

Lady Maccon sabía que aquello era lo máximo que conseguiría de ella, de modo que, como no podía ser de otra manera, lo aceptó y siguió pidiendo.

—Muy bien. Ahora necesito componer y enviar un mensaje desde su eterógrafo. Mientras me ocupo de eso, le ruego que reúnan todos los objetos que hayan traído de Egipto en una sola habitación. Los revisaré uno a uno en cuanto haya enviado el mensaje. Si no consigo determinar cuál de ellos es el responsable de la plaga, me llevaré a mi esposo a Glasgow, donde recobrará su condición de sobrenatural y podrá recuperarse sin sufrir efectos secundarios. —Sin más que decir, se dirigió hacia lo alto del castillo, donde se encontraba el eterógrafo.

Allí la esperaba una desagradable sorpresa, puesto que en el suelo de la sala descansaba el cuerpo comatoso del guardián que se ocupaba del cuidado de la máquina, rodeado por los restos de las válvulas transmisoras, reducidas a añicos. Había trozos de cristal por todas partes.

—Oh, santo Dios, sabía que tenía que guardarlas bajo llave. —Lady Maccon comprobó el estado del guardián, que aún respiraba y parecía sumido en el mismo sueño profundo que su esposo, y luego se abrió paso entre el caos.

El aparato no parecía haber sufrido daño alguno, por lo que Alexia se preguntó por qué, si el objetivo del maleante era impedir el envío de mensajes, no había destruido el eterógrafo al completo. Al fin y al cabo, se trataba de un aparato muy delicado y fácil de desmontar. ¿Por qué entonces destruir las válvulas? A menos, claro está, que el culpable quisiera utilizar la máquina.

Alexia corrió hacia la cámara de transmisión, con la esperanza de que el guardián hubiera descubierto al vándalo in fraganti. Al parecer, eso era lo que había sucedido, puesto que allí, en el soporte emisor, había un rollo de metal con un mensaje grabado y perfectamente legible. Y no se trataba del que ella misma había enviado a lord Akeldama la noche anterior. Oh, no, ¡aquel mensaje estaba en francés!

A lady Maccon no se le daba tan bien leer en aquella lengua como debiera, así que necesitó unos segundos preciosos para poder traducir las palabras grabadas en el metal.

«Arma aquí pero desconocida», decía.

A Alexia le contrariaba que aquel maldito mensaje no fuera como una carta de papel de las de toda la vida, con su «querido tal y cual» al principio y un «Atentamente, firmado» al final, descubriendo así todo el embrollo. ¿A quién le había enviado el mensaje madame Lefoux? ¿Cuándo había ocurrido, antes del disparo o después? ¿Realmente había sido la inventora la culpable de la destrucción de las válvulas? Lady Maccon no podía creer que aquella destrucción masiva de tecnología fuese el estilo de madame Lefoux, y es que la inventora adoraba cualquier clase de artefacto. Y, aparte de todo lo demás, ¿qué había intentado decirles antes de recibir el disparo?

De pronto Alexia recordó que casi eran las once. Sería mejor que preparase el mensaje cuanto antes y lo enviara enseguida. Ahora mismo, la única acción concreta que se le ocurría era consultar lo sucedido con lord Akeldama. No tenía las válvulas necesarias para contactar con la Corona o el ORA, así que de momento tendría que bastarle con el vampiro.

El mensaje era sencillo. «Floote compruebe biblioteca: Egipto, ¿arma humanizante? Enviar agentes ORA Kingair».

Era un mensaje demasiado largo para un eterógrafo, pero no podía expresarlo con menos palabras. Lady Maccon esperaba recordar el patrón de movimientos que el joven guardián había utilizado la noche anterior. Normalmente se le daban bien aquel tipo de cosas, pero quizás no hubiese caído en la cuenta de que había que pulsar un botón o dos. Aun así, solo podía hacer una cosa: intentarlo.

La minúscula cámara de transmisión parecía mucho menos concurrida con una única persona en su interior.

Extrajo la válvula de lord Akeldama de la sombrilla y la colocó con cuidado en el soporte resonador. Luego introdujo el rollo de metal con la inscripción en su lugar y pulsó el botón que activaba el convector etérico y el lavado químico. Las letras grabadas en el metal ardieron, y los motores de hidrodina cobraron vida. Era más fácil de lo que pensaba. El director del transmisor de la Corona le había dicho una vez que era necesario cursar unos estudios específicos y obtener un certificado para manejar un aparato tan complicado como aquel. Menuda mentira.

Las dos agujas recorrieron la superficie lisa, despidiendo destellos dorados cada vez que se encontraban. Alexia permaneció sentada y en silencio mientras duró la transmisión, y cuando finalmente hubo terminado, retiró el texto resultante de su soporte. No quería ser tan torpe como el espía.

Lady Maccon corrió a la otra cámara, que resultó ser mucho más difícil de utilizar. No importaba cuántas palancas accionara o cuántos diales tratara de sintonizar; no conseguía eliminar el sonido ambiente lo suficiente como para recibir. Afortunadamente, lord Akeldama se tomó su tiempo para contestar. Alexia dispuso casi de media hora para conseguir reducir el ruido en la cámara receptora. No consiguió bajarlo a los niveles que el guardián lo había hecho la noche antes, pero al final el silencio fue suficiente.

La respuesta de lord Akeldama empezó a aparecer en las partículas magnéticas de color negro, entre los dos cristales, una letra detrás de la otra. Tratando de contener la excitación, Alexia tomó nota del mensaje. Era corto, críptico y no le servía de ayuda.

«Preternaturales siempre incinerados», era todo lo que decía. Luego había una especie de imagen, un círculo encima de una cruz. ¿Un código? ¡Maldición! ¿Por qué se ponía misterioso cuando más le necesitaba?

Alexia esperó otra media hora más, pasada la medianoche, con la esperanza de recibir una segunda comunicación. No se materializó ni una sola palabra más, así que apagó el eterógrafo y partió escaleras abajo.

El castillo era un hervidero de actividad. En la sala de dibujo principal, frente al salón en el que aún permanecían Tunstell y sus dos pacientes, el fuego ardía en la chimenea, mientras doncellas y criados corrían de un lado a otro cargados con artefactos de todas las clases.

—Por todos los santos, ¿no cree que se pasaron un poco con las compras en Alejandría?

Lady Kingair levantó la mirada de la pequeña momia que estaba colocando con sumo cuidado sobre una mesa auxiliar. Al parecer, se trataba de un animal, ¿un felino, tal vez?

—Hacemos lo que creemos correcto. La paga del regimiento no es suficiente para mantener el castillo. ¿Por qué no traernos todas estas cosas?

Lady Maccon empezó a revisar los artefactos uno a uno, sin saber muy bien qué estaba buscando. Había pequeñas estatuas de madera que representaban a personas, collares de turquesa y lapislázuli, extrañas vasijas de piedra cuyas tapas representaban cabezas de animales y numerosos amuletos. Todos eran relativamente pequeños excepto las dos momias, las dos todavía convenientemente vestidas. Aquellas resultaban mucho más impresionantes que la que habían desenvuelto no hacía mucho. Descansaban en el interior de sendos sarcófagos, de formas onduladas y profusamente decorados, cuyas superficies estaban cubiertas con coloridas imágenes

y jeroglíficos. Alexia se acercó a ellas con cuidado, pero no sintió sensación alguna de rechazo, como le había sucedido con la primera momia. Ninguno de los objetos, momias incluidas, parecía muy diferente de los que había visto expuestos en las vitrinas de la Royal Society o en el Museo de Antigüedades.

Observó a lady Kingair con aire desconfiado.

—¿Esto es todo?

—Solo falta la momia que desenvolvimos hace un par de horas, que sigue arriba.

Lady Maccon frunció el ceño.

—¿Todo procede del mismo vendedor? ¿Fueron rescatados de la misma tumba? ¿Lo preguntó?

—Todo es legal —respondió lady Kingair ofendida—. Tengo los papeles que lo demuestran.

Alexia se mordió el labio.

—Estoy segura de que es así, pero también sé cómo funciona el mercado de antigüedades en Egipto.

Sidheag parecía a punto de ofenderse por las palabras de Alexia, pero esta continuó.

—Sea como fuere, ¿de dónde proceden?

—De lugares distintos —respondió lady Kingair frunciendo el ceño.

Lady Maccon suspiró.

—En breve querré volver a ver la otra momia, pero primero... —La idea fue suficiente para que se le removiera el estómago. Se sentía tan incómoda en la misma estancia que aquella criatura... Se volvió para mirar al resto de la manada, que paseaba de aquí para allá sin saber muy bien qué hacer, hombres corpulentos vestidos con faldas y la mirada perdida. Por un momento su determinación pareció ablandarse. Luego pensó en su esposo, inconsciente en otra estancia.

—¿Ninguno de ustedes compró algo en privado y no me lo ha contado? Las cosas no les irán nada bien si lo hicieron —miró directamente a Dubh— y lo descubro más adelante.

Nadie dio un solo paso al frente.

Lady Maccon se volvió de nuevo hacia Sidheag.

—Muy bien, entonces, le echaré otro vistazo a la momia. Si es tan amable...

Lady Kingair la guió escaleras arriba, pero, una vez allí, Alexia no la siguió al interior de la estancia. En su lugar se detuvo frente a la puerta, sin apartar los ojos de aquella cosa. Era como si algo la empujara y ella tuviera que luchar con todas sus fuerzas para no dar media vuelta y salir corriendo. Pero consiguió resistir, con la mirada fija en la piel gastada y marrón, casi negra, de la momia, reducida hasta adaptarse como un guante a los huesos de la criatura. Tenía la boca ligeramente abierta y los dientes inferiores al aire, grises y gastados; podía ver incluso los

párpados medio cerrados, sobre las cuencas vacías, y los brazos cruzados sobre el pecho, como si tratara de escudarse ante la muerte, protegiendo el alma que se escondía en lo más profundo de su pecho.

El alma.

—Por supuesto —exclamó Alexia—. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

Lady Kingair clavó la mirada en ella.

—Llevo todo este tiempo dando por sentado que se trataba de un arma, y Conall, que era una plaga contraída en Egipto por su manada y traída de vuelta a su regreso. Pero no, no es más que esta momia.

—¿Qué? ¿Cómo podría una momia provocar algo así?

Resistiendo aquella horrible sensación de presión, lady Maccon entró en la estancia, recogió un trozo del vendaje de la momia y señaló la imagen que lo decoraba. Un ankh, partido por la mitad. Como el círculo encima de una cruz del mensaje de lord Akeldama, solo que roto en dos.

—Esto no es un símbolo de muerte, ni de la vida en el más allá. Esto es el nombre —guardó silencio—, o tal vez el título, de la persona que esta momia fue en vida. ¿No lo ve? El ankh es el símbolo de la vida eterna, y aquí está partido. Solo una criatura puede acabar con la vida eterna.

Sidheag reprimió una exclamación de sorpresa, se llevó una mano a la boca y luego la bajó lentamente hasta señalar en dirección a lady Maccon.

—Un rompe-maldiciones. Usted.

Alexia sonrió, un poco tensa, y se volvió hacia la pobre criatura.

—Uno de mis ancestros, tal vez. —Sin apenas darse cuenta, empezó a retroceder, repelida por el aire que flotaba alrededor de la momia—. ¿Siente eso? —preguntó, sabiendo la respuesta de antemano.

—Que si siento ¿qué, lady Maccon?

—Lo suponía. Solo yo lo percibo. —Frunció el ceño, pensando a toda prisa—. Lady Kingair, ¿sabe algo acerca de los preternaturales?

—Solo lo básico. Si fuera un licántropo, sabría más, puesto que habría tenido la oportunidad de escuchar las historias que, como humana, no me está permitido conocer.

Alexia ignoró la acritud en la voz de la alfa.

—En ese caso, ¿quién es el miembro más longevo de la manada de Kingair? —Nunca había echado tanto de menos al profesor Lyall. Él lo sabría sin dudarle un solo instante, claro que sí. Probablemente él mismo se lo había contado a lord Akeldama.

—Lachlan —respondió lady Kingair.

—Debo hablar con él de inmediato. —Dio media vuelta y a punto estuvo de chocar con su doncella, que estaba en el pasillo, de pie detrás de ella.

—Madame. —Angélique tenía los ojos abiertos de par en par y las mejillas

sonrosadas—. Su habitación, ¿qué ha sucedido?

—¡Otra vez no!

Lady Maccon corrió hacia su habitación, pero la encontró igual que la última vez que la había visto.

—Oh, no es nada, Angelique. He olvidado contártelo. Por favor, ocúpate de ordenarlo todo.

Angelique permaneció de pie entre el caos, viendo cómo su señora se alejaba escaleras abajo, seguida de cerca por lady Kingair.

—Señor Lachlan —llamó Alexia, y el caballero apareció de inmediato en el vestíbulo con una mirada de preocupación en su agradable rostro—. Me gustaría hablar con usted a solas, si es tan amable.

Llevó al gamma y a lady Kingair al otro lado del vestíbulo, donde los tres formaron un corrillo, lejos del resto de la manada.

—Tal vez le parezca una pregunta extraña, pero, por favor, conteste lo mejor que sepa.

—Por supuesto, lady Maccon. Como ordene.

—Soy *muhjah* —dijo Alexia con una sonrisa—. Mis órdenes son sus órdenes.

—Así es —respondió él inclinando la cabeza.

—¿Qué pasa con nosotros cuando fallecemos?

—¿Una conversación filosófica, lady Maccon? ¿Cree que es un buen momento?

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—No, no me refiero a los que estamos aquí, sino a los preternaturales. ¿Qué pasa con los preternaturales cuando mueren?

Lachlan frunció el ceño.

—No he conocido a muchos de su especie. Suelen ser muy escasos, afortunadamente.

Alexia se mordió el labio. El mensaje de lord Akeldama decía que los preternaturales eran incinerados. ¿Qué sucedía si no se seguía el procedimiento? ¿Qué pasaría si el cuerpo nunca llegara a descomponerse? Los fantasmas eran la prueba más evidente de que el exceso de alma quedaba unido al cuerpo. Mientras este se conservara, el fantasma permanecía entre los vivos, no-muerto y progresivamente desquiciado, pero presente. ¿Podía ser que los egipcios hubieran descubierto este hecho gracias al proceso de momificación? Tal vez incluso fuera la razón por la que se momificaban los cadáveres. ¿Había algo en la ausencia de alma que también estuviera conectado al cuerpo? Quizás las habilidades de un chupa-almas estaban unidas a la piel del preternatural. Al fin y al cabo, era el contacto lo que negaba el poder sobrenatural.

Alexia contuvo una exclamación de horror y, por primera vez en su vida, a punto estuvo de desmayarse. Las implicaciones eran terribles e inacabables. Los cuerpos sin

vida de los preternaturales podían ser utilizados como armas contra lo sobrenatural. Momias preternaturales como aquella podían ser divididas en varias partes y repartidas por todo el imperio, ¡o incluso reducidas a polvo y transformadas en veneno! Un veneno humanizante. Alexia frunció el ceño. Una droga como aquella sería expulsada por el cuerpo del envenenado gracias al proceso digestivo, pero mientras eso sucedía el licántropo o vampiro en cuestión sería mortal.

Lachlan y lady Kingair permanecieron en silencio, mirando fijamente a Alexia. Era como si pudiesen ver el mecanismo de ruedas dentadas y palancas que se movían dentro de su cabeza. Solo quedaba una pregunta por responder: ¿por qué sentía aquella extraña repulsión hacia la momia?

—¿Qué ocurre cuando dos preternaturales se encuentran? —le pregunto a Lachlan.

—Oh, no se encuentran. Ni siquiera con su propia descendencia. No conoció a su padre, ¿verdad? —Se detuvo un instante, pensativo—. Por supuesto, no era de esa clase de personas. Pero, sea como fuere, eso nunca sucede. Los preternaturales no soportan compartir el mismo aire con otro de su especie. No se trata de algo personal, simplemente no pueden soportarlo, así que no suelen frecuentar los mismos círculos sociales. —Guardó silencio—. ¿Me está diciendo que la momia está provocando ese mismo efecto en usted?

—Tal vez la muerte intensifica nuestras habilidades hasta el punto de que ya no es necesario el contacto físico, del mismo modo que el exceso de alma de un fantasma que emana de su cadáver le permite expandir sus dominios. —Alexia los miró a ambos—. Explicaría el exorcismo en masa dentro de un radio específico.

—Y que esta manada haya perdido la habilidad para transformarse —añadió lady Kingair, asintiendo.

—Una anulación de la maldición en masa. —Lachlan frunció el ceño.

De pronto escucharon un murmullo de voces tras las puertas cerradas del salón. Uno de los batientes se abrió y tras él apareció la melena pelirroja de Tunstell, que se sobresaltó al verlos a los tres tan cerca.

—Señora —dijo—, madame Lefoux ha despertado.

Alexia lo siguió al interior de la estancia, no sin antes dirigir unas últimas palabras a lady Kingair y a Lachlan.

—No hace falta que les diga lo peligrosa que es la información que acabamos de discutir.

Ambos asintieron con gesto serio. Detrás de ellos, el resto de la manada apareció por la puerta de la sala de los artefactos, deseosos de saber las noticias de Tunstell.

—Por favor, no comenten nada con el resto de la manada —suplicó Alexia, aunque más bien parecía una orden.

Los dos asintieron al unísono antes de que se cerrara la puerta.

Capítulo 13. La última moda en París

Cuando Alexia entró en la estancia, Tunstell estaba inclinado sobre el cuerpo de la inventora y la ayudaba a incorporarse en el pequeño sofá. Madame Lefoux parecía aturdida, pero tenía los ojos abiertos y fijos en Alexia. Una discreta sonrisa iluminaba su rostro, hoyuelos incluidos.

—Mi esposo —quiso saber lady Maccon—, ¿ha experimentado también algún cambio? —Se dirigió hacia su esposo, una montaña de hombre en lo alto de un pequeño y frágil sofá. Las patas, con forma de extremidades de animal, parecían a punto de ceder bajo tanto peso. Alargó una mano para acariciarle el rostro: ligeramente áspero. Le había dicho que necesitaba un buen afeitado. Pero sus ojos permanecían cerrados, con sus pestañas, ridículamente largas, descansando en lo alto de sus mejillas. Qué absurdas eran aquellas pestañas. No había pasado ni un mes desde la última vez que Alexia, movida por la envidia, se había quejado amargamente por lo injusta que le parecía la naturaleza. Él se había reído y luego le había hecho cosquillas en el cuello con ellas.

Sus recuerdos fueron interrumpidos, no por la voz de Tunstell respondiendo a su pregunta, sino por la de madame Lefoux, con su cadencia siempre tan musical, aunque un poco ronca por la falta de agua.

—Me temo que no recuperará el sentido en un buen rato, no si ha sido neutralizado con uno de los nuevos dardos somníferos.

Lady Maccon se aproximó a la inventora.

—¿Qué ha sido, madame Lefoux? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué intentaba decirnos antes de recibir el disparo? ¿Quién es el responsable del ataque? —Su voz se tornó gélida como el hielo—. ¿Quién ha disparado a mi esposo? —Estaba convencida de saber la respuesta a aquella pregunta, pero quería oírla de labios de madame Lefoux. Había llegado el momento en el que la inventora debía escoger un bando.

—Por favor, no se enfade con ella, lady Maccon —empezó madame Lefoux, tragando saliva—. No lo ha hecho con mala intención, ¿comprende? Estoy convencida de ello. Lo que pasa es que es un tanto descerebrada, nada más. En el fondo, tiene buen corazón, sé que lo tiene.

»Encontré el eterógrafo con todas esas hermosas válvulas reducidas a añicos. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Cómo puede alguien cometer semejante tropelía? —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Fue demasiado lejos, y cuando me dirigí a explicarle a usted lo sucedido, la descubrí registrando su habitación. Fue entonces cuando supe que aquello se nos había ido de las manos. Supongo que buscaba su válvula cristalina, la que le había visto guardar, la del transmisor de lord Akeldama. Para destruirla también. Cuánta destrucción. Nunca la hubiera creído capaz de algo así. Empujar a alguien desde un dirigible es una cosa, pero destruir un objeto de la

belleza funcional de una válvula cristalina... ¿Qué clase de monstruo hace algo así?

Bueno, al menos ahora Alexia sabía cuáles eran las prioridades de madame Lefoux.

—¿Para quién trabaja Angelique? ¿Para los vampiros?

Madame Lefoux asintió. Lady Maccon blasfemó desde lo más profundo de su ser, utilizando palabras de las que su esposo estaría orgulloso.

Tunstell no podía creerlo, incluso se sonrojó.

—Sospechaba que se trataba de una espía, claro está, pero no esperaba que se convirtiera en una agente en activo tan pronto. Me hace unas cosas tan espectaculares en el pelo...

Madame Lefoux inclinó la cabeza a un lado, como si la comprendiera perfectamente.

—¿Cuál es su objetivo? ¿Por qué hace todo esto?

La inventora sacudió lentamente la cabeza. Sin el sombrero de copa ni el pañuelo anudado al cuello, estaba más femenina que nunca, más suave. Alexia no sabía si le gustaba aquel cambio.

—Solo se me ocurre que esté detrás de lo mismo que usted como *muhjah*. El arma humanizante.

Lady Maccon renegó de nuevo.

—Y, cómo no, Angelique estaba justo en el lugar indicado, en el pasillo detrás de mí, cuando he llegado a la conclusión de cuál era ese arma.

Madame Lefoux abrió los ojos de par en par, pero fue Tunstell quien intervino, con la voz desbordada por la admiración.

—¿Lo ha descubierto?

—Por supuesto que sí. —Lady Maccon se dirigió hacia la puerta—. Tunstell, mis órdenes no han cambiado.

—Pero, señora, necesita...

—¡No han cambiado!

—No creo que quiera acabar con la vida de nadie que no sea yo —intervino madame Lefoux—. De verdad lo creo. Por favor, milady, no haga nada... definitivo.

Lady Maccon se dio la vuelta al llegar a la puerta y enseñó los dientes como lo haría un auténtico licántropo.

—Ha disparado a mi esposo, madame —dijo.

Fuera, donde debería haber estado la manada de Kingair al completo, solo había silencio. Silencio y un montón de cuerpos dormidos y faldas plisadas a cuadros, lo que se conoce como un colapso a lo grande.

Lady Maccon cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de controlar su temperamento. ¿Es que acaso tenía que hacerlo todo ella misma?

Sujetando con fuerza la sombrilla, armó el punzón paralizante, situó el dedo

índice junto al disparador y corrió escaleras arriba en dirección al salón de la momia. A menos que estuviera equivocada, Angelique intentaría sacar a la criatura del castillo y partir de inmediato, probablemente en carruaje, de vuelta al cuartel general de sus señores.

Se equivocaba. En cuanto abrió la puerta de la estancia, se hizo evidente que la momia estaba presente y Angelique no.

Lady Maccon frunció el ceño.

—¿Qué?

Golpeó el suelo con la punta de la sombrilla, furiosa. ¡Pues claro! La prioridad de un espía al servicio de los vampiros sería transmitir la información, puesto que era eso lo que más valoraban. Alexia sujetó bien la sombrilla y subió demasiadas escaleras para llevar corsé hasta llegar, entre jadeos, a la habitación del transmisor eterográfico.

Sin ni siquiera molestarse en comprobar si estaba siendo utilizado, apuntó con la sombrilla y presionó uno de los pétalos de la flor de loto que servía como mango, activando el emisor-disruptor magnético. Durante unos segundos, todo a su alrededor se detuvo.

A continuación corrió hacia la cámara transmisora del aparato y la abrió.

Angelique ya se estaba incorporando. Los pequeños brazos responsables de escanear el mensaje se habían detenido a medio mensaje. La doncella miró fijamente a lady Maccon y, sin pausa alguna, se abalanzó sobre ella.

Alexia esquivó la carga, pero la intención de la joven no había sido atacarla, puesto que se limitó a empujar a Alexia a un lado y abandonar la estancia a la carrera. Lady Maccon tropezó con un montón de maquinaria que descansaba junto a una de las paredes de la estancia, perdió el equilibrio y se golpeó contra el suelo con fuerza, desplomándose sobre un costado.

Peleó con faldas, polisones y enaguas para poder ponerse en pie. En cuanto lo hubo conseguido, corrió hacia el soporte transmisor y cogió el rollo de metal que en él había. Solo tres cuartas partes del mensaje habían sido leídas. ¿Sería suficiente? ¿Habría detenido la transmisión a tiempo, o tal vez los vampiros habían logrado conseguir la más peligrosa de las informaciones para los preternaturales y acerca de ellos?

Sin tiempo para comprobarlo, lady Maccon lanzó el rollo a un lado, se dio la vuelta y salió corriendo detrás de Angelique, convencida de que el objetivo de la doncella era la momia.

Esta vez estaba en lo cierto.

—¡Angelique, detente!

Alexia la divisó un piso por debajo de donde se encontraba ella, peleándose con el cuerpo de aquel pobre preternatural, fallecido hacía tanto tiempo, arrastrándolo y

cargando con él escalera abajo hacia la puerta principal del castillo.

—¿Alexia? ¿Qué está sucediendo? —La señorita Hisselpenny emergió de una de las habitaciones, con las mejillas sonrojadas e inundadas de lágrimas.

Lady Maccon apuntó con la sombrilla entre los barrotes de caoba de la barandilla de la escalera y disparó un dardo aturridor hacia su doncella.

La joven se dio la vuelta, utilizando el cuerpo de la momia a modo de escudo. El dardo impactó en el pobre cadáver y atravesó la fina capa de piel marrón de varios siglos de antigüedad. Alexia corrió por el siguiente tramo de escaleras abajo.

Angelique se cargó el peso de la momia a la espalda para poder cubrirse con ella mientras corría, pero sus esfuerzos por avanzar se vieron ampliamente afectados por el propio peso de la criatura.

Lady Maccon se detuvo y apuntó de nuevo.

La señorita Hisselpenny se interpuso en el campo de visión de Alexia, de pie en el rellano inmediatamente anterior al último tramo de escaleras, sin poder apartar la mirada de Angelique y abortando cualquier posibilidad de realizar un segundo disparo.

—¡Ivy, apártate!

—Santo Dios, Alexia, ¿qué se trae tu doncella entre manos? ¿Lleva una momia a la espalda?

—Sí, es la última moda en París, ¿no lo sabías? —respondió lady Maccon antes de empujar a su amiga a un lado sin demasiados miramientos.

La señorita Hisselpenny gritó indignada.

Alexia apuntó y disparó de nuevo, pero esta vez el dardo ni siquiera alcanzó su objetivo. Tendría que asistir a clases de tiro si tenía intención de conservar el trabajo. La sombrilla disponía únicamente de dos tiros, de modo que, maldiciendo su suerte a voz en grito, corrió con todas sus fuerzas, decidida a poner fin a aquella situación a la vieja usanza.

—Te lo digo en serio, Alexia, controla tu vocabulario. ¡Pareces la esposa de un pescadero! —exclamó la señorita Hisselpenny—. ¿Qué está sucediendo? ¿Acaba de salir algo de la punta de tu sombrilla? Qué cosa tan extraña. Debo de estar viendo visiones. Tanto amor por el señor Tunstell empieza a nublarne la vista.

Lady Maccon ignoró a su amiga por completo. A pesar del poder de la momia para repelerla, corrió escaleras abajo con la sombrilla en alto.

—Apártate de mi camino, Ivy —ordenó.

Angelique tropezó con el cuerpo inconsciente de uno de los miembros de la manada.

—Detente ahora mismo —gritó lady Maccon con su mejor voz de *muhjah*.

Doncella y momia habían alcanzado la puerta cuando lady Maccon saltó sobre ellas, pinchando con saña a Angelique con la punta de la sombrilla.

La joven se detuvo y giró la cabeza para mirar a su, hasta ahora, señora. Tenía los ojos, hermosos y de color violeta, abiertos de par en par.

Lady Maccon le dedicó una sonrisa tensa.

—Dime, querida, qué prefieres: ¿un chichón o dos? —Y sin mediar más palabras, levantó el brazo tan arriba como pudo y golpeó a Angelique en lo alto de la cabeza.

Momia y doncella se desplomaron sobre el suelo.

—Al parecer, con uno es más que suficiente.

En lo alto de las escaleras, la señorita Hisselpenny emitió un grito de sorpresa y se llevó una mano a la boca.

—Alexia —susurró— ¿cómo puedes comportarte así? ¡Y con una sombrilla, ni más ni menos! A tu propia doncella. ¡No está bien repartir disciplina entre el servicio con semejantes maneras! Es decir, siempre he pensado que vas perfectamente peinada.

Lady Maccon ignoró las palabras de su amiga y apartó la momia a un lado de un puntapié.

Ivy gritó de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? Es un objeto muy antiguo. ¡Si a ti te encantan esa clase de cosas!

Lady Maccon no necesitaba que se lo recordasen, pero no había tiempo para los escrúpulos, y menos históricos. La maldita momia ya había causado demasiados problemas y, si no hacía nada al respecto, acabaría siendo una pesadilla logística. No podía permitir que siguiera existiendo.

Comprobó la respiración de Angelique, la espía seguía con vida.

Lo mejor que podía hacer, decidió lady Maccon, era destruir la momia. Una vez hecho, podría ocuparse de todo lo demás.

Resistiéndose a la horrible sensación que le exigía que se apartara de aquella cosa tanto como pudiera, Alexia arrastró el cuerpo hasta los enormes bloques de piedra que formaban los escalones de acceso al castillo. No tenía sentido poner más vidas en peligro.

Madame Lefoux no había diseñado la sombrilla para que emitiera nada especialmente tóxico para los preternaturales, si es que existía dicha sustancia, pero Alexia confiaba en que con la aplicación de una cantidad suficiente de ácido la destruiría casi por completo.

Abrió la sombrilla y le dio la vuelta hasta sostenerla por la punta. Para mantenerse a salvo, hizo girar el dial que había encima del disruptor de campo magnético hasta la tercera posición. Las seis varillas de la sombrilla se abrieron al unísono y una fina lluvia cayó sobre la momia, empapando piel y huesos por igual. Agitó la sombrilla adelante y atrás para asegurarse de que el líquido cubriera el cuerpo por completo; luego la colocó sobre el torso de la momia y retrocedió unos pasos. Pronto sintió el

intenso olor del ácido, seguido por un hedor que nunca antes había percibido: la muerte última de los huesos, una mezcla entre el olor de un desván cerrado y el sabor metálico de la sangre.

La fuerza que repelía a Alexia empezó a desvanecerse. La criatura se desintegraba gradualmente, convirtiéndose en una masa marrón e indeterminada, salpicada de trozos de piel y hueso. Ya no recordaba en nada a un humano.

La sombrilla seguía despidiendo su lluvia mortal de ácido, y las piedras del suelo empezaban a picarse.

Detrás de Alexia, dentro del castillo de Kingair y en lo alto de las escaleras, Ivy Hisselpenny gritó.

* * *

En el otro extremo de las islas británicas, dentro de un carruaje alquilado aparcado frente a una residencia de aspecto inocente, en un barrio medianamente popular cerca del parque Regent, el profesor Randolph Lyall y el comandante Channing Channing, de los Channing de Chesterfield, aguardaban en silencio. Era un lugar peligroso para dos licántropos como ellos, puesto que aquel edificio era, ni más ni menos, que la residencia oficial de la colmena de Westminster. Doblemente peligrosa, y es que no estaban allí en misión oficial. Si aquello llegaba a oídos de algún miembro del ORA, Lyall estaba convencido de que se quedaría sin trabajo ipso facto y el comandante sería licenciado del ejército sin honores.

Ambos estuvieron a punto de saltar fuera de sus pellejos, una habilidad ciertamente interesante para un licántropo, cuando la puerta del carruaje se abrió y un cuerpo se abalanzó sobre ellos.

—¡Rápido!

El comandante Channing golpeó el techo del habitáculo con la culata de su pistola y el carruaje partió de inmediato. Los cascos de los caballos resonaban con una fuerza inusitada sobre los adoquines de las calles de Londres.

—¿Y bien? —preguntó Channing, impaciente.

Lyall le ofreció la mano al joven y le ayudó a levantarse y recuperar la poca dignidad que le quedaba en aquel momento.

Biffy se quitó la capa de terciopelo negro que se le había enrollado por todo el cuerpo durante la huida. Lyall no acababa de comprender de qué servía llevar una capa como aquella durante un allanamiento de morada, pero el zángano había insistido. «Vestir adecuadamente» había dicho, «nunca es opcional».

El profesor Lyall sonrió al joven. Eran un caballero apuesto, de eso no cabía la menor duda. Podían criticarse muchas de las costumbres de lord Akeldama, pero nadie podía negar que tenía un gusto excelente para los zánganos.

—¿Cómo ha ido?

—Oh, tienen uno, como era de esperar. En lo más alto, justo bajo el tejado. Un modelo ligeramente más anticuado que el de mi señor, pero parece funcionar perfectamente.

Un caballero apuesto y efectivo.

—¿Y? —El profesor Lyall arqueó una ceja.

—Digamos que, por el momento, no está tan operativo como cabría esperar.

El comandante Channing miró fijamente a Biffy con un destello de desconfianza en la mirada.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, veré, había una tetera, justo al lado...

—Siempre he pensado que el té es una bebida muy útil —comentó Lyall pensativo.

Biffy no pudo reprimir una sonrisa.

* * *

No era uno de los gritos típicos de Ivy, de esos que profería cada vez que perdía el sentido. Era un grito de terror tan intenso que lady Maccon abandonó su sombrilla y corrió hacia el interior del castillo, sola.

La intensidad del grito había atraído la atención de más personas. Tunstell y una madame Lefoux de frágil aspecto habían abandonado el salón de la planta principal, a pesar de las órdenes de Alexia que lo prohibían.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó—. ¡Volved adentro ahora mismo!

Pero los ojos de ambos no se apartaban del rellano de la planta superior, donde Angelique sujetaba a la pobre señorita Hisselpenny por la espalda, con un cuchillo de aspecto mortal en el cuello de la joven.

—¡Señorita Hisselpenny! —exclamó Tunstell, con su rostro desolado por el miedo, para luego añadir, ajeno a cualquier forma de decoro o decencia—: ¡Ivy!

—¡Angelique, no! —gritó madame Lefoux al mismo tiempo.

Todos corrieron hacia las escaleras. Angelique arrastró a Ivy consigo hacia la estancia en la que, hasta hacía poco, había descansado el cuerpo ancestral de la momia.

—No se acerquen o morirá —amenazó la doncella en su lengua nativa, con pulso firme y la mirada fría.

Tunstell, que no sabía hablar francés, sacó la Tue Tue y apuntó a la doncella. Madame Lefoux tiró del brazo del guardián con una fuerza inusitada para alguien que acababa de recibir un disparo.

—Herirás al rehén.

—Angelique, esto es una locura —dijo lady Maccon, tratando de razonar con la doncella—. He destruido las pruebas. La manada despertará pronto, completamente recuperada. Cuando recuperen su estado sobrenatural, no importará qué droga les hayas administrado. No puede faltar mucho. No podrás escapar.

Angelique siguió retrocediendo, arrastrando consigo a la pobre señorita Hisselpenny.

—Entonces no tengo nada que pegdeg, ¿non? —Y continuó hacia el interior de la estancia.

En cuanto hubo desaparecido, lady Maccon y Tunstell corrieron tras ella escaleras arriba. Madame Lefoux intentó seguirles el paso, pero avanzaba con cierta dificultad. Se había cubierto la herida con la mano y respiraba trabajosamente.

—La necesito con vida —le dijo Alexia a Tunstell entre jadeos—. Tengo preguntas.

Tunstell se guardó la Tue Tue en los pantalones y asintió.

Alcanzaron la puerta de la estancia casi al mismo tiempo. Allí estaba Angelique, armada, ordenándole a Ivy que abriese una de las ventanas en el extremo opuesto de la habitación. Alexia se arrepintió de no haber llevado consigo la sombrilla. La próxima vez se encadenaría a ella. Cada vez que no la tenía consigo, era cuando más la necesitaba. Antes de que Angelique advirtiese su presencia, Tunstell se agachó a un lado de la estancia, utilizando el abundante mobiliario para permanecer fuera del campo de visión de la doncella.

Mientras él se acercaba en secreto, avanzando con cautela por la habitación, lady Maccon se encargó de distraer a la espía. No era tarea fácil; Tunstell no era la personificación de la sutileza, precisamente. Su cabellera pelirroja asomaba entre los muebles con cada paso que daba, como si se tratara del villano de una representación gótica cruzando el escenario de lado a lado. Menos mal que la estancia estaba en penumbra, iluminada por una única lámpara de gas en la esquina más alejada de la estancia.

—Angelique —la llamó lady Maccon.

Angelique se dio la vuelta y tiró con fuerza del cuerpo de la señorita Hisselpenny con la mano que le quedaba libre, puesto que con la otra seguía sosteniendo el cuchillo en el cuello de la joven.

—Date pgisa —le espetó a una asustada Ivy—. Tú —continuó, señalando a Alexia con la barbilla—, no te acerques y enséñame las manos.

Lady Maccon levantó las manos en alto y Angelique asintió, visiblemente satisfecha por la ausencia de armas. Alexia rezó para que Ivy se desmayara lo antes posible, facilitando ostensiblemente las cosas, pero la interesada permaneció consciente y aterrorizada. Nunca se desvanecía uno a gusto de todos.

—¿Por qué, Angelique? —preguntó lady Maccon, intrigada y con la esperanza de

mantener la atención de la doncella lejos de Tunstell.

La joven sonrió, y su rostro no podía ser más bello. La luz de la lámpara se reflejaba en sus hermosos ojos violetas.

—Pogque ella me lo pidió. Pogque me pgometió que lo intentagía.

—Ella. ¿Quién es ella?

—¿Quién cgee usted?

Lady Maccon percibió un leve aroma a vainilla, seguido de una suave voz que procedía de la misma estancia. Madame Lefoux se había apoyado en el marco de la puerta, exhausta, a junto a ella.

—La condesa Nadasdy.

Lady Maccon frunció el ceño y se mordió el labio, confusa. Volvió a dirigirse a Angelique, apenas consciente de la presencia de la inventora.

—Creía que tu antiguo señor era un errante y que estabas en Westminster a disgusto.

Angelique amenazó de nuevo a Ivy, esta vez con la punta del cuchillo. Ivy gritó y forcejeó con el cierre de las contraventanas hasta que consiguió abrirlas. El castillo era antiguo y las ventanas no tenían cristales, de modo que la estancia se inundó con la gélida brisa de la noche escocesa.

—Piensa usted demasiado —le espetó la espía.

Tunstell, que finalmente había conseguido recorrer la distancia que le separaba de la doncella, se abalanzó sobre ella. Por primera vez desde que se conocían, Alexia pensó que por fin estaba mostrando la gracia y la habilidad que cabía esperar de alguien que pronto se convertiría en licántropo. Claro que podía ser únicamente de cara a la galería, pero al menos resultaba impresionante.

La señorita Hisselpenny, al ver de quién se trataba y que había acudido en su rescate, gritó con todas sus fuerzas y se desmayó, desplomándose junto a la ventana abierta.

Por fin, pensó Alexia.

Angelique se dio la vuelta, sujetando el cuchillo en alto.

Tunstell y la doncella se enzarzaron en una pelea salvaje. Angelique atacó al guardián con un rápido movimiento, perfeccionado tras horas de práctica. Él lo esquivó, apartando la hoja del cuchillo con el hombro y recibiendo un profundo corte en la parte superior del brazo.

Lady Maccon se dispuso a correr al rescate de Tunstell, pero madame Lefoux la sujetó. Algo crujió bajo su zapato, y cuando Alexia apartó la mirada de la pelea para ver de qué se trataba, descubrió que el suelo estaba lleno de escarabajos muertos. ¡Ah!

El guardián, como no podía ser de otra manera, era mucho más fuerte que Angelique. Ella era menuda y delicada, y él más bien corpulento, la constitución

favorita de licántropos y directores de escena. Lo que le faltaba en técnica, su fuerza lo suplía con creces. Tunstell se levantó de un salto, girando en el aire para empujar a la doncella con el hombro que le quedaba sano. Con un grito de desesperación, la mujer se precipitó de espaldas por la ventana, lo cual seguramente no había sido su intención al abrirla, según parecía indicar la escalera de cuerda. Profirió un grito largo y terminó con un sonido sordo.

Madame Lefoux se cubrió la cara con las manos, soltando a lady Maccon. Ambas mujeres corrieron hacia la ventana para asomarse por ella.

Allí abajo, sobre el suelo, descansaba el cuerpo magullado y sin vida de Angelique. Seguramente aquel tampoco era el aterrizaje que ella había planeado.

—¿Qué parte de «la necesito con vida» no has entendido?

Tunstell estaba pálido.

—¿Está muerta? ¿La he matado?

—No, ha salido volando. Pues claro que la has matado, estúpido.

Tunstell evitó la ira de su señora fundiéndose en un montón de pecas indefinido.

Alexia decidió entonces concentrar su ira en madame Lefoux. La inventora, pálida como nunca antes la había visto, no podía apartar la mirada del cuerpo sin vida de la doncella.

—¿Por qué me ha sujetado?

Madame Lefoux abrió la boca, pero un sonido parecido a una estampida de elefantes interrumpió lo que había estado a punto de decir.

Los miembros de la manada de Kingair asomaron las cabezas por la puerta abierta de la estancia. No los acompañaban sus compañeros humanos, puesto que los guardianes y lady Kingair seguían dormidos bajo el efecto de la droga de Angelique. Que estuvieran despiertos y en movimiento solo podía indicar que el proceso de destrucción de la momia había concluido.

—Moveos, patanes —rugió una voz detrás de ellos. Desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido, dejando el camino libre a lord Conall Maccon.

—Oh, muy bien —dijo su esposa—, estás despierto. ¿Por qué has tardado tanto?

—Hola, mi amor. ¿Qué has hecho esta vez?

—Si eres tan amable, deja de insultarme y ve a atender a Ivy y a Tunstell, ¿quieres? Seguramente a ambos les vaya bien un poco de vinagre. Ah, y no apartes los ojos de madame Lefoux. Tengo que comprobar el estado de un cadáver.

Al percibir la expresión y el tono en la voz de su esposa, el conde prefirió no cuestionar sus órdenes.

—Supongo que el cuerpo es el de tu doncella.

—¿Cómo lo has sabido? —Alexia estaba comprensiblemente molesta. No en vano, ella acababa de descubrir el pastel. ¿Cómo se atrevía su esposo a ir siempre un paso por delante de ella?

—Me disparó, ¿recuerdas? —respondió él.

—Sí, bueno, será mejor que haga las comprobaciones de rigor.

—¿La queremos viva o muerta?

Lady Maccon se mordió el labio.

—Mmm, muerta supone menos papeleo y viva menos preguntas sin respuesta.

El conde le hizo un gesto con la mano.

—Prosigue con las comprobaciones, querida.

—Oh, Conall, te odio cuando haces que todo parezca idea tuya —se quejó su esposa, molesta con él pero alejándose ya por la puerta.

—Y yo que escogí casarme con ella —se lamentó lord Maccon ante los licántropos allí reunidos fingiendo resignación.

—Eso había oído —añadió lady Maccon sin detenerse.

Bajó rápidamente las escaleras y se dirigió, sorteando los cuerpos inmóviles de los guardianes, hacia la puerta principal. Una vez fuera, comprobó el estado de la momia, de la que apenas quedaba un montón de lodo marrón. La sombrilla había dejado de emitir su mortífera lluvia, agotadas todas las reservas de ácido con las que contaba. Tendría que solicitar una puesta a punto, ya que había utilizado prácticamente todo el armamento disponible. La cerró de golpe y, sujetándola entre las manos, se dirigió al lateral del castillo en el que descansaba el cuerpo de Angelique, inmóvil sobre la verde hierba que rodeaba el castillo.

Lady Maccon la empujó con la punta de la sombrilla desde una distancia prudencial. Al no producirse reacción alguna, decidió agacharse junto al cuerpo para examinarlo más de cerca. Al parecer, sería necesario algo más que unas gotas de vinagre para curar las heridas de la doncella, cuya cabeza descansaba inclinada hacia un lado, con el cuello roto por la caída.

Lady Maccon suspiró, se puso en pie y ya se disponía a marcharse cuando a su alrededor el aire se estremeció como el calor que flota alrededor de una hoguera.

Alexia nunca había presenciado un nacimiento sobrenatural. Al igual que sucedía con los nacimientos normales, eran considerados un tanto groseros y por ello nunca se hablaba de ellos en público, pero Alexia no tenía la menor duda sobre lo que le estaba pasando a Angelique, puesto que allí, frente a ella, se materializó la silueta ondulante de la doncella muerta.

—Vaya, así que habrías sobrevivido al mordisco de la condesa Nadasdy.

El fantasma la miró fijamente durante unos segundos, como si intentara adaptarse a su nueva existencia —o no existencia, para ser más precisos. Se limitó a flotar, inmóvil, los restos del alma de la joven Angelique.

—Siempre supe que podía llegar a ser algo más —dijo finalmente la Difunta Angelique—, pego usted tenía que detenerme. Me avisaron de que era usted una mujer peligrosa. Pensé que era porque le tenían miedo, a usted y a lo que podía

haseg. Pego ahoga compgendo que en gealidad les asusta quién es usted. La falta de alma ha acabado afectando a su cagácteg. No es usted solo pgetegnatural, también piensa difegente pgesisamente pog sego.

—Tal vez sea así —respondió Alexia—, aunque se me hace difícil saberlo puesto que nunca he experimentado más que mis propios pensamientos.

El fantasma se elevó, flotando sobre su propio cadáver. Durante algún tiempo tendría que permanecer allí, incapaz de alejarse hasta que la carne empezara a descomponerse. Solo entonces, condenada al deterioro a medida que la conexión con su cuerpo se hiciera más y más débil, podría alejarse de sus restos, convirtiéndose al mismo tiempo en un *poltergeist* abocado a la locura. No era una forma agradable de acceder al más allá.

La doncella miró a su antigua señora.

—¿Consegvagá usted mi cuerpo, pegmitiendo que piegda la cabeza, o me pgacticagá un exorcismo aquí mismo?

—Decisiones, siempre decisiones —dijo lady Maccon con dureza—. ¿Qué prefieres tú?

El fantasma no dudó ni un instante.

—Pgefiego ígme ahoga. El OGA tgategá de pegsuadigme paga que espíe paga ellos y yo no quiego tgabajag en contga de mi colmena o de mi país. Y no sé si podgía sopogtag volvegme loca.

—Vaya, así que al final resulta que tienes escrúpulos.

Era difícil determinarlo con seguridad, pero pareció como si el espectro sonriera. Los fantasmas nunca llegaban a ser completamente sólidos; según una de las numerosas teorías científicas, esto se debía a que eran la representación física de su propio recuerdo de sí mismos.

—Más de los que usted imagina —respondió la Difunta Angelique.

—Y si te exorcizo, ¿qué me darás tú a cambio? —quiso saber Alexia, la preternatural.

La Difunta Angelique suspiró, a pesar de que ya no poseía pulmones con los que respirar o aire con el que emitir tan característico sonido. Lady Maccon se preguntó qué hacían los fantasmas para poder hablar.

—Tendgá curiosidad, imagino. Hagamos un tgato. Yo contestagé a dies pgeguas y segé totalmente sinsega. Luego, usted me ayudará a mogig.

—¿Por qué has hecho todo esto? —preguntó lady Maccon inmediatamente y sin dudarle: la pregunta más sencilla, y a la vez importante, primero.

La Difunta Angelique levantó las manos en alto con los dedos extendidos y dobló uno.

—Pogque la condesa se ofgesió a mogdegme. ¿Quién no quiege vivir paga siempre? —una pausa—. Exsepto Genevieve.

—¿Por qué has intentado matarme?

—Nunca he intentado matarla. Mi verdadero objetivo era Genevieve, pero al parecer no se me da muy bien. La caída, en el dirigible, y los disparos, eran para ella. Usted no era más que un estorbo; ella es el verdadero peligro.

—¿Y el veneno?

La Difunta Angelique ya había doblado tres dedos.

—No fui yo. Supongo, milady, que alguien más la quiere muy muerta. ¿Y la pregunta?

—¿Crees que es madame Lefoux quien intenta acabar con mi vida?

—Certo que no, pero nunca se sabe con Genevieve. Ella es, ¿cómo dicen ustedes?, la más lista de las dos. Pero si ella la quisiera muy muerta, ese sería su cuerpo, no el mío.

—Y bien, ¿por qué quieres ver a nuestra querida inventora muerta?

—¿La pregunta ya y la desecha con Genevieve? Tiene algo que me preocupa. Me dijo que si no me lo quedaba, se lo contagia a todo el mundo.

—¿Qué podría ser tan horrible?

—Había agotado mi vida. La condesa insiste mucho en ello: nada de familia. Nunca muere si hay niños de poca edad, parte del edicto vampiro. Una norma menor, pero a la condesa le gusta ser muy estricta. Y viendo cómo lady Kinga complica la vida de su esposo, empiezo a entender el sentido de dicha norma.

De pronto lady Maccon lo comprendió. Sabía que había visto aquellos ojos violetas en alguna parte.

—El hijo de madame Lefoux, Quesnel. No es suyo, ¿verdad? Es tu hijo.

—Un ego que ya no tiene importancia. —Otro dedo más. Solo quedaban tres preguntas.

—¿Madame Lefoux subió a bordo del dirigible para seguirte a ti, no a mí! ¿Te estaba chantajeando?

—Sí, si no me había dado de mis deudas maternas, se lo contagia todo a la condesa. No podía permitirlo, ¿comprendes? Después de lo mucho que había trabajado para conseguir la inmortalidad.

Alexia se sonrojó y agradeció la fría brisa de la noche.

—Ustedes dos eran...

El fantasma se encogió de hombros, un gesto muy natural, incluso para un fantasma.

—Poco supuesto, durante muchos años.

Lady Maccon sintió un sofoco aún mayor a medida que las imágenes se iban sucediendo en su cabeza: la oscura cabellera de madame Lefoux junto a la rubia de Angelique, una bonita imagen sacada de una postal erótica.

—Vaya, muy francés.

El fantasma no pudo contener la risa.

—No lo cgea. ¿Cómo cgee que capté la atención de la condesa Nadasdy? No con mis habilidades con el peine, pgesisamente.

Alexia había visto algo al respecto en la colección de su padre, pero había dado por supuesto que aquella clase de relaciones estaban supeditadas al capricho de un hombre o representadas para despertar el apetito de un caballero. ¿Era posible que dos mujeres lo hicieran voluntariamente y con cierto grado de implicación sentimental?

No se dio cuenta de que había enunciado esta última pregunta en voz alta.

El fantasma soltó una carcajada.

—Solo le digé que estoy seguga de que alguna vez me quiso, hase ya mucho tiempo.

Lady Maccon empezó a ver más cosas en las acciones o los comentarios de la inventora durante la última semana de las que en un principio había intuido.

—Eres una mujer dura, ¿verdad, Angelique?

—Menuda fogma de malgastag su última pgegunta. Todos acabamos actuando según hemos sido educados. Usted no es tan duga como le gustagía. ¿Qué digá su esposo cuando lo descubga?

—¿Descubrir qué?

—Oh, ¿de vegas que no lo sabe? Pensé que estaba disimulando. —Al fantasma se le escapó la risa, una auténtica carcajada, cortante y fría, pensada para confundir y sembrar la duda en su oponente.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no sé?

—Oh, no, ya he cumplido con mi pagte del tgato. Dies pgeguntas, todas contestadas con sinsegidad.

Alexia suspiró. Era cierto. Dio un paso al frente, en contra de su voluntad, dispuesta a practicar su primer exorcismo. No dejaba de ser extraño que el Gobierno supiera de su condición de preternatural desde que era un bebé, que el ORA la hubiese incluido en sus Archivos de Alto Secreto e Importación como la única preternatural en toda la región de Londres y que nunca hubiesen solicitado su ayuda con la más básica de sus habilidades: el exorcismo. Tan extraño como que su bautizo en la materia fuese a petición de un fantasma, en las Tierras Altas de Escocia. Y extraño, por último, que le pareciera tan sencillo.

Sencillamente, colocó una mano sobre el cuerpo roto de Angelique y el espectro, liberado de las ataduras que lo unían a este, desapareció. Sin un cuerpo con vida que reclamara dicha unión, el espíritu desapareció para siempre: un desánimo total y completo. El alma jamás podría regresar, como sí sucedía con licántropos y vampiros. Con el cuerpo sin vida, un regreso como aquel podría resultar fatal. Pobre Angelique, podría haber sido inmortal si hubiera tomado las decisiones correctas.

Lady Maccon se encontró con una escena un tanto peculiar al regresar al interior del castillo y subir las escaleras hasta la sala de la momia. Tunstell estaba despierto, con el hombro y la parte superior del brazo vendados con un pañuelo de Ivy a cuadros rojos, y parecía muy ocupado introduciéndose una cantidad más que generosa de brandy en la boca con intenciones terapéuticas. La señorita Hisselpenny, que había recuperado el conocimiento, estaba a su lado, arrodillada en el suelo.

—Oh, señor Tunstell, qué valiente ha sido al tratar de rescatarme de esa manera. Es usted un héroe —le estaba diciendo en aquel preciso instante—. Imagine si se supiera que he sufrido un ataque con cuchillo a manos de una doncella, y francesa para más inri. ¡Si hubiera llegado a morir, jamás lo habría superado! ¿Cómo puedo agradecerse lo suficiente?

Madame Lefoux se encontraba junto a lord Maccon, ya recompuesta, aunque un poco demacrada alrededor de los ojos y de la boca, con sus hermosos hoyuelos guardados a buen recaudo, al menos por una temporada. Alexia no estaba segura de cómo interpretar la expresión de su rostro. Todavía no confiaba en ella. Madame Lefoux se había visto involucrada en todo lo sucedido desde un buen principio, por no mencionar el pulpo que llevaba tatuado al cuello. Las experiencias de Alexia con los científicos malvados del Club Hypocras le habían enseñado, cuanto menos, a no confiar en dichos cefalópodos.

—Angelique ha hablado —le dijo a la inventora, acercándose hasta donde estaba ella—. Ya es hora, madame Lefoux, de que usted haga lo mismo. ¿Qué quería? ¿Solo a Angelique o algo más? ¿Quién intentó envenenarme a bordo del dirigible? —Sin detenerse, se volvió hacia Tunstell y valoró el alcance de la herida del guardián con ojo crítico—. ¿Alguien le ha puesto un poco de vinagre?

—¿Ha? —preguntó madame Lefoux, incapaz de procesar más de una palabra del discurso de lady Maccon—. ¿Ha dicho «ha»? Entonces, ¿está muerta?

—¿Angelique?

La inventora asintió, incapaz de parar de morderse el labio.

—Bastante.

Madame Lefoux reaccionó de forma, cuanto menos, peculiar. Abrió sus hermosos ojos verdes de par en par, sorprendida, y luego, cuando se dio cuenta de que aquello no servía para nada, giró la cara a un lado y rompió a llorar.

Lady Maccon envidió su capacidad para llorar con aplomo. Ella misma se ponía roja como un tomate, pero madame Lefoux parecía capaz de ejecutar la emoción con una perfección absoluta: nada de sollozar, ni sorber por la nariz, solo lágrimas silenciosas descendiendo por sus mejillas hasta llegar a la barbilla. Parecía inmersa en una tristeza dolorosa, en un silencio antinatural.

Lady Maccon, que no solía dejarse llevar por los sentimientos, alzó las manos al cielo.

—Oh, por lo más sagrado, ¿y ahora qué?

—Opino, querida esposa, que ha llegado el momento de que todos seamos sinceros los unos con los otros —dijo Conall. Guió a Alexia y a madame Lefoux lejos del campo de batalla (y a Ivy y Tunstell, que ahora no dejaban de darse sonoros besos) hacia una zona más retirada de la estancia.

—Oh, Dios. —Alexia fulminó a lord Maccon con la mirada—. Has dicho «todos». ¿También tú estabas involucrado en esto, querido esposo? ¿Has sido, tal vez, menos sincero con tu amante esposa de lo que deberías haberlo sido?

Lord Maccon suspiró.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan complicada?

Lady Maccon no dijo nada, sencillamente se limitó a cruzar los brazos sobre su generoso pecho y observar detenidamente a su esposo.

—Madame Lefoux trabajaba para mí —admitió con un hilo de voz apenas audible—. Le pedí que te vigilara mientras yo estaba fuera.

—¿Y no me dijiste nada?

—Bueno, ya sabes cómo te pones.

—Y con razón. De verdad, Conall, cómo se te ocurre asignarme un agente del ORA para que me siga, como si yo fuese un zorro huyendo de los cazadores. ¡Esto es increíble! ¿Cómo te has atrevido?

—Oh, no, no trabaja para el ORA. Nos conocemos desde hace tiempo. Se lo pedí como amiga, no como subordinada.

Alexia frunció el ceño. No estaba muy segura de cómo reaccionar ante aquella revelación.

—¿Desde cuándo os conocéis y hasta qué punto sois amigos?

Madame Lefoux no pudo evitar sonreír, mientras lord Maccon se mostraba genuinamente sorprendido.

—De verdad, esposa, nunca te había visto tan densa. No concuerdo con las preferencias de madame Lefoux.

—Ah, seguro que no mucho más que yo con las de lord Akeldama.

A lord Maccon, que era propenso a sentir celos del vampiro y censuraba la relación de amistad que le unía a Alexia, no le quedó más remedio que asentir.

—Está bien, entiendo lo que quieres decir, querida.

—He de admitir —intervino madame Lefoux con la voz alterada por las lágrimas— que también me interesaba contactar con Angelique, que es la doncella de lady Maccon.

—Usted tenía sus propios intereses —la acusó lord Maccon con un destello de desconfianza en la mirada.

—¿Y quién no? —se preguntó lady Maccon—. Angelique me ha contado que tenía una relación íntima con usted y que Quesnel es hijo de ella, no suyo.

—¿Cuándo le ha contado todo eso, antes de morir? —quiso saber madame Lefoux.

Alexia le acarició cariñosamente el brazo.

—No, querida, después.

El rostro de madame Lefoux se iluminó al oír aquellas palabras.

—¿Es un fantasma?

Lady Maccon agitó los dedos en el aire.

—Ya no.

La inventora ahogó una exclamación de sorpresa, y lo que le había dado una cierta esperanza acabó sumiéndola de nuevo en la más absoluta de las tristezas.

—¿La ha exorcizado? Qué cruel.

—Ella me lo ha pedido y hemos hecho un trato. Lo siento. No pensé en tener sus sentimientos en cuenta.

—Últimamente nadie lo hace —respondió la inventora con una nota de amargura en la voz.

—No es necesario regodearse en la tristeza —dijo lady Maccon, que no solía aprobar las personalidades sensibleras.

—De verdad, Alexia, ¿por qué te muestras tan dura con esta mujer? Está muy afectada.

Lady Maccon se acercó unos centímetros al rostro de madame Lefoux.

—Estoy segura de que tiene motivos para ello. No siente la pérdida de un amor perdido, sino de un pasado perdido. ¿No es así, madame?

El rostro de madame Lefoux perdió un ápice de la tristeza que lo compungía, y sus ojos se entornaron hasta convertirse en dos finas líneas fijas en los de Alexia.

—Estuvimos juntas durante mucho tiempo, pero tiene usted razón. Quería que volviera, no por mí, sino por Quesnel. Creí que tal vez un hijo le haría sentar la cabeza. Cambió tan deprisa después de convertirse en zángano... Se aprovecharon de la dureza que Quesnel y yo habíamos aprendido a atenuar.

Alexia asintió.

—Lo suponía.

—Santo Dios, mujer —intervino lord Maccon—, ¿cómo has podido descubrirlo?

—Bueno —respondió lady Maccon con una sonrisa—, de camino a Escocia, madame Lefoux intentó coquetear conmigo. No creo que estuviera fingiendo del todo.

Una sonrisa iluminó el rostro de madame Lefoux.

—No sabía que se hubiera dado cuenta.

Alexia arqueó las cejas.

—Y no lo hice hasta hace poco; repasar los acontecimientos del pasado puede resultar muy provechoso.

Lord Maccon clavó los ojos en la inventora.

—¡Ha estado flirteando con mi esposa! —exclamó.

Madame Lefoux se irguió todo cuanto pudo y le devolvió la mirada al conde.

—No hace falta que se ponga territorial conmigo, viejo lobo. Usted la encuentra atractiva, ¿por qué no debería pensar yo lo mismo?

Lord Maccon a punto estuvo de atragantarse.

—No pasó nada —corroboró Alexia, sonriendo abiertamente.

—Y no porque no me hubiera gustado... —añadió madame Lefoux.

Lord Maccon emitió un leve gruñido, y su mirada se volvió aún más amenazante, a lo que madame Lefoux reaccionó poniendo los ojos en blanco.

La sonrisa de Alexia se ensanchó todavía más. Era extraño estar cerca de alguien con la valentía suficiente para bromear de aquella manera con el conde. Echó una rápida mirada en dirección a la inventora. Al menos a ella le parecía que estaban bromeando. Solo para estar segura, decidió hacer lo posible por cambiar de tema.

—Todo esto me halaga, y no sabéis cuanto, pero ¿podemos volver al tema que nos ocupa? Si madame Lefoux viajaba a bordo del dirigible para vigilarme y al mismo tiempo chantajear a Angelique en relación con sus obligaciones maternas, entonces no fue ella quien intentó envenenarme y acabó postrando en la cama al pobre Tunstell. Y sé que tampoco fue Angelique.

—¡Veneno! ¡No dijiste nada sobre un envenenamiento, esposa! Solo mencionaste la caída. —Lord Maccon empezó a temblar de tanta ira como estaba acumulando. Sus ojos se volvieron fieros, de un color amarillo intenso en lugar del castaño habitual. Ojos de lobo.

—Sí, bueno, la caída sí fue culpa de Angelique.

—¡No cambies de tema!

Lady Maccon intentó defenderse.

—Supuse que Tunstell te lo habría contado. Al fin y al cabo, fue él quien recibió la peor parte. Y es tu guardián. Normalmente es él quien se ocupa de contarte las cosas. Además —se volvió de nuevo hacia madame Lefoux—, usted también va detrás del arma causante de la plaga de humanización, ¿verdad?

Madame Lefoux volvió a sonreír.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Alguien no ha dejado en todo este tiempo de intentar robarme mi maletín de trabajo. Puesto que usted lo sabía todo acerca de mi sombrilla y sus compartimentos secretos, supuse que se trataba de usted y no de Angelique. ¿Y qué podía querer más que mis archivos como *muhjah* sobre la plaga y los descubrimientos del deán y el potentado? —Guardó silencio un instante, con la cabeza inclinada a un lado—. ¿Le importaría dejar de hacerlo? Es de lo más desagradable. Además, no hay nada importante dentro del maletín, ¿comprende?

—Aun así me gustaría saber dónde lo tiene escondido.

—Mmm, pregúntele a Ivy sobre unos calcetines de la suerte.

Lord Maccon miró a su esposa con gesto confuso. Madame Lefoux, por su parte, prefirió ignorar las palabras de Alexia y continuó.

—Al final ha conseguido descubrir qué provocaba la plaga, ¿verdad? La fuente de la humanización. Debe de ser así porque —señaló los ojos de lobo de lord Maccon— sus efectos han desaparecido.

Lady Maccon asintió.

—Por supuesto que sí.

—Sí, lo suponía. Ese es el verdadero motivo que me movió a seguirla.

Lord Maccon suspiró.

—De verdad, madame Lefoux, ¿por qué no esperar a que el ORA lo solucionara para después simplemente poder preguntar sobre lo sucedido?

La inventora clavó una dura mirada en el conde.

—¿Es que acaso el ORA, o la Corona, si me apura, tienen la sana costumbre de compartir esa clase de información con el populacho? Y mucho menos con una científica francesa. Nunca me hubiese contado la verdad, ni siquiera como amigos que somos.

Lord Maccon prefirió no comentar nada al respecto.

—¿Le ha pagado la colmena de Westminster, al igual que a Angelique, para descubrir esa información? —preguntó con aire resignado.

Madame Lefoux no respondió.

Por un momento, Alexia sintió que sabía más que su esposo, algo que no sucedía a menudo.

—Conall, ¿de verdad que no lo sabes? Madame Lefoux en realidad no trabaja para ti, ni siquiera para las colmenas. Madame Lefoux trabaja para el Club Hypocras.

—¿Qué? No puede ser posible.

—Oh, claro que sí. He visto su tatuaje.

—No, no es así —insistieron lord Maccon y la inventora como una sola voz.

—Créeme, querida, nos ocupamos de que aquel lugar fuese desmantelado por completo —añadió el conde.

—Eso explica por qué de pronto se volvió tan fría conmigo —dijo madame Lefoux—. Vio el tatuaje y sacó conclusiones.

Lady Maccon asintió.

—¿Tatuaje? ¿Qué tatuaje? —exclamó lord Maccon, más molesto por momentos.

Madame Lefoux tiró del cuello de su camisa, lo cual le resultó sencillo, puesto que no llevaba pañuelo, dejando la marca al descubierto.

—Ah, querida, ahora comprendo la confusión. —El conde se mostró de pronto más calmado, en lugar de aumentar su enfado al ver el pulpo, que era lo que Alexia

había esperado. Cogió la mano de su esposa y la sujetó entre las suyas—. El Hypocras no era más que una especie de brazo armado de la OPL. Madame Lefoux forma parte de la organización, ¿no es cierto?

La inventora asintió con una sonrisa en los labios.

—¿Y qué se supone que es la OPL? —quiso saber lady Maccon, retirando la mano de entre las de su esposo.

—La Orden del Pulpo de Latón, una sociedad secreta de científicos e inventores.

Lady Maccon fulminó al conde con la mirada.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió hablarme de ello?

Lord Maccon se encogió de hombros.

—Se supone que es una organización secreta.

—Es evidente que tenemos que trabajar más la comunicación. Tal vez si no estuvieras continuamente interesado por otras formas de intimidad, ¿podría tener acceso a la información que necesito para sobrevivir con los nervios intactos! —Alexia le clavó el dedo índice—. Más hablar y menos deportes de cama.

Lord Maccon parecía alarmado.

—Está bien, encontraré el tiempo necesario para discutir contigo este tipo de cosas.

Ella entornó los ojos.

—Lo prometo.

Alexia se volvió para mirar a madame Lefoux, que intentaba disimular cuánto le divertía presenciar la incomodidad del conde, aunque sin demasiado éxito.

—Y esta Orden del Pulpo de Latón, ¿qué políticas sigue?

—Son secretas.

La respuesta fue recibida con una mirada gélida.

—Si les soy sincera, estamos de acuerdo con los postulados del Club Hypocras hasta cierto punto: creemos que los sobrenaturales deben ser monitorizados. Lo siento, milord, pero es la verdad. Algunos insisten en el intento por manipular el mundo, especialmente los vampiros. Se vuelven avariciosos. Mire, si no, lo que pasó con el Imperio romano.

El conde se sorprendió ante aquella afirmación, aunque no parecía particularmente ofendido.

—Como si los humanos lo hubieran hecho mejor: recuerde que los suyos fueron responsables de la Inquisición.

Madame Lefoux se volvió hacia Alexia, tratando de explicarse. Sus hermosos ojos verdes transmitían una extraña desesperación, como si aquello fuera terriblemente importante.

—Tiene que entenderlo, lady Maccon, como preternatural que es. Usted misma es la representación en carne y hueso del teorema del equilibrio. Debería estar de

nuestra parte.

Y Alexia lo entendía. Después de meses trabajando junto al deán y al potentado, comprendía que la comunidad científica sintiera la necesidad imperiosa de monitorizar de forma constante a los miembros de ambas razas de sobrenaturales.

—¿Comprende que Conall tiene toda mi lealtad? —preguntó, sin estar todavía muy segura de cuál de los dos era su bando—. Él y la reina, por supuesto.

La inventora asintió.

—Y ahora que usted sabe de mis alianzas, ¿puede decirme qué provocó tal negación en masa de lo sobrenatural?

—Quiere utilizarlo para uno de sus inventos, ¿no es así?

—Estoy convencida de que existe un mercado para un invento como ese —respondió madame Lefoux con una sonrisa maliciosa—. ¿Qué le parece, lord Maccon? Imagine lo que podría hacer por alguien con sus responsabilidades, con la habilidad de convertir a vampiros y a licántropos en humanos. O, lady Maccon, ¿qué nuevo artilugio añadiría a su sombrilla? Imaginen el poder que tendríamos sobre los sobrenaturales.

Lord Maccon miró fijamente a la inventora.

—No me había percatado de que es usted una radical, madame Lefoux. ¿Desde cuándo?

Lady Maccon decidió en aquel preciso instante que no le contaría a la inventora nada acerca de la momia.

—Tendrá que disculparme, madame, pero creo que será mejor que me lo guarde para mí misma. He eliminado la causa, como es evidente —señaló hacia la manada, que seguía apostada frente a la puerta— con la ayuda de su increíble sombrilla, pero creo que es mejor que esta información nunca sea de dominio público.

—Es usted una mujer muy dura, lady Maccon —respondió la inventora, frunciendo el ceño—. Pero supongo que es consciente de que, al final, lo descubriremos.

—No si yo puedo evitarlo. Aunque tal vez sea demasiado tarde. Es posible que, a pesar de todas las precauciones, nuestra pequeña espía haya conseguido hacer llegar la información a la colmena de Westminster —dijo lady Maccon, recordando de pronto el transmisor eterográfico y el mensaje de Angelique.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, seguida de cerca por lord Maccon y por madame Lefoux.

—No —le dijo a la inventora—. Lo siento, madame Lefoux. No es que no me caiga bien, es que no confío en usted. Por favor, espere aquí. Ah, y devuélvame mi diario.

—Yo no lo tengo —dijo la inventora, confusa.

—Pero creí que había dicho...

—Me interesaba el maletín, pero no fui yo quien irrumpió en su camarote a bordo del dirigible.

—Entonces ¿quién fue?

—La misma persona que intentó envenenarla, supongo.

Alexia levantó las manos al cielo.

—No tengo tiempo para esto. —Y sin decir nada más, guió a su marido hacia el exterior del salón a toda prisa.

Capítulo 14. Cambios

Lord Maccon comprobó el pasillo. Estaba vacío, puesto que la manada se encontraba en la sala de la momia o había partido a recoger los restos mortales de Angelique. Sin nadie en las inmediaciones que pudiera interrumpirles, el conde empujó a su esposa contra la pared y la aprisionó con su propio cuerpo.

—Por favor —se quejó su esposa—, ahora no.

Él hundió la cara en la curva de su cuello, besando y lamiendo delicadamente la piel que se encontraba por debajo de la oreja.

—Solo un momento —dijo—. Necesito un pequeño recordatorio de que estás aquí, que estás bien y que eres mía.

—El primer y el segundo punto son más que evidentes, y el tercero siempre está en entredicho —respondió su esposa, rodeando, a pesar de las protestas, el cuello del conde y apretándose contra él.

Lord Maccon siempre había preferido la acción por encima de las palabras, así que selló los labios de su esposa con los suyos, deteniendo su siempre hiperactiva lengua.

Alexia, que hasta el momento se las había arreglado para mostrar un aspecto compuesto e impoluto, a pesar de las continuas carreras por el castillo, se dejó llevar hasta un estado de desaliño extremo. Cuando Conall estaba de «ese» humor, ella no podía hacer otra cosa que disfrutarlo. El conde deslizó los dedos entre sus cabellos, inclinándole la cabeza en el ángulo correcto. Bueno, al menos se le daba bien.

Alexia se inmoló en el altar del deber conyugal, disfrutando cada minuto, cada segundo en el proceso, pero aun así decidida a quitarse a su esposo de encima y encaminarse directa hacia el eterógrafo.

Sin embargo, a pesar de la firmeza de su determinación, pasó un buen rato antes de que apartara la cara.

—Bien —dijo el conde, como quien acaba de beberse un refresco—, ¿podemos continuar?

—¿Qué? —preguntó Alexia, un tanto mareada, intentando recordar hacia dónde se dirigían antes de que su esposo la besara.

—El transmisor, ¿recuerdas?

—Oh, sí, claro. —Le dio un manotazo por pura costumbre—. ¿A qué viene distraerme de esta manera? Estaba en mi salsa, querido.

Conall rió.

—Alguien tiene que desequilibrarte, porque, si no, acabarás dominando los destinos del Imperio. O al menos exigiendo su sumisión.

—Ja-ja, muy divertido. —Retomó el camino pasillo abajo a paso ligero, con el polisón balanceándose sugerentemente de un lado a otro. A medio camino, se detuvo

y miró a su esposo por encima del hombro, con aire coqueto—. Vamos, Conall, muévete.

Lord Maccon gruñó pero partió tras ella. Alexia se detuvo por segunda vez, con la cabeza inclinada a un lado.

—¿Qué es ese ruido absurdo?

—Ópera.

—¿De verdad? Nunca lo hubiera adivinado.

—Creo que Tunstell está intentando calmar los nervios de la señorita Hisselpenny.

—¡Dioses! Ah, pobre Ivy. —Y retomó el paso de nuevo.

Mientras ascendían por los distintos niveles del castillo hacia la torreta en la que descansaba el eterógrafo, Alexia le explicó a su esposo su teoría, según la cual la momia, ya destruida, pertenecía a un preternatural que, al morir, se había convertido en una especie de arma de destrucción masiva capaz de chupar las almas de aquellos sobrenaturales que tuviesen la mala suerte de cruzarse en su camino. Y que Angelique, que estaba convencida de lo mismo, había intentado robar la momia, probablemente para entregársela a la colmena de Westminster y a los científicos de la condesa Nadasdy.

—Si Angelique ha revelado esa información a la colmena, el panorama no es nada bueno. Si así fuera, tal vez deberíamos contárselo a madame Lefoux; al menos ella utilizaría la información para fabricar armas de nuestro bando.

Lord Maccon observó a su esposa con una extraña expresión en el rostro.

—¿Es que hay bandos?

—Eso parece.

Lord Maccon suspiró, con el rostro demacrado por la preocupación, o tal vez por el paso del tiempo. Alexia se dio cuenta de que había cogido la mano de su esposo, trayéndolo de vuelta a la mortalidad, y la soltó de inmediato. El conde necesitaba más que nunca sus habilidades de licántropo, aunque solo fuese por las reservas de fuerza.

—Lo último que necesitamos es una competición armamentística basada en el uso de cadáveres de preternaturales. Daré órdenes para que todos los sin alma sean incinerados tras su muerte. En secreto, por supuesto. —Miró a su esposa, que por una vez no parecía enojada, sino preocupada—. Irían a por ti y a por tus semejantes. No solo eso, serías más valiosa muerta si supieran que la momificación ayuda a la preservación de vuestros poderes.

—Afortunadamente —respondió Alexia—, nadie conoce el proceso de momificación utilizado por los antiguos. Eso nos da algo de tiempo. Y tal vez la transmisión no se completó. Conseguí disparar el emisor/disruptor magnético contra el eterógrafo.

Sacó los rollos de metal de Angelique de su escondite, y no resultaron ser muy

esperanzadores. El mensaje de la espía estaba completamente chamuscado, y las marcas de los lectores eran visibles en casi todo el rollo.

Lady Maccon profirió una retahíla de improperios a cuál más impresionante. En conde la miró, debatiéndose entre la censura y el respeto.

—Deduzco que el mensaje ha sido enviado.

Alexia le entregó el rollo de metal, en el que podía leerse «Cadáver momia es chupa almas». Pocas palabras, pero las suficientes para complicarle la vida en un futuro no muy lejano.

—¿Cómo podemos estar seguros de que ha llegado correctamente al otro lado?

Alexia cogió una válvula cristalina, completamente intacta, del soporte resonador de la máquina.

—Esto debe de pertenecer a la colmena de Westminster. —La guardó en uno de los bolsillos de la sombrilla, junto al que contenía la válvula de lord Akeldama.

A continuación, con el ceño fruncido por la concentración, sacó la válvula del vampiro de su escondite y la examinó, haciéndola girar entre sus enguantados dedos. ¿Qué decía el mensaje de lord Akeldama que habían recibido mientras madame Lefoux ponía a prueba el aparato? ¿Algo sobre unas ratas? Ah, no, sobre murciélagos, un término un tanto anticuado con el que referirse a la comunidad vampírica. Si lord Akeldama estaba monitorizando las comunicaciones de la colmena de Westminster, como Alexia suponía, ¿habría recibido también el mensaje sobre la momia? Y eso ¿era bueno o malo?

Solo había una forma de averiguarlo, y era enviando otro mensaje y esperando su respuesta.

Ya había pasado la hora pactada para tales comunicaciones, pero el eterógrafo de lord Akeldama, si se sintonizaba correctamente, podía recibir cualquier mensaje. Si había interceptado algo importante, estaría esperando a que Alexia se pusiera en contacto con él.

Le ordenó a su esposo que guardara silencio con una mirada que amenazaba con consecuencias si la orden no era obedecida, y se puso manos a la obra. Esta vez no le costó tanto colocar la válvula de lord Akeldama y la tabla para la respuesta. Es más, cada vez le gustaba más manipular aquel aparato tan alucinante. El mensaje era sencillo y constaba de dos partes: «?» y «Alexia».

En cuanto la transmisión hubo finalizado, Alexia corrió hacia la cámara de recepción. Su esposo seguía de pie, junto al eterógrafo, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando detenidamente a su esposa. Alexia trasteó con todo lo que estaba a su alcance: hizo girar varios diales y accionó algún que otro botón de aspecto importante. Lord Maccon aprobaba las aficiones intelectuales de su esposa, pero sabía que nunca llegaría a comprenderlas. Desconocía el funcionamiento de aquel aparato, puesto que en las oficinas del ORA disponía de gente encargada de manipular

el eterógrafo en su lugar.

Lady Maccon parecía tenerlo todo bajo control, y pronto un mensaje de respuesta empezó a materializarse en las partículas magnéticas del receptor. Sin hacer un solo ruido, Alexia tomó nota de las letras, una tras otra. Era más larga que cualquier transmisión que hubiese recibido hasta ahora, tanto que necesitó tiempo para determinar las pausas entre las palabras y cómo debían leerse. Cuando por fin lo consiguió, lady Maccon no pudo contener la risa. «Mi *pétalo*». La cursiva era visible incluso desde el otro extremo de Inglaterra. «El juguete de Westminster ha tenido problemas con una pobre tetera. Da las gracias a Biffy y a Lyall. Mi pequeña semillita. A».

—¡Fantástico! —exclamó lady Maccon, sonriendo.

—¿Qué? —La cabeza de su esposo asomó por la puerta de la cámara de recepción.

—Mi vampiro favorito, con la ayuda de tu ilustre beta, ha conseguido hincar el colmillo en el transmisor de Westminster. El último mensaje de Angelique nunca llegó a su destino.

Lord Maccon frunció el ceño.

—¿Randolph ha estado trabajando con lord Akeldama?

Lady Maccon le dio unas palmaditas en el brazo.

—Parece que está más abierto a aceptar esa clase de colaboraciones que tú.

El ceño del conde se hizo aún más pronunciado.

—Eso parece. —Una pausa—. Bueno, en ese caso, si me permites... —Con el rollo de Angelique todavía entre las manos, lord Maccon dobló el tubo en dos y lo aplastó hasta convertirlo en una bola de metal—. Será mejor que lo fundamos —continuó—, solo para estar más seguros. —Luego miró a su esposa—. ¿Lo sabe alguien más?

—¿Lo de la momia? —Alexia se mordió el labio, pensativa—. Lachlan y Sidheag. Posiblemente lord Akeldama y el profesor Lyall. Y Ivy, pero de esa forma que ella suele saber las cosas.

—Es decir, sin coherencia alguna.

—Exacto.

Ambos sonrieron y, después de que Alexia se encargara de apagar la máquina, se dispusieron a regresar con los demás.

* * *

—La señorita Hisselpenny se ha fugado.

Tras el caos generalizado de la noche anterior, todo el mundo se retiró a sus respectivos aposentos. La manada se ocupó de aquellos que aún seguían bajo los

efectos del somnífero. Luego, la mayoría de ellos, de nuevo a merced de sus instintos nocturnos unos y exhaustos tras todo lo vivido los otros, durmieron durante todo el día.

Cuando Alexia bajó para la primera comida del día, sobre la hora del té, el sol acababa de ponerse. Era como si los horarios con los que se había acostumbrado a vivir en Londres se hubiesen trasplantado por arte de magia a las Tierras Altas.

La manada al completo estaba sentada a la mesa, disfrutando de un festín de arenques fritos, más animados y rebosando energía hasta por la cola, ahora que podían volver a tenerla. Incluso lady Kingair parecía más alegre, a decir por la expresión de su rostro mientras comunicaba a los presentes la noticia de la huida de Tunstell y Ivy, mientras todos dormían, con destino a Gretna Green, un pueblo del sur de Escocia conocido por ser el destino favorito de aquellos que querían casarse en secreto.

—¿Qué? —exclamó lady Maccon, genuinamente sorprendida. Ivy era tonta, pero ¿tanto?

Felicity, a quien Alexia había olvidado por completo durante el caos de la noche anterior, levantó la vista de su plato.

—Sí, hermana. Me ha dejado una nota para ti.

—¿De veras? —Alexia arrancó el trozo de papel manuscrito de las manos enguantadas en rosa de su hermana.

Felicity sonrió, disfrutando con el malestar de Alexia.

—La señorita Hisselpenny parecía muy alterada cuando la escribió. He contado al menos diez signos de admiración.

—Y ¿por qué, si puede saberse, te la ha dejado a ti? —Alexia tomó asiento y se sirvió una ración de entrañas.

Felicity se encogió de hombros, mientras mordía un trozo de cebolla en conserva.

—Tal vez porque soy la única que se ha levantado a una hora decente.

Alexia sospechó de su hermana al instante.

—Felicity, no te habrás atrevido a sugerirles que huyeran...

—¿Quién, yo? —La joven abrió los ojos de par en par—. Jamás.

Lady Maccon estaba convencida de que si Felicity había intervenido en las decisiones de la pareja, había sido por pura malicia.

—La señora Hisselpenny está acabada —se lamentó Alexia, frotándose la cara con una mano.

Felicity sonrió.

—Sí, tienes toda la razón. Sabía que no podía salir nada bueno de esa unión. Nunca me ha gustado el señor Tunstell, ni siquiera me he molestado en mirarle a la cara ni una sola vez.

Lady Maccon apretó los dientes mientras abría el mensaje de Ivy.

Querida Alexia —decía el mensaje—. ¡Oh, absuélveme de esta sensación de culpabilidad que ya me corroe por dentro! —Lady Maccon resopló, tratando de contener la risa al mismo tiempo—. ¡Mi pobre corazón no deja de llorar! —Oh, no, por Dios, la vena poética de Ivy—. Me duelen los huesos por culpa del pecado que estoy a punto de cometer. Oh, ¿por qué he de tener huesos? Me he sumergido en las letales corrientes de este amor. ¡Cómo explicarte lo que siento! Sin embargo, entiéndeme, querida Alexia, porque no soy más que el delicado capullo de una flor. El matrimonio sin amor está muy bien para gente como tú, pero yo estoy dispuesta a luchar. ¡Necesito un hombre poseído por el alma de un poeta! Sencillamente, no soy tan estoica como tú. ¡No puedo soportar estar separada de él ni un solo instante más! La locomotora de mi amor ha descarrilado y ¡debo sacrificarlo todo por el hombre al que adoro! Por favor, ¡no me juzgues con dureza! ¡Ha sido todo por amor!

Ivy

Lady Maccon le entregó la misiva a su esposo, que a las pocas líneas ya no pudo aguantarse la risa y estalló en sonoras carcajadas.

—Querido, esto es muy serio —dijo lady Maccon con los ojos brillantes—. Debemos considerar la gravedad del descarrilamiento. Para empezar, tú acabas de perder a tu ayuda de cámara y uno de los guardianes más prometedores de la manada de Woolsey.

Lord Maccon se secó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

—Ah, Tunstell, pobre estúpido. Nunca fue un buen guardián. Hacía tiempo que dudaba de él.

Lady Maccon recuperó la nota de Ivy.

—Pero debemos apiadarnos del pobre capitán Featherstonehaugh.

Lord Maccon se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? En mi opinión, se ha librado de una buena. Imagínate tener que convivir con todos esos sombreros para el resto de tus días.

—Conall —le riñó su esposa, dándole un manotazo en el brazo.

—¿Qué? —se quejó el conde.

—¿Eres consciente, esposo querido, de que esto nos deja en una posición excepcionalmente embarazosa? Ivy estaba a mi cargo. Tendremos que ocuparnos de informar a sus padres de tan desgraciado acontecimiento.

Lord Maccon se encogió de hombros.

—Seguramente la parejita llegue a Londres antes que nosotros.

—¿Crees que regresarán después de pasar por Gretna Green?

—Bueno, no creo que Tunstell esté dispuesto a abandonar los escenarios.

Además, todas sus posesiones están en Woolsey.

Lady Maccon suspiró.

—Pobre Ivy.

—¿Por qué pobre Ivy?

—Querido, tienes que admitir que ha caído bastante bajo.

Lord Maccon arqueó las cejas.

—Siempre he pensado que tu amiga tiene facilidad para el drama, mi amor.

Alexia no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—¿Quieres decir que se unirá a la profesión con él?

Lord Maccon se encogió de hombros.

Felicity, que había estado escuchando la conversación con avidez, dejó caer el tenedor sobre su plato vacío.

—¡No puede ser! ¿Queréis decir que no se hundirá de por vida?

Lord Maccon se limitó a sonreír.

—¿Sabes, querido? —Lady Maccon se volvió hacia su hermana—. Creo que tienes razón. Podría llegar a ser una buena actriz. Al menos tiene el atractivo necesario.

Felicity se levantó de la mesa y abandonó el comedor como una exhalación. Lord y lady Maccon intercambiaron sonrisas de complicidad.

Alexia se dijo que aquel era tan buen momento como cualquier otro.

—Querido —le dijo a su esposo, mientras se servía otra ración de entrañas y evitaba los arenques a toda costa. Tenía el estómago un poco revuelto, y es que aún no se había recuperado de la horrible experiencia a bordo del dirigible, pero aun así tenía que comer.

—¿Sí? —Conall llenó su plato con un montón de criaturas muertas.

—Regresaremos pronto a casa, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces creo que ha llegado la hora de que muerdas a lady Kingair.

La manada, que hasta el momento había permanecido en silencio, concentradas en sus platos, se convirtió en un hervidero de comentarios.

—No puede transformar a una mujer —se opuso Dubh.

—Es el único alfa que nos queda —añadió Lachlan, como si un alfa fuera un trozo de carne que pudiera comprarse en el carnicero.

Lady Kingair guardó silencio, pero parecía decidida.

Alexia, olvidándose de cualquier clase de decoro, sujetó la barbilla del conde con una de sus enguantadas manos, devolviéndole la mortalidad, y le obligó a mirarla a los ojos.

—Tienes que olvidarte de las normas de la manada y de ese maldito orgullo tuyo y hacerlo. Por una vez, haz caso de lo que te digo; recuerda, te casaste conmigo por

mi sentido común.

Lord Maccon musitó algo entre dientes pero no apartó la cara.

—Me casé contigo por tu cuerpo y para sellarte los labios, y mira cómo he acabado.

—Oh, Conall, qué cosas tan bonitas me dices. —Lady Maccon puso los ojos en blanco y luego lo besó ligeramente, en los labios, delante de todos los presentes.

Era la mejor forma de silenciar las voces de la manada: escandalizarlos. Incluso Conall se quedó sin habla, con la boca ligeramente abierta.

—Buenas noticias, lady Kingair —anunció Alexia—. Mi marido está de acuerdo en convertirla.

El beta de Kingair soltó una carcajada, rompiendo el tenso silencio.

—Veo que es una buena alfa, a pesar de haber nacido preternatural. Nunca pensé que te vería entre las enaguas de una mujer, viejo lobo.

Lord Maccon se puso en pie lentamente y se inclinó sobre la mesa, con los ojos fijos en Dubh.

—¿Quieres ponerme a prueba, cachorrillo? Puedo vencerte con la misma facilidad siendo hombre lobo o humano.

Dubh se puso rápidamente de lado, enseñando el cuello. Al parecer, por una vez estaba de acuerdo con el conde.

Lord Maccon se levantó de su silla y se dirigió hacia el lugar que ocupaba lady Kingair, inmóvil y erguida a la cabeza de la mesa.

—¿Estás segura de esto? ¿Eres consciente de que probablemente te espere la muerte?

—Necesitamos un alfa, abuelo. —Le miró a los ojos—. Kingair no sobrevivirá mucho más tiempo sin uno. Soy la única opción que nos queda, y al menos soy una Maccon. Se lo debes a la manada.

La voz de lord Maccon apenas era un leve murmullo.

—No le debo nada a esta manada, pero tú, tú eres la última de mis descendientes. Ya es hora de que tenga en cuenta tus deseos.

—Al fin —respondió lady Kingair con un suspiro.

Conall asintió con gravedad y luego se transformó, aunque no del todo. No hubo huesos rotos, ni cabello convertido en pelaje, ni la visión de una de sus formas, la humana, derritiéndose rápidamente para dar paso a la siguiente, solo la cabeza. Aquella fue la única parte del cuerpo de lord Maccon que cambió: la nariz se alargó, las orejas crecieron hacia arriba y los ojos pasaron del castaño a un intenso amarillo lobuno. El resto de su anatomía permaneció intacta.

—¡Dioses! —exclamó lady Maccon—. ¿Es que piensas hacerlo ahora mismo, aquí, delante de todo el mundo? —Tragó saliva—. ¿En la mesa de la cena?

Nadie respondió. Todos dejaron de comer, un asunto más que serio, puesto que

apartar a un escocés de su comida no era tarea fácil. Tanto la manada como los guardianes permanecieron inmóviles, concentrados, sin apartar la mirada de lord Maccon. Era como si únicamente con su fuerza de voluntad fuesen capaces de conseguir que la metamorfosis que estaban a punto de presenciar resultara ser un éxito. Eso, o era que estaban a punto de regurgitar la cena.

Fue entonces cuando lord Maccon procedió a devorar a su tatara-tatara-tatara-nieta.

No podía expresarse de otra manera.

Alexia observó la escena horrorizada, con los ojos como platos, mientras su marido, con aquella cabeza de lobo sobre los hombros, hundía las fauces en el cuello de lady Kingair una y otra vez. Nunca había imaginado que presenciaría un espectáculo semejante.

Y se estaba produciendo allí, sobre los platos aún a medio comer de la cena. La sangre que manaba del cuello de lady Kingair empezaba a empaparle el vestido, y la mancha no dejaba de extenderse.

El conde de Woolsey se mostró despiadado con Sidheag Maccon. Ni uno solo de los miembros de la manada acudió en su ayuda. Sidheag intentó defenderse; el instinto de supervivencia era demasiado poderoso. Golpeó y arañó a Conall, pero la fuerza del licántropo superaba con creces los patéticos intentos de la humana. No recibió un solo rasguño. Implacable, se limitó a sujetarla con sus enormes manos por los hombros —y sólo eran eso, manos, no zarpas— y siguió mordiéndola hasta que tuvo el morro cubierto de sangre. Sus dientes, blancos y afilados, implacables, atravesaron la piel y el músculo hasta chocar con los huesos.

Lady Maccon no podía apartar los ojos de aquella horrible escena. Había sangre por todas partes, y el olor metálico del rojo líquido se mezclaba con el de las entrañas y los arenques fritos. Había empezado a comprender el funcionamiento interno del cuello de la mujer, como si aquello fuese una especie de lección cruel y bárbara de anatomía. Sidheag dejó de luchar y sus ojos salieron disparados hacia arriba, dejando al descubierto casi toda la parte blanca. La cabeza, apenas unida al tronco por unos pocos tendones, se balanceaba peligrosamente a un lado.

Entonces, como si se tratase de una burla a la muerte, la lengua rosa de Conall apareció entre sus fauces y, como un perro demasiado cariñoso, empezó a lamer la carne que acababa de destrozar. Y siguió lamiendo, cubriendo el rostro de Sidheag y su boca, parcialmente abierta, extendiendo la saliva del lobo por cada una de las heridas de lady Kingair.

No creo que pueda volver a cumplir mis deberes maritales con Conall nunca más, pensó Alexia, con los ojos abiertos de par en par y fijos en la repulsiva escena. Y justo entonces, sin esperárselo y sin saber siquiera que estaba a punto de sucederle, Alexia se desmayó. Un desmayo real y sincero, sobre la mesa de la cena, con la cara

hundida en las entrañas de su plato a medio comer.

* * *

Lady Maccon abrió los ojos y se encontró con el rostro preocupado de su esposo.

—Conall —dijo—, no me malinterpretes, pero ha sido lo más desagradable que he visto en toda mi vida.

—¿No has presenciado el nacimiento de un niño humano?

—No, por supuesto que no. No seas vulgar.

—Bien, entonces quizás deberías esperar antes de emitir tu juicio.

—¿Y bien? —Alexia se incorporó y miró a su alrededor. Al parecer, la habían trasladado a uno de los salones de dibujo del castillo y ahora descansaba sobre un sofá de brocado con unos cuantos años encima.

—Y bien, ¿qué?

—¿Ha funcionado la metamorfosis? ¿Sobrevivirá?

Lord Maccon se acuclilló junto a ella.

—Es increíble, una hembra alfa de pleno derecho. Algo único, incluso en la historia oral de los licántropos. Boudica era una alfa, ¿lo sabías?

—¡Conall!

De pronto, la cabeza de un lobo se interpuso en el campo de visión de Alexia, un ejemplar que no le resultaba familiar: hosco y delgado, con el morro canoso pero musculado, a pesar de los primeros signos de envejecimiento. Lady Maccon intentó incorporarse para observar al animal más de cerca.

Tenía el cuello cubierto de sangre y el pelo salpicado de costras, pero por lo demás no parecía estar herido, como si la sangre no fuera suya. Lo cual, técnicamente, no dejaba de ser cierto, puesto que al transformarse en sobrenatural se había convertido en alguien diferente.

Sidheag Maccon se lamió el hocico. Alexia se preguntó cómo respondería la loba si le rascaba detrás de las orejas, pero, recordando el aire de dignidad que continuamente rodeaba a lady Kingair, prefirió no arriesgarse.

Miró a su esposo. Al menos él sí se había cambiado la camisa y lavado la cara durante el breve periodo de tiempo en el que había estado ausente.

—Entonces, ¿ha funcionado?

Conall sonrió.

—Mi primera transformación con éxito en años, y una alfa, ni más ni menos. La noticia correrá como la pólvora.

—Parece que alguien está orgulloso de sí mismo.

—Debería haber recordado lo desagradable que puede llegar a ser la metamorfosis para los no iniciados. Lo siento, querida. No era mi intención hacértelo

pasar mal.

—¡Oh, por todos los santos, no ha sido por eso! Sabes que raramente me afecta ver sangre. Es solo que estaba un poco mareada.

Lord Maccon se inclinó hacia ella y le acarició el rostro con una de sus enormes manos.

—Alexia, has estado inconsciente durante más de una hora. He tenido que pedir que me trajeran sales aromáticas.

Madame Lefoux apareció por detrás del sofá y se acuclilló también junto a Alexia.

—Nos tenía muy preocupados, milady.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Te has desmayado —la acusó lord Maccon, como si hubiera cometido un crimen imperdonable contra su persona.

—No, con la metamorfosis. ¿Qué me he perdido?

—Bueno —intervino madame Lefoux—, ha sido muy emocionante. De pronto se oyó un trueno y una luz azul muy brillante iluminó la estancia, y luego...

—No sea ridícula —la interrumpió lord Maccon—. Parece el argumento de una novela.

Madame Lefoux suspiró.

—Está bien, Sidheag empezó a temblar y cayó desplomada, muerta. Todos los presentes nos reunimos a su alrededor, hasta que de pronto su cuerpo se transformó espontáneamente en el de una loba. Gritó mucho. Tengo entendido que la primera metamorfosis es la peor. Luego nos dimos cuenta de que usted se había desmayado. Lord Maccon se puso como loco, y acabamos todos aquí.

Lady Maccon fulminó a su esposo con la mirada.

—No te habrás atrevido, ¡y en el día de la metamorfosis de tu nieta, ni más ni menos!

—¡Te desmayaste! —se excusó él de nuevo.

—Tonterías —respondió ella—. Yo nunca me desmayo. —El color brillaba de nuevo en sus mejillas. ¿Quién hubiera dicho que alguien con su color de piel podría llegar a ponerse tan pálida?

—Una vez sí lo hiciste, en aquella biblioteca, cuando mataste al vampiro.

—Estaba fingiendo, lo sabes.

—Y ¿qué me dices de aquella vez que fuimos al museo después de que cerraran y te arrinconé detrás de los frisos del Partenón?

Lady Maccon puso los ojos en blanco.

—Esa fue una clase de desmayo totalmente diferente.

—¡Ahá! A eso mismo me refería. Hace un rato te has desmayado, y esta vez ha sido de verdad. Tú nunca haces esa clase de cosas; no eres tan femenina. ¿Qué te

pasa? ¿Estás enferma? Te prohíbo que te pongas enferma.

—Oh, de verdad, déjalo ya. No me pasa absolutamente nada. Solo estoy un poco mareada desde que monté a bordo del dirigible. —Alexia se irguió cuanto pudo, alisándose la falda del vestido e ignorando las caricias de su esposo.

—Tal vez la hayan vuelto a envenenar.

Alexia sacudió la cabeza con firmeza.

—Puesto que la otra vez Angélique no fue la responsable, y madame Lefoux tampoco me ha robado mi diario, y ambos acontecimientos sucedieron a bordo del dirigible, creo que el culpable no nos siguió hasta Kingair. Llamadlo presentimiento preternatural, si queréis. No, no me han envenenado, esposo. Me siento un poco débil, eso es todo.

Amadame Lefoux se le escapó la risa mientras los miraba a uno y a otro como si estuvieran chiflados.

—Está un poco embarazada, eso es lo que le pasa —le dijo al conde.

—¡Qué! —exclamaron lord y lady Maccon al unísono. Alexia dejó de alisar las arrugas de su falda, y el conde dejó de acariciar el rostro de su esposa.

La inventora los miró a los dos, incrédula.

—¿No lo sabían? ¿Ninguno de los dos?

Lord Maccon se puso en pie de golpe y retrocedió un paso, con los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo.

Alexia miró fijamente a madame Lefoux.

—No diga tonterías, madame. No puedo estar embarazada. No es científicamente factible.

Madame Lefoux sonrió, mostrando de nuevo sus hermosos hoyuelos.

—Estuve al lado de Angélique durante todo su embarazo. Sé distinguir los síntomas típicos: náuseas, debilidad, aumento de peso...

—¿Qué? —lady Maccon no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ciertamente se encontraba mal muy a menudo y que no conseguía tolerar ciertos alimentos, pero ¿era eso posible? Al fin y al cabo, los científicos también podían equivocarse; no existían muchas mujeres preternaturales, y ninguna de ellas estaba casada con un licántropo.

Se volvió hacia su esposo con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes lo que significa eso? ¡Que puedo volar en dirigible sin marearme! Es el embarazo lo que hizo que me sintiera mal. Fantástico.

Pero su esposo no había reaccionado de la forma esperada. Parecía furioso, y no de la furia que le hacía gritar, o cambiar de forma, o cualquiera de esas cosas que eran tan propias en él. Estaba pálido, tembloroso y no decía ni una sola palabra, lo cual resultaba un tanto terrorífico.

—¿Cómo? —le espetó a su esposa, apartándose de ella como si pudiese

contagiarle una enfermedad terrible.

—¿Qué quieres decir con «cómo»? ¡El cómo debería estar más que claro, incluso para ti, maldito zoquete! —respondió Alexia, enfadándose también ella por momentos. ¿Es que acaso no debería mostrarse encantado? Aquello era poco menos que un milagro científico.

—Cuando te toco, lo llamamos «ser humano» a falta de un término mejor, pero yo sigo estando muerto, o casi. Desde hace siglos. Ninguna criatura sobrenatural ha tenido descendencia. Jamás. Sencillamente no es posible.

—¿Crees que este hijo puede no ser tuyo?

—Espere, milord, no se apresure —intentó intervenir madame Lefoux, colocando una de sus minúsculas manos sobre el brazo de lord Maccon.

El conde se la quitó de encima con un gruñido.

—¡Pues claro que es hijo tuyo, estúpido! —Ahora era Alexia la que estaba lívida. Si no se hubiera sentido tan débil, se habría levantado para poder pasear por la habitación. De momento, se conformó con sujetar la sombrilla entre las manos. Tal vez si le golpeará con ella en lo alto de la cabeza, recuperaría algo del sentido que parecía haber perdido por el camino.

—Miles de años de historia y experiencia parecen sugerir que mientes, esposa.

Lady Maccon se atragantó al escuchar aquellas palabras. Estaba tan alterada que ni siquiera se sentía capaz de encontrar las palabras, una experiencia ciertamente novedosa para ella.

—¿Quién es él? —quiso saber Conall—. ¿Con qué humano repugnante has fornicado? ¿Con uno de mis guardianes? ¿Tal vez con uno de los zánganos de Akeldama? ¿Es esa la razón por la que siempre estás en su casa?

A continuación empezó a llamarle cosas, palabras y nombres crueles y muy duros que Alexia jamás había oído en boca de su esposo, y mucho menos dirigidos a ella, aunque comprendía el significado de la mayoría, a pesar de no estar familiarizada con la terminología.

Conall había cometido muchos actos violentos cerca de Alexia desde que estaban juntos, empezando por devorar a una mujer para transformarla durante la cena, pero ella nunca le había tenido miedo.

Ahora, en cambio, sí se lo tenía. El conde no dio un solo paso hacia ella —de hecho, había retrocedido hasta la puerta—, pero tenía los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, los ojos amarillos del lobo y los caninos largos y afilados. Alexia se sintió inmensamente agradecida cuando madame Lefoux se interpuso físicamente entre la ira verbal del conde y ella, como si de, alguna forma, pudiese levantar una barrera ante tan terribles palabras.

Lord Maccon permaneció en el sitio, al otro lado de la estancia, gritando a Alexia sin descanso. Era como si se hubiera apartado de ella no porque temiera hacerle daño,

sino porque realmente sentía que tenía que hacerlo. El amarillo de sus ojos era tan pálido que casi parecía blanco. Alexia nunca los había visto de aquel color. Y, a pesar de la vileza de las palabras que salían por su boca, la del conde era una mirada vacía y agonizante.

—Pero no es verdad —intentó explicarse Alexia—. Yo nunca haría algo así. No soy una adúltera. ¿Cómo puedes pensar eso? Nunca lo haría. —Pero su alegato de inocencia no hizo más que herir todavía más al conde. Al final, su cara, siempre tan limpia y transparente, se contrajo alrededor de la boca y la nariz como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Salió corriendo de la estancia, cerrando la puerta tras de sí de un portazo.

La estancia quedó sumida en un silencio denso y palpable.

Durante el caos, lady Kingair había conseguido recuperar su forma humana. Dio la vuelta al sofá y se detuvo delante de Alexia, completamente desnuda, cubierta solo con su hermosa cabellera gris, que caía sobre sus hombros y pecho.

—Comprenderá, lady Maccon —le dijo con una fría mirada en los ojos—, que le pida que abandone el castillo cuanto antes. Tal vez lord Maccon nos abandonara en su día, pero sigue siendo parte de esta manada. Y la manada siempre protege a los suyos.

—Pero —susurró Alexia—, es hijo de Conall. Lo juro. No he estado con nadie más.

Sidheag la miró fijamente.

—Venga, lady Maccon. ¿No debería inventarse una historia mejor que esa? Es imposible. Los licántropos no pueden engendrar hijos. Nunca ha sucedido y nunca sucederá. —Acto seguido, dio media vuelta y abandonó la estancia.

Alexia se volvió hacia madame Lefoux, con el rostro deformado por el miedo.

—De verdad cree que le he sido infiel. —Ella misma había descubierto hacía bien poco cuánto valoraba Conall la lealtad.

Madame Lefoux asintió.

—Me temo que muchos pensarán lo mismo. —Con una media sonrisa en los labios, puso una mano sobre el hombro de Alexia y le dio un apretón.

—No le he sido infiel, lo juro.

—La creo, lady Maccon, pero sepa que soy de la minoría.

—¿Por qué confía en mí si ni siquiera mi propio esposo me cree? —Alexia bajó la mirada hasta su propio vientre y lo cubrió con las manos con gesto tembloroso.

—Porque sé lo poco que conocemos la naturaleza de los preternaturales.

—Le gustaría poder estudiarme, ¿verdad, madame Lefoux?

—Es usted una criatura remarcable, Alexia.

Alexia abrió los ojos de par en par para no llorar, con las palabras de Conall todavía resonando en el interior de su cabeza.

—Entonces, ¿cómo es posible? —Se apretó el estómago con ambas manos, como

si esperara que la pequeña criatura que crecía dentro pudiese explicárselo.

—Supongo que tendremos que averiguarlo. Venga, salgamos de aquí.

La inventora la ayudó a ponerse en pie y la acompañó hasta el pasillo. Era sorprendentemente fuerte para ser una criatura de complexión tan delicada, tal vez gracias a haber levantado tanta maquinaria pesada.

Se encontraron con Felicity, que parecía un tanto alterada.

—Hermana, acabo de ver algo horrible —dijo en cuanto vio a las dos mujeres—. Creo que tu esposo acaba de reducir a añicos una de las mesas del pasillo de un solo puñetazo. —Inclinó la cabeza a un lado—. Era una mesa horrible, pero aun así se la podrían haber dado a los pobres, ¿no crees?

—Tenemos que hacer las maletas y partir de inmediato —dijo madame Lefoux, con un brazo alrededor de la cintura de Alexia.

—Santo Dios, ¿por qué?

—Su hermana está embarazada y lord Maccon la ha rechazado.

Felicity frunció el ceño.

—Vaya, no me parece justo.

Madame Lefoux ya había tenido suficiente.

—Rápido, muchacha, corra a preparar su equipaje. Demos abandonar Kingair de inmediato.

Tres cuartos de hora más tarde, uno de los carruajes de Kingair abandonaba el castillo a toda prisa en dirección a la estación de tren más cercana. Los caballos estaban descansados y cubrieron el recorrido en menos tiempo del esperado, a pesar del barro y la lluvia.

Alexia, todavía aturdida, abrió una pequeña ventana sobre la puerta del carruaje y asomó la cabeza en la fría brisa de la noche.

—Hermana, apártate de la ventana o te arruinarás el peinado. Y créeme, no es lo que necesita precisamente tu pelo ahora mismo —la advirtió Felicity. Alexia ignoró las palabras de su hermana, de modo que la señorita Loontwill se volvió hacia la inventora—. ¿Qué está haciendo?

Los labios de madame Lefoux esbozaron una media sonrisa triste, esta vez sin hoyuelos.

—Escuchando. —Puso una mano sobre la espalda de Alexia y la acarició afectuosamente sin que esta apenas se diera cuenta.

—¿El qué?

—El aullido de los lobos.

Y Alexia estaba escuchando, pero solo percibía el húmedo silencio de la noche escocesa.



GAIL CARRIGER, es tan particular como sus novelas, siempre busca la ocasión de vestir con la moda del siglo XIX y no duda en llevarse a cualquiera a tal escentricidad, posiblemente si hubiese podido elegir nacer en esa época lo habría echo con polisón incluido, eso sí convirtiendo su ansiado Londres natal en steampunk. Pero ella no nació en Inglaterra, sino en Bolinas, California, por lo que es una estadounidense hija de una familia rota. Consiguió escapar de la monotonía vida del campo y hacerse con una educación respetable. Se licenció en el Oberlin College y obtuvo un master de ciencia de los materiales arqueológicos en Inglaterra, en la Universidad de Nottingham en el año 2000, y un master de las artes en la antropología en la Universidad de California en Santa Cruz en 2008.

Carriger ha sido finalista de premios como el Locus y el John W. Campbell, así como ganadora del Alex 2010, situándose en la lista de los más vendidos de medios como el New York Times con su novela Sin alma. Su nombre real es: Tofa Borregaard que además de escritora es arqueóloga

Notas

[1] Ye'll take the high road and I'll take the low road, and I'll be in Scotland afore ye, verso perteneciente a «The Bonnie Banks o' Loch Lomond», canción tradicional escocesa <<